

Universidad de Chile
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Antropología
Carrera de Arqueología

**ORGANIZACIÓN SOCIAL Y ECONOMÍA POLÍTICA EN LA
PREHISTORIA TARDÍA DE LOS VALLES DE ARICA
(1.100 – 1.530 d. C.)**

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO PROFESIONAL DE ARQUEÓLOGO

Álvaro Luis Romero Guevara

Profesora Guía: **Victoria Castro R.**, Universidad de Chile, Santiago

Profesor Tutor: **Calogero Santoro V.**, Universidad de Tarapacá, Arica

Octubre de 2005

ÍNDICE

ORGANIZACIÓN SOCIAL Y ECONOMÍA POLÍTICA EN LA PREHISTORIA TARDÍA DE LOS VALLES DE ARICA (1.100 - 1.530 d. C.)

ÍNDICE	I
LISTADO DE FIGURAS	IV
LISTADO DE TABLAS	VII
RECONOCIMIENTOS	IX
CAPÍTULO 1. INTRODUCCIÓN.....	1
1.1. PROBLEMA DE ESTUDIO	1
1.2. OBJETIVOS E HIPÓTESIS	3
1.3. MATERIALIDAD Y MÉTODO	6
1.4. ORGANIZACIÓN DEL ESCRITO.....	7
CAPÍTULO 2. HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN	9
2.1. LA INTERPRETACIÓN DIFUSIONISTA.....	10
2.2. LA CULTURA ARICA DE JUNIUS BIRD.....	12
2.3. HACIA UNA ARQUEOLOGÍA SISTEMÁTICA.....	14
2.4. LA INFLUENCIA DE OTRAS DISCIPLINAS.....	16
2.5. VOLVIENDO A LA CRONOLOGÍA Y LA TIPOLOGÍA.....	19
CAPÍTULO 3. MARCO CONCEPTUAL	22
3.1. INTERACCIÓN E IDENTIDAD	23
3.1.1. ENFOQUES DETERMINISTAS	23
3.1.2. INTERACCIÓN SOCIAL E INDIVIDUAL	24
3.1.3. SÍNTESIS: REFERENTES CULTURALES	26
3.2. ORGANIZACIÓN SOCIOPOLÍTICA.....	27
3.2.1. COMPLEJIDAD SOCIOPOLÍTICA Y EVOLUCIONISMO SOCIAL	28
3.2.2. EJE CORPORATIVO-RETICULAR	29
3.2.3. SÍNTESIS: ORGANIZACIÓN POLÍTICA EN SOCIEDADES PRE-ESTATALES.....	31

3.3.	MODELOS ANDINOS DE ECONOMÍA POLÍTICA	32
3.3.1.	AYLLU Y COMUNIDADES	33
3.3.2.	COMPLEMENTARIEDAD ANDINA.....	35
3.3.3.	SÍNTESIS: COMERCIO ADMINISTRADO EN SOCIEDADES PRE-ESTATALES	39
3.4.	ELABORACIÓN METODOLÓGICA	41
3.4.1.	REFERENTES CULTURALES DE LOS VALLES DE ARICA	41
3.4.2.	HIPÓTESIS DE ORGANIZACIÓN Y ECONOMÍA POLÍTICA	44
3.4.3.	MATERIALIDAD: ARQUITECTURA Y ALFARERÍA	46
CAPÍTULO 4. ÁREA DE ESTUDIO Y YACIMIENTOS.....		49
4.1.	VALLES OCCIDENTALES Y VALLES DE ARICA.....	49
4.1.1.	ZONA COSTERA	50
4.1.2.	VALLES	51
4.1.3.	PRECORDILLERA	52
4.1.4.	PAMPAS INTERMEDIAS.....	53
4.2.	ÁREA ARQUEOLÓGICA DE ROSARIO, VALLE DE LLUTA	54
4.3.	EL POBLADO DE HUAHUARANI, ÁREA DE BELÉN.....	58
CAPÍTULO 5. PAISAJE CONSTRUIDO EN LOS VALLES DE ARICA.....		71
5.1.	DOS NIVELES DEL PAISAJE CONSTRUIDO	71
5.1.1.	UNIDAD DOMÉSTICA, ESPACIAL Y ARQUITECTÓNICA	74
5.1.2.	ASENTAMIENTOS Y MODELOS DE ANÁLISIS	77
5.2.	ROSARIO: ARQUITECTURA Y ORGANIZACIÓN DEL ESPACIO.....	80
5.2.1.	UNIDADES HABITACIONALES	80
5.2.2.	UNIDADES FUNERARIAS.....	86
5.2.3.	USO DEL ESPACIO EN ROSARIO	91
5.3.	HUAHUARANI: ARQUITECTURA Y ORGANIZACIÓN DEL ESPACIO.....	95
5.3.1.	SECTORIZACIÓN.....	95
5.3.2.	UNIDADES ESPACIALES.....	98
5.3.3.	USO DEL ESPACIO EN HUAHUARANI	105
5.4.	DISCUSIÓN.....	109
CAPÍTULO 6. FRAGMENTOS ALFAREROS DE LOS VALLES DE ARICA		126
6.1.	CLASIFICACIÓN Y CUANTIFICACIÓN CERÁMICA	126
6.1.1.	TIPOLOGÍA DE PASTAS CERÁMICAS.....	127
6.1.2.	GRUPOS DECORATIVOS.....	132

6.1.3.	<i>FORMAS INFERIDAS</i>	137
6.2.	CERÁMICA EXCAVADA DE ROSARIO	141
6.2.1.	<i>ESTÁNDARES DE PASTA EN ROSARIO</i>	142
6.2.2.	<i>DECORACIÓN EN ROSARIO</i>	144
6.2.3.	<i>FORMAS EN ROSARIO</i>	145
6.2.4.	<i>COMENTARIOS SOBRE ROSARIO</i>	146
6.3.	CERÁMICA RECOLECTADA DEL POBLADO DE HUAIHUARANI	148
6.3.1.	<i>ESTÁNDARES DE PASTA EN HUAIHUARANI</i>	149
6.3.2.	<i>DECORACIÓN EN HUAIHUARANI</i>	151
6.3.3.	<i>FORMAS EN HUAIHUARANI</i>	153
6.3.4.	<i>COMENTARIOS SOBRE HUAIHUARANI</i>	155
6.4.	DISCUSIÓN	156
	CAPÍTULO 7. RESUMEN Y CONCLUSIONES	171
7.1.	ESPECIALIZACIÓN Y ORGANIZACIÓN RETICULAR EN ROSARIO	172
7.2.	MULTIETNICIDAD Y ORGANIZACIÓN CORPORATIVA EN HUAIHUARANI	175
7.3.	INTEGRACIÓN POLÍTICA Y ECONÓMICA EN LOS VALLES DE ARICA	179
7.4.	PALABRAS FINALES	181
	REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	185

LISTADO DE FIGURAS

Todos los dibujos, fotos e imágenes fueron elaborados por el autor, salvo aquellas donde se indica lo contrario.

Figura 4.1: Área Centro Sur Andina con sus diferentes subáreas: (A) Circum-Titicaca, (B) Valles Occidentales, (C) Altiplano Meridional, (D) Valluna, (E) Circum-puneña.

Figura 4.2: Territorio de los valles de Arica, con la ubicación de los yacimientos estudiados.

Figura 4.3: Ambiente de la zona costera, caleta Vitor.

Figura 4.4: Paisaje de la zona intermedia del valle de Azapa, sector Pampa Algodonal, km. 40.

Figura 4.5: Ambiente de precordillera, sector de Caillama, Chapiquiña.

Figura 4.6: Zonas ecológicas y localidades actuales del valle de Lluta (Modificado de Santoro et al. 2003b).

Figura 4.7: Imagen satelital del sector de Rosario (Fuente: NASA, Imagen MrSid).

Figura 4.8: Vista general de la terraza fluvial de Rosario.

Figura 4.9: Área arqueológica de Rosario (Fuente: Proyecto FONDECYT 1950961, Oficina de Registro, MASMA).

Figura 4.10: Curso del río Tignamar, sector precordillerano de la hoya hidrográfica del San José.

Figura 4.11: Imagen satelital del sector de Belén (Fuente: NASA, Imagen MrSid).

Figura 4.12: Yacimiento arqueológico de Huaihuarani (Fuente: Oficina de Registro, MASMA).

Figura 4.13: Vistas generales del asentamiento de Huaihuarani (Gentileza Daniella Jofré)

Figura 5.1: Detalle de postes, muros de caña y depósitos orgánicos en una estructura habitacional de Rosario-2

Figura 5.2: Esquemas hipotéticos de viviendas de caña y totora: A: AZ-15 (Dibujo de Piazza 1981); B: Molle Pampa Este, Recinto 7 (Dibujo de P. Siclari y C. Santoro)

Figura 5.3: Sectores y unidades habitacionales en Rosario-1

Figura 5.4: Sectores y unidades habitacionales en Rosario-2

- Figura 5.5: Vista del muro de contención pircado de la unidad R70 de Rosario-2.
- Figura 5.6: Gráfico de rangos de error de tamaño de unidades en Rosario.
- Figura 5.7: Gráficos de dispersión entre variables ancho y largo. A: según yacimientos; B: según sectores de Rosario-1; C: según sectores de Rosario-2.
- Figura 5.8: Túmulos funerarios de piedras al oeste de Rosario-2.
- Figura 5.9: Conjunto de unidades funerarias ortogonales frente al asentamiento Rosario-2.
- Figura 5.10: Distribución de los 13 *buffers* o conjuntos funerarios en Rosario.
- Figura 5.11: Esquema conceptual del área arqueológica de Rosario.
- Figura 5.12: Modelo tridimensional digital del poblado de Huaihuarani y sectorización.
- Figura 5.13: Gráfico de rangos de error de tamaño de unidades menores de Huaihuarani.
- Figura 5.14: Gráfico de rangos de error de tamaño de unidades habitacionales de Huaihuarani.
- Figura 5.15: Distribución de formas de las unidades espaciales en los sectores de Huaihuarani.
- Figura 5.16: Gráfico de rango de error de tamaño de unidades de forma elíptica y semielíptica en Huaihuarani.
- Figura 5.17: Gráfico de barras de tipos de muro en los sectores de Huaihuarani.
- Figura 5.18: Tipología de vanos de unidades espaciales. A: Vano simple, UE 646 (R-354); B: Vano con pseudo-jambas, UE 252 (R-123); C: Vano con apéndice frontal, UE 43 (R-41); D: Vano con apéndice lateral, UE 343 (R-215).
- Figura 5.19: Esquema conceptual del poblado de Huaihuarani.
-
- Figura 6.1: Estilo San Miguel: A-C: Fragmentos estilo San Miguel; D: Cántaro San Miguel (Gentileza de Mariela Santos).
- Figura 6.2: Estilo Pocoma: A-C: Fragmentos estilo Pocoma; D: Cántaro Pocoma (Colección AZ-8).
- Figura 6.3: Estilo Gentilar: A-C: Fragmentos estilo Gentilar; D: Jarro Gentilar (Colección AZ-8).
- Figura 6.4: Grupo decorativo Charcollo: A: Cuenco Charcollo lineal (Colección AZ-8); B: Charcollo asperjado; C: Charcollo manchas; D-E: Charcollo lineal; F-G: Recubierto Rojo Burdo.

- Figura 6.5: Fragmentos del grupo decorativo Tradición Negro sobre Rojo: A-D: Chilpe; E-G: Vilavila; H-I: Negro sobre Rojo Indeterminado; J-L: Negro sobre Rojo del área de Carangas o Chilpe-Carangas (Gentileza de Patrice Lecoq).
- Figura 6.6: Estilo Saxamar o Inca-Pacajes: A-E: Saxamar A; F: Saxamar B.
- Figura 6.7: Grupo decorativo Tardío: A-C: Inca Recubierto Rojo; D: Jarro Inca Negro sobre Rojo (Molle Pampa Este); E-H: Inca negro sobre Rojo; I-L: Inca Policromo.
- Figura 6.8: Tipología de bordes de fragmentos cerámicos (Tomado de Romero 2002)
- Figura 6.9: Gráfico de rangos de error estándar para los Estándares 400, 500 en Rosario.
- Figura 6.10: Gráfico de rangos de error estándar para los Estándares 220, 210, 300 y 600 en Rosario.
- Figura 6.11: Gráfico de rangos de error para cuatro grupos decorativos en Rosario.
- Figura 6.12: Gráfico de rangos de error para los Estándares 400 y 500 en cuatro sectores de Huaihuarani.
- Figura 6.13: Gráfico de rangos de error para los Estándares 220 y 300 en cuatro sectores de Huaihuarani.
- Figura 6.14: Gráfico de rangos de error para tres grupos decorativos en los Sectores A y E de Huaihuarani.

LISTADO DE TABLAS

- Tabla 2.1: Cronología para Arica y Tacna de Max Uhle (1919).
- Tabla 2.2: Secuencia para la costa norte de Chile de Bird (1946: Figura 49).
- Tabla 2.3: Comparación de las secuencias de 1960 y 1969 de Dauelsberg.
-
- Tabla 5.1: Resumen de características de los yacimientos y sectores en Rosario.
- Tabla 5.2: Forma de unidades habitacionales en Rosario.
- Tabla 5.3: Tamaño promedio de unidades habitacionales de Rosario.
- Tabla 5.4: Ancho promedio de unidades habitacionales de Rosario.
- Tabla 5.5: Prueba R entre las variables ancho y largo en Rosario.
- Tabla 5.6: Tipos de conjuntos y unidades funerarios de Rosario.
- Tabla 5.7: Tamaño promedio de unidades funerarias ortogonales en Rosario.
- Tabla 5.8: Tamaño promedio de unidades funerarias tumulares en Rosario.
- Tabla 5.9: Resumen de atributos de emplazamiento y funcionalidad de Huaihuarani.
- Tabla 5.10: Resumen de características numéricas de los sectores de Huaihuarani.
- Tabla 5.11: Categorías de unidades espaciales en Huaihuarani.
- Tabla 5.12: Tamaño promedio de unidades menores en Huaihuarani.
- Tabla 5.13: Tamaño promedio de unidades domésticas en Huaihuarani.
- Tabla 5.14: Formas de planta de unidades espaciales en Huaihuarani.
- Tabla 5.15: Prueba de chi cuadrado para forma y sectores en Huaihuarani.
- Tabla 5.16: Prueba de chi cuadrado para tipo de muro y sectores en Huaihuarani.
- Tabla 5.17: Tipos de vano en sectores residenciales de Huaihuarani.
-
- Tabla 6.1: Resumen de características de estándares de pasta 100, 210, 220, 300 y 400.
- Tabla 6.2: Resumen de características de estándares de pasta 500, 600, 700 y 800.
- Tabla 6.3: Principales funciones y contextos de uso de formas cerámicas (Modificado de Santoro et al. 2001b).
- Tabla 6.4: Conformación de las muestras cerámicas de Rosario.
- Tabla 6.5: Estándares de pasta en Rosario

- Tabla 6.6: Estándares de pasta en las muestras de Rosario.
- Tabla 6.7: Grupos decorativos en Rosario según peso y fragmentos.
- Tabla 6.8: Estilos y categorías decorativas en Rosario.
- Tabla 6.9: Estadística descriptiva del diámetro según forma y sitio en Rosario.
- Tabla 6.10: Tipos de borde en Rosario, según fragmentos e índice del número mínimo de piezas (NMP).
- Tabla 6.11: Conformación de la muestra cerámica de Huaihuarani.
- Tabla 6.12: Estándares de pasta en Huaihuarani.
- Tabla 6.13: Estándares de pasta en los sectores de Huaihuarani.
- Tabla 6.14: Grupos decorativos en Huaihuarani.
- Tabla 6.15: Grupos decorativos en los sectores de Huaihuarani.
- Tabla 6.16: Estadística descriptiva del diámetro según forma y sector en Huaihuarani.
- Tabla 6.17: Tipos de borde en sectores de Huaihuarani, según fragmentos e índice del número mínimo de piezas (NMP).
- Tabla 6.18: Fragmentos decorados y no decorados en yacimientos.

“y, tarde, à la recherche du temps perdido,
partí, otra vez, en dirección contraria
de los que están de vuelta y nunca han ido”
Joaquín Sabina.

RECONOCIMIENTOS

Nunca los trabajos de investigación son obras totalmente individuales, son esencialmente creaciones colectivas que corresponden a un tiempo determinado y un contexto emocional, social y financiero específico. Mi investigación en este punto no es diferente y esto debe ser enfatizado aún más en razón a lo prolongado del esfuerzo. Hace casi 10 años que terminé los cursos formales de pregrado en Santiago, y desde aquel momento una serie de actividades profesionales y familiares han estipulando el rumbo de esta creación.

En primer lugar, debo agradecer a un conjunto de profesionales y académicos que me recibieron en el Museo Arqueológico San Miguel de Azapa, Universidad de Tarapacá, allá por los años 1995 y 1996, y me abrieron un espacio para desarrollar mis inquietudes arqueológicas. Especialmente a los arqueólogos Calogero Santoro e Iván Muñoz, quienes anticipadamente me incorporaron en sus respectivos proyectos FONDECYT, en el valle de Lluta y la precordillera de Arica como alumno memorista (FONDECYT 1950980). Asimismo, Luis Briones, Juan Chacama, Gustavo Espinosa, Eugenia Rosello, Mariela Santos, Vivien Standen y Liliana Ulloa, del Departamento de Antropología, apoyaron constantemente mi investigación. Reconozco además el estímulo del profesor Luis Álvarez Miranda (†) quien comentó mis primeras ideas acerca de la prehistoria tardía de Arica.

La presencia casi omnipresente de mi afanosa profesora Victoria Castro, quien desde Santiago frecuentemente y año tras año, se preocupó para que completara mi trabajo, merece un

reconocimiento especial. Además, agradezco a una serie de compañeros generacionales con los cuales compartimos inquietudes similares, destacando en primer lugar, Patricia Ayala, Gabriela Carmona, Carlos Carrasco y Male Villaseca, con los cuales nos “creamos” hacia la arqueología. Del mismo modo, agradezco a los actuales profesionales Rolando Ajata, Marta Alfonso, José Capriles, Daniella Jofré, Rodrigo Loyola, Marcela Sepúlveda, Kapris Tabilo, Daniela Valenzuela y Franco Venegas, quienes escucharon y comentaron en diferentes ocasiones los variados recovecos de esta investigación. Durante estos años también he podido compartir mi trabajo más allá de la esfera de Arica, destacando los comentarios y aportes de Oscar Espouey, Tom Dillehay, Robert Drennan, Jorge Hidalgo, Marcos Michel, Ann Peters, Tristan Platt, Rick Sutter, Verónica Williams y Virgilio Schiappacasse (†).

He dejado para el final, a mi pequeña y gran familia. Agradezco eternamente a mis padres Valdemar y Gelda, junto a mis hermanos Waldemar, Miriam y Mirna, que sin su apoyo indeleble no me hubieran permitido ni siquiera soñar con la prehistoria. A mis primas Estrella y Marta Albarracín que me auxiliaron durante mi formación en Santiago. Mención aparte, es el reconocimiento a mis abuelas, Jenara y Sabina, mujeres nortinas del siglo XX, que representan una justificación personal a mi continuo tránsito hacia el pasado y la historia.

Del mismo modo, dejo para lo último a los tres seres amados que forman mi pequeña familia. Mis hijos, Álvaro Ignacio y Vicente Manuel, quienes explican por su sola existencia mi trabajo. Agradezco a mi compañera Carol Garay, quien ha sido la más confiada y tenaz en señalarme que estos largos años de trabajo llegarían al esperado fin. Sé también de su clara comprensión que esta búsqueda no ha terminado, y que cuento con ella en este nuevo comienzo.

Arica, Abril-Octubre de 2005.

CAPÍTULO 1. INTRODUCCIÓN

1.1. Problema de Estudio

La visión general que se dispone para los procesos y sociedades posteriores al predominio Tiwanaku en el Área Centro Sur Andina, tiene mucha relación con la denominación de “Desarrollos Regionales” que se le ha aplicado, dando cuenta del surgimiento de grupos política y socialmente independientes en las áreas alguna vez influenciadas por la entidad altiplánica (Lumbreras 1974). Considerando en conjunto el amplio registro arqueológico disponible, tanto de las tierras interiores (altiplano y valles precordilleranos) como de las tierras bajas (costa, valles y oasis), observamos importantes cambios de tipo cuantitativo, que se relacionan principalmente con el incremento de la intensidad productiva. Esto se evidencia arqueológicamente a través de un aumento de la densidad demográfica (mayor cantidad y tamaño de asentamientos y cementerios) y la habilitación de nuevos espacios económicos (andenerías y campos de cultivo, concentración de depósitos, explotación de alta mar) desde el Período Medio (500 a 1.100 d.C.) hasta el Intermedio Tardío (1.100 a 1.350 d.C.).

Se puede pensar que tales cambios cuantitativos visibles en el registro arqueológico debieron conllevar cambios cualitativos, relacionados principalmente con un incremento de la dinámica de interacción social. De este modo, las distintas comunidades se vieron envueltas en mayores instancias de encuentro social, expresadas a través del intercambio (Núñez y Dillehay 1995), el conflicto (Nielsen 2002), y una larga lista de relaciones políticas y económicas específicas. También es probable que en pleno Período Intermedio Tardío gran parte de los recursos e instituciones andinas, hoy en día tradicionales, ya hubieran estado vigentes, tales como, camélidos y cultivos, el intercambio de larga distancia, la diferenciación jerárquica y una serie de conceptos simbólicos.¹

Por tanto, desde una perspectiva regional este período se nos muestra como una época de cambios trascendentales en donde participaron una gran cantidad de comunidades y entidades políticas, que la literatura ha consignado como señoríos costeros, reinos altiplánicos, complejos y

¹ Debo agregar que está en plena discusión la posibilidad que instituciones andinas, como la complementariedad ecológica y la organización segmentaria, hayan existido desde el predominio Tiwanaku o antes (Mujica 1985; Albarracín-Jordan 1996).

culturas que se distribuyeron como parches en el mapa del Centro Sur Andino. Lo expresado hasta acá no es muy distinto a la impresión que se tenía una década atrás:

El período [de Desarrollos Regionales] adquiere una dinámica regida por el entrecruzamiento de varias esferas de interacción posiblemente orientadas, como etnias, por un patrón generalizado de eco-complementariedad, que se caracteriza por una alta movilidad, con mecanismos claves tales como el tráfico caravanero, el establecimiento de colonias, un patrón de asentamiento núcleo-periferia generalizado, ferias y otros, todo lo cual le otorga a este período una dinámica inconfundible (Schiappacasse et al. 1989: 181).

Esta visión nos presenta a un período caracterizado por la dinámica de poblaciones, donde se visualiza una constante intervención de comunidades y entidades altiplánicas en los procesos de conformación de entidades locales (Núñez y Dillehay 1995: 107). Esta intervención ha sido visto, primero, en la influyente teoría de la Verticalidad (Murra 1972), y luego, en su ampliación hacia un conjunto más exhaustivo de mecanismos particulares de complementariedad (Salomon 1985).

Por otro lado, desde una perspectiva local, basada en un importante número de investigaciones en los territorios que denominamos “valles de Arica”,² se pone énfasis en la definición de un completo conjunto arqueológico identificado como Cultura Arica (Bird 1946). Tal materialidad, junto con señalar el incremento productivo y la mayor densidad poblacional hacia el siglo XI, dan cuenta de la dispersión geográfica de rasgos diagnósticos, como artesanía cerámica y textil, con evidente coherencia como tradición iconográfica. Esto permitiría dar cuenta de cierto tipo de organización política autónoma y la formación de una identidad social particular (Espouey et al. 1995; Muñoz 1982).

Además, mediante la analogía con patrones etnohistóricos y/o etnográficos de organización política, se ha señalado que la Cultura Arica pudo haberse conformado de una entidad política definida como un curacazgo, o una confederación de curacazgos, que reunió las comunidades de pescadores costeros, de horticultores de valle bajo y medio, y las sociedades agro-ganaderas de precordillera (Muñoz 1987, 1996: 44; Schiappacasse et al. 1989). Al respecto, Muñoz señala que “la organización económica en la cual se estructuró la cultura Arica se basó en la explotación multiecológica y en las relaciones de intercambio entre los distintos grupos que conformaron esta unidad cultural y económica” (1987: 38).

Por tanto, aunque gran parte de la definición de la Cultura Arica forma parte del paradigma

² Como se expondrá mejor en el Capítulo 4, he denominado valles de Arica al territorio ubicado entre los valles de Sama y Azapa.

histórico cultural, con un concepto normativo y estático de cultura, durante las últimas dos décadas esta interpretación ha ido cambiando. Las exploraciones en diversos espacios de los valles de Arica y los modelos desarrollados por la etnohistoria regional, han sugerido un panorama regional multiétnico. De esta forma, la fuerte hegemonía material de elementos de la Cultura Arica en la costa y ciertos valles, da paso en otros espacios de la zona de Arica a configuraciones materiales distintas (Muñoz y Santos 1998; Santoro et al. 2003b; Schiappacasse y Niemeyer 1988).

En resumen, pese a que existe un consenso que el Período Intermedio Tardío se caracteriza por una serie de cambios cuantitativos significativos, como el incremento productivo y demográfico, esto conlleva a diversas interpretaciones en torno a los cambios cualitativos que pudieron estar asociados. De acuerdo a diferentes marcos interpretativos, igualmente plausibles y válidos como la etnografía y la etnohistoria, podemos enfatizar la interacción regional o bien la hegemonía política en los valles de Arica.

Nuestro problema de estudio es la búsqueda de una interpretación sobre los procesos culturales prehispánicos tardíos de Arica, que incluya ambas miradas, la hegemonía y la interacción social. Sostengo que ambos fenómenos ocurren en paralelo, y que lo que se ha interpretado como hegemonía corresponde esencialmente a la distribución de determinadas materialidades que sustentan el poder político y la ideología de las comunidades, tales como cerámicas y textiles con iconografía. Sin duda, estos elementos actúan activamente en tales escenarios, pero también es probable que sean reproducidos socialmente de manera pasiva dentro de los procesos de enculturación. Por otro lado, la interacción, como se ha venido discutiendo desde decenios en la antropología andina, es un proceso que sobrepasa la actividad económica de las comunidades e involucra un rango más amplio de acciones como el parentesco, la ideología y la organización social.

Estos temas ponen al límite la capacidad de la arqueología para interpretar la cultura material a la luz de modelos antropológicos más amplios que emanan de la teoría general, y de modelos etnohistóricos y etnográficos que derivan de la analogía y el enfoque histórico directo.

1.2. Objetivos e Hipótesis

En esta investigación queremos avanzar en la especificación de la interacción social así como

también definir arqueológicamente los grupos culturales, sociales, políticos o identidades étnicas que habrían interactuado. Para eso debemos entender que las interpretaciones de homogeneidad e interacción no son realmente divergentes, sino que son parte de un mismo continuo al interior de una historia cultural regional integrada por una serie de mecanismos de economía política. Tanto complementariedad y homogeneidad son distintas escalas de un mismo conjunto de estrategias llevadas a cabo por cada una de las comunidades locales para lograr una integración social y económica en un contexto social interregional extremadamente dinámico y en constante expansión.

Desde nuestra perspectiva, pese a que ha subsistido una mirada altiplánica subyacente de ver los fenómenos históricos y sociales prehispánicos, hoy en día es posible plantear una dinámica incluso mayor de la esperada, sustentada en la diversidad de organizaciones políticas y complejidad social de las poblaciones de tierras bajas e intermedias.

De manera más específica, de acuerdo a una serie de antecedentes arqueológicos y etnohistóricos planteamos la existencia de diferentes “referentes culturales” en los valles de Arica, uno de tierras bajas, otro de precordillera y un tercero de origen altiplánico. Tales unidades no las entendemos como “culturas” en el sentido normativo del enfoque histórico-cultural, sino como la expresión material de un proceso de enculturación pasivo (Dietler y Herbich 1998) junto con una conformación activa de identidades sociales (Wobst 1999). La presencia de estos conjuntos materiales como “referentes culturales” tiene importancia en el sentido que conllevarían directa o indirectamente contenidos sociopolíticos, ideológicos y socioeconómicos particulares, que las comunidades tendrían a su disposición.

Dentro los contenidos culturales de cada uno de los referentes nos centramos en aquellos materiales que nos permiten distinguir las instituciones de economía política, aquellas que de acuerdo a Polanyi (1976) sustentan la organización de la economía mediante procesos sociales e ideológicamente instituidos. Este fue el enfoque utilizado por Murra (1978) para describir las instituciones económicas andinas como reciprocidad, redistribución y en menor medida el intercambio.

Nuestra tesis es que cada uno de estos referentes culturales tiene particulares contenidos materiales e ideológicos, pero además tienen énfasis en ciertas instituciones de economía política. Pese a estas diferencias cada uno de estos contenidos favorece la interacción entre las personas

y las comunidades en distintos niveles. Para entender esto, se requiere integrar conceptualmente la denominada complementariedad andina a los fenómenos universales de interacción, considerando específicamente el modelo de interrelación regional denominada *peer-polity* (Renfrew 1986). Además, aplicamos la teoría sobre diferentes modalidades corporativas y reticulares para instituir el poder social (Blanton et al. 1996; Feinman 2000), y concretamente la posibilidad teórica de coexistir y complementarse en amplios paisajes regionales.

Nuestro objetivo es evaluar un conjunto de hipótesis sobre la organización y economía política de los referentes culturales en los valles de Arica durante los períodos tardíos. Las grandes diferencias entre estos referentes se deberían a la existencia de distintos mecanismos y principios que ordenan su organización sociopolítica. Estas hipótesis permiten integrar en una sola interpretación regional los procesos aparentemente diferentes de interacción y hegemonía cultural, como parte de una sola gran estrategia social.

En nuestra primera hipótesis planteamos que, la denominada Cultura Arica, tuvo una economía política organizada en torno a la especialización productiva y el intercambio tanto local como regional. En este esquema la organización del poder se realizó bajo una fuerte institución de *kuraka*, cuyo gran poder local fue sustentado mediante la centralización de una red de intercambio de bienes suntuarios y de prestigio. Además, los *kuraka* manejaron el intercambio del producto de actividades especializadas complementarias, tales como, pesca, agricultura y artesanía.

Nuestra segunda hipótesis plantea que las comunidades de precordillera mantuvieron una relativa independencia política sustentada por un sistema de verticalidad comprimido manejado a nivel doméstico. En el plano organizacional estas comunidades reprodujeron un sistema corporativo, donde los *kuraka* tuvieron la capacidad de manejar la infraestructura civil mediante ceremonias sociales. En el plano ideológico estas comunidades pudieron haber sido fuertemente influidas por las entidades altiplánicas bajo un régimen de dominio hegemónico pre-estatal.

La hipótesis tercera explicaría las entidades altiplánicas en los valles de Arica como parte de una amplia organización confederada segmentaria. Su poder fue esencialmente corporativo, es decir, enfatizando una ideología que sustentó los cargos por sobre la monopolización del poder. En el plano económico, se basó en un complejo aparato de complementariedad, con mecanismos directos e indirectos para acceder a múltiples recursos.

1.3. Materialidad y Método

Sostenemos que para entregar una interpretación que incluya la interacción social debemos pasar desde un nivel de análisis intra-sitio hacia uno inter-sitio, para contrastar territorios cultural y ecológicamente diversos. Además, debemos visualizar los procesos históricos que ocurren al interior del período de nuestro interés, es decir, el Intermedio Tardío, e incluir una visión del efecto del Tawantinsuyu en el área.

Para evaluar los objetivos generales y nuestro sistema de hipótesis consideramos clasificar y analizar un conjunto de evidencia mueble e inmueble a escala doméstica y de asentamientos, correspondiente a los 400 años finales del poblamiento prehispánico en los valles de Arica. Nos centramos en la ocupación humana de dos áreas arqueológicas ubicadas en espacios ecológicos distintos.

En el denominado sector fértil o bajo del valle de Lluta, a 20 km de la costa, se examinan los yacimientos de Rosario-1 y Rosario-2 (Romero 2002). En el valle precordillerano de Belén, a más de 3.000 msnm se estudia el complejo poblado de Huaihuarani (Dauelsberg 1983; Schiappacasse et al. 1989). En cada uno de estos asentamientos estudiamos diversos atributos de una muestra de fragmentos cerámicos y los rasgos arquitectónicos y de planificación de habitaciones y espacios funcionales.

Nuestra investigación plantea que el análisis y comparación de los desechos de cerámica en contextos domésticos y los rasgos de planificación arquitectónica y de uso del espacio, correspondientes a dos comunidades prehispánicas tardías, nos permiten observar situaciones diferenciales de organización política y económica. Del mismo modo, tal comparación y distribución de artefactos y rasgos arqueológicos pueden exponernos situaciones diversas de interacción social, multiétnicidad y complementariedad desarrolladas por estas comunidades.

En términos generales, el estudio macroscópico de las pastas cerámicas y su variabilidad nos sirve principalmente para identificar patrones de interacción de poblaciones. El estudio de las formas cerámicas y su variabilidad permite entender la complejidad de actividades al interior de las comunidades y aproximarnos a la organización sociopolítica de éstas. Los fragmentos decorados, su distribución, cantidad y variabilidad nos permiten visualizar, de preferencia, la dinámica

política de negociación social al interior de las comunidades dentro de contextos de reproducción social en las esferas domésticas y ceremoniales.

Finalmente, con un estudio de los espacios domésticos y los asentamientos desde una perspectiva de los paisajes culturales, buscaremos entender la organización social y política de cada una de las comunidades. Las características de los espacios rituales, ceremoniales y sociales, su jerarquía y su relación espacial nos permitirán definir el rol de diferentes procesos de interacción social y economía política, como son la redistribución, la reproducción social y el culto a los antepasados.

1.4. Organización del Escrito

El siguiente capítulo presenta un sumario de las investigaciones realizadas acerca de los períodos prehispánicos tardíos de los valles de Arica. En tal esquema se sugiere que la investigación ha sido guiada más por el contexto social e intelectual de las respectivas épocas que por una idea sostenida de incremento del conocimiento.

El capítulo tercero asume la tarea de desarrollar un marco conceptual teórico-metodológico adecuado para la presente investigación. Se tocan los tópicos de interacción, complejidad social y complementariedad andina, destacando los conceptos más rentables y concluyendo en síntesis específicas que resumen nuestra posición final. Al término del capítulo desarrollamos un planteamiento metodológico, que incluye las hipótesis, y el modo en que tipos específicos de materialidad arqueológica servirán para evaluar tales hipótesis.

El capítulo cuarto se refiere al escenario geográfico general que conforma los denominados valles de Arica. Además nos centramos en la descripción ambiental, cultural y arqueológica de las dos áreas de estudio: Rosario en el valle de Lluta y Huaihuarani en la precordillera de Belén.

Los dos siguientes capítulos se centran en los análisis y resultados de las dos materialidades investigadas. En el inicio de ambos capítulos volvemos a la discusión conceptual y metodológica de ambas materialidades. El capítulo cinco presenta la organización de los asentamientos y la arquitectura. El capítulo sexto se refiere a la cerámica

En el último capítulo se presenta un resumen de los resultados de la investigación y se vuelve al problema de estudio. También se evalúa cada una de las hipótesis que fundamentan este trabajo.

CAPÍTULO 2. HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN

Se requiere de un apretado resumen de las investigaciones arqueológicas en torno a los períodos que hoy en día denominados Intermedio Tardío y Tardío. Cualquiera que sea la perspectiva que asumamos en esta revisión, he cuidado contextualizar los esfuerzos de cada uno de los investigadores y no leerlos fijamente desde el punto de vista que hoy podría parecer el más apropiado. En esta breve historia de la investigación local, y como ya lo planteó Trigger (1992: 26) en su esquema histórico de la teoría arqueológica, se observa una sucesión de temáticas y perspectivas influenciadas de manera variable por su entorno social de origen y no tanto una acumulación progresiva de datos.

Como sucede en casi todo Latinoamérica (Politis 2003), la arqueología en los valles de Arica ha girado por casi un siglo en torno al debate histórico-cultural. En primer lugar se propusieron diversas secuencias generales de desarrollo histórico, y después, mediante la implementación de técnicas más finas, se intentaron afinar dichas cronologías. Entre medio hubo esfuerzos por entender las características de los procesos de cambio social presentes en el desarrollo histórico.

De este modo la arqueología de los valles de Arica se realizó por medio de los esfuerzos de cada investigador por engranar y compatibilizar sus hallazgos con los precedentes. Pero generalmente los investigadores, debido al trabajo desde diferentes perspectivas y resoluciones, no reconocieron las dificultades propias de conciliar en una lectura general los resultados que buscaron solucionar problemáticas particulares. Max Uhle intentó entender el poblamiento de Arica dentro de un naciente panorama andino, considerando todos los antecedentes disponibles a la fecha (historia, lingüística, etnología). En tanto, Junius Bird sustentó sus interpretaciones principalmente en su refinada técnica arqueológica, sin incluir otras referencias. Posteriormente Percy Dauelsberg y el Museo Regional de Arica fueron motivados a entender las particularidades de los valles de Arica y su relación con los Andes del sur. Los arqueólogos profesionales desde la década de 1980, enfrentados a un promisorio nuevo contexto científico, intentaron separar sus temas y técnicas de investigación de las precedentes.

2.1. La Interpretación Difusionista

Las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo a principios de siglo por el estudioso alemán Max Uhle ofrecieron el marco inicial para la cronología del área andina. En específico, significó el marco cronológico y conceptual que guió toda la problemática de la arqueología del norte de Chile por más de 30 años, lo que significó entender el desarrollo cultural en un área próxima al esplendor monumental de los Andes Centrales.

Esta cronología de períodos (Tabla 2.1) fue elaborada casi exclusivamente a partir de excavaciones de cementerios y clasificación de objetos procedentes de colecciones privadas.

Tabla 2.1: Cronología para Arica y Tacna de Max Uhle (1919).

PERÍODO	FECHAS	YACIMIENTOS
I - Del hombre primordial	Hasta año 0	Saucache (Azapa), La Lisera (Costa Arica)
II - De los aborígenes de Arica	100-400 d. C	Chinchorro (Arica), Faldas del Morro (Arica)
III - Contemporáneo con los monumentos de Chavín	400-600 d. C	Pisagua
IV - Del Tiahuanaco y el subsiguiente epigonal	600-900 d. C	Club Hípico (Tacna), Ciudad de Arica
V - De una civilización Atacameña indígena	900-1.100 d. C	Tacna, Pisagua, La Lisera (Arica)
VI - De una civilización Chincha-Atacameña	1.100-1.350 d. C	Club Hípico (Tacna), Para (Tacna), Arica
VII - De los Incas	1.350-1.450 d. C	La Lisera (Arica), Rosario (Lluta), Suroeste de Tacna

En términos generales, la secuencia es muy similar a la que hoy manejamos de acuerdo a la tipología cerámica y los fechados radiocarbónicos. Uhle diferenció con esta cronología los logros locales exclusivos (Aborígenes de Arica) de aquellos que pudieron originarse en procesos panandinos (períodos III, IV, VI y VII).

Dentro de la etapa alfarera, Uhle distingue cuatro períodos. El Período IV Tiahuanaco Epigonal, se definió principalmente por tumbas tacneñas, que contenían cerámicas hoy en día reconocibles como Tiwanaku, Cabuza y Maitas-Chiribaya, coincidiendo de manera general con el actual Período Medio (500 a 1.100 d.C.).

El Período V Atacameño Indígena, se caracteriza por tumbas ampollares, cuerpos enfardados y un rico ofertorio donde destacan diversas formas de cerámicas, hoy denominadas estilo San Miguel. Para Uhle este período es una continuación del período anterior, donde las influencias

Tiwanaku continúan decayendo y se forman desarrollos locales, como en el norte del Perú (Uhle 1919: 30). Coincidiría con la actual fase San Miguel (1.100 a 1.300. d.C.).

El Período VI Chincha Atacameño, fue definido de acuerdo a yacimientos de Tacna y Arica, conformados por fosas ampollares similares a las del período anterior. Uhle señala que los conjuntos cerámicos están conformados por piezas de diferentes características. Por un lado están las piezas similares a las del período anterior, identificadas hoy en día como cántaros y jarros San Miguel, junto a cántaros sin engobe blanco, denominados hoy en día Pocoma. Entre medio de estas piezas destacan otras con “principios de ornamentación muy diferentes” (Uhle 1919: 35), correspondientes a jarros estilo Gentilar. Coincide plenamente con la fase Gentilar (1.300 a 1.400 d.C.).

El Período V Inca, fue definido por muy pocos yacimientos y materiales. Destacan los entierros en “túmulos” de Lluta, que deberían corresponder a montículos de piedras aglutinados sobre farellones rocosos que describiremos más adelante. Uhle señala que todo el conjunto cerámico anterior es reemplazado por cántaros con decoración modelada o pintada sencilla (1919: 47), piezas difícilmente asimilables a los estilos hoy definidos.

Según un análisis iconográfico del material arqueológico conocido para esa fecha y los estudios filológicos disponibles, postula que el período Atacameño indicaría la difusión del grupo étnico atacameño a toda el área Centro Sur, cuyo proceso además habría influenciado en el origen de la “civilización de Tiahuanaco” (Uhle 1922: 71). Por otro lado, el período Chincha Atacameño daría cuenta de una influencia desde la costa norte del Perú, a la cultura local “atacameña”. Uhle (1919: 39) señala que la difusión de elementos culturales Chincha habrían llegado hasta Jujuy e incluso el área mapuche.

De esta forma, más allá de la interpretación difusionista, el trabajo de Uhle nos señala una secuencia cronológica de contextos funerarios de plena vigencia. Además, a diferencia de escuelas más extremas en cuanto a la difusión como un proceso unidireccional, Uhle pudo aceptar complejos procesos históricos que dieron cuenta de particulares configuraciones locales.

2.2. La Cultura Arica de Junius Bird

Entre 1941 y 1942, Junius Bird efectuó excavaciones estratigráficas en el norte de Chile, marcando un hito en la arqueología andina. Con un pleno control de los niveles de más de 3 m de profundidad, sus excavaciones en Playa Millar, Quiani y otros yacimientos, dieron una colección de gran vigencia. Además, con la rigurosidad de sus análisis y calidad de sus publicaciones, Bird sigue siendo un modelo de la práctica arqueológica.

En su extensa monografía (Bird 1988), publicada casi inmediatamente después de sus labores de campo, da cuenta en detalle de las características de los yacimientos excavados y los materiales encontrados. Pero sólo en su síntesis de tres años más tarde, Bird (1946) hace explícita una secuencia cronológica de los contextos que excavó entre Arica y Taltal (Tabla 2.2).

Tabla 2.2: Secuencia para la costa norte de Chile de Bird (1946: Figura 49)

PERÍODOS		YACIMIENTOS
Agrícola	Inka e Histórico Temprano	Caleta Vitor
	Arica II	Playa Millar
	Arica I	Playa Millar
	Pichalo II	Punta Pichalo
	Pichalo I	Punta Pichalo
Pre-agrícola	Segundo Período Pre-cerámico	Quiani y Punta Pichalo
	Cultura de Anzuelo de Concha	Quiani y Punta Pichalo

Bird ofrece esta sucesión cronológica con ciertas dudas frente al hecho que Pichalo, caracterizado por cestería, tejidos y cerámica sin decoración, fuera anterior a las ocupaciones costeras de Arica. Esto porque no poseía evidencia estratigráfica contundente para afirmar que las ocupaciones de Pichalo fueron más tempranas que las de Arica.

Unificando las descripciones y tablas de ambas publicaciones de Bird (1946: Figura 49, 1988: 31 y Tabla 1) se puede dividir la secuencia de Playa Millar en dos períodos, de acuerdo a la distribución de fragmentos cerámicos de distintos tipos. En los niveles superiores (A-E), que definen al período Arica II (Bird 1946), se encuentra la mayor diversidad de tipos cerámicos:

- i. jarros grandes con decoración negra y roja sobre engobe blanco (asimilable al actual estilo San Miguel),
- ii. jarros grandes con decoración negra y roja sobre pasta roja (asimilable al actual estilo Pocomá);

- iii. jarros pequeños de pasta fina con decoración roja, blanca y negra sobre pasta (asimilable al actual estilo Gentilar);
- iv. formas abiertas de baja altura con diseños negros en el interior (de acuerdo a los posteriores antecedentes de Munizaga (1957: 123) es posible asimilar al actual estilo Chilpe).

En cambio, en los niveles inferiores (F-H), que posteriormente definen el período Arica I, sólo se registran fragmentos del tipo I (San Miguel), junto a fragmentos de jarros y pucos decorados con volutas policromas y rombos concéntricos, que en el período posterior no aparecen y que deberían formar parte del mismo estilo San Miguel, San Miguel Temprano o Maitas.

Contradiciendo lo señalado por Uhle, Bird señala que tanto en Arica como en Pisagua, la aparición de cerámica es independiente de cualquier influencia Tiwanaku. Más aún, señala que las influencias Tiwanaku son posteriores y escasas, posiblemente asociando los pocos fragmentos Chilpe registrados en su estratigrafía con la nomenclatura de “Post-Tiahuanaco Decadente” utilizada por Ryden (1947).

En sus pocos años de estadía Bird alcanzó a hacer escuela, entusiasmando a Grete Mostny para continuar con sus visitas a Arica. Con las excavaciones de Mostny (1943), las primeras que registraron extensivamente los contextos funerarios de Arica, se pudo complementar las evidencias estratigráficas de Playa Miller. Además, Mostny registró un cementerio en Rosario (1944), valle de Lluta, donde varios años después investigaría el equipo de Richard Schaedel.

En resumen, por más refinada la técnica de investigación, las excavaciones de un limitado número de yacimientos nunca deberán aislarse de los antecedentes disponibles, ya que un análisis en conjunto siempre mejorará nuestro contexto de interpretación. Bird ofreció una secuencia cultural contundente, basada en principios estratigráficos y complementando su evidencia doméstica con datos funerarios. Sin embargo, sus interpretaciones hubieran tenido mayor alcance si hubiera intentado compatibilizar sus datos con los de Uhle. Sus detallados contextos domésticos permiten en la actualidad seguir explorando cambios sociales al interior de los Desarrollos Regionales, período entendido posteriormente, sin embargo, como homogéneo para los investigadores del Museo Regional de Arica.

2.3. Hacia una Arqueología Sistemática

A fines de la década de 1950 coinciden en Arica dos aproximaciones sistemáticas para profundizar el conocimiento arqueológico de la zona de Arica. Desde Santiago y siguiendo un enfoque ecológico, Schaedel, lidera un proyecto institucional. Mientras que un grupo de arqueólogos autodidactas liderados por Percy Dauelsberg inicia un largo estudio de los valles de Arica por medio de prospecciones y excavaciones de cementerios.

Schaedel (1957) se basa en las proposiciones histórico-culturales de Bird, para llevar a cabo una amplia recolección de datos y entender la ocupación de las tierras bajas del desierto de Atacama desde una aproximación ecológica y comparativa. Carlos Munizaga (1957), dentro del equipo de Schaedel, hace los mayores aportes a la arqueología tardía de Arica, estudiando la cerámica de distintos asentamientos y compatibilizando las secuencias de Uhle y Bird.

Como lo señala el propio Munizaga, la comparación era necesaria ya que tras años de la publicación de Bird se seguía ocupando la terminología de Uhle o se utilizaba indistintamente una u otra. Uno de los logros de Munizaga fue distinguir dentro de los contextos de Bird, dos componentes altiplánicos, uno Tiwanaku y otro Post-Tiwanaku (Chilpe).

El análisis fue exhaustivo, pero la solución a que llegó adolece de un gran problema: Tanto Bird como Uhle centraron sus esfuerzos en definir períodos y no estilos cerámicos; tampoco intentaron unificar las distintas cerámicas de sus respectivos períodos en un solo tipo, ya que aceptaron en todo momento que sus períodos contenían diversos tipos de cerámicas.³ En su esfuerzo clasificatorio Munizaga, crea una secuencia tipológica que ni la estratigrafía ni los contextos funerarios avalan: Entre Arica I (estilo San Miguel) y Arica II (estilo Gentilar) coloca un estilo de transición Arica I-II (Pocoma). Dicha apreciación guiará equivocadamente los inicios del equipo del Museo Regional de Arica, hasta que finalmente lo desecharán.

Dauelsberg fue un investigador autodidacta, muy informado del acontecer científico andino, que se caracterizó por una arqueología descriptiva. Lamentablemente sus análisis, principalmente cerámicos, fueron extremadamente dispares. Excelentes son los aportes en establecer novedosas metodologías para integrar cerámica de contextos domésticos con contextos funerarios (1995a) o para analizar la cerámica no decorada (1983).

³ Aunque Bird (1946: Plate 122) habla de “estilo Arica I” y “estilo Arica II”, no caracteriza tal tipología en el texto.

El aporte inicial de Dauelsberg fue un amplio trabajo de prospección a lo largo del valle de Azapa (1995a) que le permitió elaborar una tipología de cerámica decorada, cuya secuencia cronológica y definiciones fue afinando constantemente a lo largo de su carrera (en este orden: 1995b, 1972-73, 1969) (Tabla 2.3).

Tabla 2.3: Comparación de las secuencias de 1960 y 1969 de Dauelsberg.

1960[1995b]			1969			
PERÍODO	ESTILO		PERIODO	FASE	ESTILO	FECHA
	COSTA	SIERRA				
Horizonte Inca	Inca	Inca	Horizonte Inca	Saxamar	Inca Imperial, Provincial, Saxamar	1.450 a 1.350 d.C.
Horizonte Negro sobre Rojo	Gentilar, Saxamar	Saxamar		Chilpe	Chilpe	
Horizonte Tricolor del Sur	Pocoma, Chilpe	Chilpe	Desarrollo Local	Gentilar	Gentilar, Pocoma	1.350 a 1.000 d.C.
Periodo Desarrollo Local	San Miguel, Maitas	Charcollo		San Miguel	San Miguel	
Horizonte Tiahuanaco Expansivo	Loreto Viejo	?	Horizonte Tiwanaku	Maitas	Maitas, Chiribaya, Taltape	1.000 a 500 d.C.
				Cabuza	Loreto Viejo, Sobraya, Cabuza, Chiza, Charcollo	
			Formativo	Alto Ramírez	Faldas El Morro	500 d.C. a 800 a.C.
				Pescadores, Cazadores y Recolectores	Conanoxa Quiani Chinchorro	

Esta seriación fue realizada con disímiles herramientas metodológicas y para bien o para mal fue influida permanentemente con sugerencias y datos de colegas (H. Ghersi, G. Le Paige, L. Lumbreras, M. Neira, L. Núñez, H. Trimborn y G. Vescelius, entre otros). El resultado fue la exposición de continuos cambios en la secuencia, un proceso intelectual que llegó a ser fuertemente enjuiciado por sus pares (Lumbreras 1972-73; Núñez 1972-73). Finalmente a fines de la década de 1960, auxiliado por un conjunto de fechas radiocarbono (Núñez 1966), Dauelsberg (1969) llegó a su secuencia definitiva que continúa siendo el esquema cronológico base en la actualidad.⁴

⁴ Si bien las interpretaciones de los períodos y las fases están en plena discusión (Espouey et al. 1995; Uribe 1999), la secuencia cronológica se mantiene.

Es interesante notar que Dauelsberg, en una temprana publicación (1995b), reconoce la presencia de tres “corrientes culturales” procedentes desde diferentes lugares y que interactúan de manera secuencial y contemporánea en los valles de Arica. Aunque no es muy claro en sus componentes, define una corriente de la precordillera evidenciada por cerámica Charcollo, Chilpe y Saxamar; otra corriente desde la costa norte compuesta por cerámica Maitas, Sobraya y Loreto Viejo; y otra corriente del sur, que correspondería a San Miguel. Las dos últimas corrientes formarían el Desarrollo Regional, compuesto por Pocoma y Gentilar.

Consolidada su secuencia unilineal, Dauelsberg se aboca a recuentos generales (1972, 1982, 1985a) que son presentados como una secuencia de materiales arqueológicos, sin mayores énfasis en identificar procesos sociales. Un aporte importante fue evidenciar de manera contundente la presencia Tiwanaku e Inka en los valles de Arica. Hacia la última etapa de su carrera, Dauelsberg identifica el origen de la Cultura Arica en el Período Medio (1985b), señalando una continuidad desde las cerámicas Cabuza hasta el estilo San Miguel. Además, las postrimerías de la Cultura Arica estaría caracterizada por la cerámica Chilpe, indicador de una expansión aymara desde el altiplano hacia los valles precordilleranos de Arica, como parte de un proceso anterior a la Conquista Inca (Dauelsberg 1982).

En resumen, entre la década de 1950 y 1970 se logró afinar una cronología basada exclusivamente en tipos cerámicos. En definitiva Dauelsberg no presentó una interpretación de los procesos sociales que conformaron la sucesión de contextos arqueológicos, más bien se preocupó de exponer los contextos funerarios que sustentaban dicha cronología. Sin embargo, al igual que sus predecesores identificó la presencia de diferentes componentes en contemporaneidad, y además, en una publicación inicial (1995b), avanzó una hipótesis sobre distintas “corrientes culturales” en la conformación del poblamiento prehispánico de los valles de Arica.

2.4. La Influencia de Otras Disciplinas

A partir la década de 1970 se observan dos corrientes de investigación relativos a los períodos tardíos de los valles de Arica. Por un lado, están los aportes del equipo de investigación de Camarones, conformado por Virgilio Schiappacasse y Hans Niemeyer. Gran parte de los trabajos de terreno de este equipo de investigación fueron efectuados entre los años 1970 y 1990, cuyos resultados publicaron consecutivamente (Niemeyer et al. 1971; Niemeyer y

Schiappacasse 1981, 1988; Schiappacasse y Niemeyer 1988, 1997, 2002; Schiappacasse et al. 1991).

En términos generales, podemos señalar que los aportes de este equipo de investigación son tanto metodológicos como también empíricos. Metodológicamente, incorporaron sucesivamente métodos de análisis experimentales que sirvieron de base a otras investigaciones. En términos empíricos, en sus largos estudios conformaron un cuerpo de datos con un excelente nivel de registro. Las interpretaciones de este equipo para entender el Período Intermedio Tardío se resumen en:

- i. Postulan un modelo del poblamiento tardío del valle de Camarones donde interactúan poblaciones costeras y altiplánicas, fenómeno evidenciado mediante la cerámica y arquitectura (Niemeyer et al. 1971).
- ii. Su visión en detalle del valle de Camarones les permite postular que dicho espacio “es un área marginal en la dispersión de la Cultura Arica” (Niemeyer y Schiappacasse 1981: 53).
- iii. Señalan la existencia en cada valle de unidades políticas en cierto modo independientes, cuyos asentamientos se ordenan jerárquicamente (Niemeyer y Schiappacasse 1981: 54).
- iv. Reconocen mitimaes correspondientes al Período Tardío en la desembocadura y en el curso medio del valle, colonias desarrolladas a partir de los fenómenos de interacción entre altiplánicos y costeros identificados para el Intermedio Tardío (Schiappacasse y Niemeyer 1988, 1997, 2002).

En paralelo al trabajo del equipo de Camarones, otra corriente de investigación se desarrolló en el Museo Arqueológico San Miguel de Azapa. A mediados de la década de 1970, en Arica se reunieron noveles arqueólogos profesionales y una serie de investigadores de diferentes disciplinas. Por formación todos estos estudiosos sostenían nuevas herramientas para la investigación y formaban parte de una naciente escuela antropológica.

Recién llegado a Arica, Jorge Hidalgo publica un valioso documento para entender la constitución colonial de los valles (1978). En su introducción formula las bases para una posterior interpretación generalizada acerca de los procesos sociales y organización sociopolítica de las poblaciones prehispánicas tardías. Hidalgo plantea que la distribución de cerámica arqueológica San Miguel en el norte y sur peruano

[...] nos habla de algún tipo de unidad o campo de dispersión durante el período de los llamados estados, reinos y señoríos regionales pre-incaicos (Lumbreras 1972, 1974) ¿Se

trataría de alguna organización política prehispánica de la que no ha quedado recuerdo en la tradición transmitida por los cronistas o de alguna alianza de señores que expresarían su unidad por intermedio de la identidad de estilo similar a la que hemos descrito en el caso de los diaguitas? (Hidalgo 1978: II).

Se trataba de una propuesta que escapaba del ámbito académico inmediato de Hidalgo, pero que sin duda influyó su entorno intelectual de una manera más amplia de lo que pueden establecer las publicaciones de dicha época (C. Santoro y J. Hidalgo, comunicación personal 1999). Inmediatamente después, se propone que durante el Intermedio Tardío los asentamientos de Arica se organizaban en “confederaciones regionales” agro-marítimas “producto de la interacción cultural entre las poblaciones costeras y altiplánicas” (Muñoz 1982: 121). La jerarquía de asentamientos visualizada en el valle de Azapa y costa de Arica servía como evidencia para la especialización y organización de la Cultura Arica.

En los años siguientes se inician nuevos trabajos de prospección en la precordillera de Arica, que demuestran un intenso poblamiento aldeano asociado a cerámica de los estilos de la Cultura Arica (Davelsberg 1983, 1985a; Santoro y Chacama 1982). A partir de esto, Muñoz (1987) propone una hegemonía cultural en los valles bajos y precordilleranos de Arica, evidenciado por alfarería, textilería, patrones funerarios y arquitectónicos comunes. Para entender esta hegemonía Muñoz recurre a los antecedentes etnohistóricos y etnográficos postulando que la base de organización de la Cultura Arica es económica, aprovechando una amplia base de recursos de diversos espacios ecológicos (1987: 38).⁵

Más adelante, con nuevos estudios en la precordillera los arqueólogos locales verifican la interacción cultural (Muñoz et al. 1987b; Santoro et al. 1987), y más aún, postulan que las poblaciones costeras, representadas por los estilos cerámicos de la Cultura Arica, habrían tenido predominio político sobre los grupos altiplánicos (Muñoz et al. 1987b: 54; Muñoz y Chacama 1997: 594). Posteriormente, hacia mediados de la década de 1990, el conjunto de datos recopilados sobre el Intermedio Tardío permiten reevaluar el predominio costero en la precordillera aceptando diversas situaciones de interacción social entre costeros y altiplánicos que van desde la convivencia hasta el conflicto (Muñoz y Chacama 1999: 274; Muñoz et al. 1997: 126 y 171; Muñoz y Santos 1998: 73). Finalmente, Muñoz deja entrever una secuencia en la ocupación preincaica en la precordillera: Primero un dominio político costero, seguido por un dominio altiplánico (Muñoz 1996: 55; Muñoz y Santos 2000: 7).

⁵ Revisar la cita textual de Muñoz (1987) en el Capítulo 1 de esta memoria.

Estos planteamientos recogen los datos y modelos entregados por la etnohistoria, lo que permite entregar interpretaciones de procesos culturales más refinadas que las ofrecidas por la antigua escuela del Museo Regional de Arica. Sin embargo, a diferencia del grupo de trabajo de Camarones, poco esfuerzo se hizo para contrastar desde una metodología propiamente arqueológica dichos planteamientos y sus resultados no logran traspasar el umbral de la recolección de datos y bosquejos inductivos. Pese a que es plausible relacionar datos arqueológicos y etnohistóricos es necesario llevar cabo un diseño metodológico independiente para evaluar la validez de lo que propone la etnohistoria.

2.5. Volviendo a la Cronología y la Tipología

Tras las sucesivas interpretaciones sociopolíticas de la Cultura Arica y la relativa falta de investigaciones orientadas a problemas,⁶ algunos investigadores creyeron necesario volver a revisar con mayor acuciosidad los contextos funerarios para continuar afinando la secuencia histórica cultural. Desde mediados de 1990 el programa de investigación de Oscar Espouey, antiguo socio del Museo Regional de Arica, se abocó a reexaminar las tipologías y fechar asociaciones funerarias. Reunió diversos estudios especializados entre los que destacan los realizados a cerámicas (Uribe 1995, 1997, 1999), textiles (Agüero 2000; Horta y Agüero 1997) y cestería (Palma et al. 1995). Se continuó con el eje articulador propuesto por la tipología cerámica, lo que permitió ordenar los contextos por fechas de termoluminiscencia (Espouey et al. 1995b)

Esta revisión de los estudios clasificatorios logra identificar dos tradiciones culturales en los períodos agroalfareros del valle de Azapa. La primera denominada Tradición Altiplánica estaría representada principalmente por la cerámica Tiwanaku y Cabuza (Uribe 1999) y camisas rectangulares confeccionadas con tramas múltiples que poseen listas de colores verde y azul (Agüero 2000). Al contrario, la Tradición de Valles Occidentales estaría conformada por la cerámica Maitas y los estilos de la Cultura Arica (Uribe 1999), junto con camisas trapezoidales confeccionadas con tramas continuas que forman preferentemente listas de tonos morados y naturales (Agüero 2000).

⁶ Ya he indicado que el equipo de Camarones trabajó con un fuerte sustento metodológico, aunque no necesariamente procesual (Niemeyer y Schiappacasse 1981; Schiappacasse y Niemeyer 1997, 2000). Además, el trabajo de Cornejo y Fernández (1984) es un ejemplo aislado de exploración en la línea procesual.

Los resultados establecen que durante el Período Medio estas dos tradiciones culturales habrían sido contemporáneas por más de 400 años (Espouey 1995a), aspecto que refutaría la secuencia unilineal de Dauelsberg (1969, 1982).⁷ La Tradición de Valles Occidentales, iniciada en el Período Medio, conformaría la Cultura Arica característica del Intermedio Tardío. Se advierten diferencias estilísticas, especialmente iconográficas, durante el Intermedio Tardío, postulando diferencias entre las *chuspa* San Miguel y las *chuspa* Pocoma (Horta y Agüero 1997). Incluso postulan a modo de hipótesis la existencia de diferencias culturales entre la población portadora de cerámica San Miguel y la portadora de cerámicas Pocoma y Gentilar (Uribe 1999: 225).

A la par de estos trabajos de seriación funeraria, se desarrolló un intenso programa de investigación en el valle de Moquegua, en el sur peruano, dirigido principalmente por investigadores norteamericanos. Aunque estos trabajos no forman parte directa de la historia de la investigación de Arica sus resultados están influyendo fuertemente sus metodologías e interpretaciones. Estas investigaciones se iniciaron con prospecciones intensivas para identificar unidades culturales y desarrollar esquemas histórico-culturales. En la actualidad se realizan diversas investigaciones específicas orientadas a problemas para examinar modelos y procesos de cambio social.

En lo relativo a los períodos post-Tiwanaku en la precordillera de Moquegua, Stanish (1992) reconoce una compleja historia ocupacional con variaciones en la influencia y control de grupos altiplánicos. Luego del fin de la esfera Tiwanaku y los últimos resabios de la fase Tumilaca se registra una ocupación multiétnica de poblaciones costeras (Chiribaya) y altiplánicas, denominada fase Otorá. La siguiente fase inmediatamente pre-Inka, denominada Estuquiña, se caracteriza por el surgimiento de una cultura local precordillerana, con relaciones de complementariedad con el altiplano. Para el curso medio de Moquegua, en los espacios antes ocupados intensivamente por poblaciones Tiwanaku, se reconocen asentamientos costeros Chiribaya, junto a pequeñas colonias Estuquiña de precordillera (Bawden 1993; Williams 1997). En Ilo, costa de Moquegua, diversas investigaciones, tanto arqueológicas como bio-antropológicas (Jessup 1990; Lozada y Buikstra 2002; Owen 1993; Umire y Miranda 2001) caracterizan, para el Intermedio Tardío, una entidad política conformada por parcialidades especializadas de pescadores y agricultores, denominada Chiribaya.

⁷ Se debe recordar que esta secuencia unilineal corresponde sólo a una síntesis final de Dauelsberg, ya que anteriormente había intentado entender el poblamiento de los valles de Arica mediante la confluencia de diferentes "corrientes culturales" (1995b).

En resumen, en la actualidad la investigación de los períodos tardíos de los Valles Occidentales está en pleno desarrollo y dinamismo, que lejos de traspasar el esquema histórico-cultural, los incorpora y los evalúa sucesivamente mediante investigaciones orientadas a problemas. Podemos señalar que incluso la reciente reevaluación cronológica del equipo de Espoueyes podría ponerse en duda con los nuevos fechados de radiocarbono disponibles para Azapa (Cassman 1997). Estos fechados C_{14} corroboran la contemporaneidad de los contextos Cabuza y Maitas, pero los desplazan hacia el Intermedio Tardío haciéndolos también contemporáneos a los estilos de la Cultura Arica. Este fenómeno es similar a lo evidenciado en Ilo, donde las fechas asociadas a Cabuza son tardías, y contemporáneas a los inicios de Chiribaya (Owen 1993). Desde este punto de vista, volvemos a la primera dificultad descrita para Dauelsberg, que al pretender ordenar secuencialmente todos los tipos cerámicos, se encontró con una situación mucho más compleja, donde tipos cerámicos, y probablemente grupos culturales de larga tradición (desde el Período Medio al Tardío), conviven en un mismo espacio geográfico.

CAPÍTULO 3. MARCO CONCEPTUAL

A pesar que la mayoría de las investigaciones llevadas a cabo en los valles de Arica se sustentan en antecedentes etnohistóricos y arqueológicos, éstas no han desarrollado marcos conceptuales y metodológicos que intenten ofrecer una explicación más específica acerca de la organización económica y social de estas sociedades. Los diversos autores repiten interpretaciones muy plausibles acerca de la situación política e ideológica compartida para los Andes Meridionales, que permiten contextualizar a estas sociedades, pero no ofrecen una relación directa entre sus datos y sus interpretaciones. De esta forma, la historia de la arqueología de Arica muestra una cantidad creciente de descripciones junto con un limitado desarrollo teórico y metodológico orientado a problemas de investigación. Este es el caso de la propuesta de Muñoz (1987), acerca de la organización social de complementariedad ecológica de las diversas comunidades que conforman la Cultura Arica. Este modelo tiene una adecuada base de antecedentes etnohistóricos y arqueológicos, pero no desarrolla una metodología para evaluar su aplicabilidad.

Un desarrollo alternativo, es la consideración de un refinamiento de la tesis de verticalidad de Murra (1972) denominada “verticalidad escalonada”, que Durston e Hidalgo (1997) aplican a los valles de Arica para la época colonial. En ese sentido, Santoro y colaboradores (2003b) establecen una metodología para el análisis de la evidencia arqueológica del valle de Lluta y su relación con distintos modelos de interacción y complementariedad.

De mayor alcance regional es el modelo de Movilidad Giratoria (Núñez y Dillehay 1995), que busca explicar una buena parte de la evidencia arqueológica del Norte Grande como resultado del tráfico de caravanas de larga distancia. Subsecuentemente, Berenguer (2004) elabora una metodología contextual no sólo para evaluar la presencia de tráfico caravanero en el Alto Loa, sino que también especificar la relación entre dicho tráfico y los procesos de interacción regional y cambio social.

En este capítulo se discuten desde la teoría antropológica general algunos aspectos que tácitamente han sido básicos para entender el registro arqueológico de los valles de Arica, tales como la interacción social, la formación de identidades y en última instancia la complejidad sociopolítica.

3.1. Interacción e Identidad

En diversas regiones la arqueología tradicionalmente ha utilizado la dispersión de objetos o rasgos en un área geográfica para visualizar distintos tipos de interacción social. La discusión que desarrollamos a continuación ilustra como se han desarrollado distintas alternativas teóricas para interpretar arqueológicamente estos fenómenos de dispersión de rasgos materiales. Desde una visión más tradicional, ligada a una concepción estática de cultura, se ha utilizado la materialidad como reflejo de fenómenos de gran escala que pierden capacidad explicativa, como el intercambio, la migración, o las invasiones.

Con el desarrollo teórico posterior se ha obtenido una idea más dinámica y precisa de las circunstancias arqueológicas que envuelven la dispersión arqueológica. Considerando la cotidianidad de la capacidad creativa y las diversas eventualidades que conforman las estructuras sociales, se ha logrado tener una idea acerca de los muchos procesos a nivel micro que pueden interrelacionarse con los procesos de mayor escala. De este modo, los objetos materiales permiten entender la manera dialéctica en la cual la realidad social cristaliza identidades iniciadas a nivel individual pero que suelen tomar amplias y visibles formas sociales.

3.1.1. ENFOQUES DETERMINISTAS

La arqueología histórico-cultural, y también el posterior enfoque procesual, enfrentó el problema de la dispersión de rasgos y objetos con el concepto de **esferas culturales**, que pretendió describir la naturaleza de la distribución mediante la definición de áreas nucleares y periféricas (Caldwell 1964, citado por Berenguer et al. 1980). El núcleo se definiría por el lugar geográfico desde donde se expande y se desarrolla la “cultura”, en tanto que la periferia sería un espacio principalmente receptor de “cultura” desde uno o más núcleos. Los materiales preferidos para observar estos tipos de interacción de grupos culturales fueron aquellos capaces de describir estilos, como la cerámica y la arquitectura.

Según este planteamiento en las áreas periféricas se produce una disolución de rasgos materiales de la cultura, en relación al núcleo, donde se presentan evidencias culturales definidas más claramente. Este esquema se ha perfeccionado identificando diversos niveles (tales como, semi-periferia y ultra-periferia) y utilizándolo explícitamente en sociedades estratificadas (por ejemplo Tiwanaku, en Berenguer y Dauelsberg 1989).

Estos enfoques son claramente normativos, con una visión determinista, donde los rasgos culturales y las concepciones de los individuos están condicionados por una cultura de formas estáticas. Para Stone (2003) una fuente teórica más explícita y robusta para el determinismo cultural es la teoría sociológica de la acción y del *habitus* (Bourdieu 1997). Mediante dicha teoría se puede entender que la dispersión de objetos materiales en un área específica es producida por una serie de técnicas, costumbres y hábitos que de forma más o menos rígida y pasiva reproducen la cultura material a través de las instituciones de enculturación al interior de comunidades y regiones (Dietler y Herbich 1998). Además, se asume que los individuos no son concientes de la estructura social en que viven, ni de las elecciones que toman.

Por tanto, se considera a la cultura en un estado homeostático, que sólo se transforma cuando la forma tradicional de hacer las cosas se enfrenta a un nuevo contexto externo, como la migración o la colonización (Stone 2003: 39). Este enfoque de *habitus* puede explicar muchas de las similitudes materiales en un área arqueológica, pero no explicaría las diferencias en el estilo de los objetos en un determinado yacimiento o región. Una orientación opuesta, enfocada a entender la interacción social como un proceso podría dar cuenta de estas diferencias tan frecuentes en el registro arqueológico.

3.1.2. INTERACCIÓN SOCIAL E INDIVIDUAL

El **modelo de interacción entre entidades equivalentes** (*peer polity*), propuesto por Renfrew (1986) consigue avanzar en relación a los conceptos monolíticos y normativos de la cultura. Este autor considera que la mayor parte de los cambios culturales no tienen que ver con la difusión de rasgos culturales cruciales desde grupos humanos más “desarrollados”. Tampoco se puede afirmar que la mayoría de los cambios sociales se producen por motivos exclusivamente internos de las sociedades. Para Renfrew los cambios sociales más importantes son los ocurridos a partir de la interacción de entidades políticamente equivalentes diferenciadas y vecinas, que generalmente comparten un medio ambiente similar (1986: 6). Es dentro de un contexto regional de interacción donde se produce un intercambio no sólo de bienes materiales, sino sobretudo de elementos ideológicos que le otorgan un tipo de unidad cultural más amplia. Los diversos aspectos comunes, esencialmente ideológicos, diseminados en un extenso territorio, que el denomina “homologías estructurales”, serían evidencia de este proceso de interacción entre unidades políticas independientes pero equivalentes.

Dentro de este modelo, las interacciones entre entidades equivalentes pueden ser de tres tipos. En primer lugar se encuentra el conflicto, tanto en la arena real de las guerras, como también en la lucha simbólica. En segundo lugar está el traspaso de ideologías y tecnologías, donde cada grupo social evalúa constantemente sus propias instituciones y artefactos en relación a las de sus vecinos. En tercer lugar se señala al intercambio económico, que a medida que incrementa produce la intensificación de la producción regional global y esto conlleva el surgimiento de nuevas instituciones para manejar este escenario diferente (Renfrew 1986: 8).

El modelo de Renfrew ha sido bastante útil para visualizar las distintas esferas sociales involucradas en la interacción, especialmente el trasfondo simbólico. Sin embargo, el concepto de cultura que maneja es exclusivamente político, y por tanto muy difícil de evidenciar arqueológicamente, especialmente en sociedades más igualitarias.

También descartando los modelos deterministas, Schortman (1989) propone un concepto más dinámico de interacción, poniendo atención al hecho de que no son las culturas quienes se relacionan sino las personas con diferentes identidades sociales. La identidad se crea, modifica y ajusta permanentemente en las constantes interacciones sociales, buscando en definitiva maximizar las ventajas individuales. Desde esta perspectiva, la unidad de análisis teórico ya no es la cultura, sino la red de contactos entre sociedades, que se mantiene en la mayoría de los casos a través del grupo de prestigio regional (Schortman y Urban 1992). Es en este punto donde la discusión de la interacción social se extiende hacia el tema de la conformación de identidades.

Para Schortman las diferentes identidades situacionales se agrupan recurrentemente en **identidades prominentes**, que pueden ser de dos grandes tipos: **identidad étnica**, una autoadcripción solidaria basada en la historia y valores; y la **identidad de clase**, definida por una participación diferencial de los recursos. De este modo, la diferenciación vertical a escala local sería la base para el surgimiento de identidades de clase. En tanto, que la interacción regional permitiría el desarrollo de sentimientos étnicos, a partir de la necesidad de las élites locales por obtener y monopolizar el control de bienes a una escala regional (Schortman 1989: 59). Incluso, la escasez o la presión sobre ciertos recursos conllevan a enfatizar estas identidades prominentes (Hodder 1979).

Tales procesos de identificación y adscripción cultural, pese a que siempre se desenvuelven en un escenario social preexistente, corresponden a conductas esencialmente individuales, que tampoco

se conforma como un fenómeno completamente arbitrario (Shennan 1989: 16). En este sentido, podemos definir la identidad social como un proceso histórico, subjetivo, siempre individual y sobre todo discursivo.

En este proceso juegan un rol fundamental una serie de objetos que refuerzan la identidad que se quiere representar. Los individuos expresan su identidad social configurando arreglos particulares de los distintos objetos a su disposición, tales como, vestuario, instrumental, arquitectura, entre otros (Wobst 1999). De esta forma, los objetos no deben ser entendidos como el reflejo de afiliaciones culturales o sociales. Más bien, los objetos “intervienen” activamente en la conformación de distintos mensajes que los individuos en determinados contextos desean entregar o reforzar (Wobst 1999: 121; también Schiffer 1999: 204).

Esta forma de abordar los procesos de interacción y conformación de identidades es cercana al paradigma de la agencia. Este paradigma de agencia asume que los individuos tienen plena conciencia de las alternativas a su disposición; y que además reconocen el uso y la manipulación de símbolos que efectúan ellos y los demás (Stone 2003). Un enfoque extremo en este sentido sería la teoría del actor racional de Bell (1992, citado por Dornan 2002), en donde los procesos sociales deben ser entendidos como el resultado de decisiones individuales que sólo busca la conveniencia personal.

3.1.3. SÍNTESIS: REFERENTES CULTURALES

Hemos contrastado dos orientaciones generales para entender la dispersión de rasgos arqueológicos. Por un lado, una visión normativa y determinista, que explicaría las situaciones de distribución más homogéneas de materiales. Tales procesos pueden ser explicados por el accionar de la enculturación y hábitos culturales, procesos casi inconscientes. Por otro lado, otra orientación apunta hacia la constante interacción entre los individuos, y en consecuencia, las sociedades. Esto lleva a un constante diálogo a nivel individual entre las prácticas cotidianas y las conveniencias personales, dentro de un esquema medianamente racional. En ese sentido, los patrones materiales observados serían consecuencia de decisiones individuales similares frente a similares desafíos ambientales dentro de similares contextos sociales e históricos.

Si consideramos las conceptualizaciones de estructuración de Giddens (1979, citado por Dornan 2002), debemos asumir que ambos tipos de orientaciones (normativas inconscientes e interacciones racionales) actúan siempre de manera dialéctica. Por un lado, la estructura social

precedente, y por otro, la reformulación constante de las prácticas, y en definitiva, de lo que denominamos cultura.

Un ejemplo de esta dialéctica es que a partir de un número restringido de repertorio material, proveniente de un conjunto preexistente de hábitos y técnicas en una sociedad dada, los individuos pueden representar sus múltiples identidades, descartando, seleccionando y configurando de infinitas formas su materialidad. A su vez, es el contexto social y de uso de los artefactos el que determinaría su utilización para emitir un mensaje de identidad, y aunque los individuos pueden no tener conciencia de los mensajes emitidos por cada artefacto, conocen muy bien el funcionamiento general y la capacidad comunicativa del contexto social.

En consecuencia, nuestro enfoque debe considerar ambos procesos actuando conjuntamente (procesos normativos y elaboraciones racionales), sin aislar los procesos macro sociales al nivel de la estructura, como la tradición y los sistemas ideológicos estructurados, ni enfatizar de sobremanera las experiencias individuales, concientes e incluso contestatarias a la estructura. Así, debemos observar la materialidad como elaborada y utilizada activa y concientemente, pero también pasiva e inconsciente. Ambas características de la materialidad (activa y pasiva) son una evidencia más de la naturaleza contradictoria de la realidad humana.

Para captar esta dualidad de la materialidad utilizamos el concepto de “referentes culturales”, como una distribución particular de elementos materiales. Tales unidades no las entendemos como “culturas” en el sentido normativo del enfoque histórico-cultural, sino como la expresión material de un proceso de enculturación pasivo (Dietler y Herbich 1998) junto con una activa conformación de identidades sociales (Wobst 1999). Lo más interesante es que estos conjuntos materiales denominados “referentes culturales” conllevarían directa o indirectamente contenidos sociopolíticos, ideológicos y socioeconómicos particulares, que las comunidades tendrían a su disposición a partir de dicha materialidad similar. Obviamente, cada materialidad tendría diferentes niveles de accionar en cada una de las esferas culturales, es decir, cada sociedad utilizaría objetos y rasgos en determinadas actividades sociales, y cada objeto tiene potencial distinto de explicar su intervención en diferentes contextos.

3.2. Organización Sociopolítica

Una segunda discusión teórica es acerca de la organización sociopolítica, ya que ésta define

muchos de los aspectos relativos a la interacción social, especialmente los alcances de la integración a escala regional, la estabilidad de las instituciones involucradas, las cuestiones del poder entre las relaciones individuales, entre otros. Ha sido tradicional estudiar la organización sociopolítica desde una perspectiva clasificatoria o evolutiva. Esta perspectiva asume que la complejidad sociopolítica, entendida como el número de niveles de decisión política por sobre las unidades domésticas, involucra un determinado grado de concentración de riqueza y centralización política.

Al revisar ciertos aspectos teóricos utilizados para definir la complejidad social, es posible entender que, aunque el eje de complejidad es relevante, no puede ser desestimado un segundo eje de variabilidad sociopolítica, que tiene que ver con la forma de generar y administrar el poder, y que está presente tanto en sociedades igualitarias como estratificadas.

3.2.1. COMPLEJIDAD SOCIOPOLÍTICA Y EVOLUCIONISMO SOCIAL

Mucho se ha investigado desde que el tema de la complejidad sociopolítica fue puesto al debate por la antropología neo-evolucionista (Fried 1979; Service 1993). Este esquema ordenó las sociedades en una secuencia teórica hacia el “progreso” cuya cúspide es el estado, y específicamente, el estado occidental (Shennan 1993). Las llamadas sociedades de rango, jefaturas o cacicazgos, teóricamente se ubicarían a medio camino entre sociedades igualitarias y estatales.

Hoy en día, la propuesta de una secuencia unilineal de complejidad sociopolítica difícilmente puede ser sostenida. Las críticas a este planteamiento son diversas y provienen tanto de la evidencia etnográfica como arqueológica. La base de toda esta clasificación no ha sido corroborada empíricamente, e incluso se ha señalado que lo único empíricamente demostrable es la existencia de sociedades estatales y no estatales, y que la división de las sociedades no estatales entre bandas, tribus y jefaturas es algo puramente ideológico (Shennan 1993).⁸

Quizás el más grave problema de los esquemas evolutivos monolíticos es la asunción que un cierto grado superior de complejidad sociopolítica, independiente de cómo la llamamos, implica siempre una mayor concentración de riqueza, organización centralizada y asentamientos más grandes. En ese sentido, una nueva postura identificada como **evolución multilineal** permite

⁸ Ese es el sentido de la Ley Yoffee: “Si se puede discutir si una sociedad es estatal o no, entonces estamos frente a una sociedad no estatal” (Yoffee 1993:69, “If you can argue whether a society is a state or isn’t, then it isn’t”)

aceptar mejor la variabilidad etnográfica y sobre todo la arqueológica. Johnson y Earle (1987) señalan que las sociedades no emprenden un proceso de complejización en forma unitaria, sino que cada esfera cultural posee velocidades independientes de cambio. Más aún, señalan que la evolución de las sociedades no es unidireccional, planteando que las sociedades poseen largas etapas históricas con aumentos y descensos continuos de la complejidad. Por ejemplo, las sociedades de rango poseen una amplia variedad de desarrollos históricos, consolidándose sólo algunos pocos casos como sociedades estratificadas. Johnson y Earle (1987) plantean tres procesos muchas veces independientes, pero cuando los tres coinciden en dirección y grado en una sociedad particular, promueven una mayor complejidad social. Estos procesos son: (a) intensificación de la producción; (b) integración regional; y (c) diferenciación social.

Adicionalmente, Yoffee (1993: 67) propone que sólo el estudio de secuencias locales o regionales puede explicarnos la formación de organizaciones complejas. De este modo las sociedades etnográficas de rango serían líneas de desarrollo diferentes a las que dieron paso a los estados. Su propuesta, que cae dentro de la arqueología post-procesual, enfatiza el estudio de las conductas individuales por sobre las proposiciones normativas. Yoffee (1993: 69) propone tres tipos o fuentes de poder que actúan en conjunto sobre el desarrollo sociopolítico: (a) poder económico; (b) poder social-ideológico; y (c) poder político.

Desde fuera de la discusión entre teorías procesuales y post-procesuales, podemos observar que esta proposición de Yoffee es en gran parte equivalente a los procesos sociales descritos por Johnson y Earle (1987). La diferencia reside en que Yoffee los identifica como resultado de decisiones y conductas personales y no como procesos de determinados roles sociales. El poder económico que buscan determinados agentes de la sociedad, en los términos de Yoffee, sería la base por la cual se desarrolla la intensificación de la producción. Del mismo modo, el poder social-ideológico debería inducir a la integración regional; y el poder político conllevaría a la estratificación social.

3.2.2. EJE CORPORATIVO-RETICULAR

Otra alternativa de visualizar el cambio sociopolítico, es la distinción de un eje de variación sociopolítica distinta y perpendicular al de complejidad, que tiene que ver con formas generales de organización política, una denominada **modalidad corporativa**, y la otra **modalidad reticular** (o **excluyente**) (Blanton et al. 1996; Feinman 2000). Estas modalidades son consecuencia de

conductas humanas de competición política básica, la primera que busca decisiones ampliamente consensuales y otra que intenta monopolizarlas (Blanton et al. 1996). El contenido ideológico e histórico de las sociedades legitima o inhibe cada una de las instituciones que permiten el desarrollo de estas diferentes formas de ejercer poder.

La modalidad excluyente se centra en la capacidad de un pequeño grupo selecto para organizar y desarrollar un poder monopólico, mantenido a partir del manejo de redes de distribución de bienes de prestigio y la legitimación de un linaje particular (Blanton et al. 1996: 5). Es notable la diferenciación social de las personas que ostentan el liderazgo, el que dependiendo del grado de complejidad de la sociedad, va desde la ornamentación elaborada del adorno personal, la concentración de objetos de prestigio, hasta la fabricación de arquitectura doméstica y funeraria excepcional (Feinman 2000: 39). En la modalidad excluyente o reticular, esta conformación individualista del poder provoca una incesante tensión entre las distintas facciones en competencia, y en consecuencia, el liderazgo sería volátil y disputado constantemente.

La modalidad corporativa, por otro lado, se basa en estrategias de mayor integración social sustentadas ideológicamente. Esto no se logra acumulando riqueza, sino distribuyéndola entre los miembros de la comunidad. Aunque se diferencia un grupo que puede aspirar o detentar el poder, es más influyente la estructura e ideología que sustenta el sistema de cargos (Blanton et al. 1996: 2). El grupo de liderazgo no busca el prestigio individual ni fomenta la competencia, sino que persigue el bienestar de la comunidad mediante la cooperación. Esto se logra mediante una serie de actividades ideológicas que apuntan a la unidad grupal tocando los “profundos temas de la fertilidad, la renovación social y la renovación del cosmos” (Blanton et al. 1996: 6). Que se expresa materialmente mediante grandes infraestructuras públicas, con funciones sociales o económicas, tales como centros ceremoniales, depósitos comunales o canales de irrigación.

Blanton, Feinman y colaboradores (1996: 6) llaman la atención que la visión evolucionista, en especial la unilineal, ha sobreestimado la centralización del poder y la riqueza, como un rasgo para verificar mayor complejidad sociopolítica. Sostienen que el énfasis en el monopolio del poder es una característica de la modalidad excluyente, pero no de la modalidad corporativa. Esto ha llevado a que la arqueología haya acentuado la materialidad de la modalidad excluyente o reticular, tales como, concentración de objetos y rasgos altamente elaborados, como

una forma de verificar jerarquización política, desestimado la materialidad que pueden ofrecer las organizaciones corporativas.

Al señalar que son un eje de variación perpendicular a la complejidad, se estima que ambas modalidades se desarrollan al interior de sociedades con diversos grados de complejidad social. Aunque muchas veces ambas modalidades se despliegan en conjunto al interior de las sociedades, es frecuente que una se desarrolle a expensas de la otra y que tengan a una tendencia a oponerse (Feinman 2000: 32). Desde un punto de vista más amplio, ya sea en términos temporales o regionales, se estima que ambas modalidades son complementarias.

3.2.3. SÍNTESIS: ORGANIZACIÓN POLÍTICA EN SOCIEDADES PRE-ESTATALES

En términos de complejidad social, las sociedades de los Andes Centro Sur, incluyendo los valles de Arica, serían sociedades de rango (Schiappacasse et al. 1989). En cierto modo la evidencia arqueológica permite afirmar que se trata de comunidades con líderes con una diferenciación sustentada en el prestigio, organizando diversas especializaciones económicas que permitieron la generación de excedentes, tales como, la horticultura, pesca, ganadería, elaboración de artesanías, integradas a un nivel supra-local probablemente mediante mecanismos de reciprocidad y redistribución (Santoro et al. 2004).

Aunque muchas de estas evidencias no hayan sido evaluadas, sostenemos además un tipo de prueba indirecta, en la documentación etnohistórica de los s. XVI y XVII de estos valles, que indican una temprana formación de cacicazgos estratificados (Hidalgo y Durston 1998). Sin embargo, no se puede negar la posibilidad que esta organización sea un producto completamente colonial. Aunque también es probable que dicha jerarquía se haya cristalizado a partir de una serie de procesos prehispánicos, como lo sugieren los cargos jerárquicos comunes y tradicionales en el área, tales como, “caciques”, “principales” e “indios comunes” (Hidalgo 2004).

Finalmente, podemos dirimir el problema del rótulo y la tipología evolucionista, proponiendo definir a estas sociedades como pre-estatales, sociedades que fueron testigos e interactuaron con los procesos de estratificación en los Andes Centrales (Wari e Inka) y la subárea Circum-Titicaca (Tiwanaku y “reinos” aymaras), pero que claramente no alcanzaron tal complejidad. Con este término, situamos un criterio más objetivo y de menores implicancias interpretativas que las nomenclaturas etnográficas y etnohistóricas de señoríos, cacicazgos y curacazgos.

Con respecto al eje de organización sociopolítica, observamos que es un tema novedoso para el Centro Sur Andino. Es de amplia fecundidad si intentamos entender los procesos sociales a nivel regional en los valles de Arica. La modalidad excluyente o reticular implica la existencia de amplias redes de intercambio de objetos, personas y conocimiento, que se dispersan por un área mayor que incluye distintas y pequeñas unidades políticas interrelacionadas (Blanton et al. 1996: 4). Lo que tiene mucha semejanza con el área de “homologías estructurales” de la interacción entre equivalentes (Renfrew 1986) donde las distintas élites locales formarían un grupo de prestigio regional (Schortman y Urban 1992).

Esto difiere en la modalidad corporativa, que estructuralmente permite la integración política efectiva de un territorio mayor, y su estructura ideológica puede rebasar dichas fronteras y sustentar pequeñas élites de modalidad excluyente. Para entender el accionar de este particular eje sociopolítico en los valles de Arica debemos primero discutir distintos modelos andinos políticos, que tienen que ver tanto con la organización interna de las comunidades y sociedades, como de sus relaciones económicas y políticas regionales.

3.3. Modelos Andinos de Economía Política

La discusión general relativa a la interacción y complejidad social nos sitúa en un contexto todavía demasiado amplio para caracterizar a las sociedades foco de nuestro estudio. Para conformar un planteamiento conceptual con miras a nuestra elaboración metodológica debemos revisar dos tópicos fuertemente desarrollados en los Andes relativos a los modelos andinos de organización sociopolítica e interacción regional, uno enfocado al nivel comunitario, sobre la unidad social mínima del mundo andino, y otro relativo a la integración regional mediante una serie de modelos de complementariedad andina.

Ambos niveles de análisis, el de la organización interna de las comunidades y el de la integración regional, pueden ser abordados desde el enfoque **económico substantivista** de Polanyi (1976), también conocido como **economía política**. Este enfoque se interesa en la estructura política de la economía, principalmente aquellos aspectos de la producción e intercambio de bienes y prestaciones. Además, esta estructura política se sustenta en una ideología que legitima una serie de instituciones y mecanismos.

El enfoque de economía política se basa en la distinción de tres tipos generales de intercambios de recursos o “integraciones”: (1) reciprocidad, (2) redistribución y (3) “comercio”. Las dos primeras han sido ampliamente estudiadas en los Andes a partir de los trabajos de Murra (1978). La **reciprocidad** consiste en un intercambio de bienes y servicios de valor equivalente entre individuos de similar estatus sociopolítico. Al contrario, la **redistribución** implica bienes y prestaciones no equivalentes entre individuos social y políticamente diferenciados. Siguiendo el clásico trabajo sobre los dones de Mauss (1971), Alberti y Meyer (1974) resaltan que una característica de la reciprocidad sería “que entre una prestación y su devolución debe transcurrir un cierto tiempo” (1974: 21).

Dentro del **intercambio comercial**, la tercera integración económica de Polanyi (1976) se distingue un intercambio mercantil y otro no mercantil o “**comercio administrado**”. Stanish (1997: 198) señala que en el “comercio administrado” los valores de cambio de los recursos están determinados por una autoridad, y que este intercambio puede cubrir grandes distancias sin el uso de monedas y sin la creación de riquezas independientes de la autoridad política. El planteamiento original de Murra (1978) minimiza el rol del intercambio comercial (sea mercantil o no mercantil) en los Andes (Van Buren 1996). Al contrario, Stanish (1997) incorpora explícitamente el “comercio administrado” como uno de los mecanismos utilizados por la organización económica Inka (ver también Salomon 1985).

Además, queda abierta la posibilidad que el “comercio administrado” también haya existido en las sociedades andinas pre-estatales, especialmente en el Centro Sur Andino actuando en conjunto con los mecanismos de reciprocidad y redistribución. Por último, nosotros vemos un continuo a veces difícil de separar entre la reciprocidad y el intercambio comercial. En los Andes existen situaciones en que para una de las partes involucradas el proceso puede ser visto como reciprocidad, en cambio, para la otra parte, el mismo acto es visto como comercio. Por tanto, si para un etnógrafo puede ser complicado establecer el tipo de relación, para un arqueólogo, observando sólo evidencias materiales, la tarea puede llegar a ser imposible.

3.3.1. AYLLU Y COMUNIDADES

La unidad social mínima del mundo andino tradicional es el *ayllu*, una organización que ha sido definida principalmente por antropólogos y etnohistoriadores a partir de la sociedad andina actual o histórica (Carter y Albó 1988; Izko 1986; Platt 1987; Isbell 1997; Urton 1992). Sin

duda el *ayllu* ha sido una institución que ha variado en los últimos 500 años (Albarracin-Jordan 1996), pero que conservaría todavía algunos de sus principios estructurales.

Aunque no existe un acuerdo definitivo, todos coinciden en que los *ayllu* son conjuntos sociales basados en una clase de relaciones de parentesco, rituales o reales, que ocupan un territorio continuo o discontinuo. Otra característica fundamental de los *ayllu* es su organización política bajo una forma segmentaria e inclusiva, es decir, con niveles organizativos crecientemente inclusivos de similar estructura (Izko 1986: 73; Platt 1987: 69). El equilibrio y la continuidad del *ayllu* estarían basados en las integraciones económicas de reciprocidad y redistribución, en conjunto con el principio ideológico de la dualidad. Este concepto ideológico tomaría formas sociales, enfrentando y combinando segmentos o parcialidades opuestas pero complementarias (Platt 1980). Estas integraciones y principios permitirían la división y fusión articulando los diferentes niveles de organización sociopolítica desde la comunidad local, hasta los niveles territoriales más amplios que Platt (1987) denomina federaciones.

Albarracin-Jordan (1996: 68) destaca como aspecto básico del *ayllu* el ejercicio del poder, el mando alternante y la existencia de un conjunto de cargos auxiliares que cooperan en la dirección. Platt (1987: 74) advierte la posibilidad que el mando alternante o rotativo “haya tenido más relevancia en los niveles más bajos del sistema segmentario”. Al mismo tiempo, llama la atención que en los niveles superiores los cargos hayan sido de acceso restringido a un grupo de poder (Platt 1987: 73). Adicionalmente, la documentación etnohistórica de los s. XVI y XVII de los valles de Arica nos hablan de cacicazgos estratificados (Hidalgo y Durston 1998).⁹ Aunque no podemos negar que estas jerarquías dinásticas son un producto colonial, también es altamente probable que se hayan materializado a partir de una serie de procesos prehispánicos.

Estas diferencias entre una organización política más igualitaria (al nivel comunitario) y otra paralela con un acceso al poder más restringido (al nivel federativo o del cacicazgo colonial) parecen inherentes al proceso político de integración regional. A medida que crece el radio de acción de una entidad sus líderes deberían tener un poder más estable. Aquí podemos volver al modelo dual de la organización política, y entender que quizás el cambio más importante con la

⁹ Notar la distinción entre los términos *cacique* y *kuraka*. *Cacique* es el cargo institucionalizado por la administración española posterior a la conquista, y con el cual se refieren la mayoría de la documentación etnohistórica. El *kuraka*, en cambio, se trata de un cargo tradicional, posiblemente menos afectado por la administración española y cuya institución provendría de época prehispánica.

llegada hispana a los Andes, no fue el incremento de la complejidad sino el cambio de una modalidad organizativa a otra.

Hay otros aspectos de los alcances del concepto antropológico de *ayllu* que no están clarificados. Uno es respecto a la relación del *ayllu* con las *markas* o comunidades. En algunos casos dichas categorías son utilizadas como sinónimos (Uribe 1996). Sin embargo, otros autores indican que la comunidad tradicional estaría conformada por una serie de *ayllu*, de esta manera. Albarracín-Jordan (1996) llama la atención de la existencia de las *marka* como comunidades donde convergen múltiples *ayllu* y etnias. Mientras que Gabriel Martínez (1976) se refiere al pueblo de Isluga, del altiplano de Iquique, como una *marka* donde se organizan distintos *ayllu* y estancias.

Todo esto es importante de discutir en relación al alcance espacial de las comunidades locales andinas. Se ha descrito que ciertos *ayllu* acceden a recursos de diferentes espacios ecológicos, mediante el modelo de verticalidad (Brush 1987). Si la comunidad es el centro social de una serie de *ayllu* repartidos geográficamente de manera discontinua, es a través de la reciprocidad y la redistribución que se lograría ampliar el área de acceso a los recursos que dispondrían los *ayllu* separadamente. En este sentido, es efectivo que la reciprocidad y la redistribución amplían efectivamente la cobertura de todas las unidades sociales andinas, pero no se puede sostener la visión que sólo la reciprocidad y la redistribución sustentan la organización del *ayllu* (Uribe 1996: 59). Tampoco se puede establecer fehacientemente que todos aquellos aspectos relativos al intercambio mercantil dentro la producción del actual *ayllu*, sean de origen occidental, como sostiene Pease (1992: 91).

3.3.2. COMPLEMENTARIEDAD ANDINA

La forma más frecuente de abordar el tema de la economía política de las sociedades prehispánicas de los Andes, es a través de modelos sobre el funcionamiento político a una escala regional. Hoy en día todos estos modelos generales se agrupan dentro del término “complementariedad andina” o “paradigma de complementariedad” (Berenguer 2004: 2) que reúne un amplio cuerpo de conceptos teóricos, planteamientos y problemas.

Todo esto se desarrolla a partir de una abundante discusión teórica y metodológica iniciada por los trabajos de John Murra (1972, 1978). La tesis original del **control vertical** o archipiélago vertical presentó cinco casos, desde extensas entidades políticas hasta grupos domésticos, para

mostrar los esfuerzos de las unidades sociales por acceder directamente a la diversidad de espacios geográficos del transecto andino (Murra 1972). Pese a restringirse a datos etnohistóricos del momento de contacto indígena-hispano, esta hipótesis fue ampliada social y temporalmente.

Un aspecto fundamental de la tesis es el establecimiento de colonias lejanas dependientes social y económicamente de un núcleo. Este núcleo tiene la capacidad política para mantener tal institución pese a la distancia y el tiempo. Ya que la documentación más convincente es relativa a los reinos altiplánicos del siglo XVI, sociedades plenamente estratificadas, este nivel sociopolítico es crucial para el modelo. Otra característica relacionada es la distribución salpicada de “islas” productivas sobre un amplio territorio formando entidades en forma de archipiélagos, donde muchos de los espacios ecológicos son compartidos con otras entidades (Murra 1972).

Ese aspecto de la interacción de poblaciones en determinados espacios ha servido a los arqueólogos para encontrar los indicios de esta organización (por ejemplo, Mujica et al. 1983). La crítica metodológica a la arqueología de la verticalidad es la utilización de una aproximación de tipo artefactual, desatendiendo un enfoque contextual que busque identificarla utilizando conjuntos de artefactos y rasgos (Stanish 1992). Una segunda crítica es que consiste en una concepción principalmente altiplánica de ver el problema de acceso a recursos exóticos y por tanto no sirve para plantear un modelo general andino (Van Buren 1996).

El modelo fue atractivo desde un inicio, pues planteaba la existencia de un ideal andino particular, por lo que, tanto arqueólogos como etnohistoriadores y antropólogos, comenzaron a explorar su continuidad cultural. Para Van Buren (1996) el contexto político del pensamiento de Murra (década de 1960 y 1970) significó que su tesis trascendiera la mera investigación del pasado, para ser un instrumento de interpretación política de la realidad andina contemporánea. Como sea, el amplio conjunto de trabajos empíricos en los Andes logró una rápida declaración de los problemas del modelo (Murra 1976, 2002) y una precisión de sus conceptos (Salomon 1985). Estudios en la sierra central peruana (Brush 1987) corroboran este énfasis en la autosuficiencia de las comunidades, pero especifican que el tipo archipiélago propio del Inka y de los reinos aymara del siglo XVI, es muy distinto a la verticalidad compacta de hoy en día. Este mecanismo, también identificado como “doble domicilio” en la etnografía de los Valles Occidentales (González 1990), es aplicado por unidades domésticas que acceden a múltiples espacios ecológicos mediante el establecimiento de diferentes moradas a lo largo del año.

En conclusión, la literatura posterior plantea que la verticalidad es sólo uno de los mecanismos que la sociedad andina tuvo para acceder a bienes de otros pisos ecológicos (Dillehay 1987; Romero 1994; Salomon 1985). Además, se ha llamado la atención en que una misma sociedad puede establecer de manera flexible distintos mecanismos para acceder a recursos ubicados en diferentes espacios ecológicos. Salomon (1985) denomina “aparato de complementariedad” al conjunto de mecanismos de intercambio que una sociedad o comunidad implementa.

Por otro lado, Rostworowski (1989: 17), a partir de datos etnohistóricos del norte y centro peruano, postuló grandes diferencias políticas entre las sociedades altiplánicas y costeras. En contraposición a los postulados de Murra, este modelo costero ha sido identificado como **horizontalidad**, que consiste en una organización caracterizada por la presencia de parcialidades ampliamente especializadas, tales como pescadores, mercaderes, agricultores y artesanos. Al igual que en los casos altiplánicos esta organización fue documentada para entidades fuertemente estratificadas, aunque de mucho menor dimensión espacial.

Se señala que en la costa peruana prehispánica cada valle bajo estuvo organizado por varios *kuraka* que mantenían estrechas relaciones con el resto de las entidades, siendo posible aplicar algún tipo de organización federada o macroétnica (Rostworowski 1993). A nivel local, la organización se sustentaba por la institución del *kuraka*, una autoridad sumamente reverenciada por sus súbditos. Se ha señalado que el *kuraka* costero, al igual que la autoridad altiplánica, supervisaba la actividad de cada parcialidad especializada mediante las instituciones de reciprocidad y redistribución (Lozada y Buikstra 2002). Por otro lado, la integración regional se debió fundamentar en el intercambio no mercantil y una ideología compartida, posiblemente expresada en el surgimiento de centros ceremoniales que reunían una amplia diversidad de personas y entidades, como el centro de peregrinaje de Pachacamac (Rostworowski 1992). En resumen, la denominada horizontalidad es otra estrategia de las sociedades estratificadas para reproducirse social e ideológicamente. La diferencia principal con la verticalidad es el rol central del intercambio sin mercado, es decir, un acceso indirecto a los bienes y servicios no locales.

Un modelo similar tanto en términos de economía política como en su oposición al modelo de verticalidad es el **modo altiplánico** de Browman (1981, 1984). A partir del registro de interacción en sociedades etnográficas de tierras altas, Browman plantea que las sociedades altiplánicas prehispánicas desde el Período Formativo buscaron el acceso a bienes distantes utilizando principalmente los camélidos como medio de transporte de carga. La vastedad del

altiplano hizo insuficiente y más costoso para las comunidades acceder de manera directa y autosuficiente a una serie de recursos. La estrategia más conveniente para los altiplánicos, desde el Formativo, y especialmente organizando la entidad política Tiwanaku, habría sido la especialización artesanal y el intercambio. El sitio de Tiwanaku habría transitado desde un centro de intercambio hasta un centro de producción de bienes de prestigio. Aunque opuesto a la verticalidad, ambos modelos podrían ser complementarios dentro de un proceso temporal. En esta forma, Albarracín-Jordan (1996: 76) destaca que el modo altiplánico busca explicar el surgimiento de Tiwanaku, mientras que la verticalidad explica la organización de las comunidades post-Tiwanaku.

Los modelos de verticalidad, horizontalidad y altiplánico han sido elaborados principalmente para explicar el funcionamiento económico y político de sociedades estatales. Al contrario, el modelo de **movilidad giratoria** (Núñez y Dillehay 1995) es el que mejor se ajusta al nivel de complejidad política de las sociedades pre-estatales de nuestro estudio. Pese a que se han observado ciertas limitaciones e imprecisiones de este modelo (Núñez y Dillehay 1995: 150), las amplias evidencias arqueológicas encontradas siguen apoyando su funcionamiento y aplicación para la comprensión de los procesos socioculturales ocurridos en la región, en los diferentes períodos de su prehistoria.

La movilidad giratoria establece que el principal mecanismo para acceder a bienes distantes en el Centro Sur Andino es uno indirecto, mediante una institución de tráfico caravanero, de gran profundidad cronológica en los Andes Meridionales. Núñez y Dillehay (1995: 27) postulan que el tráfico se realizaba a través de un conjunto de rutas fijas que unían asentamientos-ejes ubicados en distintas zonas ecológicas (costa-puna, puna-puna, puna-selva). Las rutas estarían definidas por los asentamientos y sus recursos, además de las necesidades logísticas de los caravaneros y etológicas de las llamas.

En la base del modelo están los conceptos de armonía social y desarrollo sugiriendo que la institución de intercambio caravanero además de ser un mecanismo económico, significó la integración social de múltiples sociedades pre-estatales. Al centrarnos en sociedades pre-estatales, debemos hacer hincapié en que no es posible esperar una forma única de tráfico caravanero, tanto en su funcionamiento institucional, evidencias materiales y aspectos ideológicos (Sepúlveda et al. 2005). En tal sentido, Berenguer (1994) ha afinado una tipología de instalaciones arqueológicas desde el punto de vista del funcionamiento caravanero, que distingue

paskana, estancias y asentamientos ejes. Se podría pensar que la amplitud temporal y espacial del modelo sería un inconveniente, pero siguiendo a Berenguer (1994, 2004) sostenemos que el planteamiento conceptual de la movilidad giratoria, y especialmente del rol del intercambio, es un buen punto de partida para seguir avanzando en el entendimiento de la interacción y la economía política de las comunidades del sur andino.

3.3.3. SÍNTESIS: COMERCIO ADMINISTRADO EN SOCIEDADES PRE-ESTATALES

Murra (1972, 1978) ha enfatizado la autosuficiencia de la comunidad tradicional andina mediante las prácticas de reciprocidad y redistribución, restando importancia a los mercados y el intercambio mercantil (Murra 1987). Esto ha provocado ver a todas las prácticas de intercambio comercial como ajenas a las sociedades andinas. Sin embargo, se hace necesario diferenciar entre el intercambio mercantil, que Murra (1987) correctamente señala como marginales, y el “comercio administrado”, que Stanish (1997) señala como crucial en la economía política Inka.

Sostenemos que los conceptos de intercambio recíproco y redistribución aplicados en los Andes (Alberti y Meyer 1974; Pease 1992) encierran una gama de distintas prácticas, entre las que se confunde el intercambio de recursos que Polanyi (1976) denomina “comercio administrado”. Se ha planteado a la reciprocidad como opuesta al intercambio mercantil (Temple 2003), pero se omite la posibilidad del desarrollo de un intercambio sin mercado donde los valores de los artículos están previamente fijados por prácticas tradicionales y una autoridad.

Otro punto que puede explicar el énfasis en la reciprocidad y la redistribución, es que estos intercambios son ampliamente visibles en ciertas actividades sociales de tipo ceremonial. De este modo, Alberti y Meyer (1972: 21) indican que la reciprocidad presenta un “proceso de negociación de las partes, [que] en lugar de ser un abierto regateo, es más bien encubierto por formas de comportamiento ceremonial”. Quizás el énfasis etnográfico en dichas prácticas rituales como fuente de lo más tradicional, han dejado de lado todo un conjunto de actividades cotidianas de intercambio, hoy en día mercantiles (Custred 1974), que se asumen enteramente como producto del influjo del sistema capitalista (Pease 1992). Sostenemos como más probable que tales prácticas mercantiles actuales fueron transformaciones de mecanismos tradicionales de

intercambio administrado, presentes incluso en las sociedades pre-estatales de los valles de Arica.¹⁰

Estas integraciones de “comercio administrado”, redistribución y reciprocidad fueron sustentadas a través de la autoridad comunitaria del *kuraka*. Según Foucault (1980), el fenómeno del poder es un juego constante de relaciones presentes en cada uno de los actos sociales. Por tanto, este ejercicio de poder esta presente en cada una de las conformaciones de identidades y relaciones de economía política. En sociedades estatales existiría una mayor concentración de poder, ya sea en términos de líderes monopolizantes o un sistema de cargos, que irradiaría en forma y contenido ideológico hacia las autoridades de una escala menor, como los *kuraka*. En cambio, en sociedades pre-estatales, existiría una concentración parcial del poder, sin monopolio de las formas y contenidos ideológicos, lo que provoca que el poder y la autoridad se despliegue en una arena más diversa y dinámica (Uribe 1996). En sociedades pre-estatales son los mismos *kuraka* comunitarios, que luchan por mantener un prestigio tanto a nivel local, y lograr al mismo tiempo una prominencia regional.

Verificando las tres modalidades no mercantiles de intercambio dentro del *ayllu* y la comunidad, podremos entender el rol de estas unidades sociales básicas en la integración regional. Aunque mucho se ha discutido acerca del manejo del poder al interior de la comunidad, como mecanismo de reproducción social (Uribe 1996; Urton 1992), hace falta entender como la organización segmentaria y los diferentes mecanismos de intercambio al interior del *ayllu* permiten integrar regionalmente diversas comunidades. La centralidad de la institución del *kuraka* en sociedades pre-estatales, que pese a disponer un poder restringido y constantemente disputado, explicaría en buena medida la interacción regional prehispánica.

De este modo, nuestro marco conceptual no pierde de vista que cada uno de los modelos regionales de interacción propuestos (verticalidad, horizontalidad, altiplánico y movilidad giratoria) representan instituciones particulares de economía política que fueron inhibidas o enfatizadas por los contenidos ideológicos, culturales e históricos reproducidos a nivel comunitario. Este limitado nivel de organización política no permitió una integración homogénea a lo largo de este territorio, sino más bien, que cada espacio haya desarrollado independiente situaciones

¹⁰ Datos etnográficos de los valles medios de Arica pueden documentar una práctica tradicional de comercio administrado. Cuando hasta mediados de la década de 1950, llegaban los *marchantes* altiplánicos al valle de Codpa, un “repartidor” de la comunidad local junto a los caravaneros se encargaban de fijar los valores de cambio y trueque de los distintos productos intercambiados. Estos valores se mantenían en todas las transacciones realizadas por cada unidad doméstica (Morales 1985).

específicas.

A continuación elaboramos un conjunto de hipótesis que consideran los conceptos hasta acá discutidos, para interpretar la interacción y funcionamiento de distintos modelos de economía política utilizados por las comunidades prehispánicas dentro de su afán político de lograr prominencia regional.

3.4. Elaboración Metodológica

Tras la revisión de una serie de conceptos de antropología general y de la antropología andina, podemos construir un argumento acerca de la organización de las sociedades tardías de los valles de Arica que pueda ser evaluado por un conjunto de materiales distribuidos en los yacimientos arqueológicos. Un primer paso, es caracterizar las expresiones de lo que hemos definido como referentes culturales. Un segundo paso, es distinguir distintos procesos de economía y organización política a nivel comunitario y regional. Los dos componentes materiales utilizados en este estudio, arquitectura y cerámica, debieron ser periódicamente negociados al interior de la comunidad y tuvieron diferentes visibilidades a nivel regional, dependiendo de una serie de instituciones sociales sancionadas y estructuradas por la historia y por las dinámicas relaciones de poder de estas sociedades pre-estatales.

3.4.1. REFERENTES CULTURALES DE LOS VALLES DE ARICA

Denomino “referentes culturales” a conjuntos particulares de materiales con características, arreglos y distribuciones espaciales diagnósticas. Este conjunto es producto de un proceso de enculturación pasivo, junto con una conformación activa de identidades sociales al interior de comunidades y distribuida regionalmente. Reiteramos que no se trata de definiciones normativas y estáticas de cultura, sino de conjuntos dinámicos de materiales usados tanto pasiva como activamente por los individuos.

De manera más específica, de acuerdo a una serie de antecedentes arqueológicos y etnohistóricos planteamos el accionar de tres grandes “referentes culturales” en los valles de Arica, uno de tierras bajas, otro de precordillera y un tercero de origen altiplánico

CULTURA ARICA: Este referente de tierras bajas ha sido identificado principalmente por una

tradición artesanal de alta elaboración iconográfica y un patrón funerario distintivo. Esta unidad fue denominada tempranamente como Cultura Arica (Bird 1946) y ha sido estudiada principalmente mediante contextos funerarios (Dauelsberg 1972; Espouey et al. 1995) y sólo recientemente a través de excavaciones estratigráficas en contextos domésticos (Muñoz 1982; Romero 2002; Santoro 1995).

Se trataría de comunidades que basan su economía en la explotación de las tres dimensiones del mar (dimensión longitudinal, batitudinal y latitudinal, Llagostera 1989), junto con una agricultura de inundaciones temporales. Al parecer, una variada industria artesanal, especialmente textil y cerámica, da cuenta de una tercera actividad económica relevante. El patrón arquitectónico de sus habitaciones fue principalmente de planta rectangular (Muñoz 1982; Santoro 1995), con paredes y techumbres de totora y cañas. Además, gruesos postes de madera sustentaron las paredes y la techumbre. En los sectores medios de los valles se incorpora la piedra para delimitar y reforzar las fundaciones de las estructuras (Muñoz y Focacci 1985; Niemeyer et al. 1971; Niemeyer y Schiappacasse 1981).

Su material diagnóstico es la cerámica de estilos Pocoma, Gentilar y San Miguel, presentes tanto en contextos funerarios como domésticos (Dauelsberg 1995a; Schiappacasse et al. 1989; Uribe 1999). El conjunto textil también es de gran elaboración iconográfica, destacando los motivos figurativos de *inkuña* y bolsas *chuspa* (Agüero 2000; Ulloa 1982). Este énfasis en la calidad e iconografía de las artesanías, también se observa en la cestería, calabazas pirograbadas, objetos de madera, entre otros (Dauelsberg 1972, 1982; Espouey et al. 1995).

GRUPO CHARCOLLO: Un segundo referente tiene su foco de producción en la precordillera de Arica y ha sido caracterizado por un patrón habitacional pircado de planta circular creando aldeas aglutinadas y una explotación agrícola intensiva mediante extensos sistemas de terrazas irrigadas (Santoro et al. 2004). Es bastante probable que la agricultura, sin especies resistentes a las temporadas frías, fuera complementada con pastoreo de camélidos, que proveían de carne y lana, además de servir como medio de transporte de carga.

El nombre de este referente cultural deriva del tipo cerámico Charcollo (Dauelsberg 1995a, ver Capítulo 6), una cerámica de superficie café con manchas rojas desorganizadas que se registra prácticamente sólo en la precordillera y que en ciertos yacimientos del Intermedio Tardío es la cerámica más abundante (Romero 2003; Santoro et al. 2004). Pese a que se han descrito

diversos patrones funerarios en la precordillera, por ejemplo, *chullpa*, cistas y osarios (Muñoz et al. 1987b, 1996; Romero 2003), no se han estudiado en detalle ni se han encontrado contextos intactos, por lo que no se ha podido definir un patrón que pueda ser adscrito a este referente cultural. Además la falta de contextos funerarios intactos nos impide disponer de artefactos completos, como cerámica, textiles u otros, que permitan especificar mejor la artesanía y economía de estas comunidades.

ENTIDADES ALTIPLÁNICAS: Este referente se reconoce materialmente en los valles de Arica por la distribución de cerámica de una amplia tradición negro sobre rojo, cuyo origen sería el Altiplano Circum-Titicaca y Meridional (Arellano y Berberian 1981; Hyslop 1976; Julien 1983; Ryden 1947). Con el fin de la hegemonía Tiwanaku se habrían desarrollado diferentes entidades altiplánicas con similares características sociopolíticas y hablantes de la lengua aymara (Lumbreras 1974; Schiappacasse et al. 1989). Siguiendo la relación de Capoche de 1585, Bouysse-Cassagne (1987) ha identificado una serie de entidades aymara: Colla en la ribera septentrional del Titicaca; Lupaca y Pacaje en la ribera meridional; Caranga en el actual departamento de Oruro; Quillaca y Caracara en el actual departamento de Potosí; y Chicha en la Puna de Atacama.

En los Valles Occidentales esta cerámica se ha identificado como estilo Chilpe (Dauelsberg 1995a; Schiappacasse et al. 1989). La gran mayoría de las interpretaciones de la presencia de dicha cerámica altiplánica en tierras bajas se sustentan por el modelo de verticalidad de Murra (1972), mediante colonias que están sometidas políticamente a un núcleo altiplánico (Lumbreras 1974; Schiappacasse et al. 1989). Siguiendo documentación etnohistórica se ha postulado que los asentamientos prehispánicos de precordillera serían un núcleo secundario de la expansión política Caranga hacia los valles bajos (Durstun e Hidalgo 1997; Lecoq 1997; Michel 1999; Riviere 1979).

Otra evidencia independiente de algún influjo altiplánico prehispánico es la presencia puntual de *chullpa* de barro en la precordillera de Arica (Romero 2003a). Por otro lado, es discutible la asociación entre la cerámica chilpe y la arquitectura doméstica de paredes pircadas con planta circular y un patrón funerario de cistas, como se ha postulado (Schiappacasse et al. 1989: 200).

3.4.2. HIPÓTESIS DE ORGANIZACIÓN Y ECONOMÍA POLÍTICA

Hemos llegado a la parte medular de nuestro marco conceptual, planteando un conjunto de hipótesis acerca de la organización y economía política de los referentes culturales que sustentan nuestra proposición de interacción de sociedades pre-estatales en los valles de Arica durante los períodos tardíos. Tras este conjunto de hipótesis yace la premisa de que los contrastes entre las diferentes entidades que estarían interactuando en los valles de Arica no serían producto de grandes diferencias culturales u otras que tienen que ver con la complejidad política. Siguiendo algunas premisas de la teoría dual (Blanton et al. 1996; Feinman 2000) podríamos entender los temas de interacción y complementariedad andina ampliamente tratados desde una perspectiva nueva, ya que

uno podría mirar el continuo corporativo/reticular como una dimensión para la comparación de economías políticas que corre perpendicular u ortogonal al eje largamente identificado de complejidad jerárquica (Feinman 2000: 39).¹¹

Aplicando estos supuestos a esta investigación, concebimos a nuestros referentes culturales como un conjunto de contenidos ideológicos que sustentan ciertas instituciones de organización política que varían entre los extremos reticulares y corporativos, y además, que tales organizaciones enfatizan particulares formaciones de economía política, es decir, los particulares modelos de complementariedad andina.

HIPÓTESIS 1: Siguiendo las interpretaciones de las entidades costeras del Perú prehispánico de Rostworowski (1989), Lozada y Buikstra (2002), planteamos que el referente cultural de tierras bajas, identificado como Cultura Arica, tuvo una economía política organizada en torno a la especialización productiva y el intercambio tanto local como regional, modelo conocido como **horizontalidad**. La organización del poder se realizó principalmente bajo la **modalidad reticular**, con una institución de *kuraka* locales buscando centralizar su poder.

En términos regionales, estos *kuraka* mantuvieron una estructura de poder supra-comunitaria dentro de una ideología que validó una jerarquía concéntrica. En cada uno de estos niveles los *kuraka* en constante disputa intentaron monopolizar y centralizar su autoridad. Esta disputa de poder y prestigio se basó en el manejo: (a) de una amplia red de flujo de bienes suntuarios y exóticos; y (b) de una integración regional de las distintas actividades económicas

¹¹ "One might view the corporate-to-network continuum as a dimension for the comparison of political economies that runs perpendicular or orthogonally to the long-recognized axis of hierarchical complexity".

complementarias, tales como la pesca, agricultura y la elaboración artesanal.

HIPÓTESIS 2: Las comunidades de precordillera tuvieron una organización económica que tendió a la autosuficiencia, utilizando diversas instituciones de acceso directo, no centralizadas como la verticalidad archipelágica (Murra 1972), sino más bien, una **verticalidad de tipo compacto** (Brush 1987), de mucho menor envergadura y manejada por las unidades domésticas.

La organización del poder fue esencialmente la **modalidad corporativa**, donde los *kuraka* basaron su poder en el prestigio y en la capacidad de sustentar un sistema de cargos. Bajo este sistema no habría existido una amplia disputa por mantener el poder, sino un esfuerzo mancomunado por reproducir el sistema mediante ceremonias sociales y construcción de infraestructura civil, como sistemas de regadío y terrazas de cultivo.

En cierto sentido estas comunidades mantuvieron una independencia política, no existiendo un nivel de confederación que las agrupara frente al accionar de las hegemonías externas de las tierras bajas y el altiplano. Pero el influjo de las entidades altiplánicas se hizo sentir en el plano ideológico y económico. Los *kuraka* locales obtuvieron prestigio dentro de su comunidad mediante una integración ideológica (y posiblemente estableciendo relaciones de parentesco) con las jerarquías confederadas que formaron las entidades altiplánicas. Por otro lado, esta integración ideológica de jerarquías y comunidades particulares permitió el establecimiento de redes de intercambio normativo y “comercio administrado”, otorgando prominencia regional a ciertos asentamientos, como nichos multiétnicos donde se intensificó el intercambio, la producción y la migración.

HIPÓTESIS 3: Ciertamente, las entidades altiplánicas tuvieron una fuerte influencia en el desarrollo cultural de los valles de Arica. Pero, ya que su núcleo poblacional residió fuera de nuestra área de estudio, muchas de estas proposiciones no podrán ser evaluadas en este estudio y seguirán manteniéndose como hipótesis. Varias fuentes indican que la confederación Caranga sería la entidad que accedió más cómodamente a la precordillera de Arica (Bouysse-Cassagne 1987; Durston e Hidalgo 1998; Hidalgo 1996; Michel 1999; Riviere 1979). Con un nivel de complejidad sociopolítica estratificado, la confederación Caranga se organizó mediante un sistema de kurakazgos segmentarios (Platt 1987; Riviere 1986). El poder de esta jerarquía se sustentó bajo la **modalidad corporativa** y una ideología que delimitó un grupo de poder.

Basaron su economía en un complejo aparato de complementariedad (Salomon 1985), a través de diversos mecanismos directos e indirectos para acceder a los recursos. Emplearon la **especialización local** (Browman 1981, 1984) y la **movilidad giratoria** (Núñez y Dillehay 1995) para aplicar un “comercio administrado”. Su grado de centralización permitió aplicar también mecanismos de acceso directo, como la **verticalidad archipelágica** (Murra 1972), específicamente en su versión escalonada con un sistema de centros secundarios y enclaves terciarios (Durston e Hidalgo 1997). Más que en un control de la producción y acceso a los terrenos, las entidades altiplánicas basaron su influencia integrando ideológica y económicamente a ciertas comunidades de precordillera.

3.4.3. MATERIALIDAD: ARQUITECTURA Y ALFARERÍA

Esta investigación busca entender la interacción andina pre-estatal de los valles de Arica, mediante el análisis de dos materialidades arqueológicas, la arquitectura y la cerámica. Consideramos que la arquitectura y la cerámica son indicadores importantes de procesos diferentes de negociación social llevados a cabo por los miembros de las comunidades estudiadas. En términos generales, la arquitectura residencial y el paisaje construido nos pueden evocar algunos aspectos de la organización política de las comunidades. Por otro lado, la distribución de fragmentos de alfarería nos pueden indicar el tipo de relaciones sociales llevadas a cabo a nivel doméstico y también ofreciendo un panorama de la interacción regional.

Trabajamos el tema de la arquitectura en dos niveles. En el primer nivel de análisis está la arquitectura residencial, en sus diversos atributos de forma, tamaño, aspectos tecnológicos y estilísticos. La presencia de ciertos patrones pueden ser interpretados como pautas culturales para ordenar distintos aspectos de la organización doméstica e incluso aspectos de etnicidad (Aldenderfer y Stanish 1993; Bawden 1993).

El segundo nivel está relacionado con la planificación del espacio y la construcción de un paisaje social de las comunidades. El uso, el contexto y la jerarquía entre los distintos espacios y categorías internas de las comunidades pueden entregarnos luces acerca de la organización interna y de los mecanismos de economía política propiciados por las formas construidas.

Estos niveles de análisis consideran al paisaje cultural, no sólo en una dimensión espacial, sino sobre todo temporal, determinadas por el conjunto de significados y acciones precedentes, y

también determinando las posteriores (Ingold 1993). En este sentido, los paisajes culturales además de ser el espacio vital donde las sociedades se reproducen, son un conjunto coherente y sintético que permite transmitir y conformar la historia de las comunidades (Urton 1988). Además, consideramos los estudios del tipo relación ambiente-conducta (EBR), que enfatizan la arquitectura doméstica y la planificación del espacio social como objetos culturales que motivan conductas específicas (Rapoport 1990). Aunque es en el plano doméstico donde se reproduce una parte importante del conjunto de conocimientos y valores que dan cuenta de lo que denominamos cultura material, es en el escenario social inmediato, donde tales expresiones y representaciones debaten y toman su forma definitiva.

En definitiva, la planificación comunitaria es la expresión más cabal de la articulación entre la vida doméstica y la pública, donde se desarrollan las relaciones políticas internas y también regionales. Esta organización de los asentamientos arqueológicos da cuenta de algunas de las decisiones más concientes y grupales llevadas a cabo por estas sociedades, pues es en la vida social aldeana donde se llevaron a cabo los diálogos ideológicos y políticos más intensos (Nielsen 1995; Troncoso 2001).

En relación a la alfarería, sostenemos que es un objeto cultural que es producido en contextos sociales específicos y que al mismo tiempo afecta las estructuras sociales desempeñando ciertos roles en la interacción social. Consideramos que desde el registro de fragmentos de cerámica es posible reconocer tradiciones o hábitos de producción cerámica, definidas por un conjunto de etapas, tales como, recolección y preparación de materias primas, construcción de vasijas, tratamiento de superficie, patrones estilísticos de forma y decoración, cocciones y contextos de uso (Sinopoli 1991). Pero sostenemos que más importante que reconocer en cada fragmento el cuerpo de hábitos y patrones de enculturación que los produce, es identificar el clima de negociación política e interacción social donde se desenvuelven estos materiales. Como ya hemos repetido, las culturas, o como las hemos definido acá, los referentes culturales no son cuerpos estables, sino por el contrario están en constante redefinición (Hodder 1988) y elaborados cotidianamente a nivel individual (Wobst 1999). Asumimos que la presencia de cierta cerámica en un sitio arqueológico, debe ser estudiada en su contexto para poder interpretar el grado de adopción de una tradición; por ejemplo, si se trata de una manufactura local, un préstamo tecnológico o evidencia de intercambio.

Analizando independiente tres atributos principales en los fragmentos cerámicos y su distribución en conjunto en los contextos podemos reconocer patrones generales de interacción social. De este modo la metodología general implica identificar en cada fragmento: (1) el tipo de pasta, (2) la decoración y el tratamiento de superficie, y (3) las formas cerámicas.

El estudio de la pasta nos serviría para identificar aspectos tradicionales de la producción cerámica. Es decir, estarían dando cuenta de aspectos casi invisibles de la cotidianidad, y formaría parte de los aspectos más pasivos de la producción y uso social. En tal sentido, podemos usar tales atributos para identificar ciertos tipos de interacción entre poblaciones, tales como la presencia de una o varias tradiciones tecnológicas. Por otro lado, al analizar la decoración de los fragmentos esperamos abordar instancias más concientes en la reproducción y diálogo político al interior de las sociedades investigadas. Suponemos que cada decoración es un estilo activo que indica de una u otra forma la trayectoria extremadamente dinámica de diferentes fuerzas que buscan predominar al interior de una comunidad. En tanto, que el análisis de la variabilidad formal y de las dimensiones permite entender el grado de la complejidad de actividades al interior de las comunidades y aproximarnos a la organización sociopolítica de éstas.

CAPÍTULO 4. ÁREA DE ESTUDIO Y YACIMIENTOS

4.1. Valles Occidentales y Valles de Arica

El área cultural denominada Centro Sur Andino se caracteriza por un perfil topográfico extremadamente contrastado, entre la costa del Pacífico y las selvas orientales, pasando por la cordillera y el altiplano (I.N.C. 1979). Se afirma que el motor cultural, social y económico de esta área es la cuenca del Lago Titicaca (Lumbreras 1981), desde donde emanaron, en diferentes momentos, referencias ideológicas, de prestigio, instituciones, iconografía, tecnología e incluso población.

Al interior de los Andes Centro Sur se despliegan diferentes subáreas con particulares características ecológicas e histórico culturales, tales como: (a) Circum-Titicaca, (b) Valles Occidentales, (c) Altiplano Meridional, (d) Valluna, y (e) Circum-puneña (Figura 4.1). Nuestro trabajo se enfocará con mayor detalle en los Valles Occidentales, territorio que va desde la costa hasta el altiplano occidental, entre el valle de Ocoña (Departamento de Arequipa, Perú) y el río Loa (límite meridional de la Región de Tarapacá, Chile).¹²

Tanto áreas y subáreas culturales son divisiones territoriales usadas habitualmente en la Arqueología Andina (INC 1979, Lumbreras 1981), cuyo fin es delimitar y contextualizar investigaciones puntuales, y además servir de eje comparativo entre diferentes regiones y período de estudio. De este modo, se trata de un instrumento que puede seguir subdividiéndose en investigaciones enfocadas a un período o territorio singular. En este sentido, nuestro problema de investigación y la cantidad de investigaciones en los Valles Occidentales, especialmente en Arica y Moquegua, permiten acotar un territorio menor, que designamos “valles de Arica” (Figura 4.2).

El territorio de los valles de Arica incluye los cursos de los ríos Sama, Caplina, Lluta y San José, que nacen en la vertiente occidental de la Cordillera de los Andes, atraviesan el desierto y coinciden en llegar al mar en un extenso delta arenoso entre los Morros de Sama y Arica. Esta amplia playa, de más de 50 km, forma el vértice principal de América del Sur en el Pacífico.

¹² Esta es la descripción de Lumbreras (1981). Una postura diferente es la que asumió Mujica (1990) dividiendo la subárea en tres regiones, una norte, una central y una sur, que llega hasta Camiña y Tiliviche, dejando fuera el sector Tarapaqueño del sur.

Aunque nuestras interpretaciones generales puedan ser más amplias, las conclusiones empíricas de esta investigación pretenderán ser aplicables sólo a estos valles de Arica.

En términos generales, tanto los valles de Arica, como los Valles Occidentales en su totalidad pueden ser divididos en cuatro segmentos ecológicos, según su geografía física, económica, particularidades demográficas y categorías culturales. Estas zonas corresponden a: (a) costa y desembocadura de valles, (b) cursos bajos y medios de valles, (c) quebradas de la Sierra de Huaylillas, y (d) pampas intermedias.

4.1.1. ZONA COSTERA

La zona costera presenta microambientes complementarios. Las características de la Cordillera de la Costa o el farallón costero definen varias zonas económicas. El sistema de aguadas en la parte superior del farallón costero permitió presencia humana que se pudo movilizar a lo largo de toda la costa de la subárea. Junto a la línea costera se desarrollan diferentes recursos, dependiendo de la existencia de un farallón o si éste se introduce algunos kilómetros al interior para dar forma a una planicie litoral de playas de arenas amplias (Figura 4.3). Cómo sea, esta costa es extremadamente rica y variable en recursos marinos, debido a la acción de la meridional Corriente de Humbolt y la gran profundidad que alcanza el mar a escasos metros de la costa (Santoro et al. 2001a).

En algunas desembocaduras de valles se agrega otro microambiente, de pequeñas lagunas, producidas por aguas superficiales o napas freáticas (Börgel 1983). En estos ambientes se desarrollan especies vegetales como chilca (*Baccharis* sp.), brea o sorona (*Tessaria absinthioides*) y convergen diversas especies marinas y terrestres.

El clima de esta zona corresponde al desértico costero, definido por la acción homogenizadora del mar que provoca temperaturas similares durante el día y a lo largo de todo el año. Aunque no hay precipitaciones, es frecuente el desarrollo de nubosidades costeras denominadas *camanchaca* y que sirven para dar sustento a vegetación de especies epifitas (*Tillandsia* sp.) (Santoro et al. 2001a). Al respecto, es interesante apuntar que al norte de los valles de Arica (al norte del valle de Sama), esta nubosidad permite el desarrollo de un verdadero paisaje de lomas, con abundancia de plantas efímeras junto con cactáceas, que sustentan una importante fauna de aves, lagartijas y mamíferos pequeños (Gordillo 1993).

Con respecto a los antecedentes arqueológicos encontramos los vestigios de ocupación más tempranos de la subárea (Muñoz et al. 1993), y con una secuencia continua de más de diez mil años, de poblaciones altamente conservadoras de algunas tradiciones (Llagostera 1989), sin embargo, permeables a ciertas influencias externas.

4.1.2. VALLES

Este segmento comprende los sistemas de cuencas exorreicas que incluyen los ríos Sama, Caplina, Lluta y San José. Pero también podemos caracterizar de esta forma los otros valles de la subárea, tales como los ríos Tambo, Osmore y Locumba, al norte; y Vítor, Camarones y Tana o Camiña, al sur del territorio de los valles de Arica. En general, estos valles presentan suelos fértiles, aguas subterráneas, pozos y vertientes, donde, además el sol tropical permite sostener vegetales exuberantes. Entre las especies vegetales nativas y silvestres, tenemos el sauce (*Salix humboldtiana*), molle (*Schinus molle*), chilca (*Baccharis* sp.), tara (*Caesalpinea tinctoria*), totora (*Typha angustifolia*) y vilca (Börgel 1983).

En cuanto a una percepción andina y complementaria del paisaje, podemos subdividir este segmento según la calidad del recurso acuífero, es decir, valles salados o valles dulces (según la terminología de Álvarez 1990). Los valles dulces (Tambo, Osmore, Locumba, Caplina, Azapa y Vítor) se caracterizan por una ecología más diversificada, una calidad de agua y suelos óptimos para una amplia variedad de frutales americanos, tales como, palta (*Persea americana*), chirimoya (*Annonaceae*), mango (*Anacardiaceae*) y guayaba (*Myrtaceae*); hortalizas como porotos (*Phaseolus vulgaris*), camotes (*Convolvulaceae*), calabazas (*Cucurbitáceas*). Sin embargo, el agua es escasa e insegura, especialmente en las cuencas más meridionales.

Los valles salados (Sama, Lluta, Camarones y Camiña), denominados así pues sus aguas tienen importantes proporciones de minerales, como azufre, arsénico y boro, brindan cursos de agua más estables. Aunque producen un número menor de cultivos, tales como maíz (*Zea mays*) y papa (*Solanum tuberosum*), éstos debieron haber sido complementados con la crianza de camélidos, sostenidos por una amplia y estable cobertura vegetal. Hoy en día, gracias a la introducción de la alfalfa (*Medicago sativa*) estos valles soportan una importante ganadería de ovejunos, vacunos y equinos.

Otra división ecológica que influye en aspectos culturales es la separación entre el curso bajo de los valles (cerca de los 800 msnm) y el curso medio (entre los 800 y 2.000 msnm). Los cursos bajos del valle generalmente presentan un área de cultivo de mayor envergadura y con laderas de pendientes suaves, de arena, donde se sitúan los sitios arqueológicos (Figura 4.4). El clima de estas zonas bajas es el desértico costero con menor oscilación diaria de temperatura y mayor humedad por el fenómeno de la *camanchaca*.

Los cursos medios de los valles presentan encajonamientos con sectores menores para el cultivo y laderas empinadas con pequeñas terrazas o mesetas bajas que presentan ocupaciones arqueológicas. El clima, si bien no es un clima desértico normal, sigue siendo templado, pero con una mayor oscilación térmica y menor humedad ambiental que la sección baja de los valles.

4.1.3. PRECORDILLERA

La precordillera de Arica¹³ corresponde a una estrecha franja de 30 km de ancho fuertemente inclinada que une el desierto con el altiplano. Su límite occidental son las formaciones de la denominada Sierra de Huaylillas a 2.500 msnm; en tanto, sus límites orientales corresponden a alturas de casi 6.000 msnm en la Cordillera Central. Por tanto, la topografía en este sector es muy accidentada, con profundos despeñaderos y escasos sectores llanos (Figura 4.5).

De acuerdo a las características fisiográficas y vegetacionales, se puede distinguir un hábitat puneño caracterizado por tolares (*Baccharis tola*) y queñua (*Polylepis incana*); y otro hábitat pre-puneño, compuesto por matorrales de altura en donde se asentó la población humana (Schiappacasse et al. 1989:188). En el piso pre-puneño, luego de la época de lluvias las quebradas se llenan de tupidas formaciones de pastos, tales como, poáceas (*Eragrostis*, *Tripogon*, *Aristida*), *Baccharis*, *Fabiana* y *Atriplex* (Castro et al. 1982). Esta vegetación soporta una fauna silvestre compuesta por camélidos (*Lama guanicoe* y *Vicugna vicugna*), burros salvajes (*Equus sp.*), taruca (*Hippocamelus antisensis*), vizcachas (*Lagidium viscacia*), cuyes (*Galea musteloides*), gato montés (*Felis jacobita*), puma (*Felis concolor*) y diversas aves como jilguero (*Opinus copenis* o *uropychialis*), y perdiz andina (*Nothoprocta ornata*, *cinerascens* o *pentlandii*). Por tanto, se observa que entre los 3.200 y 3.800 se logra sustentar el medioambiente de mayor biodiversidad de la transecta de altitud ariqueña.

¹³ Utilizo exclusivamente el término precordillera en vez de sierra, pues frecuentemente la literatura andina, especialmente la de los Andes Centrales, confunde sierra con puna.

Sin embargo, los suelos son duros y la tierra no es muy fértil, por lo cual es necesario invertir gran cantidad de trabajo para preparar terrenos agrícolas, mediante terrazas, andenes, confección de humus y abono, además del continuo “reposo” de los terrenos. Con esto se obtiene una escasa cantidad de hectáreas, pero que trabajadas de manera intensiva suelen ofrecer importantes cosechas. El clima de este sector se denomina desértico de altura, caracterizado por las fuertes diferencias de temperatura entre el día y la noche, presentándose, además, recurrentes heladas.

Esto provoca, en comparación a los valles bajos, un cambio en los cultivos. El maíz pierde importancia en relación a la papa; también, se cultivan quinua (*Chenopodium quinua*) y haba (*Fabáceas*), en conjunto con especies introducidas, como orégano (*Origanum vulgare*), alcachofa (*Cynara scolymus*) y ajo (*Liliaceae*). Además, es una zona eminentemente agro-ganadera, donde la llama (*Lama glama*), alpaca (*Lama pacos*), caprinos y bóvidos alcanzan una importancia económica considerable (Keller 1946). Este ganado aprovecha las laderas altas adyacentes a las áreas de cultivo donde crecen las poáceas y andenes donde se cultiva alfalfa.

Una división de este paisaje en términos andinos o complementarios, se liga fuertemente a la ubicación de los poblados (o *marka*), localizados en un lugar central entre los cultivos más resistentes, plantados en áreas más abiertas (por ejemplo quinua, papa y alfalfa) y los cultivos cálidos (por ejemplo maíz, cebolla, orégano). Finalmente, debemos agregar que existen importantes diferencias demográficas entre las quebradas del norte (Perú), mucho más habitadas que la precordillera del sur (Chile). Esto ha permitido la continuidad en las formas de organización social, tecnología y demás tradiciones desde, por lo menos, el contacto europeo.

4.1.4. PAMPAS INTERMEDIAS

Comprenden las pampas que se ubican entre los valles y quebradas, que limitan con el farallón costero por el poniente y la Sierra de Huaylillas por el oriente, con alturas que van desde los 300 a 3.000 msnm. Hasta los 1.500 msnm comprenden el clima más seco de la subárea, donde la escasez de aguas superficiales o humedad ambiental provocan suelos extremadamente secos y una biomasa muy limitada. También se presenta una marcada oscilación de temperatura entre el día y la noche que pueden alcanzar fácilmente los 20 C°.

Desde los 1.500 a 3.000 msnm estas pampas presentan una pendiente más pronunciada, formaciones rocosas y aleros. La presencia de algunas lluvias provenientes del oriente permite el

crecimiento de arbustos y cactáceas y cierta fauna. Esta zona no ha sido ocupada permanentemente por el hombre y las evidencias culturales estarían dadas solamente por el trazado de senderos y paraderos de descanso, preferentemente relacionando los valles en líneas longitudinales (Muñoz y Briones 1996).

4.2. Área Arqueológica de Rosario, Valle de Lluta

El valle del río Lluta, con casi 150 km de largo, cruza toda la transecta altitudinal andina de los Valles Occidentales. Nace en el altiplano a partir de una serie de afluentes a los pies del volcán Tacora, entre los cuales destaca el río Azufre. Luego, continúa por unos 70 km en dirección norte-sur (casi siguiendo la UTM 430.000 E).¹⁴ Tras cruzar una larga franja de precordillera y antes de adentrarse a una angostura rocosa e intransitable toma un curso oriente-poniente de 80 km de largo hasta el Océano Pacífico (siguiendo la UTM 7.965.000 N).

Al igual que todas las cuencas de los Valles Occidentales, el Lluta depende en gran medida de las lluvias generadas en las tierras altas. Pero su largo recorrido por el altiplano y la multitud de afluentes y vertientes, le confieren una cantidad importante y estable de aguas, que disminuye levemente en los meses de primavera. Sin embargo, su agua posee una calidad salobre y con grandes concentraciones de boro, cloruro de sodio y anhídrido sulfúrico (Keller 1946). Esto limita la aptitud de los suelos y la variedad de cultivos.

Esta larga hoya hidrográfica puede ser dividida en tres zonas ecológicas: (a) zona baja; (b) zona precordillerana; y (c) zona altiplánica (Figura 4.6). La **zona baja** comprende desde su desembocadura hasta el km. 80 donde el valle se encierra profundamente. Es la zona de mayor potencial agrícola, alcanzando aproximadamente 4100 há; además posee un clima general libre de heladas y una fuerte insolación durante todo el año. Siguiendo a Keller (1946: 120 y ss.) la zona baja se ha subdividido ecológicamente en tres tramos o sectores: (a) valle costero; (b) valle fértil; y (c) valle intermedio (Romero et al. 2000; Santoro et al. 2003b)

El **tramo costero** se extiende desde la desembocadura hasta el sector de Morro Negro, 10 km al interior. Este sector posee un limitado valor agrícola pues los suelos son extremadamente

¹⁴ Todas las referencias de ubicación geográfica son expresadas en UTM (*Universal Transversal Mercator*) y referidas al Datum Provisorio Sudamericano de 1956.

arenosos, pedregosos y mal drenados. La vegetación más frecuente es la grama salada (*Distichlis spicata* y *Muhlenbergia asperifolia*; Santoro et al. 2003b).

El siguiente **tramo valle fértil** se extiende hasta el sector de Churiña, a 45 km de la costa. Este sector comprende la zona agrícola más amplia, con un ancho promedio de 2-3 km y una superficie aproximada de 3.000 há. Además, una serie de vertientes mejoran la calidad de agua y suelos, asegurando hasta dos cosechas anuales (González et al. 1991). Las altas laderas poseen una pendiente suave que permite una acción poderosa de la radiación solar, y la penetración de la *camanchaca* o neblina costera desde la costa y pampas adyacentes. Sin duda, estas buenas condiciones favorecieron el establecimiento prehispánico, como se refleja en la alta concentración de asentamientos y cementerios registrados, especialmente de los Períodos Intermedio Tardío y Tardío (Romero et al. 2000).

El **tramo valle intermedio** consiste en un sector que se extiende entre 950 y 2.500 msnm, diferenciándose ampliamente del segundo sector. Tras la angostura de Churiña el valle se torna más estrecho, con paredes rocosas que alcanzan 1.500 m de altura, ausencia de *camanchaca* y amplias diferencias de temperatura entre el día y la noche, sin alcanzar niveles de congelamiento. El terreno es más limoso y existen frecuentes zonas de vertiente que aseguran aguas con escaso contenido de sales. En términos de categorías culturales este sector se reconoce como “quebrada” en oposición al “valle” ubicado aguas abajo. Se puede asimilar a la categoría *chaupiyunga* (Santoro et al. 2003b) descrita para los Andes Centrales (Dillehay 1987), como un espacio agrícola puntual, protegido cálido y seco, que permiten el cultivo de, por ejemplo, variedades especiales de maíz y coca (*Erythroxylum coca*). En este sector, sin embargo, disminuye la densidad de ocupación con relación al valle fértil, pero es más relevante con relación al valle costero.

En la ladera sur del valle fértil, a casi 20 km de la costa, se ubica el área arqueológica de Rosario, en las cercanías de la Estación de FF. CC. homónima. Esta extensa área arqueológica ha sido reconocida desde mediados del s. XX (Mostny 1944; Schaedel 1957), y como parte del programa de investigaciones en el valle de Lluta liderado por Calogero Santoro se han registrado en detalle sus diversos componentes (Figura 4.7).

Un importante yacimiento de petroglifos, registrado como Lluta-38, se localiza en la pared de rocas ignimbritas que forma el borde de la terraza aluvial frente a los campos agrícolas. Este

conjunto tiene unos 360 m de largo y concentra 66 paneles, la mayoría elaborados por grabados y algunos pocos mediante una técnica pictograda. Predominan diseños figurativos con una amplia variedad de motivos y estilos, sosteniendo la posibilidad que correspondan a expresiones de grupos y épocas diferentes (Valenzuela et al. 2002).

En el plano de la terraza aluvial meridional (Figura 4.8), en un trecho de 2 km de largo, se han identificado tres asentamientos complejos, identificados como Rosario-1, Rosario-2 y Rosario-3. Los asentamientos se reconocen por los montículos bajos que concentran una diversidad de materiales arqueológicos, tales como, cerámica, fragmentos de objetos de madera, restos de recipientes de calabaza, artefactos líticos, junto con desechos orgánicos como maíz, semillas de molle y poroto, huesos de mamíferos y vértebras de pescado, entre otros (Romero 2002).

Sobre el nivel de los asentamientos, en superficies más inclinadas se reconocen conjuntos de estructuras funerarias de formas y características diversas. Tales estructuras han sido sucesivamente saqueadas, dejando en superficie una gran dispersión de huesos humanos y basuras provenientes de los fardos, principalmente fragmentos de textiles, cerámicas y restos vegetales. Finalmente, se han reconocido restos de geoglifos o alineamientos de piedra en sectores de mayor altitud.

Durante 1996, como parte de las labores del proyecto FONDECYT 1950961 a cargo de Calogero Santoro, se efectuaron excavaciones estratigráficas en Rosario-1 y Rosario-2. La mayoría de las cuadrículas dieron cuenta de pisos de ocupación de gran densidad y diversidad de materiales culturales, muy similar a lo encontrado en superficie. De dichas excavaciones proviene el conjunto cerámico de más de 9.000 fragmentos analizados en esta investigación (Romero 2002). Asimismo, las excavaciones sirvieron para descubrir una serie de basuras domésticas y rasgos arquitectónicos, los que junto a la digitalización del plano topográfico efectuado en terreno y sucesivas visitas entre 1998 y 2003, permitieron llevar a cabo el análisis de las unidades espaciales y el uso del espacio de los asentamientos (Figura 4.9).

Rosario-1 (Lluta-35, UTM 377.900 E, 7.963.700 N) al oriente de la terraza, cubre un área de 18.000 m² emplazado en un plano levemente inclinado. De los 36 montículos con restos domésticos registrados se excavaron 4 escogidos mediante azar simple. Las unidades R-7, R-17 y R-25 fueron muestreadas mediante una cuadrícula de 2 x 2 m. En cambio, en la unidad R-12, debido a su mayor tamaño (88 m²), la excavación se prolongó hasta alcanzar 8 cuadrículas.

A partir del análisis de cerámica diagnóstica, tanto de superficie como el proveniente de excavaciones, ha sido definido como un sitio mono-componente correspondiente al Período Intermedio Tardío. Esto significa que la cerámica decorada pertenece a los grupos decorativos Cultura Arica y Negro sobre Rojo, y no aparecen fragmentos Inka.

Rosario-2 (Lluta-36, UTM 379.100 E, 7.963.750 N) se ubica un kilómetro hacia el poniente, en una sección de la terraza aluvial de topografía algo menos pronunciada que Rosario-1. Sus 34 montículos cubren un área de 25.000 m². Consiste en un yacimiento levemente más complejo, con restos arquitectónicos de mayor tamaño, mejor elaborados, y una orientación alineada de las unidades dejando claros pasadizos o pasajes.

Se efectuaron excavaciones extensivas en dos unidades domésticas. En R-58 se excavó aproximadamente un 50% de la superficie (70 m²) mediante 9 cuadrículas de 2 x 2 m. En la unidad R-59 se excavaron 5 cuadrículas, que corresponde a un 30% de su superficie (80 m²). En ambas unidades se registraron depósitos subterráneos de basuras de un diámetro máximo de 2 m, ubicados en el inicio de la ocupación. Al parecer dichos pozos habían colapsado y habían sido sellados inicialmente con basuras del Intermedio Tardío y luego con basuras del Tardío. Pero la mayor cantidad de cuadrículas excavadas en ambas unidades domésticas evidenciaron pisos de ocupación correspondientes al Período Tardío, es decir con cerámicas diagnósticas de los grupos decorativos Inka, Negro sobre Rojo y Cultura Arica.

Se ha obtenido un fechado de radiocarbono desde el yacimiento Rosario-2, que proviene del nivel 5 de la unidad R-58 (430±80 AP, Beta-101196, carbón; Santoro et al. 2003b). La estratigrafía y posición estratigráfica del nivel la adscribe al Período Intermedio Tardío. Sin embargo, su calibración resulta en tres rangos de probabilidad, fechas bastante tardías e inconsistentes: 1.415-1.521 d.C. (77%), 1.575-1.583 d.C. (4%), 1.590-1.623 d.C. (19%) (1 sigma, Stuiver y Reimer 2005). Aunque no discutiremos acá las dificultades técnicas de fechar de manera absoluta los períodos prehispánicos más recientes (Schiappacasse 1999) tales cifras servirían para sustentar las clásicas lecturas historiográficas de un proceso Inka rápido y de corta profundidad cronológica (Bauer 1996; Pärssinen 2003).

4.3. El Poblado de Huaihuarani, Área de Belén

La hoya hidrográfica de Azapa atraviesa unos 125 km, desde la cordillera hasta el Océano Pacífico. Su sección precordillerana, denominada río Tignamar, nace a casi 5.000 msnm y cubre unos 44 km de largo hasta que se une al río Seco, dando forma al río San José y cambiando su curso hacia el poniente (Figura 4.10). El río Tignamar es regado por múltiples afluentes, tales como los ríos Oxa, Saxamar, Lupica, Achacagua, Belén y Chapiquiña, los cuales conforman quebradas protegidas de aguas permanentes aptas para la habilitación de andenes de cultivo en este ambiente de altura.

La quebrada y río de Belén, sigue una orientación oriente-poniente por casi 17 km hasta desembocar en el río Tignamar. La parte baja de la quebrada se denomina Caragua, donde se le unen las quebradas de Tongolaca y Lupica. El pueblo de Belén se ubica a 3.500 msnm, a unos 7 km de las nacientes de la quebrada y alrededor se concentra la mayor zona cultivable de andenes y pastos para forraje (Figura 4.11).

El actual pueblo de Belén, de trazado hispano, es habitado de forma permanente por unas 70 personas, y sobre 200 personas si consideramos el régimen de doble residencia urbano rural (González 1990, González et al. 1991). El pueblo de San Santiago de Belén tiene una larga historia ocupacional que antecede la fundación española datada en 1625 (Hasche 1997, citado por Jofré 2003). Según Hidalgo, el pueblo de Belén habría sido identificado anteriormente como Tocaroma (1996: 170), el pueblo de indios visitado en 1618 por Vásquez de Espinosa (1948). Para el Período Colonial Temprano, Hidalgo describe una documentación fechada en 1612, donde los caciques altiplánicos Caranga¹⁵ piden a las autoridades españolas de Arica someter la población altiplánica de la precordillera a una reducción de indios en Tocaroma (Hidalgo 1996). A partir de documentos de este tipo, Hidalgo y Durston postulan que en el s. XVI los Caranga de Turco, núcleo poblacional altiplánico, administraban sus enclaves en la precordillera de Arica desde un centro secundario local en Tocaroma (Hidalgo y Durston 1998; Durston e Hidalgo 1997).

En pleno Período Colonial, Belén tiene una importancia fundamental en el tráfico entre el mineral de Potosí y el puerto de Arica, convirtiéndose a la larga en el principal centro económico y

¹⁵ Ver nota 9.

político de los Altos de Arica. Esto se logra tras una intrincada disputa política entre las élites indígenas locales de los valles costeros y precordilleranos. Un signo de este conflicto se verifica en 1777, cuando la Iglesia funda la Doctrina de Belén, separándola de la anterior Doctrina de Codpa. Posteriormente, en 1781, durante el levantamiento de Tupac Amaru, Diego Felipe Cañipa, cacique de Codpa, es ajusticiado por los rebeldes altiplánicos (Hidalgo y Durston 1998). Desde ese momento Belén se mantiene como uno de los centros más poblados de la precordillera, y en 1792 concentra más de 2 mil habitantes (Hidalgo et al. 1988). Con el traspaso de la Provincia de Arica a Chile, luego de la Guerra del Pacífico, las nuevas circunstancias geopolíticas y económicas conllevan al poblado de Putre asumir un rol más preponderante que Belén.

Dentro del importante conjunto patrimonial arqueológico de Belén, el asentamiento de **Huaihuarani** (UTM 442.520 E, 7.956.720 N) es el yacimiento más grande y complejo (Jofré 2003). Una primera inspección del yacimiento fue publicada en 1959, cuando Dauelsberg posiblemente sumó las evidencias de Huaihuarani con Incahullo en el registro de Az-42 (Dauelsberg 1995a: 39). Posteriormente el mismo autor, en un detallado inventario de los yacimientos de la quebrada de Belén (Dauelsberg 1983), describe la arquitectura, planificación, cerámica y cronología de Huaihuarani junto a los sitios de Ancopachane, Chajpa, Incahullo, Trigalpampa y Tojo-Tojone.

Casi al mismo tiempo, durante la ejecución de un proyecto sobre el patrimonio cultural de la precordillera de Arica de la Organización de Estados Americanos (Briones et al. 1982), se efectuaron registros de diversos poblados arqueológicos de precordillera. En Huaihuarani, el equipo técnico del Departamento de Arqueología y Museología de la Universidad de Tarapacá efectuó un plano topográfico que demandó varias expediciones (Figura 4.12). Sin embargo, hasta ahora no se ha entregado ninguna publicación específica de dichas investigaciones, a excepción de los artículos de fechados y patrones arquitectónicos del equipo de Iván Muñoz (Muñoz y Chacama 1988; Muñoz et al. 1997).

El poblado de Huaihuarani se emplaza a 5 km río abajo del pueblo de Belén sobre el margen norte de la quebrada. La profundidad de la quebrada en este sector alcanza los 200 metros, mientras que la altura general es de 3200 msnm. El asentamiento está conformado por un denso conjunto de diversas estructuras de piedra que se extienden por un área de 7 há (Figura 4.13). El poblado se ubica sobre una ladera de regular pendiente que es dividida por una cárcava seca que corre de norte a sur para empalmar con la quebrada Belén. Hacia el poniente de la cárcava

se dispone un peñón rocoso que cae abruptamente sobre la ladera, mientras que hacia el oriente un suave declive sirve de entrada al poblado. Se accede al yacimiento por un sendero de probable data Inka (Dauelsberg 1983) que se inicia al poniente del pueblo de Belén, desde los asentamientos prehispánicos de Ancopachane y las instalaciones de Chajpa. El otro acceso viene por el fondo de la quebrada, uniendo los asentamientos arqueológicos de Incahullo y Trigalpampa (Dauelsberg 1983).

Son abundantes las evidencias de andenes de cultivo en los sectores aledaños al poblado. En la ladera sur de la quebrada de Belén, frente al poblado se ubica un extenso sistema de andenes, que alcanzaría 200 há (Tapia 1996), que actualmente están prácticamente abandonadas. Además, otro sistema de andenes, de menor tamaño, se ubica hacia el oriente del poblado, detrás del peñón rocoso. Por último, un tercer sector de andenes se ubica al norte, a una altura superior al poblado.

Para el poblado de Huaihuarani se han obtenido cinco fechas por termoluminiscencia (Muñoz y Chacama 1988; Muñoz et al. 1997) que muestran un rango entre 1.330 y 1.520 d.C. (considerando 1 sigma).¹⁶ Los fragmentos fechados con decoración San Miguel y Charcollo, resultaron más tempranos que los fechados de los estilos Negro sobre Rojo y Engobe Rojo, lo que sería coherente con la cronología clásica para la precordillera (Dauelsberg 1972-73). Sin embargo, se debe considerar que las muestras para estos fechados fueron tomadas de la superficie de sectores extremadamente marginales en cuanto a distribución cerámica, rasgos arquitectónicos y distribución espacial, y por lo tanto existe la posibilidad de que estén fechando momentos igualmente marginales.

Los nuevos antecedentes arquitectónicos y cerámicos utilizados en el presente estudio formaron parte de las actividades del proyecto FONDECYT 1950980, a cargo del investigador Iván Muñoz. El análisis arquitectónico y de configuración espacial, se basó en antecedentes de terreno y la digitalización del levantamiento topográfico elaborado previamente en el Departamento de Antropología de la Universidad de Tarapacá. El conjunto cerámico analizado corresponde a una colección de material superficial desde el interior de las unidades espaciales mediante una metodología de muestreo al azar no estratificado, efectuada durante el año 1995.

¹⁶ Las muestras fechadas corresponden a: 510±60 AP (R-256, UCTL-202); 480±45 AP (R-143, UCTL-797); 520±30 AP (R-428, UCTL-799); 485±35 AP (R-447, UCTL-798); y 555±60 AP (R-476, UCTL-796).

Figura 4.1: Área Centro Sur Andina con sus diferentes subáreas: (A) Circum-Titicaca, (B) Valles Occidentales, (C) Altiplano Meridional, (D) Valluna, (E) Circum-puneña.

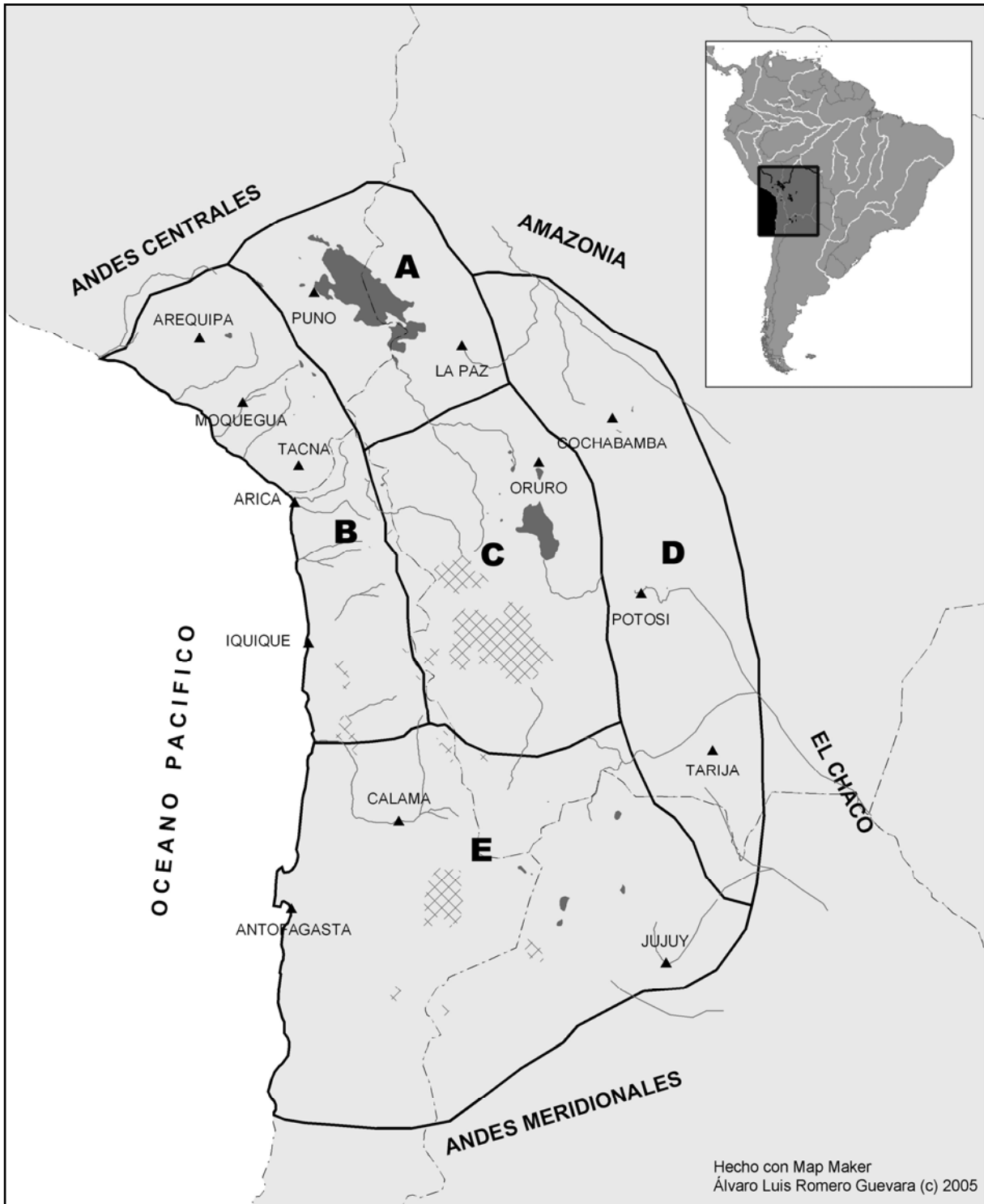


Figura 4.2: Territorio de los valles de Arica, con la ubicación de los yacimientos investigados

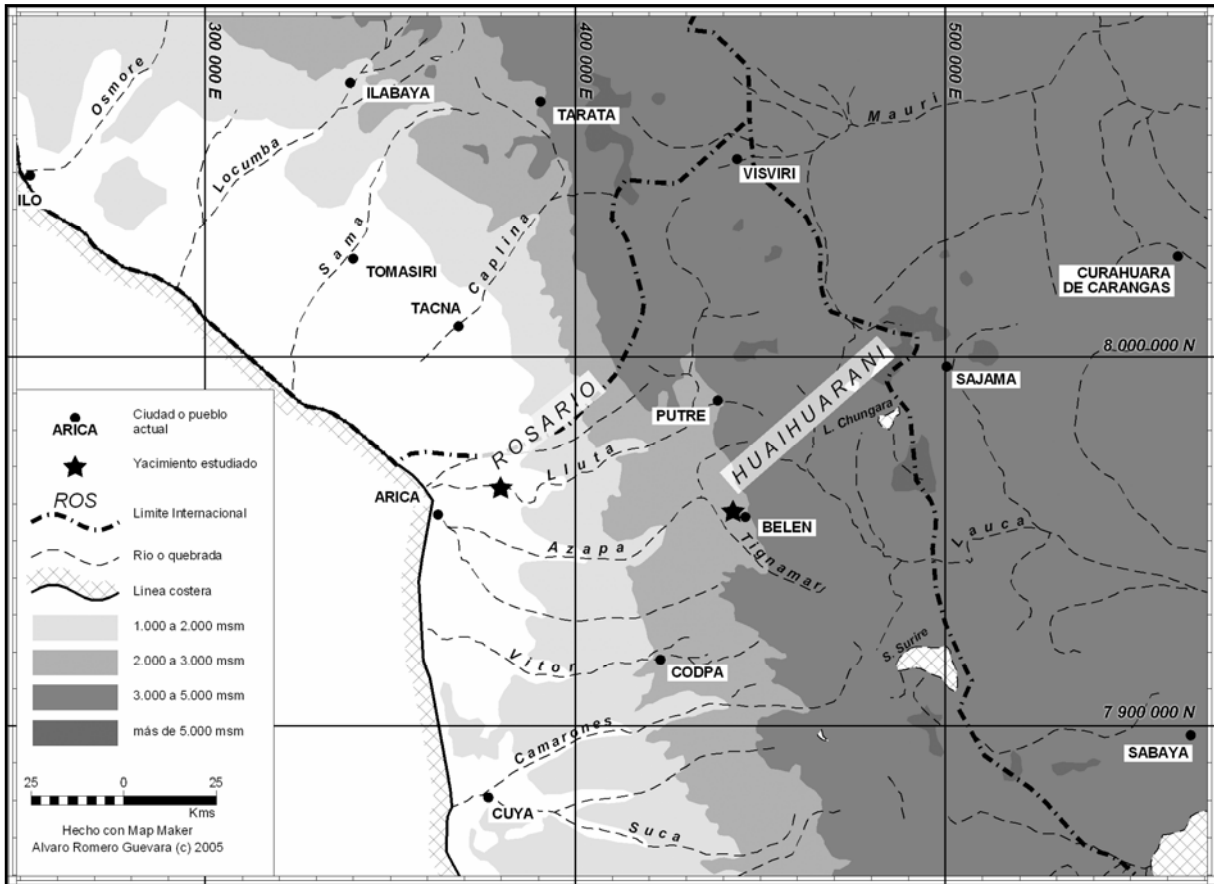


Figura 4.3: Ambiente de la zona costera, caleta Vítor.

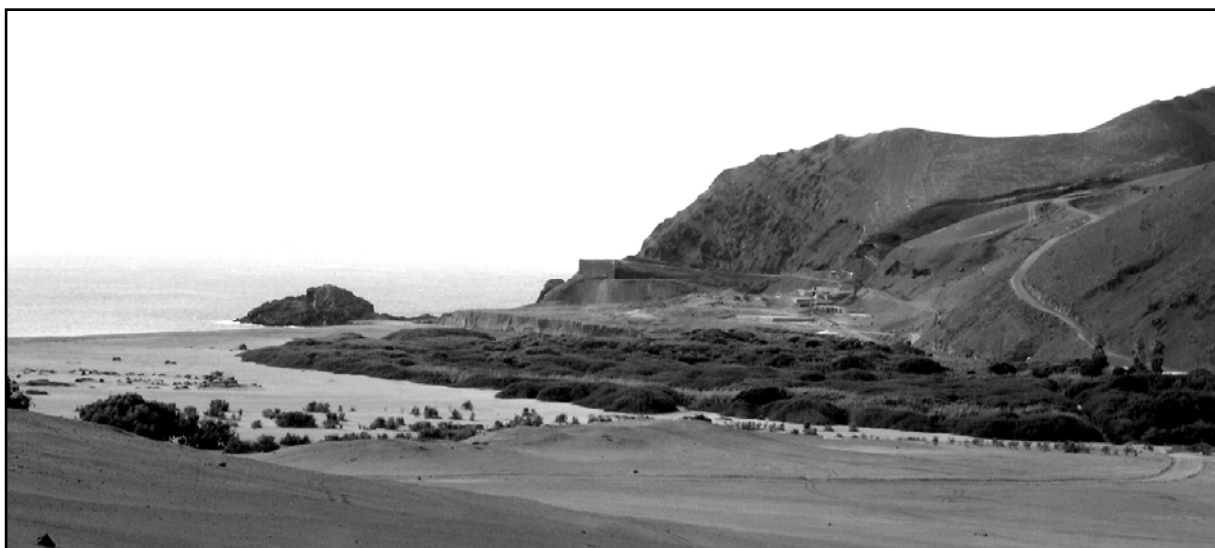


Figura 4.4: Paisaje de la zona intermedia del valle de Azapa, sector Pampa Algodonal, km. 40.



Figura 4.5: Ambiente de precordillera, sector de Caillama, Chapiquiña.



Figura 4.6: Zonas ecológicas y localidades actuales del valle de Lluta (Modificado de Santoro et al. 2003b).

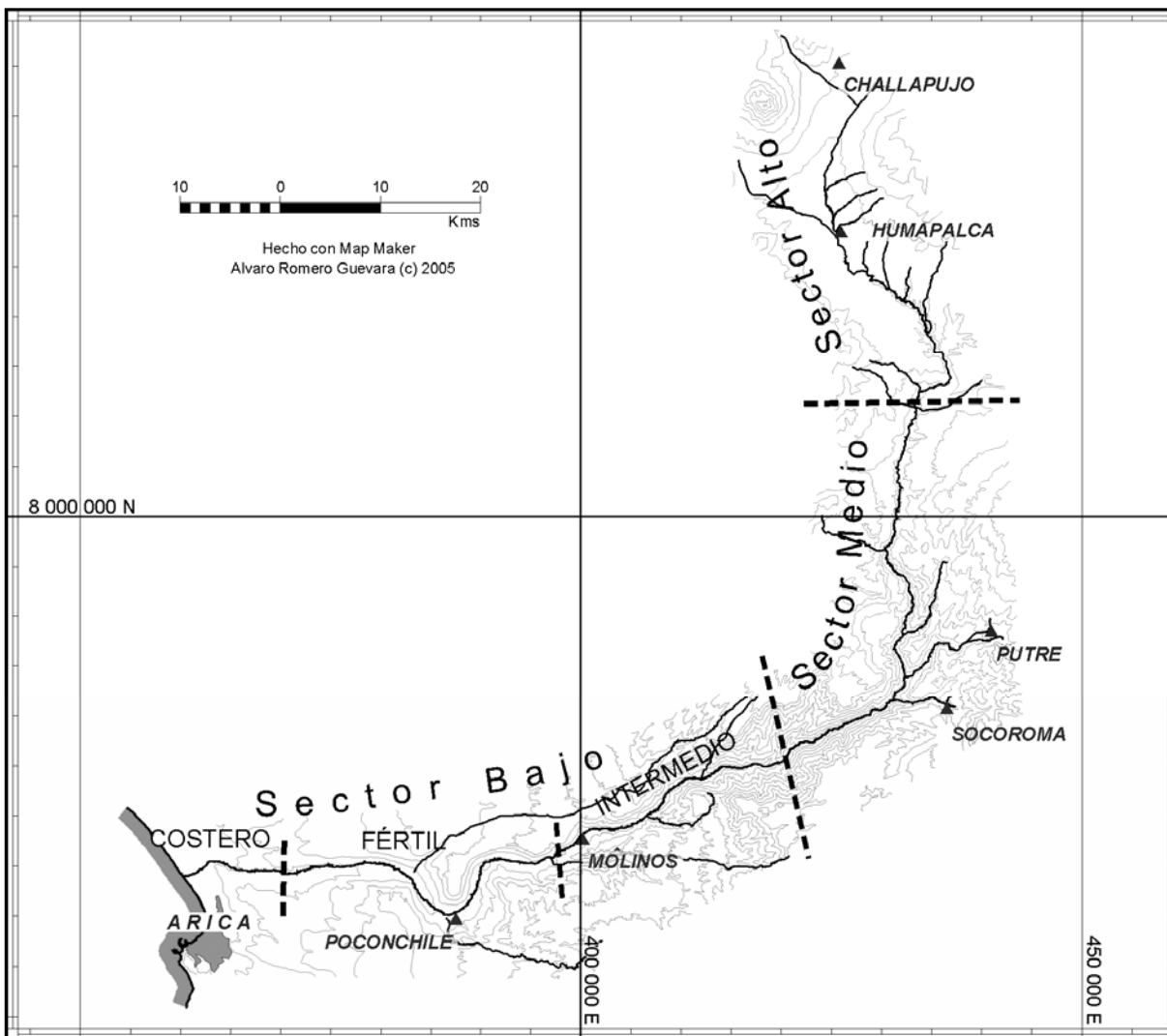


Figura 4.7: Imagen satelital del sector de Rosario (Fuente: NASA, Imagen MrSid).

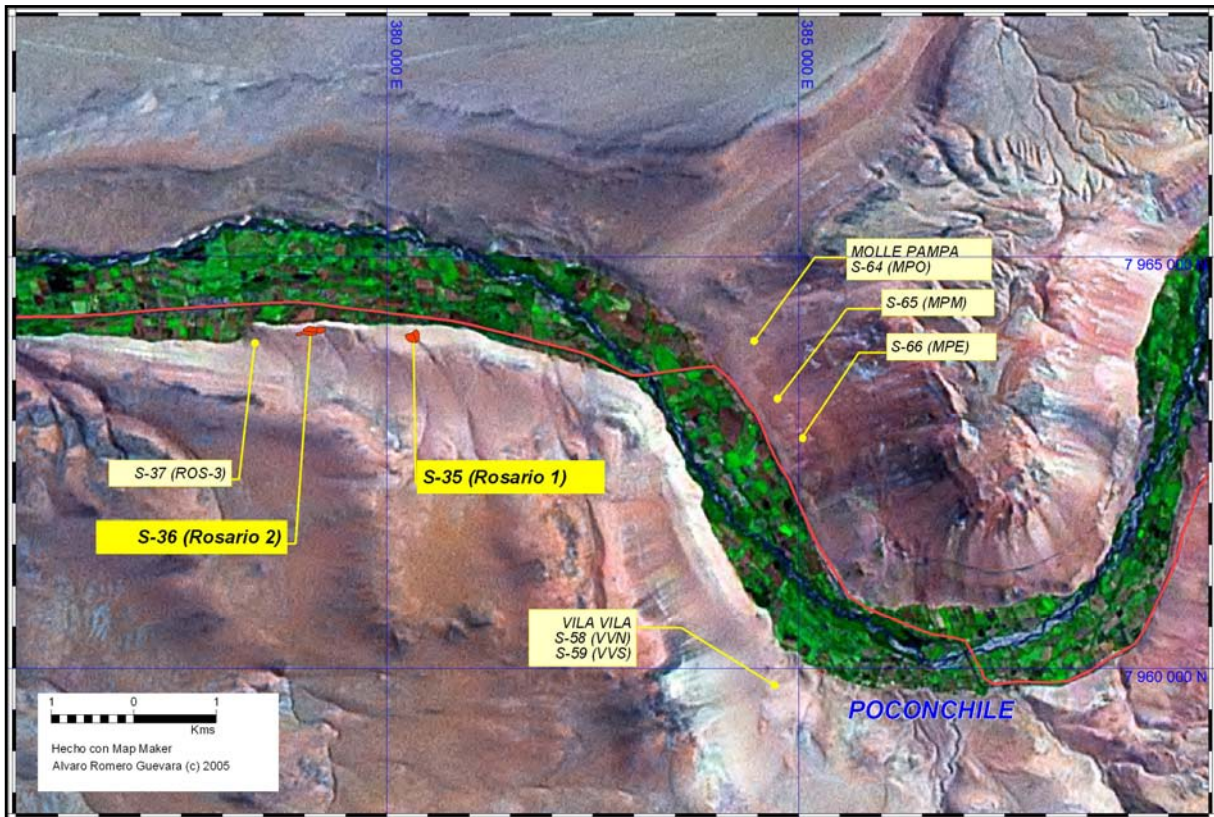


Figura 4.8: Vista general de la terraza fluvial de Rosario.



Figura 4.9: Área arqueológica de Rosario (Fuente: Proyecto FONDECYT 1950961, Oficina de Registro, MASMA).

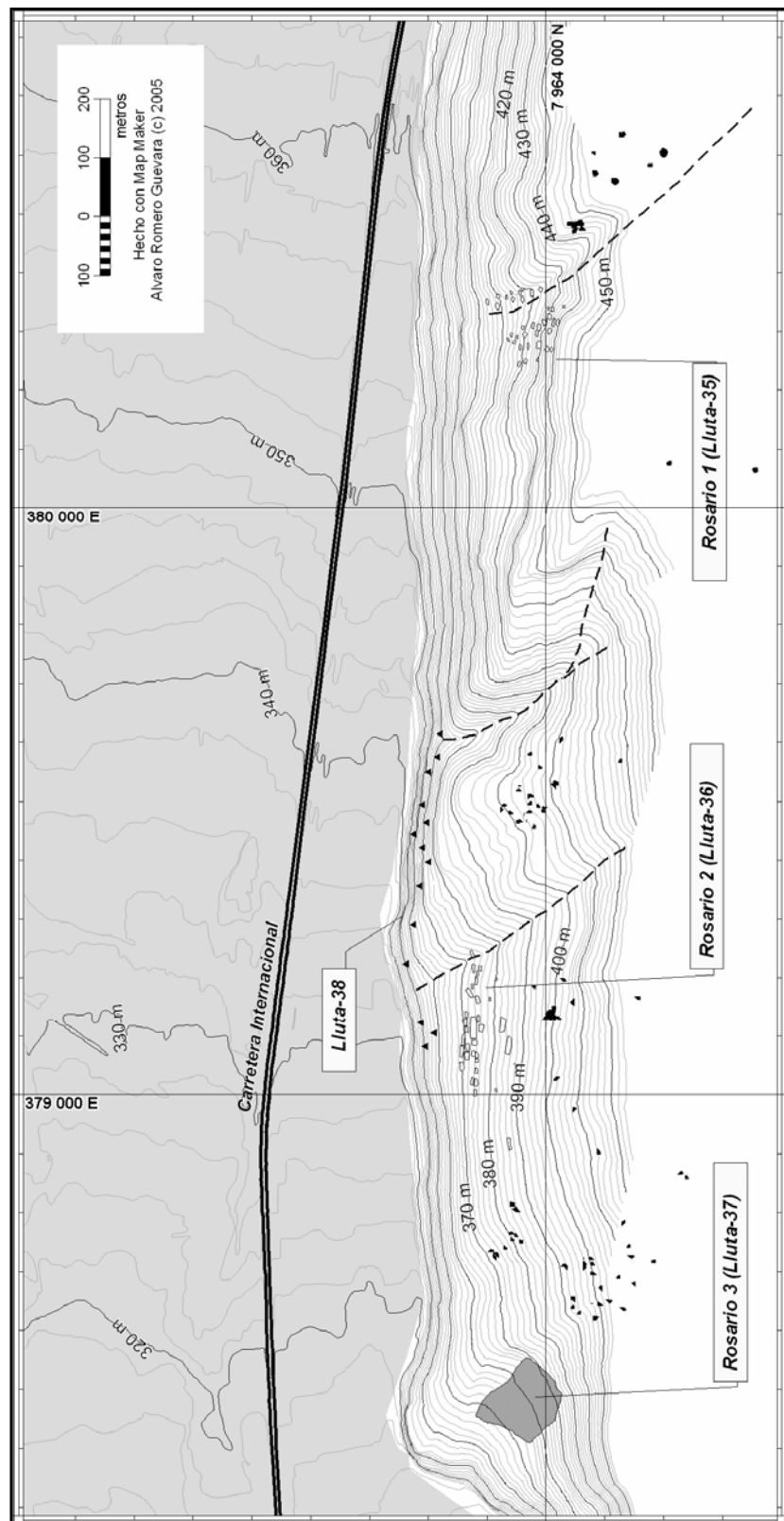


Figura 4.10: Curso del río Tignamar, sector precordillerano de la hoya hidrográfica del San José.

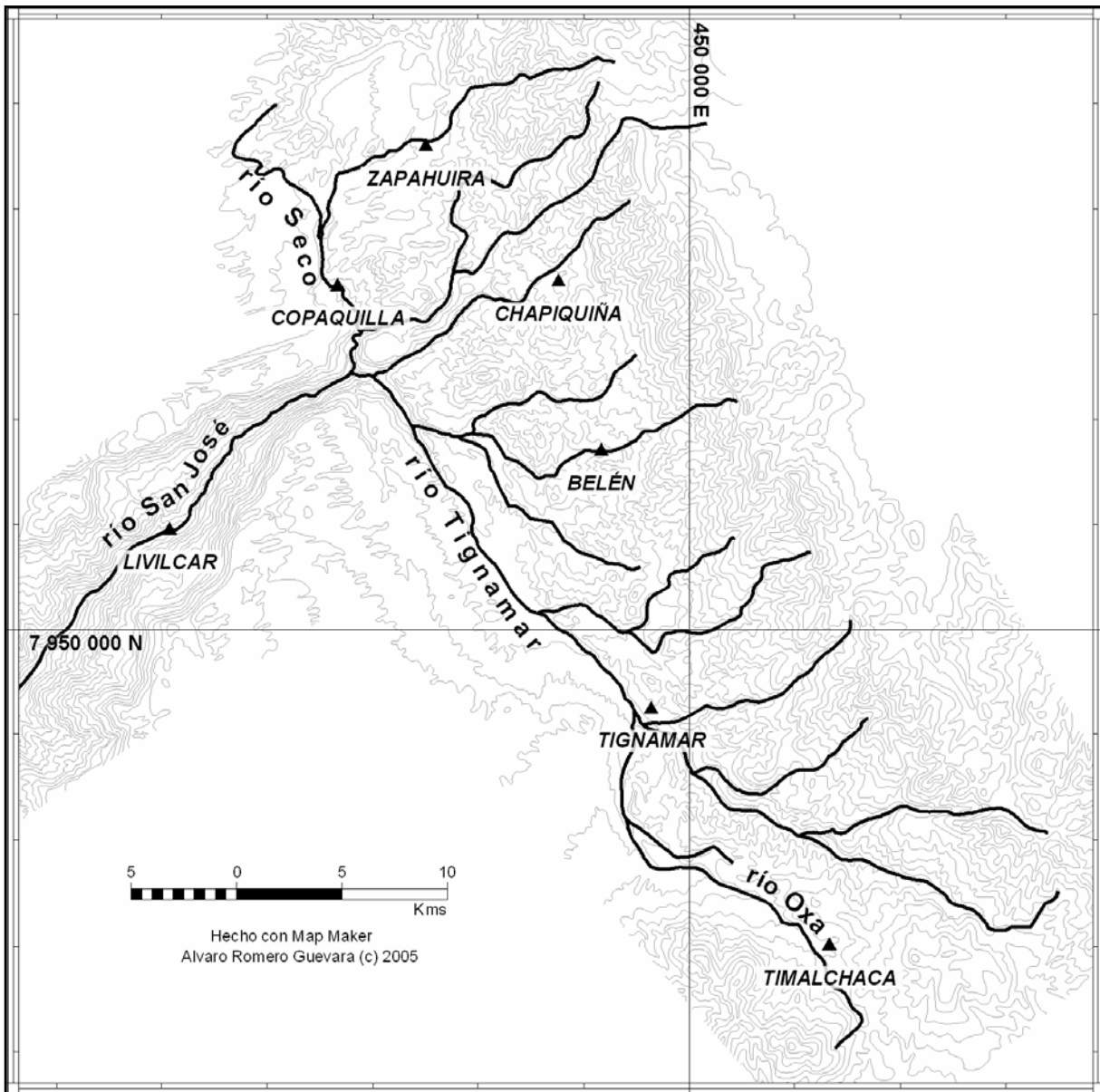


Figura 4.11: Imagen satelital del sector de Belén (Fuente: NASA, Imagen MrSid).

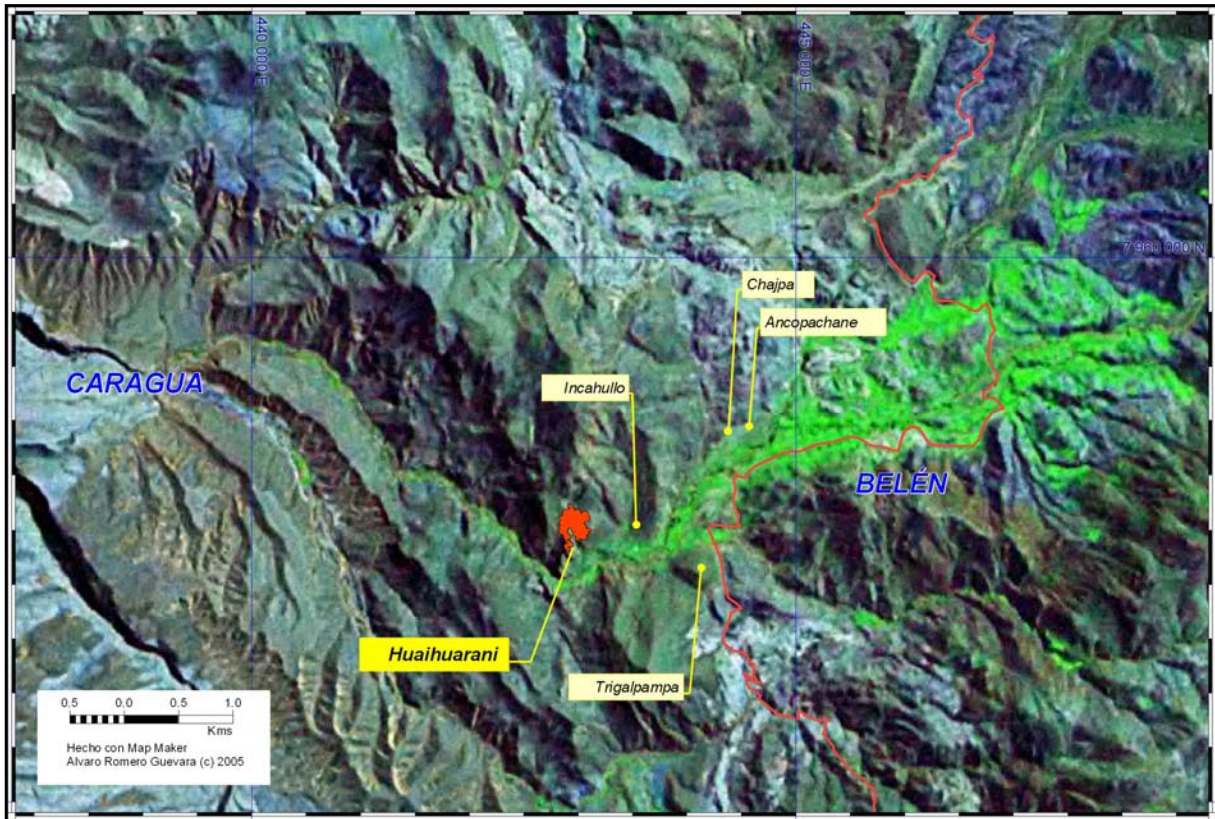


Figura 4.12: Yacimiento arqueológico de Huaihuarani (Fuente: Oficina de Registro, MASMA).

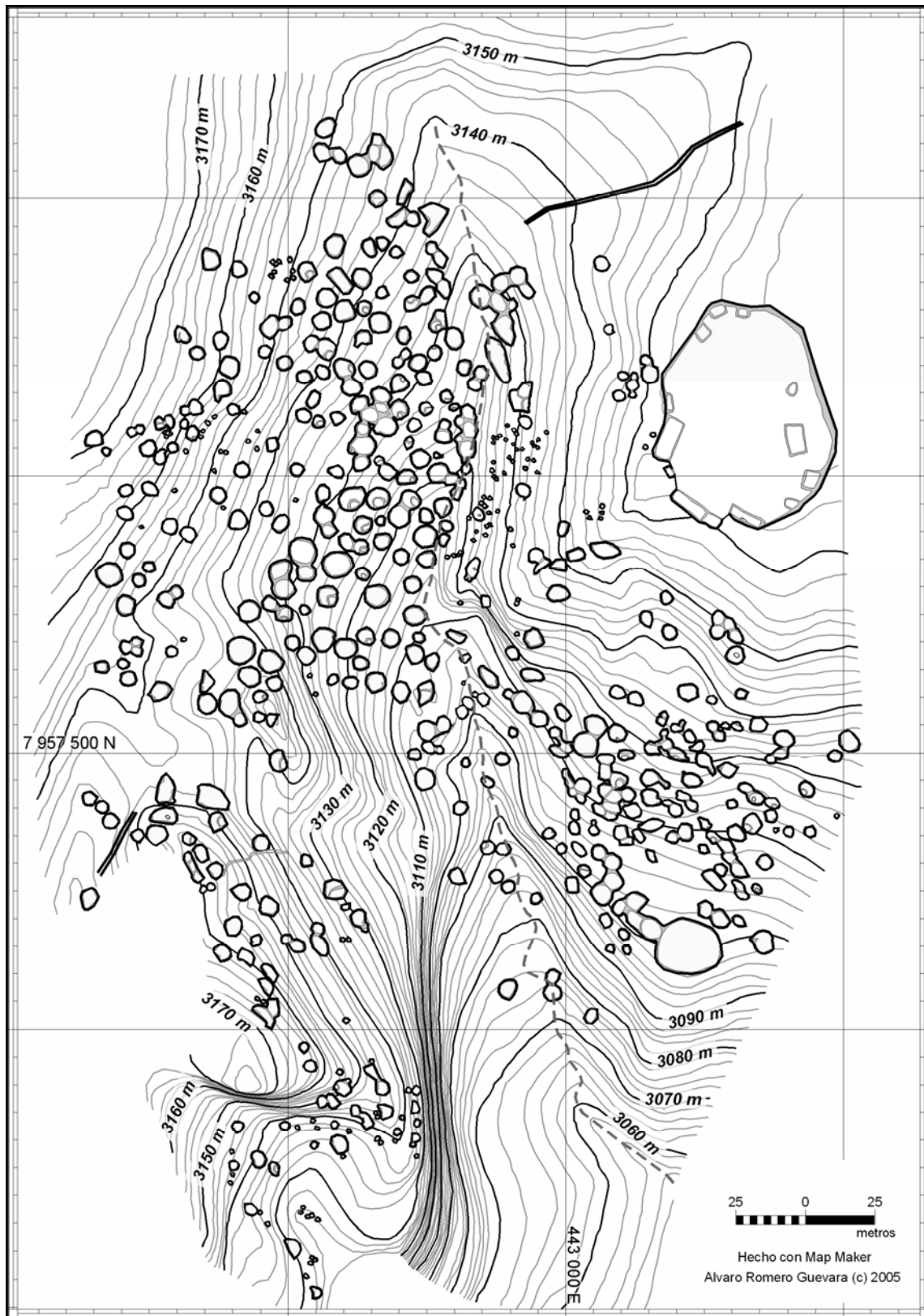


Figura 4.13: Vistas generales del asentamiento de Huaihuarani (Gentileza de Daniella Jofré).



CAPÍTULO 5. PAISAJE CONSTRUIDO EN LOS VALLES DE ARICA

5.1. Dos Niveles del Paisaje Construido

Esta sección señala los antecedentes metodológicos de nuestro acercamiento al paisaje construido. Nuestra perspectiva sigue muchas de las líneas generales de la teoría explicativa intercultural de las relaciones ambiente-conducta (*environment-behavior relations* ó EBR) de Rapoport (1990, 2001) y también comparte los supuestos del paradigma del paisaje en pleno desarrollo dentro de la arqueología (Anshuetz et al. 2001; Criado 1999).

Ambas fuentes teóricas (EBR y paisajes arqueológicos) reniegan del enfoque normativo de la cultura y de la visión estática del espacio como algo dado e inmutable (Criado 1991). Ven dos problemas claros en el enfoque normativo y determinista. En primer lugar, la cultura es una construcción teórica más dinámica y multi-determinada de lo que habitualmente se ha pretendido. Adicionalmente, la formación de ambientes construidos implica una relación esencialmente dialéctica entre funciones y significados culturales, por tanto, la división común entre función y significado es analíticamente imperfecta (Rapoport 1990: 12).

Entendiendo los paisajes culturales como el lugar amplio donde una comunidad transforma el mundo natural, mediante sus prácticas cotidianas, conceptos y marcos valóricos (Castro et al. 2004), sostenemos que el foco de estudio de la teoría EBR, es decir, los ambientes construidos, pueden ser considerados como la unidad básica del estudio de los paisajes culturales. Por tanto, al compartir mucho del objeto de estudio y los presupuestos teóricos, el paradigma del paisaje puede sacar provecho de la aplicabilidad que la teoría EBR ha alcanzado en la sociedad contemporánea (Rapoport 2001). Como señala Rapoport (1990: 19) esta relación puede ser bastante provechosa, ya que tanto la arqueología como los estudios EBR están interesados en la cultura material, no sólo en los edificios, sino sobre todo en las múltiples expresiones de los artefactos.

La teoría EBR señala que “los ambientes construidos son creados (...) para sustentar conductas deseadas” (Rapoport 1990 11). Estos comportamientos pueden ser logrados mediante la cualidad física de los edificios o monumentos, pero también a través de los significados latentes

que el ambiente construido entrega, mediante diversas instancias comunicativas y metacomunicativas (Moore 1996a). Desde el paradigma del paisaje se llama la atención en la característica sintética de los paisajes culturales, como sistemas que estructuran y organizan las interacciones entre las personas y su medio ambiente (Anshuetz et al. 2001: 160).

El ambiente construido se compone de tres tipos de elementos: (1) **rasgos fijos**, es decir, los edificios, muros, plataformas y todos los elementos de larga duración; (2) **rasgos semifijos**, aquellos elementos que sirven de mobiliario y son trasladados a un ambiente para crear una determinada “atmósfera” (los artefactos *patial* de Schiffer, 1999); y (3) **elementos móviles**, aquellos que se mueven con la ambientación, tales como las personas, sus artículos personales y sus conductas (Rapoport 1990: 13).

No cabe duda que los rasgos fijos son instrumentos importantes de coerción ideológica, especialmente en sociedades estatales con la capacidad de elaborar monumentos impresionantes y respaldarla con una ideología oficial (Gallardo et al. 1995; Moore 1996b). Pero desde un punto de vista intercultural el comportamiento humano es en gran medida dirigido por los rasgos semifijos, que de manera situacional dan forma a ambientaciones específicas que comunican y guían la conducta (Schiffer 1999). Un mismo edificio puede conducir a comportamientos distintos dependiendo de los elementos semifijos y los elementos móviles que intervienen en una situación (Wobst 1999). Muchas veces indicios semifijos bastante sutiles son los que determinan una conducta determinada sobre un ambiente. Por tanto, el estudio de los rasgos semifijos se vuelve fundamental en el estudio de sociedades pasadas, donde los actores y significados están ausentes (Rapoport 1990).

Otro aspecto en que coinciden los estudios EBR con el paradigma del paisaje es que el lugar no sólo posee una dimensión espacial, sino sobre todo temporal, que determina en buena medida los significados y comportamientos posteriores (Ingold 1993). La unidad básica de esta doble dimensión espacial-temporal del paisaje es el **sistema de actividades**, un conjunto de acciones integradas de forma coherente dentro de una comunidad particular. Las comunidades se organizan mediante una serie de unidades que segmentan el espacio, tales como unidades domésticas y áreas de actividades, y también a través de unidades sociales que organizan el tiempo, como por ejemplo los grupos generacionales.

En definitiva, los paisajes son construcciones dinámicas, realizadas por una comunidad y de forma específica por cada una de sus generaciones (Parceró et al. 1998). Cada uno de estos grupos da cuenta de particulares visiones de mundo, significados y clasificaciones culturales. Por tanto, los paisajes culturales además de ser el espacio vital donde las sociedades se reproducen, son un conjunto coherente y sintético que permite transmitir información e historia (Castro et al. 2004; Urton 1988).

Esta breve inspección por los supuestos de la arqueología del paisaje y los resultados de la investigación EBR, dan cuenta de una compleja conformación de la acción espacial de las comunidades. El concepto normativo de cultura da paso a una construcción social que puede ser “desmantelada” (Rapoport 1990, 2001) en unidades más concretas, tanto en el aspecto social como ideológico. Nuestra propuesta para aproximarnos a estas múltiples articulaciones entre cultura y paisaje construido es enfocarnos en las dos más claras dimensiones espaciales que rigieron la vida cotidiana de las comunidades de los valles de Arica. Nos enfocaremos en primer lugar en un estudio formal y exploratorio de la **arquitectura doméstica**, y en segundo lugar, utilizamos una metodología también exploratoria para acercarnos al **uso y organización del espacio aldeano** como una totalidad.

Nuestra perspectiva analítica enfocada a dos dimensiones espaciales sigue claramente la senda iniciada por Bawden (1982) en su ya clásico estudio del asentamiento de Galindo en el valle Moche. Para entender el funcionamiento de un asentamiento Moche Tardío, Bawden (1982) descartó el estudio del centro cívico de plataformas y depósitos comunitarios, y se enfocó a “entender la naturaleza de la unidad doméstica y sus relaciones en la comunidad (...) para conocer los muchos sistemas culturales en los cuales [la unidad doméstica] participaba” (1982: 167). Bawden propone en sus conclusiones que:

La organización del asentamiento refleja la adaptación de una sociedad a una serie de presiones causales y fomenta la investigación integrada de dos niveles de organización social. El estudio de la vivienda produce información relativa a la unidad básica de organización social – el grupo doméstico individual. Sin embargo, la naturaleza de la organización doméstica está directamente afectada por los cánones sociales que regulan a la comunidad (Bawden 1982: 181).¹⁷

¹⁷ “The conception of settlement organization primarily reflecting adjustment of a society to a series of causal pressures furthers the integrated investigation of two levels of social organization. Study of the residential dwelling produces information pertaining to the basic unit of social organization – the individual household”.

Esto quiere decir que mediante el análisis y comparación de la organización doméstica y la organización comunitaria se logra una idea más completa del funcionamiento general del paisaje construido. Tal como las comunidades campesinas actuales, podemos esperar que las comunidades andinas prehispánicas se hayan organizado económica, social, política e ideológicamente en torno a las diversas unidades domésticas de parentesco o *ayllu* (Stanish 1989).

A continuación discutimos y detallamos los conceptos metodológicos que utilizamos para analizar las unidades espaciales y organización de los asentamientos. Finalmente, pasamos a revisar pormenorizadamente la arquitectura y organización espacial de los yacimientos de Rosario y Huaihuarani.

5.1.1. UNIDAD DOMÉSTICA, ESPACIAL Y ARQUITECTÓNICA

La **unidad doméstica** (*household*) en arqueología es un concepto que sirve para interpretar la evidencia arquitectónica más allá del rasgo físico de la vivienda, implicando al sistema social en funcionamiento.¹⁸ En consecuencia, la unidad doméstica puede ser entendida como el sistema espacial mínimo y discreto donde se desarrollan regularmente una serie de actividades que definen a una “familia”. Según Stanish (1989) sería imposible llegar a una definición más precisa de la unidad doméstica, ya que existe una enorme variabilidad intercultural de patrones de residencia, tipos de familia, estructuras de parentesco y funciones domésticas. Generalmente, en sociedades sedentarias y con una complejidad social relativa, las unidades domésticas involucrarían varios recintos o habitaciones, algunas con funciones específicas y otras con múltiples funciones (Rapoport 2001). Además, es imposible que la totalidad de las actividades relacionadas con la unidad doméstica se lleven a cabo en el interior de las viviendas (Adán 1996).

Aldenderfer y Stanish (1993) señalan que las unidades domésticas tienen cuatro funciones básicas: (1) la producción, (2) la distribución de la producción, (3) la transferencia de bienes, derechos y roles sociales, y (4) la reproducción social a través de la socialización. Según estos autores sólo la producción y la distribución tendrían claros referentes arqueológicos, pero también es probable que dichas actividades pudieran llevarse a cabo en escenarios distintos a la

¹⁸ Sin embargo, Rapoport (2001:145) también ve en el concepto de vivienda (*housing*) un sistema dinámico de escenarios dentro de los cuales un sistema de actividades domésticas se lleva a cabo.

vivienda. También es posible que aspectos como el ceremonialismo, ligado a la reproducción social, se lleven a cabo dentro de la unidad doméstica (Bawden 1982), lo que permitiría que en ciertos contextos sociales esta función sea arqueológicamente visible. Finalmente, la función de transferir los estatus y roles se hace más manifiesta en las unidades domésticas de sociedades complejas, cuando arqueológicamente podemos detectar concentraciones de bienes de prestigio y riqueza.

Esta diversidad potencial de situaciones culturales implica que las herramientas de análisis deben ser aptos para una “considerable flexibilidad metodológica” (Stanish 1989: 8). Esta metodología sólo resulta rentable con el uso de técnicas de campo detalladas y análisis especializados, que conforman lo que se ha llamado *household archaeology* (Aldenderfer y Stanish 1993; Stanish 1989). Al respecto, Aldenderfer y Stanish (1993) señalan cuatro aspectos materiales para definir las unidades domésticas: (1) El número y tamaño de las estructuras usadas, (2) el uso del espacio dentro y fuera de las estructuras usadas, (3) indicadores materiales de las actividades realizadas, y (4) tipos de accesorios (¿elementos semifijos?) y su distribución espacial. Salvó la primera variable, todos los demás aspectos requieren de un fuerte trabajo especializado e interdisciplinario. Adicionalmente, llama la atención que estos autores no consideren un importante complemento a su perspectiva esencialmente *etic*, la cual es la aplicación del enfoque histórico directo y la etnoarqueología en los Andes para abastecernos de supuestos y modelos posibles de corroborar en el registro arqueológico (Adán 1996).

Frente al escenario heterogéneo de las poblaciones tradicionales en los valles de Arica y al carácter comparativo de este nivel de nuestro estudio, consideramos una perspectiva netamente arqueológica para enfocarnos al espacio construido. Por tanto, en el presente trabajo no podemos utilizar el enfoque etnoarqueológico, ya que la necesaria continuidad cultural sólo está presente en la precordillera de Arica, pudiendo servir como antecedente del uso y funcionamiento tan sólo en el poblado de Huaihuarani (Jofré 2003). En cambio, la población originaria de la costa y valles bajos de Arica con la llegada hispana sufrió una rápida aculturación y declive demográfico (Romero 2003b).

Consideramos que es necesario especificar una metodología de trabajo que anteceda el nivel de la *household archaeology*. Esto porque dicha metodología puede no ser compatible con un diseño de investigación con objetivos generalizadores y comparativos, o con la etapa cronológica de un proyecto de investigación de largo aliento, o simplemente por razones de costo del trabajo

especializado en un contexto social con proyectos científicos de menores costos. En este trabajo hemos caracterizado la arquitectura aplicando criterios tecnológicos ampliamente utilizados en la arqueología del Norte de Chile (Castro et al. 1993).

Luego, a partir de trabajos previos (Romero y Briones 1999; Romero 2003a), hemos dividido la evidencia arquitectónica prehispánica en dos tipos de unidades de análisis: Unidades espaciales y Unidades arquitectónicas. Las **unidades espaciales** (UE) implican la unidad mínima de planificación arquitectónica para lograr un espacio construido y delimitado con finalidades específicas. Esta unidad puede ser equivalente a la unidad “recinto” muy frecuente en la literatura arqueológica de nuestra área de estudio (por ejemplo, Muñoz et al. 1997). El segundo tipo es la **unidad arquitectónica** (UA), sólo reconocible en la arquitectura de muros pircados de Huaihuarani y no en Rosario. Las unidades arquitectónicas consisten en un conjunto de unidades espaciales que comparten estructuras o muros. Si bien, es frecuente la existencia de unidades arquitectónicas que contienen tan sólo una unidad espacial y por lo tanto son unidades uni-espaciales, la mayor complejidad de la categoría de unidad arquitectónica da cuenta de un proceso de aglomeración en la formación del asentamiento.

Una primera ordenación de las unidades espaciales es la agrupación o sectorización. Esta sectorización se hizo de dos maneras: (1) Una manera más o menos intuitiva o subjetiva; y (2) una segunda forma más objetiva o neutral, elaborando áreas de amortiguamiento o *buffer* de diámetros establecidos arbitrariamente (Hodder y Orton 1990).

La primera se aplicó esencialmente a las unidades domésticas o de almacenaje, en donde suponemos que aparte de los factores físicos inmediatos, actuaron en consideración una mayor cantidad de variables culturales, tales como los aspectos económicos, sociales e ideológicos. En este plano de la cotidianidad no se habrían establecido síntesis ideológicas en cuanto a la localización y emplazamiento definitivo de las estructuras.

La segunda forma se utilizó para ordenar aparentes irregularidades en el emplazamiento de las unidades funerarias. Todo esto bajo el supuesto que los espacios funerarios habrían sido definidos por menos variables que las que pudieron operar en la ubicación de los espacios domésticos. Sostenemos que en los espacios funerarios, entendidos como síntesis ideológicas y con menor número de funciones operando, se reforzó un efecto esencialmente visual y físico dentro del paisaje cultural.

Una vez sectorizado el espacio construido se procedió al análisis de tres variables que podemos aplicar a los datos disponibles en Rosario y Huaihuarani, estas son: (1) tamaño, (2) forma, y (3) calidad arquitectónica. Para Huaihuarani, poblado mejor conservado y de rasgos principalmente descubiertos, agregamos las características de los vanos.

5.1.2. ASENTAMIENTOS Y MODELOS DE ANÁLISIS

Los asentamientos son un nivel intermedio de investigación arqueológica que carece de una metodología específica para su análisis. Existe una metodología bastante establecida para el estudio de la unidad doméstica (*household archaeology*) y también para el análisis regional (por ejemplo, Fish y Kowalewski 1990), pero no existe algo similar para el estudio de las comunidades, aldeas, áreas urbanas, que permita utilizarlas en diversos temas de investigación, y sobre todo, en estudios comparativos. Planteamos que la característica cualitativa de concentrar conducta humana en un espacio relativamente reducido, les confiere a los asentamientos un rol fundamental en la creación de los paisajes culturales y los procesos sociales que trascienden la escala comunitaria hacia niveles más regionales.

En segundo lugar, los asentamientos arqueológicos, representan comunidades prehispánicas, grupos humanos que en conjunto modificaron su espacio natural para dar cuenta de una particular organización para vivir y reproducirse socialmente. Aunque es en el plano doméstico donde se reproduce una parte importante del conjunto de conocimientos y valores que dan cuenta de lo que denominamos cultura material, es en el escenario social inmediato, donde tales expresiones y representaciones debaten, es decir, donde toman su forma definitiva. Los asentamientos, como un conjunto, son la expresión más cabal de la relación entre la vida doméstica y la pública, donde se desarrollan las relaciones políticas propias de la comunidad y aquellas que afectan también la región de estudio.

En tercer lugar, los asentamientos arqueológicos, muestran una organización y delimitación muy poco arbitraria, al contrario, dan cuenta de algunas de las decisiones más concientes y grupales llevadas a cabo por estas sociedades. No negamos la importancia de un debate reciente sobre los estudios de los grandes yacimientos que han dejado de lado toda una serie de sitios menos visibles (paraderos, estaciones, talleres, etc.) que explicarían mejor una serie de procesos sociales e históricos (Nielsen et al. 1997), pero es en la vida social aldeana donde se llevaron a cabo los diálogos ideológicos y políticos más intensos (Nielsen 1995; Troncoso 2001). En definitiva, en los

grandes yacimientos no se encuentra toda la historia, pero sí una parte importante de su reproducción.

Sin olvidar que el paisaje construido aldeano es un proceso continuo y que da cuenta de un palimpsesto de muchas decisiones y conductas llevadas a cabo en distintas generaciones, consideramos que puede ser analizado como un producto social determinado por las conductas precedentes y que determinaría aquellas futuras. Estas determinaciones deberían dar cuenta de alguna regularidad y coherencia que respalden la elaboración, sólo con fines metodológicos, de esquemas conceptuales que representen la organización social y la conducta colectiva a través del uso del espacio y las dinámicas de movilidad al interior del espacio aldeano.

Nuestro método será la elaboración de esquemas conceptuales¹⁹ que organizan las aldeas arqueológicas, como una herramienta para su comparación e interpretación. No queremos forzar una analogía entre los asentamientos arqueológicos y estos instrumentos contemporáneos de enseñanza, sólo plantear los paralelos que podrían existir. Asumimos que las aldeas son, en cierto modo, esquemas donde se puede leer la cosmovisión de una sociedad, y que en ellas se vislumbra “su concepción de la naturaleza, de la persona, de la sociedad, (y) contiene las ideas más generales del orden de ese pueblo” (Geertz 2000: 118).

Esta metodología se basa en dividir el paisaje construido en distintas categorías culturales. Estas categorías no deben ser entendidas sólo como funciones prácticas, sino que también incluyen significados sociales y simbólicos. Es evidente que no existen conductas y actividades universales a todos los grupos humanos, y acá sólo nos permitimos comparar aldeas en el sentido que todas las comunidades estudiadas comparten similar sustrato cultural andino, que son relativamente contemporáneas de un período post-Tiwanaku, que poseen un similar grado de complejidad social que hemos denominado sociedades pre-estatales y que por tanto no corresponden a asentamientos con una funcionalidad especializada dentro de una jerarquía estatal.

Es dentro de este contexto que planteamos en las comunidades estudiadas, la existencia de dos categorías de espacios: (1) áreas domésticas, y (2) áreas sociales. Las áreas sociales pueden ser

¹⁹ Los esquemas o mapas conceptuales consisten, básicamente, en representaciones gráficas de fácil lectura que permiten “construir” conceptos de diversa complejidad a partir de conceptos menores enlazados. Son una herramienta de aplicación pedagógica de la teoría del constructivismo o aprendizaje cognitivo. Esta teoría plantea que el aprendizaje no se establece sólo en el plano de las ideas sino sobretodo en la relación de las personas con su entorno, tratando de dar un sentido al mundo que perciben. Esta construcción del conocimiento siempre se basa en ideas y valores previos que se articulan mediante diferenciación, asociación y jerarquía (Ausubel et al. 1989).

divididas a su vez en tres tipos: áreas funerarias, áreas de actividad pública, tales como arte rupestre o plazas (Moore 1996a), y área de almacenaje comunitario. En esta fase de definición de categorías se realiza un análisis contextual que permite evaluar si tales categorías están diferenciadas espacialmente y por tanto presentan funciones distintas, culturalmente significativas.

La división entre tales categorías se basa en una idea subyacente al evolucionismo social; una tendencia de separar el ámbito doméstico de lo público a medida que el nivel de organización social de una sociedad alcanza mayor relevancia regional (Johnson y Earle 1987; Rapoport 2001). La separación de una actividad funeraria doméstica de una pública y segregada es algo que en los valles de Arica se desarrolla desde el Período Intermedio Temprano (1.000 a. C a 500 d. C), con la creación de monumentos funerarios (túmulos; Romero et al. 2004; Santoro 2000). Posiblemente estos monumentos señalaron los espacios sagrados de su presente y mediante mnemotécnica establecieron similares significados para las generaciones futuras. Por tanto, los cementerios son los primeros espacios sociales que se visualizan en la prehistoria de Arica, y no sabemos aún si las demás categorías sociales se desarrollan desde tales instituciones o desde otras.

Para evaluar una organización o articulación entre estas categorías espaciales debemos establecer: (a) un contexto de uso específico para las categorías, que nos permita entender las características del funcionamiento del asentamiento; (b) conexiones externas y circulación interna, que debería dar cuenta de una secuencia de actividades sociales; y (c) una jerarquía, es decir, un grado relativo de importancia entre las diversas conductas y actividades comunitarias.

Para entender los usos específicos de las categorías espaciales, debemos estudiar: (a1) la densidad y distribución de artefactos y rasgos; (a2) las características de los rasgos fijos (estructuras arquitectónicas sólidas); (a3) de los rasgos semifijos (arquitectura precaria y relativamente portátil, como ramadas, toldos); y (a4) existencia de segmentaciones o subdivisiones internas.

Para comparar la circulación y direccionalidad debemos estudiar los siguientes atributos: (b1) la distancia con otras categorías; (b2) número de accesos; y (b3) características de la accesibilidad, es decir, si el acceso es libre o mediado por un sendero, pasillo o portal,

Para discutir la jerarquía de los espacios debemos considerar una serie de atributos, tales como: (c1) el tamaño y forma de los espacios; (c2) su ubicación relativa al interior del paisaje construido; (c3) su emplazamiento topográfico y su visibilidad; y (c4) el grado de inversión en infraestructura.

5.2. Rosario: Arquitectura y Organización del Espacio

Como se señaló en el Capítulo 4, el área arqueológica de Rosario, compuesta principalmente por asentamientos y sectores funerarios, se ubica en el tramo fértil del río Lluta. Estos sectores se definen por dos tipos principales de unidades espaciales. Por un lado, están las unidades habitacionales, compuestas por montículos de no más de 30 cm de alto, que concentran grandes cantidades de material arqueológico y rasgos que conformaron estructuras arquitectónicas. Por otro, están las unidades funerarias, construidas de piedra y bloques compactos de ceniza y barro.

5.2.1. UNIDADES HABITACIONALES

Los asentamientos de Rosario-1 y Rosario-2 están conformados por montículos muy similares a los descritos detalladamente por Santoro (1995) en otros yacimientos del río Lluta. A partir de las evidencias en las áreas arqueológicas de Molle Pampa y Vila Vila, Santoro (1995: 62 y ss.) ha definido estos rasgos como habitacionales, caracterizados por montículos de forma elíptica o semi-rectangular que concentran la dispersión de diversos desechos culturales y orgánicos dentro de una matriz de arena cenicienta que contrasta con las áreas circundantes más limpias (Figura 5.1).

Las excavaciones de Santoro (1995) han dado cuenta de hileras de cañas trenzadas con totora que conformarían las paredes de estructuras rectangulares. Estas se asocian a alineaciones de postes de madera --identificados recientemente como troncos de Guayacán (*Myrica pavonis*, de Ugarte 2004)-- que sostendrían otras estructuras como telones o techos formados por esteras de totora. Todos estos rasgos arquitectónicos habrían sido enterrados levemente (± 30 cm) y habrían constituido habitaciones muy livianas, similares a las postuladas por Piazza (1981) en su análisis arquitectónico de las viviendas de Az-15 (Pampa Alto Ramírez) (Figura 5.2). Además, estructuras análogas habrían sido descritas para los valles de Arica en los siglos XVIII y XIX (Frezier 1982 y

D'Orbigny 1945, citados por Santoro 1995) y que hasta hoy en día se pueden ver como bodegas o corrales en algunas estancias rurales de Lluta y Azapa

Santoro (1995) también describe el proceso de construcción de las habitaciones en Molle Pampa y Vila Vila. Se aplanó la superficie donde se levantaron las estructuras cortando la ladera, es decir, trasladando arena desde la pendiente hacia el lado opuesto; adicionalmente en algunas unidades se niveló el suelo con una gruesa capa de tallos de maíz a lo largo de toda la superficie o como un muro de contención.

Al igual que en Molle Pampa y Vila Vila, las excavaciones en Rosario han permitido distinguir una amplia variedad de actividades y aspectos de las poblaciones que residieron en las pequeñas y frágiles estructuras habitacionales. Los depósitos cuentan con muchos elementos culturales y orgánicos, tales como, fragmentos de cerámica, de textiles, instrumentos de piedra y metal, desechos de talla lítica y diversas especies animales y vegetales representadas por huesos y semillas. El análisis de estos materiales habría servido a Santoro (1995) para discutir aspectos de la organización económica de las unidades domésticas.

Sectorización: En la terraza fluvial de Rosario se han distinguido tres yacimientos habitacionales (ver Figura 4.8). Este estudio se ocupa de los yacimientos con una mejor conservación de sus estructuras, es decir, Rosario-1 y Rosario-2. Hemos sectorizado cada uno de los yacimientos mediante un método intuitivo, considerando la orientación de los montículos y rasgos topográficos. El resumen de las características principales de los yacimientos y los sectores se lista en la Tabla 5.1

Tabla 5.1: Resumen de características de los yacimientos y sectores en Rosario.

YACIMIENTO	SECTOR	ÁREA SECTOR	ÁREA UE	Nº UE	DECLIVE (ORIENTACIÓN)	
ROSARIO-1	S. Este	7.370 m ²	399 m ²	11	12°	(349°)
	S. Oeste	10.980 m ²	893 m ²	25	11°	(354°)
	SUBTOTAL	18.350 m²	1.292 m²	36	-	-
ROSARIO-2	S. Este	6.600 m ²	472 m ²	10	11°	(7°)
	S. Oeste	8.400 m ²	1.573 m ²	19	17°	(357°)
	S. Sur	10.020 m ²	543 m ²	5	4°	(19°)
	SUBTOTAL	25.020 m²	2.588 m²	34	-	-

Nota: La orientación se refiere a la orientación cardinal de la línea de corte utilizada para medir el declive.

Rosario-1 ha sido dividido en dos secciones (Figura 5.3), un Sector Este con 11 unidades habitacionales; y después de unos 30 m de separación sin restos habitacionales, el Sector Oeste

que contiene 25 unidades. El declive del terreno donde se emplaza el yacimiento tiene entre 11° y 12°. Por otra parte, Rosario-2 ha sido dividido en tres sectores (Figura 5.4). El Sector Este contiene 10 unidades y un declive de 11°, similar a Rosario-1. El Sector Oeste, donde se emplazan 19 unidades, posee un declive mayor, alcanzando unos 17°. El Sector Sur posee la mayor área, pero una menor cantidad de unidades habitacionales, en una superficie prácticamente nivelada.

Calidad de Muros y Estructuras Asociadas: Se debe destacar que en Molle Pampa, Vila Vila y Rosario no se registra el uso de barro adosado a las cañas que podría dar mayor soporte y durabilidad a las estructuras tal como la arquitectura de quincha. Más bien, las frágiles habitaciones no habrían tenido una duración mayor a 20 años (Santoro 1995: 67). Esto explicaría la forma alargada de los montículos habitacionales, ya que una vez colapsada alguna estructura se construía otra, de ningún modo completamente encima de la anterior, sino que parcialmente descentrada.

El uso de piedras en las unidades domésticas sería infrecuente en los asentamientos tardíos del valle de Lluta, y se limitaría al revestimiento de pequeños pozos de almacenaje dentro de la unidad doméstica. Esto difiere a la construcción de las plataformas de uso social presentes en Molle Pampa Este (Estructura 1 y Estructura 3), las cuales presentan en sus flancos frontales y traseros muros de contención pircados con piedra basáltica cuyos restos alcanzan 1 m de alto (Santoro 1995: 84).

La única diferencia observada en términos de materiales utilizados entre Rosario-1 y Rosario-2, es el uso de piedras en el último yacimiento. Se registraron alineaciones de piedras andesitas y lajas de caliche unidas por argamasa de ceniza y restos calcinados de basuras en la base de las dos unidades excavadas de Rosario-2 (R-59 y R-58). Estas alineaciones habrían servido para formar el terraplén que fue rellenado con arena y donde se elevaron las construcciones de caña y totora. De ningún modo sirvieron como fundamento o apoyo de maderos orientados verticalmente. Además, en las unidades R-70 y R-71 del Sector Sur de Rosario-2 se visualizan superficialmente similares piedras y bloques de caliche que forman un muro de contención más formalizado que habrían servido para constituir los terraplenes donde se habrían levantado las viviendas (Figura 5.5).

Mientras que en las unidades excavadas en Rosario-1 no se encontraron rasgos arquitectónicos especiales, en Rosario-2 se identificaron pozos de grandes dimensiones (2 m de diámetro y 1 m de profundidad) que habrían servido inicialmente para el almacenaje, pero que finalmente fueron rellenados con basuras, tales como desechos vegetales, cerámicas y restos óseos (Romero 2002).

Forma: Las evidencias superficiales en el área arqueológica de Rosario indican que la mayoría de los montículos habitacionales son de forma rectangular (Tabla 5.2). Así, en Rosario-2 prácticamente la totalidad de de las unidades tienen aquella forma de planta (94%), mientras que, en Rosario-1 además de los montículos rectangulares (69%) se presentan otros de forma irregular (31%).

Tabla 5.2: Forma de unidades habitacionales en Rosario.

YACIMIENTO	SECTOR	FORMA DE PLANTA				TOTAL
		RECTANGULAR N (%)	IRREGULAR N (%)	ELÍPTICA N (%)		
ROSARIO-1	S. Este	7 (64,0)	4 (36,0)	-	-	11
	S. Oeste	18 (72,0)	7 (28,0)	-	-	25
	SUBTOTAL	25 (69,0)	11 (31,0)	-	-	36
ROSARIO-2	S. Este	9 (90,0)	-	1 (10,0)	-	10
	S. Oeste	19 (100,0)	-	-	-	19
	S. Sur	4 (80,0)	-	1 (20,0)	-	5
	SUBTOTAL	32 (94,0)	-	2 (6,0)	-	34
T O T A L		57 (81,4)	11 (15,7)	2 (2,9)	-	70

La forma de la planta registrada en superficie es afectada por la topografía general del emplazamiento, que provoca una erosión diferencial de los rasgos. De esta manera podemos pensar que los montículos rectangulares se ubicarían en los sectores más planos, e inversamente, los montículos irregulares en sectores con pendiente pronunciada.

Pero al analizar la distribución de formas en el Sector Oeste de Rosario-2, que posee la pendiente más pronunciada (17°, ver Tabla 5.1), observamos que tales supuestos no funcionan, ya que sus 19 estructuras poseen una forma de planta rectangular. Efectivamente, la conservación de la estructura no sólo depende de la topografía general del emplazamiento, sino que además de modificaciones culturales del microrrelieve, a través de dos modos: invirtiendo un mayor trabajo en nivelar el terreno donde se levantó la estructura y construyendo recintos de mayor tamaño.

Tamaño: Según Santoro (1995: 283) las diferencias de tamaño de los montículos habitacionales entre los cuatro yacimientos analizados en Molle Pampa y Vila Vila reflejarían la prolongación

de la ocupación de cada asentamiento, y no tanto la organización y el tamaño de los espacios residenciales. Para corroborar dicha afirmación indica que en su análisis de los materiales de las unidades muestreadas no encuentra “una variabilidad significativa en la gama de actividades domésticas o en la intensidad de actividades particulares” realizadas en cada yacimiento (Santoro 1995:282)²⁰. Estamos de acuerdo que dichas evidencias sustentan la continuidad de la organización y las actividades realizadas al interior de las viviendas, pero aquello no desmiente que las diferencias de tamaño de los montículos también puedan deberse a diferencias en las dimensiones de las viviendas en funcionamiento. Al respecto, analizaremos los tamaños de las unidades de Rosario.

Son evidentes las diferencias de tamaño entre las unidades de Rosario-1 y Rosario-2 (Tabla 5.3). La media de Rosario-1 es casi 36 m², con medias similares para las 11 unidades del Sector Este y las 25 unidades del Sector Oeste. En cambio, el rango de tamaño en Rosario-2 es mucho mayor, con marcadas diferencias entre la media de los distintos sectores. La media del Sector Oeste, el sector con mayor número de unidades de Rosario-2, es de 82 m², doblando la media de tamaño de las unidades de Rosario-1.

Tabla 5.3: Tamaño promedio de unidades habitacionales de Rosario.

YACIMIENTO	SECTOR	N	ÁREA PROMEDIO	MINIMO	MAXIMO	DESVIACIÓN ESTÁNDAR
ROSARIO-1	S. Este	11	36,3 m ²	12,4 m ²	66,5 m ²	16,75
	S. Oeste	25	35,8 m ²	11,0 m ²	87,0 m ²	16,82
	SUBTOTAL	36	35,9 m²	11,0 m²	87,0 m²	16,56
ROSARIO-2	S. Este	10	47,2 m ²	17,3 m ²	102,5 m ²	26,52
	S. Oeste	19	82,7 m ²	43,9 m ²	367,8 m ²	71,98
	S. Sur	5	108,6 m ²	1,8 m ²	223,7 m ²	104,98
	SUBTOTAL	34	76,1 m²	1,8 m²	367,8 m²	69,23
T O T A L		70	55,4 m²	1,89 m²	367,8 m²	53,30

En la Figura 5.6 se observa la prueba gráfica del error estándar (Drennan 1996), donde se confirma la inexistencia de diferencias significativas entre los tamaños de las viviendas correspondientes a los dos sectores de Rosario-1. Al mismo tiempo, se muestran diferencias significativas, del orden del 95% de confiabilidad, entre Rosario-1 y Rosario-2.

Proporción: Otra forma de verificar diferencias en el tamaño efectivo de las estructuras es fijarnos en la medida del ancho de las unidades. Ya señalamos el supuesto de Santoro (1995:67) para explicar la frecuente forma alargada de los montículos, que tiene que ver con la

²⁰ “...we did not find significant variability in the range of households activities, or in the intensity accorded particular activities”.

construcción reiterada de viviendas al costado de otra colapsada. Dada esta lógica, a medida que pasa el tiempo junto con incrementarse el depósito vertical de basuras se incrementa el largo de los montículos y se mantiene más o menos estable el ancho.

Al comparar las estadísticas de tendencia central de la medida del ancho de las unidades (Tabla 5.4) observamos un ancho más o menos constante entre los dos sectores de Rosario-1, promediando 4,6 m.

Tabla 5.4: Ancho promedio de unidades habitacionales de Rosario.

YACIMIENTO	SECTOR	N	ANCHO PROMEDIO	DESVIACIÓN ESTÁNDAR
ROSARIO-1	S. Este	11	4,88 m	1,21
	S. Oeste	25	4,53 m	1,19
	SUBTOTAL	36	4,64 m	1,19
ROSARIO-2	S. Este	10	4,24 m	1,16
	S. Oeste	19	5,86 m	1,56
	S. Sur	5	5,32 m	3,16
	SUBTOTAL	34	5,31 m	1,85
T O T A L		70	4,96 m	1,57

Mientras que, Rosario-2, habría tenido una mayor variabilidad y en definitiva una media mayor a Rosario-1 (5,31 m). De acuerdo a estos resultados existiría una relación entre el mayor tamaño de los recintos de Rosario-2 y su correspondiente medida del ancho (Figura 5.7). Esto es opuesto al supuesto de Santoro, donde el ancho debería mantenerse constante, pues lo que se ampliaría a través del tiempo sería el largo del área de desechos y no el tamaño de las viviendas. Para seguir explorando esto se realizó la prueba R de correlación de Pearson, para determinar la significación estadística de la relación entre el largo y el ancho de las viviendas (Tabla 5.5).

Tabla 5.5: Prueba R entre las variables ancho y largo en Rosario.

YACIMIENTO	SECTOR	CASOS	R	SIGNIFICACIÓN UNILATERAL	RESULTADO
ROSARIO-1	S. Este	11	0,589	0,028	0,05 significación
	S. Oeste	25	0,314	0,063	Sin significación
	SUBTOTAL	36	0,395	0,009	0,01 significación
ROSARIO-2	S. Este	9	0,671	0,024	0,05 significación
	S. Oeste	19	0,497	0,015	0,05 significación
	S. Sur	4	0,821	0,089	Sin significación
	SUBTOTAL	32	0,628	0,000	0,01 significación
T O T A L		68	0,603	0,000	0,05 significación

La mayor significación, del orden del 0,01 (99%), ocurre justamente si analizamos los yacimientos como un todo, es decir, comparando Rosario-1 con Rosario-2. Esto indica que existe una relación significativa entre el largo y ancho de los montículos, esto es, a medida que aumenta el largo de

las unidades también lo hace su ancho. Esta relación, al estudiar cada uno de los sectores, también es significativa, aunque con una significación menor (0,05 ó 95%). Incluso hay dos sectores donde la significación es inexistente: Sector Oeste de Rosario-1 y Sector Sur de Rosario-2. Sólo en los recintos de tales sectores podríamos aceptar el supuesto que el ancho de las unidades no está relacionado al largo.

Con esto no estamos señalando que en Rosario no hubo construcción de sucesivas habitaciones colindantes, sino que las diferencias de tamaño de las unidades se deben principalmente a un incremento del tamaño de las viviendas, ya que ambos sitios debieron ser ocupados por un lapso similar.

Sin embargo, existe un hecho que puede ser considerado a favor de la idea que el tamaño de los montículos es reflejo del lapso de ocupación. En Rosario-2, el yacimiento con unidades de mayor tamaño, se han registrado dos niveles estratigráficos (Romero 2002), uno muy leve correspondiente a contextos pre-Inka y un segundo, mucho más denso, del Período Tardío. Aunque hay que recordar que la única fecha C¹⁴ que tenemos del área (Beta-101196; Santoro et al. 2003b) proviene del estrato más temprano, y da un rango inconsistente entre 1.415 y 1.623 d.C., es decir, extremadamente tardía, lo que indicaría que ambos períodos de ocupación debieron ser relativamente cortos.

5.2.2. UNIDADES FUNERARIAS

Las tumbas en el área de Rosario se reconocen por una dispersión superficial de restos óseos humanos, fragmentos de cerámica y textiles. En términos arquitectónicos se observa una oposición esencial entre las unidades funerarias y las unidades domésticas del área de Rosario. Esto es, las tumbas de Rosario se construyeron generalmente con técnicas y materiales de mucha mayor durabilidad que las viviendas. El material utilizado por las tumbas fueron piedras andesitas de formas ovoides, lajas de caliche y adobones de ceniza.

Esta confección de las unidades funerarias con materiales duraderos, una arquitectura ampliamente visible, y el emplazamiento en zonas elevadas, se contraponen a las características de otros cementerios descritos en la costa de Arica y valle de Azapa desde el Período Medio hasta el Período Tardío (por ejemplo, Focacci 1981, 1990, 1995; Goldstein 1995-96, Hidalgo y Focacci 1986; Muñoz y Focacci 1985). Estos últimos están compuestos por tumbas esencialmente

subterráneas, aparentemente señalizadas sólo por postes y usualmente ubicadas en estrechas quebradas secas.

Tipos: En su estudio de Molle Pampa, Santoro (1995: 320 y ss.) clasifica las estructuras funerarias en 7 tipos, de acuerdo a la arquitectura, forma y tamaño evidenciadas por la excavación y limpieza de las tumbas, muchas de ellas saqueadas. Sus categorías son: Tipo 1, cista de forma abovedada sellada por losas; Tipo 2, pozo rectangular con grandes piedras; Tipo 3, pozo en arena con algunas piedras demarcadoras; Tipo 4, pozo simple sin bloques; Tipo 5, gran cámara rectangular subterránea; Tipo 6, cámara rectangular de adobe; Tipo 7, montículo de piedras de entierro colectivo.

Nuestro análisis de las áreas funerarias de Rosario es a partir de sus evidencias superficiales, por tanto reconocemos sólo dos tipos arquitectónicos. El primer tipo, que denominamos **unidades tumulares**, consisten en acumulaciones desorganizadas de piedras que forman túmulos de hasta 80 cm de altura y cuyo diámetro varía entre 1 a 6 m (Figura 5.8). Sólo algunos de estas formaciones tumulares presentan evidencias culturales. Este tipo de túmulos de piedra no se asemeja a alguno de los tipos arquitectónicos descritos por Santoro. Estos ejemplares más bien son similares a otros montículos descritos en la terraza El Morro (Lluta-8) del valle de Lluta, que pese a estar próximos a una importante asentamiento Inka con geoglifos (Lluta-10), habíamos adscrito al Período Intermedio Temprano (Santoro et al. 2000). Montículos muy similares también hemos encontrado en las terrazas altas del valle de Azapa, km. 10, en el sitio "Terraza San Juan" aún inédito. Este sitio también lo adscribimos al Período Intermedio Temprano, principalmente por un contexto funerario cuyo cuerpo se encontraba extendido sobre una estera de totora (Santoro y Romero 2001).

El segundo tipo de tumbas las denominamos **unidades ortogonales**. Estas estructuras consisten en concentraciones de pozos de boca rectangular que mediante el uso de piedras con argamasa de ceniza dieron forma a un diseño general ortogonal que reúne varias celdillas (Figura 5.9). Estas celdillas fueron selladas con piedras lajas planas y en ciertas ocasiones se pueden observar los restos de una estructura superficial más compleja utilizando ladrillos de sal y ceniza. Estas estructuras han sido profusamente saqueadas, por lo que superficialmente presentan una gran cantidad de material cultural, tales como huesos humanos, fragmentos textiles, cerámica y restos vegetales. Este tipo de tumba es similar al descrito por Santoro (1995: 327-328) como Tipo 7, a partir de un ejemplar en Molle Pampa Medio (Lluta- 65).

A partir de la evidencia disponible no podemos afirmar que cada tipo de tumba corresponda a diferentes períodos, pues ejemplos de ambos tipos se encuentran próximos tanto del asentamiento Rosario-1, del Intermedio Tardío, como de Rosario-2, del Período Tardío.

Sectorización: Las unidades funerarias se presentan agrupadas o aisladas en medio de la terraza, generalmente emplazadas en zonas elevadas sobre el nivel de los asentamientos (ver Figura 4.8). En su emplazamiento jugó un rol esencial la visibilidad y su permanencia a través del tiempo, convirtiéndolos en monumentos ideológicos, los cuales, en general, no son muy frecuentes en la prehistoria del valle de Lluta.²¹

En un trabajo anterior se reconocieron 5 áreas funerarias en la terraza de Rosario delimitadas subjetivamente (Romero 2002). En el presente estudio las agrupaciones de unidades funerarias se definieron utilizando áreas de amortiguamiento o *buffer* (Hodder y Orton 1990). Tras el examen gráfico de áreas de amortiguamiento de 20 y 40 m de diámetro (Figura 5.10) se escogió trabajar con los 13 conjuntos formados a partir de las áreas de amortiguamiento de 40 m, puesto que muchos de esos conjuntos coinciden de manera general con la división original de 5 áreas. Además, 40 m es una distancia que hace a estas construcciones funerarias perfectamente visible en medio de este relieve desértico.

En la Tabla 5.6 se describe la cantidad total y de cada tipo de los 13 conjuntos funerarios. De los 13 conjuntos, cuatro pueden ser asociados al asentamiento Rosario-1, mientras que 6 conjuntos a Rosario-2, y los tres últimos pueden ser asociados tanto a Rosario-2, como al asentamiento no analizado de Rosario-3.

²¹ Otras evidencias de monumentalismo en el valle son los conjuntos de geoglifos (Valenzuela et al. 2002, Valenzuela 2004) y las plataformas centrales de Molle Pampa Este (Santoro 1995), que debieron operar con otros o adicionales fines ideológicos.

Tabla 5.6: Tipos de conjuntos y unidades funerarios de Rosario.

YACIMIENTO	CONJUNTO	TIPO DE UNIDADES		TOTAL			
		TÚMULOS	ORTOGONALES				
ROSARIO-1	C1	-	23	23			
	C2	6	-	6			
	C3	1	-	1			
	C4	1	-	1			
	SUBTOTAL	8	(25,8)	23	(74,2)	31	(100)
ROSARIO-2	C5	2	-	2			
	C6	30	-	30			
	C7	1	-	1			
	C8	3	32	35			
	C9	2	-	2			
	C10	1	-	1			
SUBTOTAL	39	(54,9)	32	(45,1)	71	(100)	
ROSARIO-2-3	C11	15	-	15			
	C12	25	-	25			
	C13	2	-	2			
	SUBTOTAL	42	(100)	-	-	42	(100)
T O T A L		89	(61,8)	55	(38,2)	144	(100)

De esta forma, las unidades funerarias asociadas a Rosario-1 alcanzan a 31, mientras que a Rosario-2 se asocian 71 unidades, y 42 unidades a Rosario-2 y Rosario-3. Los espacios funerarios asociados a Rosario-2 suman una mayor área y además son algo más densos que los asociados a Rosario-1. Además, en Rosario-1, hay una mayor cantidad de unidades ortogonales (74,2%), mientras que asociados a Rosario-2 existen más unidades tumulares (54,9%) que unidades ortogonales (45,1%). Finalmente, las 42 unidades funerarias asociadas a los asentamientos de Rosario-2-3 son túmulos.

Tamaño: En primer lugar comparamos las dimensiones de las unidades ortogonales de los conjuntos C1 y C8; el primero asociado a Rosario-1, del Período Intermedio Tardío, y el segundo conjunto asociado a Rosario-2. La Tabla 5.7 muestra que las unidades ortogonales del conjunto C8 son más pequeñas que las del conjunto C1. Si nos fijamos en la columna de la confianza estadística observamos que el rango de confianza del promedio del tamaño de las unidades funerarias del conjunto C1 apenas se intercepta con el rango de confianza del conjunto C8, es decir, la diferencia de tamaño vista entre las unidades de C1 y C8 alcanza prácticamente un 95% de confianza estadística.

Tabla 5.7: Tamaño promedio de unidades funerarias ortogonales en Rosario.

CONJUNTO	N	ÁREA PROMEDIO	DESVIACIÓN ESTÁNDAR	RANGO 95% CONFIANZA	
C1 (ROSARIO-1)	23	1,26 m ²	0,32	1,12	1,40
C8 (ROSARIO-2)	32	1,01 m ²	0,46	0,85	1,17
TOTAL	55	1,11 m²	0,42	1,00	1,22

A continuación se procede a comparar el tamaño de las unidades tumulares, cuyos promedios y otras estadísticas de tendencia central se expresan en la Tabla 5.8.

Tabla 5.8: Tamaño promedio de unidades funerarias tumulares en Rosario.

YACIMIENTO	CONJUNTO	N	ÁREA PROMEDIO	DESVIACIÓN ESTÁNDAR	RANGO 95% CONFIANZA	
ROSARIO-1	C2	6	23,6 m ²	23,37	-0,8	48,2
	C3	1	11,4 m ²	-	-	-
	C4	1	11,7 m ²	-	-	-
	SUBTOTAL	8	20,62 m²	20,53	3,5	37,8
ROSARIO-2	C5	2	1,2 m ²	0,30	-0,9	3,3
	C6	30	0,9 m ²	0,65	0,6	1,1
	C7	1	2,4 m ²	-	-	-
	C8	3	1,9 m ²	0,40	0,0	2,9
	C9	2	1,6 m ²	0,51	-1,9	5,2
	C10	1	1,9 m ²	-	-	-
	SUBTOTAL	39	1,10 m²	0,11	0,9	1,3
ROSARIO-2-3	C11	15	1,3 m ²	0,37	1,1	1,5
	C12	25	1,5 m ²	0,55	1,2	1,7
	C13	2	1,5 m ²	0,63	-2,9	6,0
	SUBTOTAL	42	1,42 m²	0,49	1,3	1,6
TOTAL		89	3,0 m²	8,05	1,3	4,7

Si nos fijamos en las diferencias entre los yacimientos, observamos que el tamaño de los túmulos asociados a Rosario-1, es decir, de los conjuntos C2, C3 y C4, es muy superior a los túmulos asociados a Rosario-2 y los asociados a Rosario-2-3. A su vez, los túmulos asociados a Rosario-2 y Rosario-3 tienen un mayor tamaño que los asociados a Rosario-2. Esta diferencia es estadísticamente significativa con un 95% de confianza.

Ahora bien, estas diferencias de tamaño entre las unidades tumulares asociadas a Rosario-2 y Rosario-2-3 también se observan si analizamos sólo los conjuntos con un mayor número de casos, es decir, C6 (30 casos), C11 (15 casos) y C12 (25 casos). De esta forma el conjunto C6, asociado a Rosario-2 presenta un tamaño promedio de 0,9m², mientras que los promedios de los túmulos de los conjuntos C11 y C12, son de 1,3 y 1,5 m², respectivamente. Esta diferencia es estadísticamente significativa con un 95% de confianza, como se aprecia en la nula intercepción de los rangos de confianza estadística correspondientes (ver Tabla 5.8).

5.2.3. USO DEL ESPACIO EN ROSARIO

En este punto iniciamos un análisis cualitativo del área arqueológica de Rosario que nos permitirá interpretar aspectos esenciales en la construcción de su paisaje. En primer lugar, discutimos tres atributos relacionados con: el contexto de uso, las conexiones y la jerarquía entre las diferentes unidades espaciales y conjuntos de Rosario. Luego, a partir de esta discusión, se elabora un esquema conceptual que facilitará nuestra interpretación del orden del paisaje construido.

Contexto y uso: El análisis estilístico, la estratigrafía y un fechado de radiocarbono han establecido diferencias temporales entre las ocupaciones de Rosario-1 (Período Intermedio Tardío) y Rosario-2 (Período Tardío), con un breve período de coexistencia, antes de que Rosario-1 fuera completamente abandonado (Romero 2002).

Además, los análisis precedentes permiten establecer diferencias entre la organización, calidad y tamaño de las unidades habitacionales construidas en Rosario-1 y Rosario-2. De esta manera, Rosario-1 tendría unidades más pequeñas, sin evidencias de estructuras de almacenaje, y con menor evidencia de inversión en la preparación del terreno. En cambio, Rosario-2 presenta una serie de elementos que indican una mayor planificación en la construcción de sus unidades.

En primer lugar, Rosario-2 registra la construcción de estructuras de almacenaje familiares. Además, presenta elementos constructivos adicionales, tales como piedras, que implican un mayor trabajo de nivelación del microrrelieve. Y finalmente, en el caso del Sector Sur de Rosario-2 se selecciona un terreno nivelado que podría estar funcionando como eje o centro social económico o político del asentamiento.

Todo esto indica que el mayor tamaño de las unidades de Rosario-2 no se debe exclusivamente a la sucesiva construcción de viviendas colindantes, sino esencialmente a cambios en el tamaño de la vivienda. No sabemos si estos cambios en la dimensión de las viviendas es respuesta a las condiciones de hacinamiento que han sido detectadas en el Período Tardío del valle de Lluta (Santoro et al. 2003a) o si son cambios de tipo más idiosincrásicos acerca del uso del espacio doméstico.

Nuestro análisis de las unidades funerarias, por otro lado, indican la presencia en Rosario de dos tipos de estructuras, ambas con características monumentales. A Rosario-1 asociamos cuatro conjuntos funerarios, en donde el más importante es de tipo ortogonal. A Rosario-2 son posibles

de asociar 6 conjuntos funerarios. Los más importantes son los conjuntos C6 y C8, el primero exclusivamente con entierros tumulares, en tanto, C8 posee una amplia mayoría de entierros ortogonales. Sostenemos, a partir de un análisis de los tamaños, que 3 conjuntos tumulares son posibles de asociar exclusivamente a Rosario-3.

Tanto las unidades tumulares como las ortogonales asociadas a Rosario-1 tienen un tamaño mayor que aquellas asociadas a los otros asentamientos. Al mismo tiempo, las unidades tumulares asociadas a Rosario-2 tienen un tamaño significativamente menor a aquellas asociadas a Rosario-3.

Finalmente, se reconoce un área que concentra más de 60 paneles de petroglifos ubicados en un afloramiento rocoso en el límite entre el área de cultivos y el borde de la terraza fluvial. Estos petroglifos presentan una mayoría de diseños figurativos y una gran variabilidad estilística. Por tanto, se ha interpretado como un yacimiento utilizado en los Períodos Intermedio Tardío y Tardío, y cuyo panel más temprano podría datar del Período Medio (500 a 1.100 d.C.) (Valenzuela et al. 2002).

Conexiones: La distancia que separa Rosario-1 y Rosario-2 es de casi 1 km, y pese a estar situados en la misma terraza fluvial, ambos sitios no se pueden observar entre sí. Ya señalamos que ambos sitios son contemporáneos por un breve tiempo, hasta que Rosario-1 fue abandonado y Rosario-2 fue habitado densamente. Examinemos las deferencias de emplazamiento que pueden haber influenciado en este traslado de la población.

Rosario-1 se ubicó en una ladera de pendiente abrupta muy arenosa. Se accede fácilmente desde la zona de cultivos, desde donde también es completamente visible. Rosario-2, en cambio, se emplazó en un sector nivelado de la terraza y parcialmente oculto a la zona agrícola por el farellón de los petroglifos. Por tanto, para acceder desde el río a Rosario-2 se debe seguir un sendero potencialmente controlable que asciende entre medio del farellón y atraviesa el área de petroglifos.

Tanto en Rosario-1 como en Rosario-2, los conjuntos funerarios más próximos corresponden al tipo ortogonal. A casi 70 m al sur del centro geométrico de Rosario-2, se ubica un área de 23 tumbas ortogonales concentradas en un área aproximada de 20 m de diámetro. La distancia que separa

Rosario-1 de su correspondiente cementerio de tipo ortogonal es de 100 m, conjunto que también está orientado al centro geométrico del poblado.

A parte del cementerio ortogonal ya descrito, Rosario-1 presenta una asociación a otros tres conjuntos funerarios. El más denso ubicado a unos 300 m de distancia al sudeste, y otros dos al sudoeste, formados por túmulos aislados a más de 400 m. Rosario-2, presenta otro aparte del conjuntos funerario ortogonal, otros cinco conjuntos, todo ellos de características tumulares. El más importante es el conjunto C6, a unos 400 m al sudeste del asentamiento, y formado por 30 unidades. Los demás conjuntos se ubican al sudoeste y presentan un número menor de unidades.

Jerarquía: Los cementerios se encuentran en lugares altos, en especial los cementerios tumulares. Al contrario, los petroglifos se ubican en un afloramiento rocoso notable, pero sólo visible desde el fondo del valle. Desde la terraza el afloramiento y los petroglifos son prácticamente invisibles, incluso desde la banda opuesta del valle no se muestra como un rasgo tan relevante.

Tanto Rosario-1 como Rosario-2 permiten una buena vista de la zona de cultivos y la banda opuesta del valle, pero Rosario-2 tiene además una amplia perspectiva de los cerros y senderos que se aproximan desde el borde sur del valle, aspecto que Rosario-1 sólo comparte parcialmente. Aunque ambos asentamientos tienen un número similar de estructuras, Rosario-2 ocupa una mayor área, debido al mayor tamaño de sus estructuras.

No podemos comparar la inversión en la construcción de las tumbas de un tipo u otro, o su monumentalidad, pues casi todas están saqueadas y no muestran todas sus características originales. Pero el lugar central de las agrupaciones ortogonales sin duda les confiere cierta jerarquía. En este sentido se puede identificar un eje imaginario que une el cementerio ortogonal de Rosario-2, el asentamiento y los petroglifos. Además se distingue dentro del asentamiento un núcleo interno, el Sector Sur, donde se ubican las estructuras más amplias, definidas por terraplenes artificiales y superficie general nivelada.

Pero por otro lado, los cementerios, en conjunto, también presentan una cierta densidad e inversión que pudo verse incrementada con el tiempo.²² Si consideramos que los asentamientos de Rosario-1 y Rosario-2 poseen un similar número de estructuras domésticas (± 30), es interesante

²² Todos estos planteamientos son tentativos hasta que no confirmemos la ubicación cronológica y densidad habitacional del asentamiento Rosario-3.

observar que las unidades funerarias asociadas a Rosario-1 sumaron 31 ejemplares, los cuales se incrementan a 71 en Rosario-2.

Esquema Conceptual: En la Figura 5.11 se señala nuestro esquema conceptual que postulamos para ordenar el espacio construido del área de Rosario. Es significativo el cambio de un emplazamiento previo, con determinadas características, por otro que a la larga fue ocupado más intensamente. Pero hay un aspecto interesante que comparte Rosario-1 y Rosario-2, que es la articulación con sus respectivos cementerios ortogonales, estableciendo un eje entre la vida doméstica y la actividad ceremonial. Este aspecto habla sin duda de una continuidad cultural en la ocupación del área de Rosario.

En el nuevo emplazamiento de Rosario-2 podemos pensar en dos aspectos que influyeron fuertemente: la preexistencia de los petroglifos como espacio ceremonial, que al ser apropiados culturalmente permitió, además, controlar el acceso al poblado. Por otro lado, el emplazamiento de Rosario-2 presenta ventajas en relación a la interacción regional, debido a su conexión con senderos que llegan desde la banda sur del valle. Por tanto, pese a una continuidad cultural se experimentó un cambio de emplazamiento que obedeció principalmente a las relaciones del asentamiento tanto con su entorno local como regional.

Pero la evidencia parece indicar que este traslado, con claras ventajas estratégicas, fue resultado de decisiones independientes tomadas por cada unidad doméstica o familiar, y no una decisión gestionada por un *kuraka* local. Señalamos esto porque Rosario-2 parece funcionar mayormente como una organización de unidades domésticas, con capacidades de gestión independientes evidenciadas por grandes depósitos familiares. La articulación comunitaria sólo se efectuó por medio del ceremonialismo rupestre y funerario, estableciendo un eje, petroglifos-asentamiento-cementerio ortogonal.

Por tanto, la evidencia discutida señalaría que los *kuraka* y la organización interna en Rosario estuvieron relacionados con el ámbito ceremonial y posiblemente además con la producción; pero en menor medida articulando el intercambio regional, los cuales debieron ser entablados de manera independiente por cada unidad familiar. Esto también estaría reflejado en las diferencias entre dos tipos de rituales funerarios, que ocupan espacios segregados, probablemente denotando distinciones en prestigio.

5.3. Huaihuarani: Arquitectura y Organización del Espacio

El asentamiento de Huaihuarani se ubica a 5 km aguas abajo del pueblo de Belén, y se considera como uno de los poblados más grandes de la precordillera de Arica sumando una superficie de aproximadamente 70.704 m². Su envergadura lo emplaza sobre una serie de accidentes orográficos propios del relieve de precordillera. Además, sus más de 600 unidades espaciales comprenden un variado conjunto de soluciones arquitectónicas, formas y, probablemente, funciones, que nos permiten aproximarnos a la complejidad de la organización social de las comunidades de precordillera.

Según Muñoz, Chacama y Santos (1997:135) existiría un patrón arquitectónico característico de las aldeas y *pukara* de precordillera, constituido

casi exclusivamente por un patrón de recintos de planta circular con muros construidos con mampostería simple (pircas). Presentan (...) una visión de conjunto que sugiere un crecimiento inorgánico, vale decir, son una conglomeración de recintos sin un orden aparente, dejan espacios entre ellos formando pequeños pasadizos o senderos como vías de circulación dentro del conjunto arquitectónico (Muñoz et al. 1997:135)

El análisis siguiente buscará definir con más detalle las características arquitectónicas de Huaihuarani, intentando visualizar un orden en este aparente patrón inorgánico. Para eso se propondrá en primer lugar una sectorización de la aldea, y luego discutir las características de las unidades espaciales y arquitectónicas que conforman cada sector.

5.3.1. SECTORIZACIÓN

El poblado de Huaihuarani se emplaza en la banda norte de la quebrada de Belén. Los accidentes geográficos característicos de su emplazamiento son una pequeña cárcava o quebradilla de orientación norte-sur que divide el asentamiento y un escarpado peñón rocoso que cae abruptamente hacia el río. Estos aspectos topográficos, en conjunto con una serie de características arquitectónicas han permitido postular una división del poblado en siete sectores (Figura 5.12).

En la Tabla 5.9 se resumen los atributos de emplazamiento y se propone una funcionalidad para cada sector. Los sectores de la mitad oriental son los que poseen los declives más suaves,

destacando el Sector B con una superficie prácticamente nivelada. En cambio, los sectores de la mitad poniente tienen las pendientes más pronunciadas.

Tabla 5.9: Resumen de atributos de emplazamiento y funcionalidad de Huaihuarani.

SECTOR	EMPLAZAMIENTO	DECLIVE (ORIENTACIÓN)	FUNCIONALIDAD
SECTOR A	Ladera oriente	18° (201°)	Residencial
SECTOR B	Meseta oriente	10° (237°)	Social
SECTOR C	Ladera quebradilla	20° (213°)	Almacenaje
SECTOR D	Fondo quebradilla	16° (342°)	Indeterminado
SECTOR E	Ladera poniente	20° (143°)	Residencial
SECTOR F	Ladera poniente	30° (104°)	Residencial
SECTOR G	Promontorio rocoso poniente	35° (71°)	Estratégica-Social

Nota: La orientación se refiere a la orientación cardinal de la línea de corte utilizada para medir el declive o pendiente.

Si se sigue el sendero que va por el fondo de la quebrada desde Belén y Ancopachane y tras atravesar el yacimiento conocido como Incahullo, se llega a un gran recinto circular de muro de hilada simple e irregular. Este gran recinto es colindante con una serie de recintos de menor tamaño que ocupan homogéneamente esta ladera de orientación sudoeste, y forman el denominado **Sector A**, un área de recintos de diversos tamaños y formas, de función esencialmente doméstica, que se emplazan sobre una falda de pendiente moderada (18°). Subiendo esta ladera se llega a una planicie donde se dispone una amplia unidad arquitectónica, donde destacan unidades espaciales rectangulares y un gran recinto de forma elíptica de más de 4.000 m². Los muros de todas estas unidades, aunque conservan una altura inferior al metro, presentan una buena calidad constructiva con una doble hilada y un espesor regular de 70 cm. Esta área dominada por una topografía plana y una homogeneidad arquitectónica la denominamos **Sector B**.

En la quebradilla distinguimos dos sectores. El **Sector C** corresponde a la parte alta de la quebradilla y tiene una concentración casi exclusiva de estructuras circulares de pequeño tamaño, que suponemos tienen una función de almacenaje, descartando definitivamente un uso funerario como el propuesto originalmente por Davelsberg (1983: 73). El **Sector D** se sitúa en la parte baja de la quebradilla y tiene una cantidad menor de recintos, los cuales son de tecnología, tamaño y formas diversas.

Para llegar a la mitad poniente del poblado sólo se puede atravesar la quebradilla en su porción más elevada (Sector C). Esta ladera de pendiente moderada, inmediatamente adyacente

a la cárcava forma parte del **Sector E**. Este sector presenta una alta densidad de recintos, los que son de tamaño mediano y preferentemente elípticos. Hacia el norte los recintos presentan muros de una sola hilada, mientras que hacia el sur presentan hiladas dobles. El **Sector F** se ubica en la parte más alta de la misma ladera donde ubicamos el Sector E, allí la pendiente se agudiza (30°) y las unidades de carácter posiblemente doméstico comparten espacio con recintos pequeños que pudieron servir como silos.

Finalmente, en el escarpado promontorio que se yergue en la parte suroeste del poblado, y más específicamente en su falda que cae hacia la quebradilla y la quebrada Belén, se conforma un heterogéneo conjunto que denominamos **Sector G**. En la parte rocosa del promontorio se sitúan recintos de forma irregular que aprovechan la roca madre perpendicular como muro. Algunos de estos recintos poseen evidencias óseas, que hacen pensar en un sector funerario de detalles imprecisos (Muñoz et al. 1997: 129). En el límite norte del sector se dispone un muro, de 40 m de largo, que ha sido interpretado como el límite del *pukara* o sector fortificado del asentamiento (Dauelsberg 1983: 73).

En la Tabla 5.10 se describen las principales características numéricas de cada sector. El Sector E, es el más grande, y además posee la mayor área construida, el mayor número de unidades arquitectónicas y unidades espaciales. El Sector A es el segundo en dimensión, y en número de unidades espaciales y superficie. El Sector C es el más pequeño, mientras que el Sector B tiene el menor número de unidades arquitectónicas.

Tabla 5.10: Resumen de características numéricas de los sectores de Huaihuarani.

SECTOR	ÁREA SECTOR	ÁREA CONSTRUIDA	DENSIDAD	Nº UA	Nº UE	ÍNDICE AGLOMERACIÓN
SECTOR A	13.149 m ²	2.020 m ²	0,15	81	147	0,6
SECTOR B	9.168 m ²	3.828 m ²	0,42	21	40	0,5
SECTOR C	2.389 m ²	123 m ²	0,05	45	58	0,8
SECTOR D	5.483 m ²	454 m ²	0,08	31	36	0,9
SECTOR E	16.700 m ²	3.093 m ²	0,19	123	198	0,6
SECTOR F	8.107 m ²	683 m ²	0,08	63	71	0,9
SECTOR G	11.397 m ²	878 m ²	0,08	87	107	0,8
TOTAL	66.392 m²	11.080 m²	0,17	451	657	0,7

Notas: La densidad es la proporción entre el área construida y el área del sector. El índice de aglomeración es calculado dividiendo las unidades arquitectónicas por el número de las unidades espaciales.

El área total construida alcanza más de 11.000 m², es decir un 17% del área total de los sectores del poblado.²³ El sector más denso en construcciones es el Sector B, con un 42%. El Sector E y el Sector A, son los sectores que sigue en densidad, con un 15% y 19%, respectivamente. El Sector C, que contiene los recintos de menor tamaño, posee la menor densidad.

En cuanto a la proporción de unidades espaciales en relación a las unidades arquitectónicas, el Sector B presenta la unidad arquitectónica más compleja y extensa, previamente descrita. En el otro extremo está el Sector D y el Sector F, donde casi la totalidad de las unidades arquitectónicas están compuestas por una sola unidad espacial.

5.3.2. UNIDADES ESPACIALES

Una vez abandonado el asentamiento, la superficie y el subsuelo ha sido constantemente alterados por el crecimiento de vegetales, el pastoreo de ganado caprino y la presencia de guanacos y fauna menor. Sin embargo, la mayoría de las unidades espaciales conservan gran parte de sus rasgos arquitectónicos y presentan una abundante basura doméstica, tales como fragmentos de cerámica, líticos y restos de fogones.

Tamaño: El tamaño promedio de las 657 unidades espaciales es 16,8 m² y su mediana 8,9 m². El rango intercuartil de tamaño es extremadamente amplio, es decir, el 50% central de la muestra, ubicado entre 1,8 m² y 31,8 m². Es evidente que esta amplia dispersión de tamaños indica que dentro de la categoría de unidades espaciales estamos reuniendo diferentes clases de recintos arquitectónicos, con varias funcionalidades.

Para segmentar esta diversidad de tamaños hemos establecido tres categorías principales: (a) Unidades menores (menores a 2 m²); (b) unidades domésticas (hasta 100 m²); y (c) unidades grandes. La Tabla 5.11 señala la distribución de éstas categorías en los sectores del poblado.

²³ Se debe especificar que existe una pequeña diferencia entre el área total de sectores y el área total del poblado, éste último es el área total de sectores, más algunos espacios vacíos entre medio de los sectores, sumando aproximadamente unos 70.704 m².

Tabla 5.11: Categorías de unidades espaciales en Huaihuarani.

SECTOR	UNIDAD MENOR		UNIDAD DOMESTICA		UNIDAD MAYOR		TOTAL	
	N	(%)	N	(%)	N	(%)	N	(%)
SECTOR A	19	(12,9)	127	(86,4)	1	(0,7)	147	(100)
SECTOR B	10	(25,0)	29	(72,5)	1	(2,5)	40	(100)
SECTOR C	50	(86,2)	8	(13,8)	-	-	58	(100)
SECTOR D	2	(5,6)	34	(94,4)	-	-	36	(100)
SECTOR E	25	(12,6)	173	(87,4)	-	-	198	(100)
SECTOR F	22	(31,0)	49	(69,0)	-	-	71	(100)
SECTOR G	42	(39,3)	65	(60,7)	-	-	107	(100)
TOTAL	170	(25,9)	485	(73,8)	2	(0,3)	657	(100)

Las unidades menores tendrían una función de almacenaje o funeraria, sumando un grupo de 170 unidades. Destaca el Sector C que contiene un 86% de este tipo de unidades. Los Sectores F y G también presentan importantes proporciones de unidades menores, con 31% y 39%, respectivamente. Las unidades domésticas sumarían 485 unidades. En todos los sectores las unidades domésticas presentan las proporciones mayores, excepto en el Sector C. Destaca el hecho que los dos sectores con mayor cantidad de unidades --Sectores E y A-- tengan proporciones similares de unidades menores y domésticas.

Además, en Huaihuarani tenemos dos unidades de un tamaño extremadamente grande, una de 335 m² en el Sector A que debería corresponder a un corral. Sobre la otra unidad grande del sector B y que tiene 3.287 m² ya hemos hecho algunos comentarios. Por su emplazamiento, su relación arquitectónica y la calidad de sus muros, hemos postulado que se trata de una *kancha* o plaza asociable al Período Tardío. Aunque, Hyslop define la *kancha* del Tawantinsuyu como un "espacio cerrado de forma rectangular con tres o más estructuras situadas simétricamente a los lados del conjunto formando un patio central" (1990: 16-17)²⁴, en Huaihuarani el recinto no es rectangular ni simétrico, pero comparte la idea de un patio central definido regularmente por unidades rectangulares y un muro de hilada doble.

Al analizar la distribución de las unidades menores en los diferentes sectores, vemos algunas diferencias importantes. En la Tabla 5.12 se registra su tamaño promedio y otras estadísticas de tendencia central. Se complementa con la Figura 5.13, un gráfico de rangos de error de su tamaño promedio.

²⁴ "...rectangular enclosure with three or more rectangular structures placed symmetrically around the side of the compound with a patio in the center".

Tabla 5.12: Tamaño promedio de unidades menores en Huaihuarani.

SECTOR	N	(%)	PROMEDIO	DESV. ESTANDAR
SECTOR A	19	(11,2)	0,84 m ²	0,42
SECTOR B	10	(5,9)	0,61 m ²	0,32
SECTOR C	50	(29,4)	0,39 m ²	0,14
SECTOR D	2	(1,2)	0,95 m ²	0,71
SECTOR E	25	(14,7)	0,90 m ²	0,48
SECTOR F	22	(12,9)	0,46 m ²	0,19
SECTOR G	42	(24,7)	0,72 m ²	0,35
TOTAL	170	(100)	0,63 m²	0,38

Es notable el tamaño promedio menor y la mínima desviación estándar de las unidades de los Sectores C y F, lo que resulta en un rango de confianza pequeño. Además, estas unidades formarían parte de unidades arquitectónicas uni-espaciales, es decir, se trataría de estructuras de almacenaje individuales. Esto contrasta con las unidades menores ubicadas en los sectores residenciales --Sectores E y A-- que además de tener un promedio mayor, corresponde en su mayoría a unidades de almacenaje que están adosadas a unidades domésticas.

Similar metodología aplicamos para analizar el tamaño de las unidades domésticas. En la Tabla 5.13 se describen sus estadísticas de tendencia central.

Tabla 5.13: Tamaño promedio de unidades domésticas en Huaihuarani.

SECTOR	N	(%)	PROMEDIO	DESV. ESTANDAR
SECTOR A	127	(26,2)	13,14 m ²	8,65
SECTOR B	29	(6,0)	18,44 m ²	17,63
SECTOR C	8	(1,6)	12,95 m ²	4,85
SECTOR D	34	(7,0)	13,28 m ²	7,60
SECTOR E	173	(35,7)	17,75 m ²	12,18
SECTOR F	49	(10,1)	13,73 m ²	8,28
SECTOR G	65	(13,4)	13,05 m ²	9,98
TOTAL	485	(100)	15,16 m²	10,94

Es destacable que las unidades domésticas de los Sectores B y E tengan un tamaño promedio en torno a los 18 m², mientras que los demás sectores sólo poseen un tamaño promedio alrededor de los 13 m². Al observar el correspondiente gráfico de rangos de error de la Figura 5.14, vemos que al comparar sólo los sectores residenciales --Sectores E y A-- estas diferencias se vuelven estadísticamente significativas. Esto es, las 127 unidades domésticas del Sector A tienen un tamaño promedio significativamente inferior a las 173 unidades del Sector E.

Forma: Se han clasificado las 657 unidades espaciales de Huaihuarani en cuatro formas de planta. En la Figura 5.15 se muestran las formas distribuidas en el mapa del asentamiento. En la Tabla 5.14 se expresa la presencia numérica de cada forma en los sectores del poblado.

Tabla 5.14: Formas de planta de unidades espaciales en Huaihuarani.

SECTOR	ELÍPTICA		SEMIELIP.		CUADRAN.		IRREGUL.		TOTAL	
	N	(%)	N	(%)	N	(%)	N	(%)	N	(%)
SECTOR A	89	(60,5)	26	(17,7)	8	(5,4)	24	(16,3)	147	(100)
SECTOR B	22	(55,0)	2	(5,0)	12	(30,0)	4	(10,0)	40	(100)
SECTOR C	53	(91,4)	-	-	1	(1,7)	4	(6,9)	58	(100)
SECTOR D	26	(72,2)	2	(5,6)	1	(2,8)	7	(19,4)	36	(100)
SECTOR E	129	(65,2)	54	(27,3)	2	(1,0)	13	(6,6)	198	(100)
SECTOR F	66	(93,0)	4	(5,6)	-	-	1	(1,4)	71	(100)
SECTOR G	65	(60,7)	10	(9,3)	4	(3,7)	28	(26,2)	107	(100)
TOTAL	450	(68,5)	98	(14,9)	28	(4,3)	81	(12,3)	657	(100)

Un 68% de la muestra corresponde a unidades de planta elíptica. Prácticamente un 15% corresponde a unidades de forma semielíptica, es decir, porciones de un elipsoide. Si sumamos unidades elípticas y semielípticas, obtenemos un 83% de unidades espaciales con una forma derivada de una elíptica. Un 12% posee formas irregulares. Finalmente, sólo 28 unidades, es decir, un 4% tiene formas cuadrangulares.

En todos los sectores las unidades de formas elípticas poseen proporciones mayoritarias. Destaca el Sector C y el Sector F con una amplia mayoría de formas elípticas, sobrepasando el 90%. Sin embargo, en todos los demás sectores las plantas elípticas presentan entre un 50 y 70%. En el Sector B la segunda forma más importante es la cuadrangular, con un 30%. En el resto de los sectores las formas cuadrangulares aparecen mínimamente.

En los dos sectores definidos como residenciales la segunda forma más importante es la semielíptica, así en el Sector A suma un 17%, mientras que en el Sector E asciende a 27%. En los Sectores D y G, en cambio, la segunda forma más importante son las irregulares, condicionadas probablemente por una topografía irregular o de pendiente pronunciada.

Si consideramos sólo las 485 unidades domésticas, descartando las unidades menores a 2 m² y las unidades mayores, obtenemos una distribución de formas muy similar a la anterior. Ahora bien, en la Tabla 5.15 se compara la distribución de formas en los sectores definidos como residenciales y se le aplica la prueba del chi cuadrado, para determinar si estas diferencias son significativas.

Tabla 5.15: Prueba de chi cuadrado para forma y sectores en Huaihuarani.

FORMA DE PLANTA		SECTOR A	SECTOR E	TOTAL	ÍNDICES CHI CUADRADO	
IRREGULAR	N	22	13	35	Chi cuadrado	16,1674
	(%)	(17,3)	(7,5)		Grados de Libertad	3
	Chi cuadrado	3,48 ++	2,56 ++		P	0,0010
CUADRAN	N	8	2	10	Coef. de Contingencia	0,2261
	(%)	(6,3)	(1,2)		V de Cramer	0,2321
	Chi cuadrado	3,35 ++	2,46 ++			
ELIPSE	N	79	115	194		
	(%)	(62,2)	(66,5)			
	Chi cuadrado	0,12 -	0,09 -			
SEMIELIPSE	N	18	43	61		
	(%)	(14,2)	(24,9)			
	Chi cuadrado	2,37 ++	1,74 ++			
T O T A L		127	173	300		

Nota: ++: significativo al 90%

-: No significativo

Los resultados de esta prueba indican que esta distribución es estadísticamente significativa. Si se observan los resultados del chi cuadrado por celda, se observa que las pequeñas diferencias en las proporciones de la forma elíptica no son significativas. Sin embargo, las demás diferencias tienen un 90% de significación estadística. Mientras en el Sector E la forma semielíptica tiene una importante presencia de 24,9%, superando ampliamente las formas irregulares y cuadrangulares, en el Sector A, la forma irregular es levemente superior (17,3%) a la forma semielíptica (14,2%) y la forma cuadrangular no es tan irrelevante como en el Sector E.

Finalmente, en la Figura 5.16 se expone un gráfico de rangos de error con la comparación de los tamaños de las unidades domésticas de forma elíptica y semielíptica en los dos sectores residenciales. Se observa que las unidades de forma semielíptica tienen un tamaño similar en ambos sectores, pero siempre menor que aquellas unidades de forma elíptica. Esto parece lógico ya que las unidades de forma semielíptica tienen divisiones internas, algunas correspondientes a silos adosados u otras unidades espaciales de similar tamaño. En cambio, las formas elípticas, es decir, las unidades domésticas sin divisiones, tienen un tamaño diferente dependiendo del sector. El Sector E concentra a las unidades residenciales elípticas de mayor tamaño, bordeando los 20 m², en cambio el Sector A presenta las unidades con un promedio cercano a los 15 m². Esta diferencia es significativa en un 95% de confianza.

Tipo de Muros: Todas las unidades espaciales del poblado de Huaihuarani tienen muros confeccionados en piedra. Ya que no hemos evidenciado acumulaciones de rocas alrededor de los muros, podemos señalar que éstos no presentan un gran deterioro y que conservan en buena

medida sus características originales de calidad y altura. Al ser la mayoría de las unidades espaciales de forma elíptica, generalmente fueron construidas a partir de un único muro.

Hemos establecido tres tipos de muro de acuerdo a su calidad constructiva y número de hiladas. En primer lugar, tenemos los muros discontinuos, que son alineaciones irregulares de piedras que forman elevaciones nunca superiores al metro de altura, y que no corresponden a un verdadero muro pircado. Un segundo tipo es el muro pircado de hilada simple con alturas variables y que se caracterizan por un aparejo, o disposición de los elementos, de manera rústica. El tercer tipo es el muro de hilada doble, que sólo en algunas ocasiones posee un relleno interior. Aunque este tipo de muro alcanza mayor altura, muchos presentan una elevación no superior al metro, tal como las unidades que conforman la enorme estructura arquitectónica del Sector B, identificada como *kancha*. Los muros dobles también tienen un aparejo rústico, no diferenciándose en este aspecto a los muros simples.

De las 170 unidades espaciales pequeñas (menores a 2 m²), un 97% posee muros simples, en tanto que el resto posee muros dobles. Por otro lado, de las 485 unidades domésticas la mayoría posee muros simples (70%), mientras que las unidades con muros dobles son la segunda mayoría (25%). Las unidades con muros discontinuos presentan proporciones muy inferiores (4%).

En la Figura 5.17 se presenta la distribución de las tipos de muro en los diferentes sectores del poblado. Observamos tres sectores que no tienen unidades con muros discontinuos --Sectores C, D y G. Además, las variables de muros simples y dobles presentan una relación inversa, es decir, mientras mayor la presencia de muros dobles menor la proporción de muros simples. En un extremo de esta relación está el Sector B con una proporción similar entre muros simples (43%) y dobles (44%). En el otro, el Sector G con una amplia mayoría de muros simples (90%) y una ínfima proporción de muros dobles (9%).

En la Tabla 5.16 se compara el tipo de muro en las unidades domésticas de los mayores sectores residenciales, y además se aplica la prueba estadística del chi cuadrado.

Tabla 5.16: Prueba de chi cuadrado para tipo de muro y sectores en Huaihuarani.

TIPO MURO		SECTOR A	SECTOR E	TOTAL
DISCONTINUO	N	10	4	14
	(%)	(7,9)	(2,3)	
	Chi cuadrado	2,80 ++	2,06 ++	
SIMPLE	N	88	113	201
	(%)	(69,3)	(65,3)	
	Chi cuadrado	0,10 -	0,07 -	
DOBLE	N	29	56	85
	(%)	(22,8)	(32,4)	
	Chi cuadrado	1,36 +	0,99 +	
TOTAL		127	173	300

ÍNDICES CHI CUADRADO	
Chi cuadrado	7,3775
Grados de Libertad	2
P	0,0250
Coef. de Contingencia	0,1549
V de Cramer	0,1568

Nota: ++: Significativo al 90%
 +: Significativo al 80%
 -: No significativo

El valor P, menor a 0,5 indica que esta distribución es estadísticamente significativa. Aunque el valor cercano a 0 de los índices de Cramer y de contingencia señalan que estos datos pueden ser resultado del tamaño de la muestra. Sin embargo, es importante destacar que a pesar que no existen diferencias significativas entre las proporciones del muro simple entre el Sector E y A, se ofrecen otras diferencias significativas. Los muros con hilada doble del Sector E alcanzan un 32,4% y los discontinuos apenas un 2,3%. En cambio, en el Sector A, los muros dobles también son el segundo tipo de muro, pero con una de 22,8% y los muros discontinuos alcanzan un 7,9% de presencia.

Vanos: El último rasgo analizado corresponde a 205 vanos o accesos de las unidades espaciales. Los vanos tienen un ancho entre 50 y 150 cm, distribuyéndose de forma continua entre tales cifras. Hemos distinguido cuatro tipos principales de acuerdo a sus características arquitectónicas (Figura 5.18). El primero y más común es el vano simple, que no presenta ningún atributo particular. El segundo tipo es caracterizado por una o dos piedras de grandes dimensiones que delimitan el muro. Los denominamos vano con pseudo-jambas, pues a diferencia de las verdaderas jambas, las de Huaihuarani no afirman un dintel o una bóveda.

Además, identificamos vanos más complejos conformados por la prolongación de los muros constituyendo pequeños pasillos o apéndices que sirve como un área intermedia entre el exterior e interior de la unidad doméstica. Este tipo de rasgo arquitectónico ha sido descritos como elemento característico del poblado de Chapicollo (Az-123) (Muñoz et al. 1987a). En Huaihuarani no constituyen más del 24% del total vanos muestreados.

Hemos distinguido un apéndice frontal, el más común, que se caracteriza por la prolongación hacia el exterior de los dos lados del muro que forman el vano. El apéndice lateral, se caracteriza por la prolongación de un muro por sobre el otro, formando un pasillo en forma de coma. En la Tabla 5.17 se describe la distribución de los distintos tipos de vano en los sectores residenciales.

Tabla 5.17: Tipos de vano en sectores residenciales de Huaihuarani.

SECTOR	SIMPLE		SEUDO-JAMBA		APENDICE FRONTAL		APENDICE LATERAL		TOTAL	
	N	(%)	N	(%)	N	(%)	N	(%)	N	(%)
SECTOR A	26	(37,7)	23	(33,3)	19	(27,5)	1	(1,4)	69	(100)
SECTOR E	37	(48,1)	20	(26,0)	11	(14,3)	9	(11,7)	77	(100)
SECTOR F	8	(34,8)	5	(21,7)	5	(21,7)	5	(21,7)	23	(100)
OTROS SECTORES	35	(100)	-	-	-	-	-	-	35	(100)
TOTAL	106	(52,0)	48	(23,5)	35	(17,2)	15	(7,4)	204	(100)

Sólo los sectores definidos como residenciales presentan todos los tipos de vanos. En todos los sectores el tipo predominante es el vano simple, y en tres sectores --Sector B, C y G-- son el único tipo de vano descrito.

El vano simple es más frecuente en el Sector E, que en los Sectores A y F. Al contrario, los vanos con pseudo jambas y los apéndices frontales, son más importantes en el Sector A, que en los sectores E y F. Quizás lo más significativo es la prácticamente total ausencia de vanos de apéndice lateral en el Sector A y su presencia relativa en los Sectores E y F.

5.3.3. USO DEL ESPACIO EN HUAIHUARANI

Del mismo modo que con Rosario, en este punto nuestros datos cuantitativos son dejados de lado para ofrecer un análisis de las categorías de uso del espacio, buscando entender una lógica en el ordenamiento espacial de Huaihuarani.

Contexto y uso: Huaihuarani es uno de los poblados más extensos y complejos de la precordillera de Arica. Hemos distinguido siete sectores dentro del poblado, cada uno con funciones particulares a partir de sus unidades espaciales y emplazamiento.

El Sector B concentra una gran estructura elíptica circunscrita por unidades rectangulares, que hemos asimilado a una *kancha* o plaza con una función social. Por otro lado, en plena quebradilla que divide el asentamiento se concentra una gran cantidad de unidades menores, las que definen al Sector C como un área de almacenaje. El Sector G, en el peñón rocoso también concentra

unidades aéreas pequeñas, las que debieron servir como estructuras funerarias o ceremoniales. Además, hay otras estructuras que habrían tenido una función estratégica. Esto puede ser confirmado por el muro de hilada doble que controla el paso desde el Sector E hacia el peñón. En los faldeos escarpados del peñón, hay aleros y otros recintos que pudieron funcionar como unidades funerarias de características especiales, tales como osarios.

Hemos definido tres sectores con una función esencialmente residencial. Los Sectores E y F se ubican al poniente de la quebradilla y tienen la concentración más densa de unidades domésticas. Mientras que, al oriente de la cárcava se ubica otro importante sector residencial, descrito como Sector A.

Se observan algunas diferencias entre las unidades domésticas del Sector E con las del Sector A. En primer lugar, aunque en ambos sectores las unidades domésticas tienen formas principalmente elípticas, en el Sector E, existe una mayor proporción de unidades semielípticas que irregulares; en cambio, en el Sector A habrían más unidades de formas irregulares. En segundo lugar, las unidades del Sector E poseen un mayor tamaño que las del Sector A; esta diferencia es más significativa si se consideran sólo las unidades domésticas de formas elípticas. En tercer lugar, aunque en ambos sectores residenciales el tipo de muro más frecuente es el muro simple, los muros de hilada doble son más importantes en el Sector E y los muros discontinuos en el Sector A. En último lugar, aunque los vanos simples son más frecuentes en todos los sectores residenciales, es importante que los vanos con apéndice lateral tienen una presencia significativa en los sectores residenciales del poniente, Sectores E y F, y una ausencia relativa en el Sector A.

Además de disponer de habitaciones más grandes y con mayor grado de elaboración, los Sectores E y F presentan una mejor planificación en la construcción de sus sectores. Esto se observa esencialmente en la ubicación y características de las unidades de almacenaje. Al poniente de la cárcava se presentan dos agrupaciones de depósitos de almacenaje, uno en la ladera noreste de la quebrada seca (Sector C), y otro en la parte superior de la ladera (Sector F), denotando en conjunto alguna planificación comunitaria. En cambio, en el Sector A, los depósitos no se encuentran agrupados y se presentan siempre asociados a unidades independientes.

Conexiones: Este asentamiento se caracteriza por la ocupación intensiva del espacio, no existiendo distancias significativas entre cada uno de sus sectores. Por tanto, las relaciones de

comunicación entre los sectores y el exterior se realizan primordialmente a través de senderos bien establecidos. Huaihuarani se ubica en un sector donde los caminos que atraviesan la quebrada cambian de ladera; esto es, para continuar aguas abajo y acceder al sector de Caragua se debe atravesar hacia la banda sur del valle, y esto se realiza sólo a través del Sector B de la plaza o *kancha*. En cambio, el mejor camino para acceder al sector alto del valle es el denominado Camino Inka (Dauelsberg 1983) que transita por la banda norte del valle. A través de este camino se accede al poblado contemporáneo de Ancopachane y al actual emplazamiento de Belén. El Camino Inka llega al Sector B y al Sector E.

El Sector E residencial se emplaza en un lugar que permite vigilar el acceso a los espacios rituales, como el promontorio y la plaza; y además, facilita las comunicaciones con el exterior. En cambio, el Sector A tiene un acceso privilegiado a los espacios económicos agrícolas y de pastoreo, ubicados en el fondo del valle y la ladera opuesta. Como sea, la comunicación más expedita entre ambos sectores residenciales --Sectores E y A-- es el sector de la *kancha*.

Por el contrario, en los espacios funerarios aparentemente no se efectúa tal comunicación. La parte superior del promontorio con estructuras funerarias aéreas es controlada por los residentes de los Sectores E y F, a través de un muro ya descrito. En cambio los residentes del Sector A pueden acceder, no sin dificultades, a los aleros-osarios ubicados en las escarpadas laderas del promontorio.

La circulación al interior de los Sectores E y F se efectúa por medio de pasillos en sentido oriente-poniente, establecidos entre los intersticios de las unidades aglutinadas y una serie de desniveles. En cambio, en el Sector A no se observa alguna direccionalidad preestablecida por algún tipo de organización interna.

Jerarquía: Entre los sectores residenciales, los Sectores E y F son los que presentan una serie de atributos que le confiere una cierta jerarquía. En primer lugar, poseen habitaciones de mejor calidad y tamaño, y poseen una evidente planificación del espacio. Además, desde este sector se visualiza la amplitud de la *kancha* o plaza social, y se tiene una visión privilegiada del sector alto del valle, observando perfectamente el actual emplazamiento de Belén. A este sector llega el recorrido del denominado Camino Inka. Finalmente, desde este sector se controla el acceso a la parte superior del peñón.

La unidad arquitectónica denominada *kancha* o plaza, si bien posee una visibilidad arquitectónica limitada, presenta un conjunto de 15 unidades espaciales que suman una superficie de 4.000 m² que la inclina para significativos ritos masivos. Como sea, se emplaza en un lugar central del asentamiento, no en términos geográficos, sino como un eje a partir de la topografía del lugar, sirviendo como nexo, tanto en el sentido cotidiano como ceremonial, entre dos sectores residenciales de características diferentes. También la plaza es un nexo comunicador del poblado con el exterior, ya sea a través del Camino Inka o por medio de los senderos que transitan por el fondo del valle.

Por último, el peñón rocoso tiene una monumentalidad inherente, dominando visualmente todo el emplazamiento, teniendo una visibilidad estratégica tanto del curso alto como bajo del valle. Además, su acceso controlado por un muro denota una cierta discriminación en su uso.

Esquema Conceptual: Tenemos una propuesta de esquema conceptual para ordenar el uso del espacio en Huaihuarani (Figura 5.19). El supuesto básico de este ordenamiento es que dada la extensión del asentamiento, éste habría tenido al menos dos momentos de crecimiento. Los sectores ubicados al poniente de la quebradilla habrían sido los ocupados más tempranamente. Esta primera ocupación se caracteriza por una mayor planificación de la construcción de los espacios internos y externos. Estos primeros habitantes habrían sido agroganaderas de altura, lo que involucró una gran labor comunitaria referida a la construcción de terrazas y sistemas de regadío. Por analogía podemos suponer que participaban de un ciclo ritual anual que organizaba entre otras cosas, la limpieza de los canales y el manejo de los ganados.²⁵ El espacio sagrado dentro del asentamiento habría sido el peñón sacralizado mediante ritos funerarios. Por tanto, la población original de Huaihuarani participaba de un sistema social comunitario, que articuló el ritual funerario y una serie de aspectos relativos a la reproducción social y la producción agroganadera.

En un segundo período de ocupación de Huaihuarani se poblaron los sectores ubicados al oriente de la cárcava, es decir, los Sectores D, A y B. Es probable que esto haya sido producto de la llegada de un nuevo grupo, dada las características arquitectónicas y de planificación diferentes

²⁵ Lamentablemente aquí notamos un gran sesgo, ya que mientras tenemos información etnográfica acerca de la producción tradicional en zonas de precordillera (por ejemplo, Castro y Varela 1994), no tenemos ninguna información acerca de instituciones similares relacionadas con la producción de valles intermedios y valles bajos. Dentro de tal lógica podemos suponer en Rosario es posible que se llevaran a cabo ritos afuera del asentamiento y más bien en las zonas productivas.

a los sectores residenciales del poniente. En este segundo momento se habría llevado a cabo una particular relación de interacción al interior del poblado.

En este nuevo escenario de interacción entre dos grupos, al menos, arquitectónicamente distintos surge la habilitación de un nuevo espacio ceremonial, una *kancha* o plaza de grandes dimensiones, que indicaría un cambio en la organización social del poblado. Aunque la cronología y secuencia constructiva de esta plaza no ha sido bien analizada, y una forma general que indica una influencia Inka, podemos suponer que su data original sea anterior. Las plazas generalmente están funcionando al servicio de grandes ceremonias donde se representa un rito a un público receptivo. Estos ritos están informando sobre particulares relaciones entre los miembros de una sociedad y una cosmovisión (Moore 1996a). En este sentido la plaza de Huaihuarani, frente a un nuevo escenario de heterogeneidad social debió haber servido para articular nuevos acuerdos y alianzas, permitiendo la reproducción social y la producción interna. En último término, esta plaza articula a la comunidad local con la región, e incluso con el Estado Inka.

Si bien en Huaihuarani existe un espacio para dialogar, posiblemente implementado por el Inka, aunque también desde antes, habría existido otro espacio donde se mantendrían las diferencias sociales. El peñón de características naturales monumentales, fue utilizado ceremonialmente de manera diferencial por los grupos del poblado. En algún sentido, este peñón reproduciría el orden social establecido, con un grupo social dominante, controlando el acceso a la parte superior del peñón y un grupo de menor jerarquía que ocupó las abruptas laderas para otros rituales funerarios particulares.

5.4. Discusión

Tanto en Rosario-1 como en Rosario-2 se construyeron unidades habitacionales utilizando materiales vegetales, los cuales se encuentran abundantemente en los tramos bajos y medios de los valles. Es razonable sostener que el cambio desde construcciones elípticas de materiales perecederos de los períodos precerámicos (Muñoz et al. 1993) hasta formas cuadrangulares descritas para el Intermedio Tardío y Tardío (Santoro 1995; Piazza 1981) se debió principalmente a la mayor resistencia física ofrecida por los ángulos de paredes trabadas.

Por otro lado, en Huaihuarani la mayor parte de las construcciones utilizaron la piedra como materia prima. Las formas son esencialmente elípticas aunque también hay algunas formas cuadrangulares. Esto es similar al panorama general descrito en los poblados contemporáneos de la precordillera de Arica (Muñoz et al. 1997). Al igual que en el caso de los materiales vegetales, las formas cuadrangulares de piedra representan construcciones de mayor durabilidad que las elípticas.

Sin embargo, acá no interpretaremos estas claras diferencias arquitectónicas entre las unidades espaciales de Rosario y Huaihuarani. Los contrastes ecológicos entre los valles y la precordillera de Arica pueden explicar mejor las diferencias en cuanto a dimensiones, formas, tipos de muro e incluso la aglutinación de las unidades. Pero lo que no puede explicar la ecología son las diferencias en la organización del espacio de estos asentamientos. Además, debemos recordar que este análisis espacial y arquitectónico de Rosario y Huaihuarani se ha planteado con la finalidad primordial de entender algunos principios de la organización social y política de estas comunidades.

En el valle de Lluta destaca el hecho de que en ambos yacimientos de Rosario sus diferentes espacios funcionales mantienen similar ordenamiento y jerarquía. Los sectores residenciales presentan distintas características en su emplazamiento específico y sus unidades habitacionales poseen significativas diferencias de tamaños y sus componentes. Sin embargo, es común en todos los sectores residenciales la fragilidad de su arquitectura de cañas, totoras y maderos, que contrasta con la mayor elaboración, resistencia y visibilidad de las construcciones funerarias.

Tanto las tumbas ordenadas ortogonalmente como aquellas de formas tumulares se emplazan en los sectores más altos de la terraza fluvial, y su arquitectura aérea maciza permite su visibilidad desde otros puntos de la terraza. Sin embargo, sólo las tumbas ortogonales tienen un emplazamiento específicamente orientado, ya que los túmulos se reparten de manera levemente aglutinada pero esencialmente dispersa. Los dos cementerios ortogonales se sitúan justo en el centro geométrico de sus correspondientes sectores residenciales. Incluso en el caso de Rosario-2, el eje imaginario que une el cementerio ortogonal y el área nuclear del asentamiento, se prolonga hacia el norte hasta considerar el yacimiento de petroglifos de Rosario (Lluta-38).

Asumimos que estas características permiten ver a los espacios funerarios en un plano de mayor jerarquía en relación a los espacios domésticos, y nos hablan de la centralidad de las instituciones

funerarias y ceremoniales dentro del quehacer de la comunidad. Pese a la evidencia en la arquitectura doméstica de cierta autosuficiencia de las unidades domésticas, denotado en los grandes depósitos subterráneos familiares, podemos seguir insistiendo en que la mayor articulación de la comunidad se realizó en determinados espacios ceremoniales sociales, alejados física y visualmente de la vida doméstica.

La mantención de un ordenamiento conceptual similar en Rosario-1 y Rosario-2 nos sugiere una relativa continuidad cultural. Esto contrasta con la dificultad de ver similares aspectos en el poblado de Huaihuarani. En primer lugar, es difícil con la metodología usada, limitada al registro de datos superficiales, establecer etapas constructivas con una certeza cronológica. Sin embargo, la gran extensión del poblado nos ayuda a sostener que su construcción llevó varios siglos.

En Huaihuarani, vemos dos grandes emplazamientos residenciales separados por una pronunciada cárcava que divide la ladera norte de la quebrada de Belén, dejando por un lado, los denominados Sectores E y F, al poniente de la quebradilla, y los sectores A y D, al oriente. Lo que es importante es que estos emplazamientos poseen varias diferencias en cuanto a la arquitectura residencial y la organización interna de los sectores.

Las unidades domésticas del Sector E presentan una mayor elaboración, es decir, tienen un tamaño mayor, las formas principales de planta son la elíptica y semielíptica, mientras que el muro de hilada doble es el segundo tipo después del muro simple. Aunque los vanos simples o con jambas son comunes en todo el poblado, los vanos con apéndices laterales sólo aparecen en los sectores E y F. En cambio, las unidades del Sector A son de menor tamaño, con formas elípticas o irregulares y muros esencialmente simples seguidos por muros discontinuos.

La organización del espacio en los Sectores E y F es más compleja, ya que posee dos sectores de depósitos arquitectónicamente independientes y espacialmente diferenciados. Uno se ubica en la ladera noreste de la quebradilla (Sector C) y el otro en la parte superior del poblado (Sector F). En cambio, en el Sector A, los depósitos no son estructuras arquitectónicamente independientes y se encuentran asociados siempre a unidades domésticas.

Al interior del poblado de Huaihuarani, tenemos dos ejes de articulación conceptual. Por un lado, el peñón rocoso (Sector G) de amplia visibilidad no sólo desde el interior del poblado, caracterizado por unidades funerarias y unidades de función estratégica como miradores. Este

espacio significativo es fácilmente accesible desde los Sectores E y F, pero regulado por un corto, pero bien emplazado muro. Por otro lado, un segundo espacio ceremonial, la *kancha* o plaza (Sector B) que interpretamos como habilitada en un segundo período de ocupación, se ubica en el centro de la articulación de estos dos sectores residenciales de características diferentes.

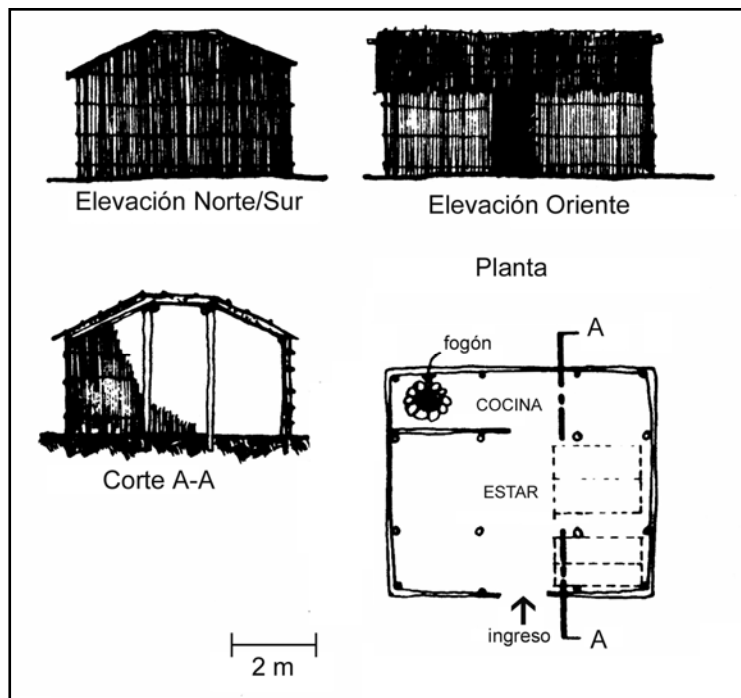
Sostenemos que en Huaihuarani, la articulación social del poblado como un todo no se realizó en los espacios funerarios, sino esencialmente en un espacio ceremonial abierto, donde se buscaron reforzar los principios corporativos esenciales para la producción agroganadera especializada en el riego tecnificado y cultivo en andenes. Al contrario, los espacios funerarios, fueron lugares de culto más restringidos, accesibles sólo a una porción de los habitantes del poblado.

Figura 5.1: Detalle de postes y muros de caña y depósitos orgánicos en una estructura habitacional de Rosario-2.



Figura 5.2: Esquemas hipotéticos de viviendas de caña y totora: A: AZ-15 (Dibujo de Piazza 1981); B: Molle Pampa Este, Recinto 7 (Dibujo de P. Siclari y C. Santoro)

A



B

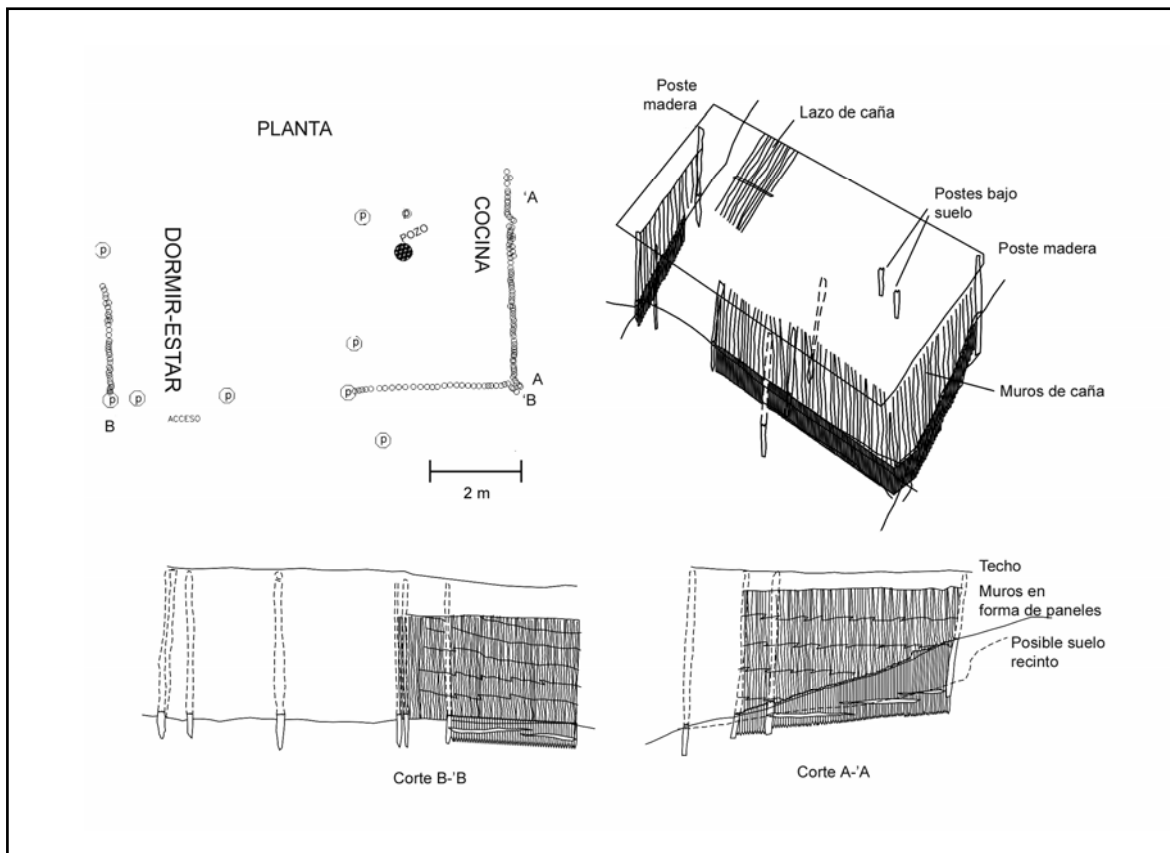


Figura 5.3: Sectores y unidades habitacionales en Rosario-1

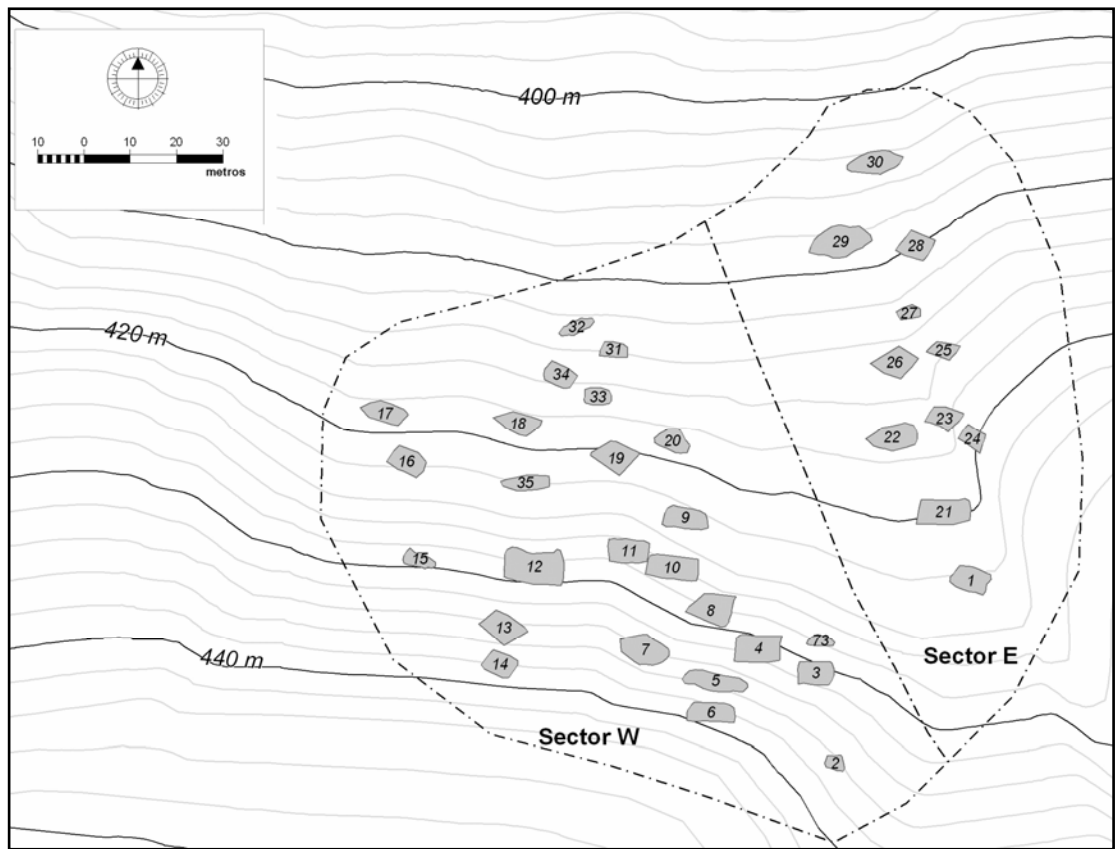


Figura 5.4: Sectores y unidades habitacionales en Rosario-2

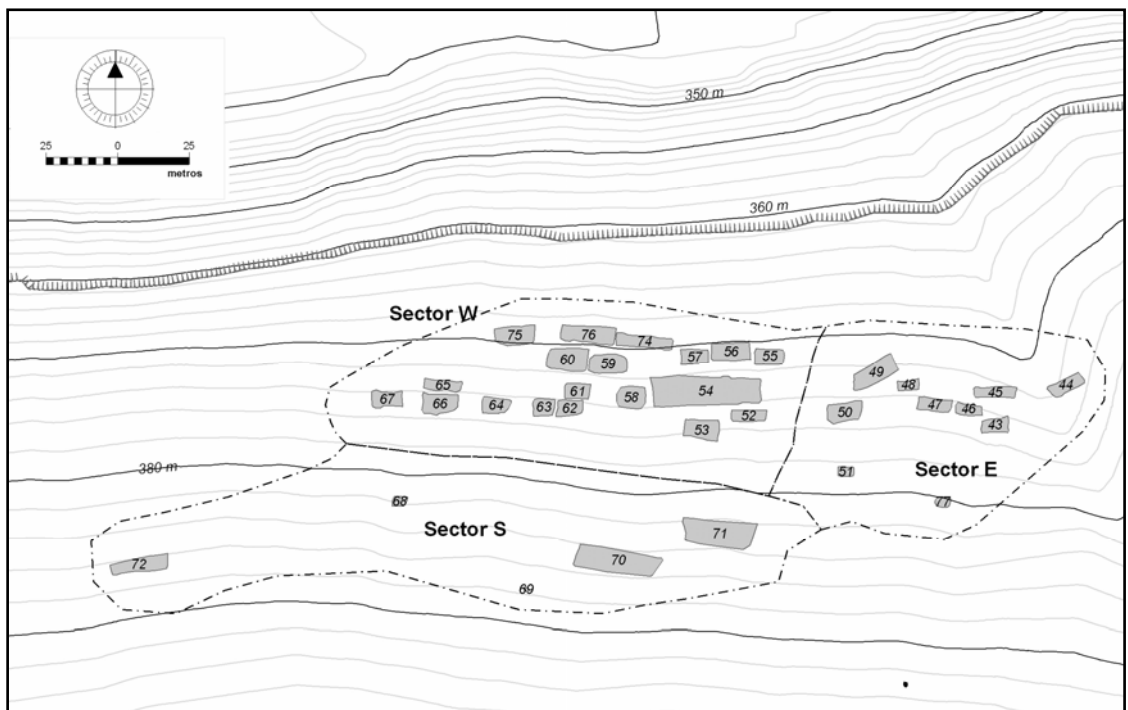


Figura 5.5: Vista del muro de contención picado de la unidad R70 de Rosario-2.



Figura 5.6: Gráfico de rangos de error de tamaño de unidades en Rosario.

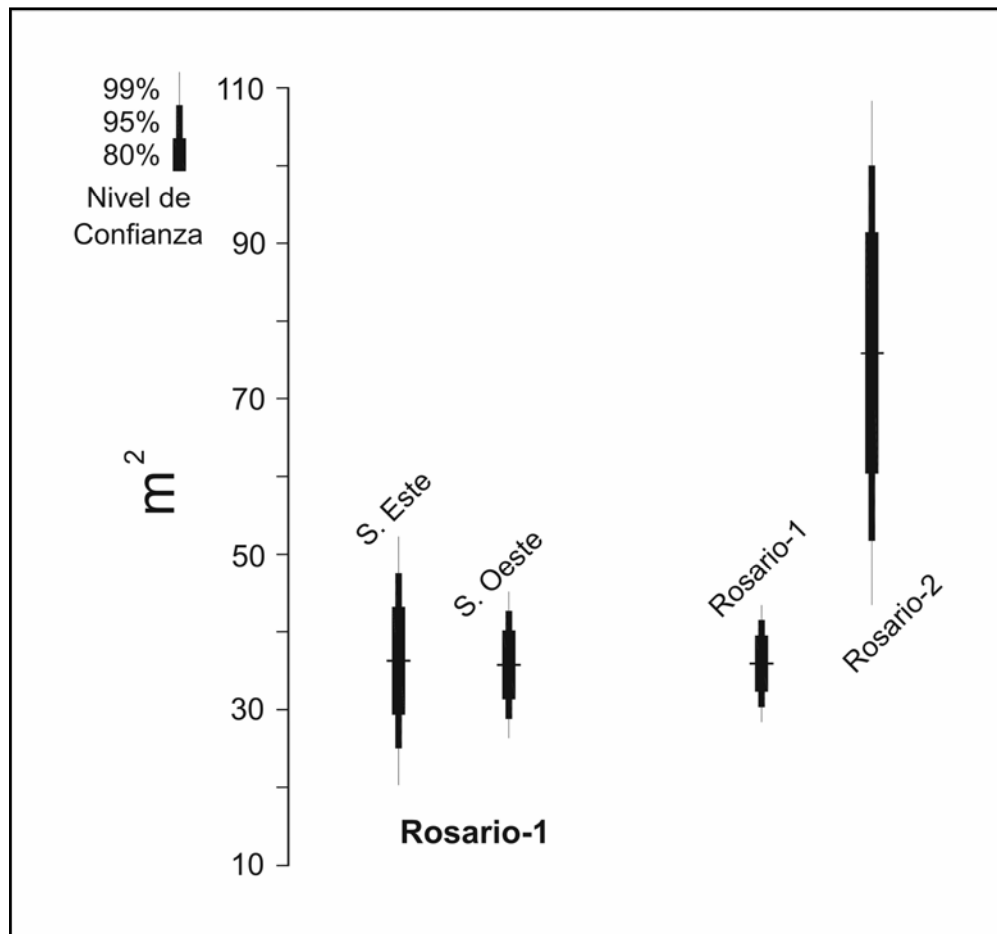


Figura 5.7: Gráficos de dispersión entre variables ancho y largo. A: según yacimientos; B: según sectores de Rosario-1; C: según sectores de Rosario-2.

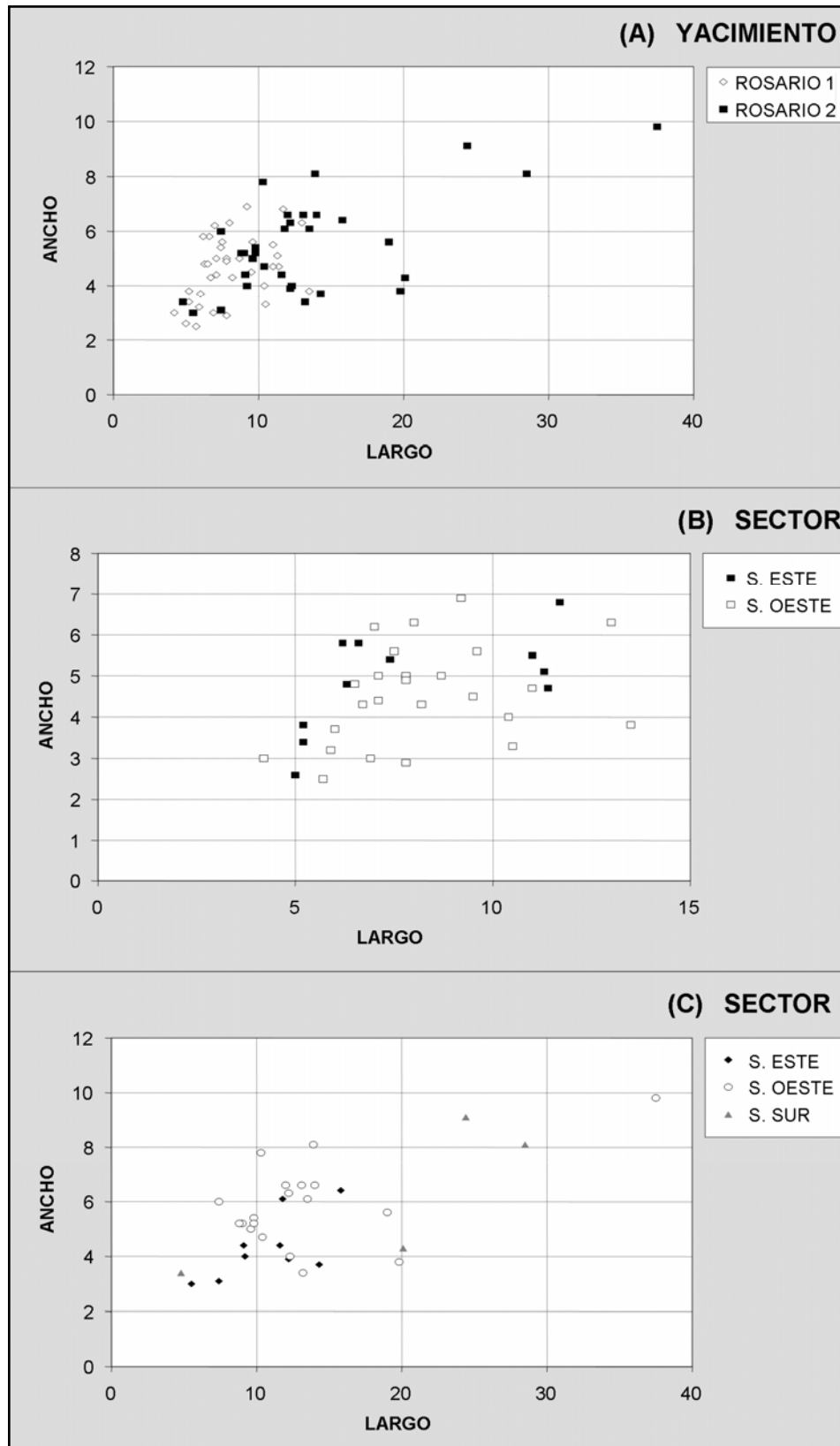


Figura 5.8: Túmulos funerarios de piedras al oeste de Rosario-2.



Figura 5.9: Conjunto de unidades funerarias ortogonales frente al asentamiento Rosario-2.



Figura 5.10: Distribución de los 13 *buffers* o conjuntos funerarios en Rosario.

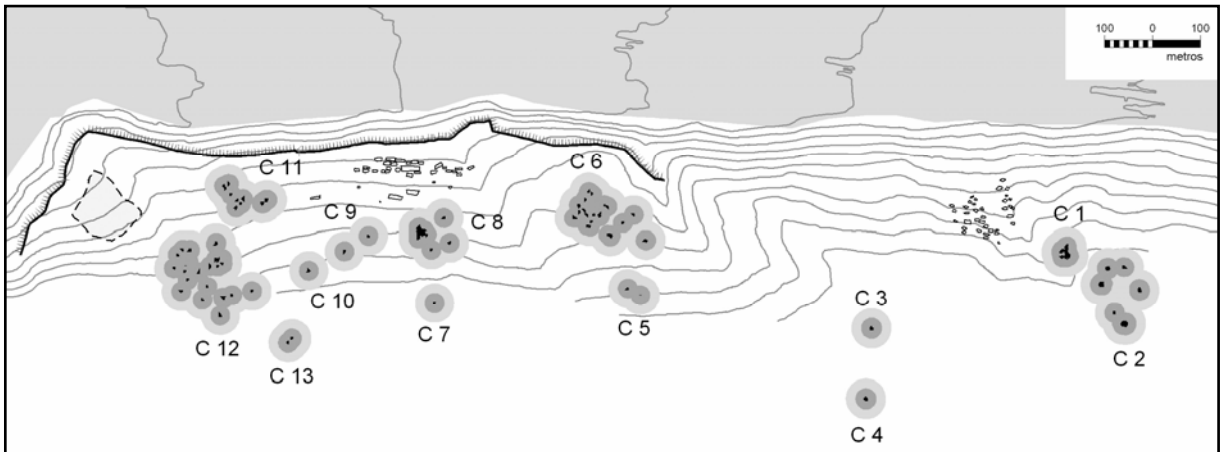


Figura 5.11: Esquema conceptual del área arqueológica de Rosario.

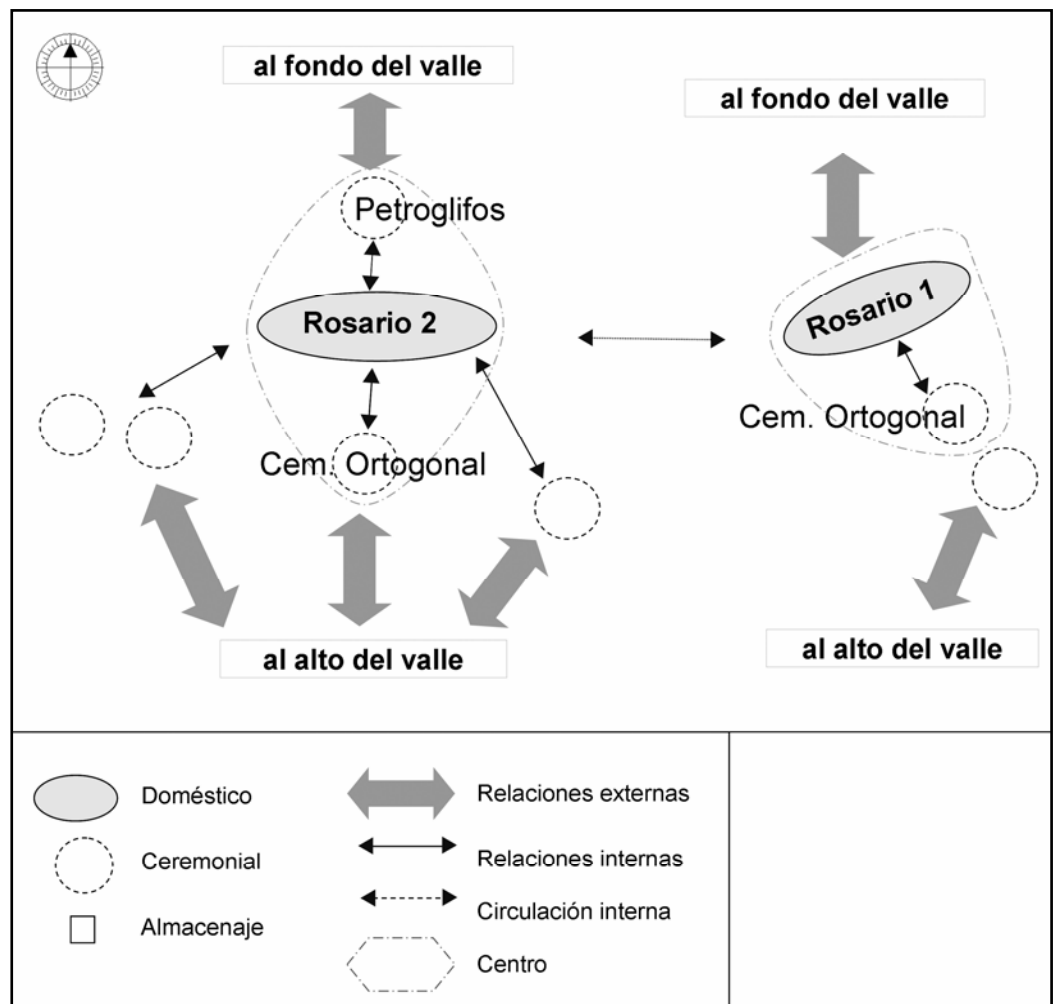


Figura 5.12: Modelo tridimensional digital del poblado de Huaihuarani y sectorización.

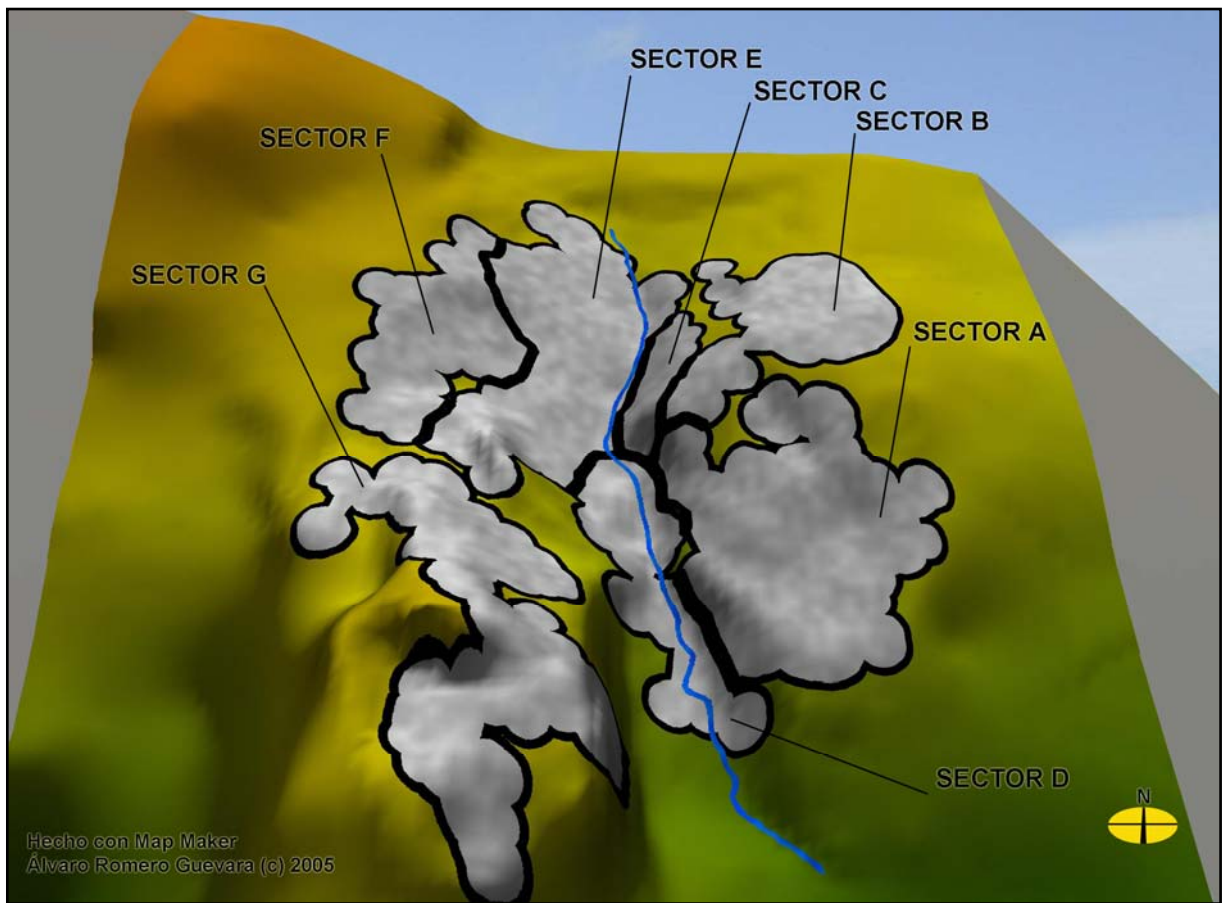


Figura 5.13: Gráfico de rangos de error de tamaño de unidades menores de Huaihuarani.

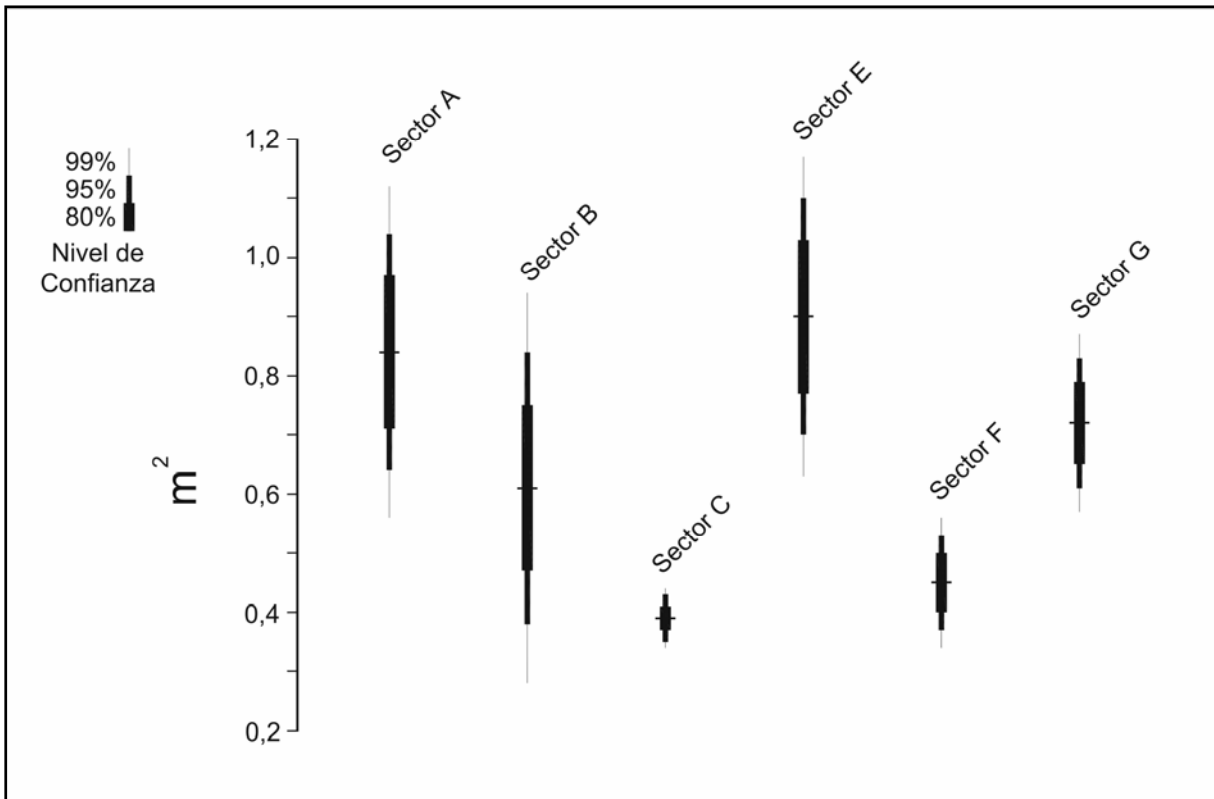


Figura 5.14: Gráfico de rangos de error de tamaño de unidades habitacionales de Huaihuarani.

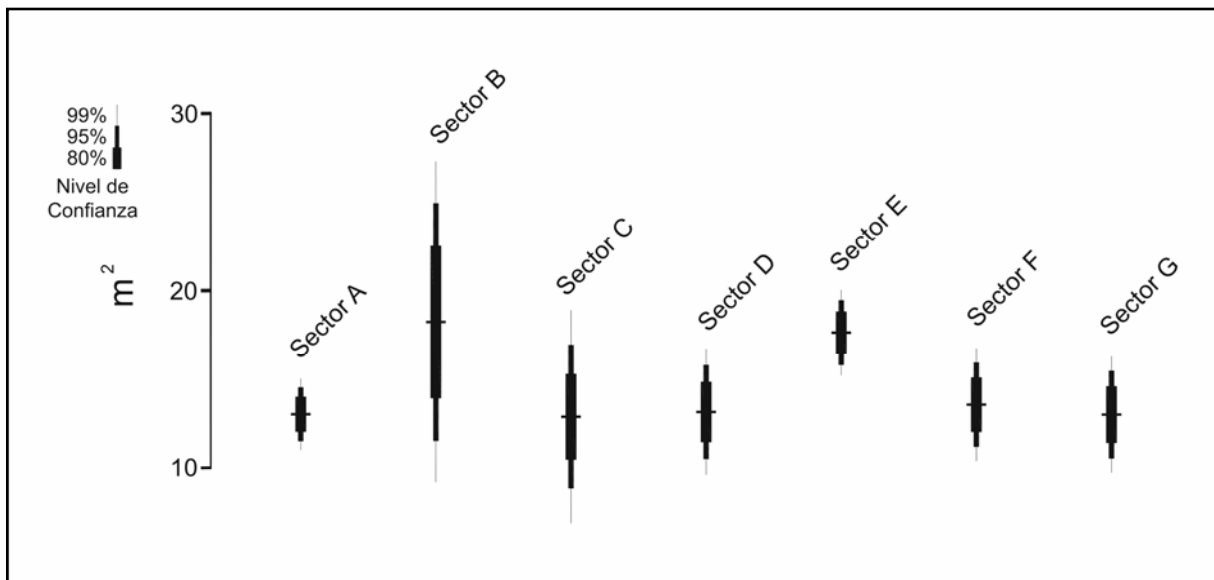


Figura 5.15: Distribución de formas de las unidades espaciales en los sectores de Huaihuarani.

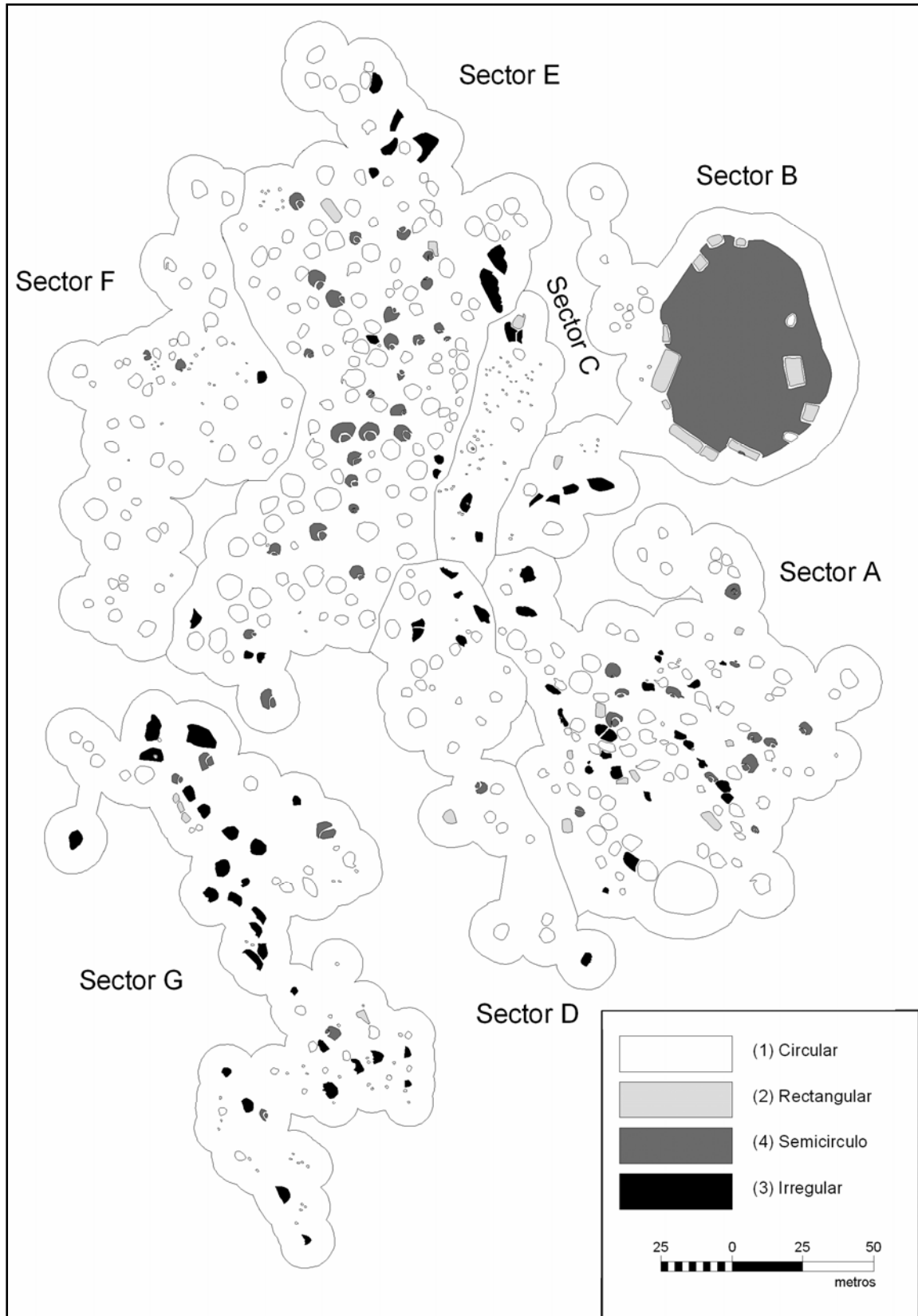


Figura 5.16: Gráfico de rango de error de tamaño de unidades de forma elíptica y semielíptica en Huaihuarani.

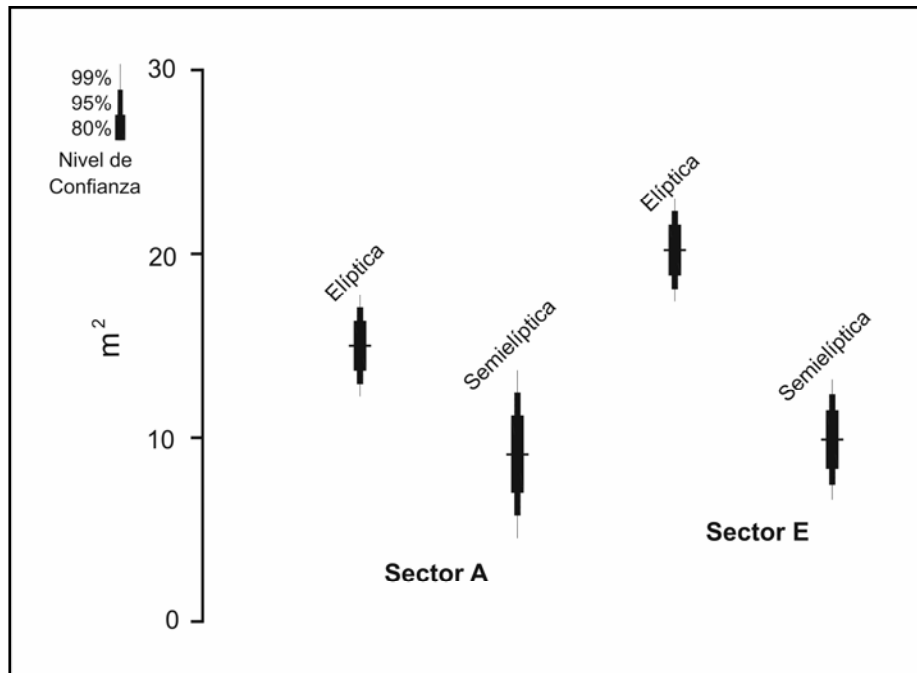


Figura 5.17: Gráfico de barras de tipos de muro en los sectores de Huaihuarani.

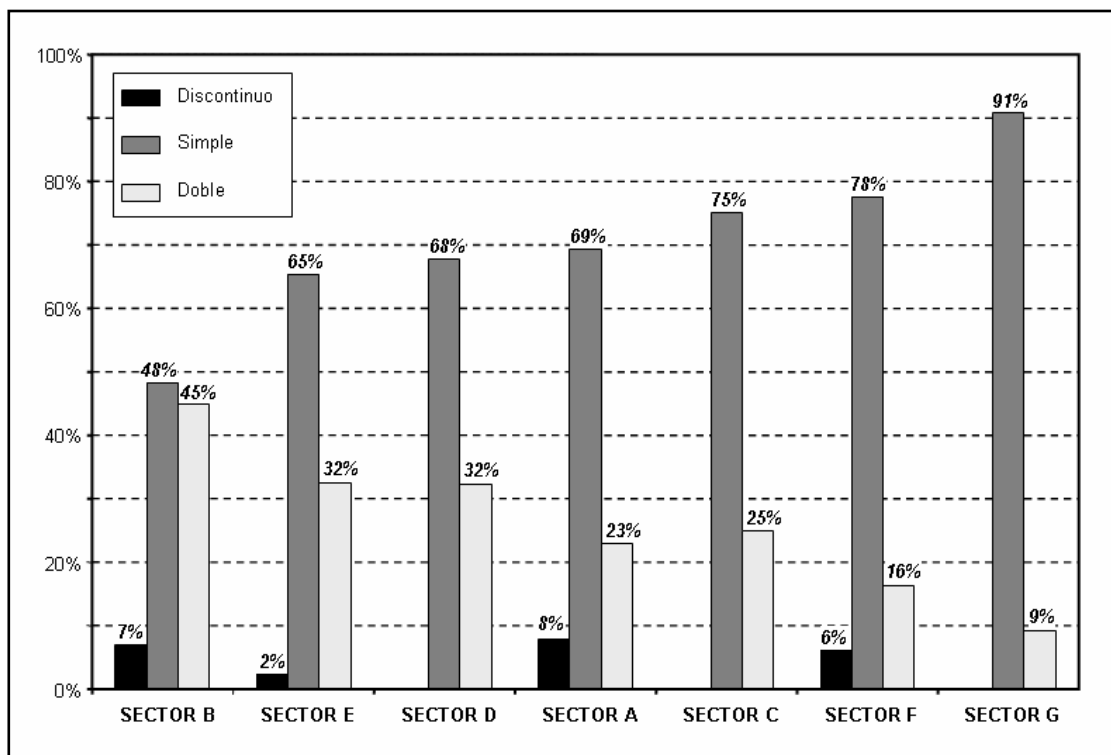


Figura 5.18: Tipología de vanos de unidades espaciales. A: Vano simple, UE 646 (R-354); B: Vano con seudo-jambas, UE 252 (R-123); C: Vano con apéndice frontal, UE 43 (R-41); D: Vano con apéndice lateral, UE 343 (R-215).

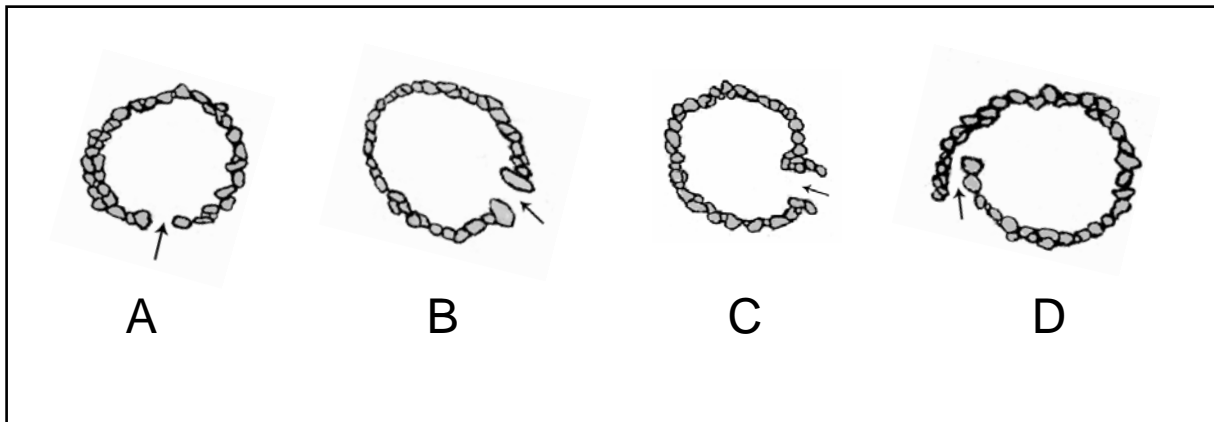
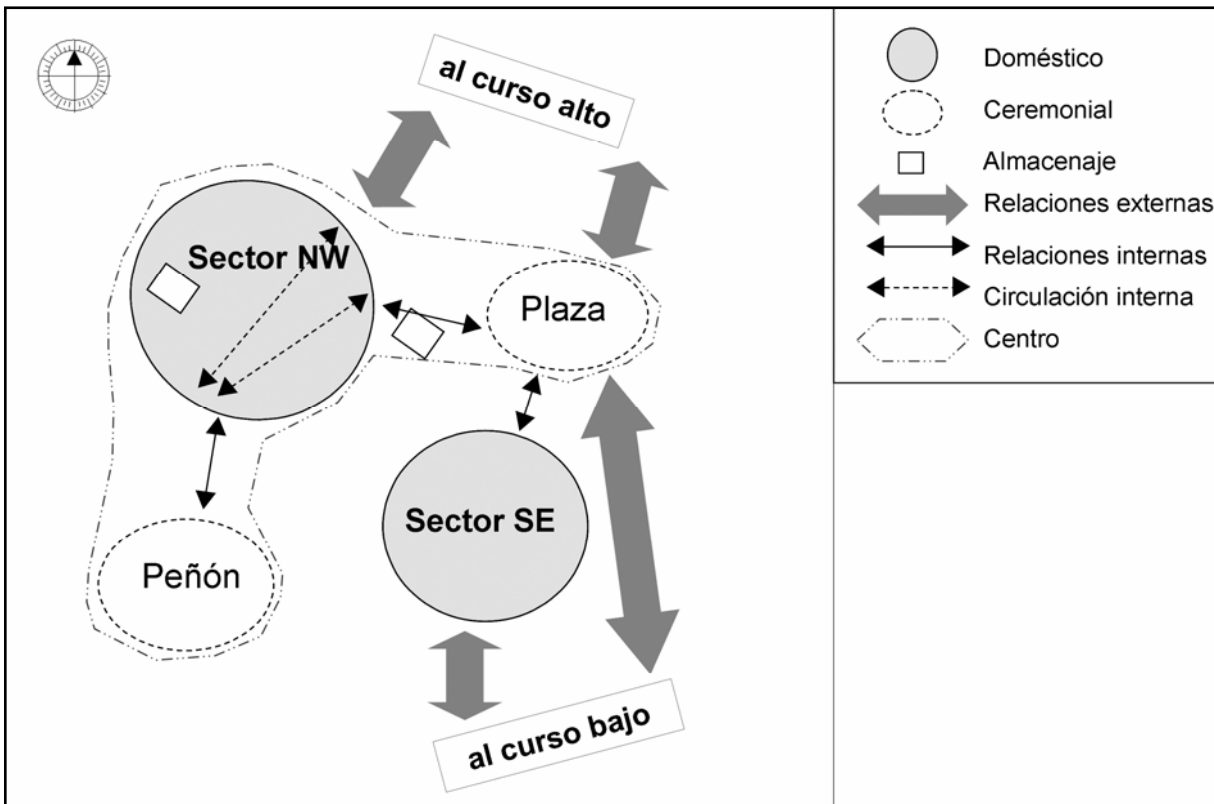


Figura 5.19: Esquema conceptual del poblado de Huaihuarani.



CAPÍTULO 6. FRAGMENTOS ALFAREROS DE LOS VALLES DE ARICA

6.1. Clasificación y Cuantificación Cerámica

En esta sección presentamos nuestra propuesta de clasificación para los fragmentos de cerámica de contextos domésticos. Este diseño de trabajo fue iniciado en las primeras investigaciones sistemáticas realizadas en el valle de Lluta (Santoro 1995), continuado en proyectos posteriores (Santoro et al. 2001b; Romero 2002); y se ha ampliado para otros sitios de la precordillera de Arica (Muñoz y Santos 1998; Romero 2003a). La clasificación considera tres niveles, que de acuerdo a nuestra propuesta metodológica inicial, estaría dando cuenta de información diferencial para nuestras distintas preguntas de investigación. Estos niveles de clasificación son: (a) análisis macroscópico de las pastas; (b) estudio de los estilos de la decoración pintada; y (c) reconstrucción de formas a partir de fragmentos de bordes.

Hemos privilegiado un análisis cuantitativo de la cerámica que permitiera: (a) sacar el máximo de provecho al tamaño de la muestra; (b) articular las distintas unidades y niveles analíticos mediante pruebas estadísticas; y (c) homogeneizar la información de distintos yacimientos trabajados con diferentes técnicas de campo y de muestreo.

En términos generales, las cuantificaciones fueron establecidas usando un método mixto. Se utilizó el peso para establecer las proporciones de los conjuntos y minimizar el sesgo de los distintos grados de fracturación de determinadas piezas y pastas en distintos contextos (Orton et al. 1997: 191-192). Luego, con el conteo de fragmentos se estableció el tamaño de la muestra, utilizando análisis estadísticos para discutir la confianza de las diferencias numéricas. La prueba del error estándar permite comparar distintos conjuntos asumiendo las diferencias de tamaño de cada muestra, e indirectamente considera el número de categorías establecidas (Drennan 1996: 126-129). De este modo, a mayor el tamaño de la muestra, menor el rango de error de las proporciones y mayor la significación estadística del resultado. Otra ventaja de la prueba del error estándar es que su representación gráfica permite en todo momento comparar y evaluar distintos grados de error estándar, sin establecer un número canónico de significación estadística de 80%, 95% ó 99%, ya que cada contexto de investigación o situación arqueológica requiere de particulares exigencias estadísticas.

Además, de forma paralela se exploraron otras formas de cuantificación sugeridas en la investigación cerámica para solucionar diversas distorsiones referidas al tamaño, uso, rotura y depositación de los fragmentos (Sinopoli 1991: 86-87). La más utilizada fue la cuantificación del peso de los fragmentos, evaluando constantemente la posibilidad que el número de fragmentos sea distorsionado por la fragmentación diferencial de piezas, según su forma, tamaño y la calidad de su pasta (Orton et al. 1997). De manera específica para el análisis de las formas reconstruidas se utilizó el conteo del número mínimo de piezas (Egloff 1973).

6.1.1. TIPOLOGÍA DE PASTAS CERÁMICAS

Como lo plantean Varela, Uribe y Adán (1993), un primer acercamiento a las pastas cerámicas pasa por la definición de "estándares". Éste rótulo involucra a un grupo de cerámicas que comparten ciertos rasgos generales de composición y factura de la pasta. Pero a su vez, cada uno de estos estándares de pasta encierra una amplia variedad interna, cuya definición corresponde a una etapa de investigación posterior mediante técnicas petrográficas más específicas.

La metodología de observación es principalmente macroscópica. Se observó en fracturas frescas del total de la cerámica de la muestra una serie de atributos, siguiendo pautas y definiciones ya propuestas que permitieron unificar las apreciaciones (Varela et al. 1993).

Estos atributos corresponden a:

- i. tipo, color, tamaño, forma y densidad de las inclusiones.
- ii. tipo, forma y densidad de las cavidades o poros.
- iii. tipo de la fractura.
- iv. color de la pasta.
- v. inferencia del tipo de cocción utilizado.

Con respecto a las inclusiones se trató de identificar la procedencia del material no plástico de la matriz por medio de su apariencia, principalmente por forma y color. Para unificar las observaciones del tamaño de las inclusiones se usaron tres categorías (**fino**: menor a 0,25 mm; **mediano**: entre 0,25 y 0,5 mm; y **grueso**: mayor a 0,5 mm). Para describir la regularidad del tamaño se usaron dos categorías cualitativas (**homogéneo** / **heterogéneo**). La densidad de las

inclusiones tuvo una categoría dicotómica (**denso / escaso**). Para definir la forma de las inclusiones se usaron tres categorías (**redonda / angular / tabular**).

Las cavidades son descritas de acuerdo a su densidad (**denso / escaso**), su tamaño (**fino / mediano / grueso**), y su forma (**seudomorfos orgánicas / tabulares**, de acuerdo a Rye 1981 y Varela et al. 1993). La fractura se define según su resistencia (**muy resistente / resistente / quebradizo / deleznable**). Con respecto al color de la matriz, a parte de describir el color de manera general a través de la escala Munsell, también se señaló la distribución de distintos tonos del color (**homogéneo / heterogéneo**). La inferencia del tipo de cocción se hizo gracias a la comparación con un esquema guía (**reductora / oxidante completa / oxidante incompleta**; según Rye 1981: 114).

Aunque disponemos de una larga lista de atributos, nuestra clasificación final enfatizó ciertos aspectos tecnológicos, tales como, el tipo de antiplástico y los ambientes de cocción. A partir de visiones generales de analogía etnográfica cerámica (Rice 1987), podemos señalar que tales atributos debieron ser plenamente concientes y manejados por los artesanos que elaboraron las piezas. Sin embargo, queda por discutir si tales propiedades tuvieron una relevancia o significado social similar a los que atribuimos en esta investigación.

Además, la elección de determinados procedimientos alfareros podría deberse a una serie de características deseadas para la forma final de la pieza, tales como, conductividad del calor y resistencia física (Sinopoli 1991). Sin embargo, observamos que nuestras categorías de pastas incluyen una amplia variedad de formas, descartando objetivos funcionales en la selección o preparación de determinadas arcillas. Por tanto, asumimos que la elección de un conjunto de procedimientos tecnológicos tiene que ver más con la acción y transformación de particulares prácticas culturales traspasadas a través de enculturación (Varela 2002) que préstamos tecnológicos entre diferentes grupos.

Con esta metodología hemos definido nueve estándares de pasta (Tabla 6.1 y Tabla 6.2). La denominación de estos estándares se realizó con números expresados en centenas (por ejemplo, 100 ó 200), previniendo posteriores subdivisiones en grupos distintos (como sucedió con el estándar 200, que se dividió en 210 y 220). A continuación describimos brevemente los estándares de pasta de nuestra clasificación.

Tabla 6.1: Resumen de características de estándares de pasta 100, 210, 220, 300 y 400.

CARACTERÍSTICAS	ESTÁNDAR 100	ESTÁNDAR 210	ESTÁNDAR 220	ESTÁNDAR 300	ESTÁNDAR 400
ASPECTO GENERAL	- Inconsistente	- Muy consistente	- Consistente	- Inconsistente	- Esponjoso - Consistente
INCLUSIONES TIPO PRINCIPAL	- Blancas - Cristales - Negros	- Blancas - Negras - Cristales	- Grises - Blancas - Cristales	- Cristales - Gris - Blanco	- Blancos - Grises / negros
INCLUSIONES TAMAÑO	- Heterogéneo - Grueso y mediano	- Homogéneo - Fino	- Homogéneo - Fino / Mediano	- Homogéneo - Grueso	- Homogéneo - Mediano
INCLUSIONES FORMA PRINCIPAL	- Redonda - Angular	- Angular	- Angular	- Angular	- Angular
INCLUSIONES DENSIDAD	- Densa	- Escasas	- Densa	- Densa	- Densa
CAVIDADES	- Densas - Seudomorfos orgánicas - Cavidades grandes	- Escasas - Cavidades finas	- Escasas	- Densas - Seudomorfos orgánicas	- Densas - Cavidades grandes y finas
FRACTURA	- Resistente	- Muy resistente	- Resistente	- Quebradiza	- Resistente
COLOR PASTA	- Homogéneo - Negro a gris (9YR 3/1)	- Homogéneo - Naranja (2YR 5/12) a rojo (9R 5/19)	- Homogéneo - Naranja (2YR 5/12) a café pálido (8YR 6/11)	- Heterogéneo - Café (9YR 5/7) a gris (2Y 5/2)	- No uniforme - Naranja (10R 5/10) a rosado (10RP 6/8)
COCCIÓN	- Reductora	- Oxidante completa	- Oxidante completa	- Oxidante incompleta	- Oxidante completa

ESTÁNDAR 100: La característica definitoria de éste estándar es su característica cocción reductora y la alta densidad de inclusiones de tamaño heterogéneo, pero principalmente gruesas o medianas. El aspecto general de esta pasta cerámica es denso. Las inclusiones son de color blanco o transparente, aunque por el color de la matriz no podemos notar la presencia de inclusiones negras. La forma principal de las inclusiones visibles es redonda o angulosa. Las cavidades suelen ser densas, grandes o seudomorfos orgánicas. La fractura es resistente. El color de la matriz es negro o gris (9YR 3/1) bastante uniforme. Tiene un espesor promedio de 8 mm.

ESTÁNDAR 210: Se trata de una pasta con inclusiones extremadamente finas, casi indistinguibles a simple vista. Con una matriz de color uniforme, frecuentemente entre naranja intenso (2YR 5/12) a rojo (9R 5/19). Su aspecto general es muy compacto. Las inclusiones suelen ser blancas, negras o cristales, de forma angular y una distribución escasa. Las cavidades son finas y escasas. La fractura es muy resistente. La cocción es oxidante completa. El espesor promedio de estos fragmentos es de 5 mm, mientras que más del 90% de estos fragmentos poseen al menos una

cara pulida. Una alta proporción de este estándar presenta decoración, principalmente de la Tradición Negro sobre Rojo e Inca, de tal modo que suponemos que corresponde principalmente a piezas importadas desde el altiplano y no fabricadas localmente.

ESTÁNDAR 220: Esta pasta tiene una apariencia firme y consistente, pero a diferencia del Estándar 210 presenta inclusiones visibles que varían desde un tamaño fino hasta mediano. El color de la matriz suele ser desde naranja intenso (2YR 5/12) a café amarillento (8YR 6/11). Las inclusiones son de forma angular y frecuentemente de color gris, blanco y cristales. Éstas se presentan de manera densa. Las cavidades, al contrario, son escasas. La fractura es resistente. La cocción es oxidante completa. El espesor promedio es de 4 mm. Casi la mitad de los fragmentos tienen ambas caras pulidas, y casi un cuarto tiene ambas caras alisadas. Un poco más de un tercio presenta decoración, la mayoría con ciertos diseños específicos de la Cultura Arica en tanto, otros con decoración de la Tradición Negro sobre Rojo. Esto nos indica que estamos confundiendo dos tecnologías cerámicas que poseen un producto muy similar.

ESTÁNDAR 300: Esta pasta es extremadamente burda, con inclusiones uniformemente gruesas y de cocción oxidante incompleta. Su aspecto general es de una consistencia baja. Las inclusiones más frecuentes son cristales, seguidas por otras de colores grises y blancos. La forma de las inclusiones es angular, y se presentan de manera densa. Las cavidades también son densas y pseudomorfos orgánicas. La fractura es quebradiza. El color de la matriz es heterogéneo y tiene una gran variedad de tonos, entre gris (2Y 5/2) a café (9YR 5/7). El espesor promedio es del orden de los 8 mm. Más del 80% de los fragmentos tienen ambas caras alisadas. Existen bastantes dudas con respecto a su adscripción cultural, y lo más evidente es que corresponderían a vasijas esencialmente domésticas, las que en tierras bajas estarían vinculadas al Estándar 400 y la Cultura Arica. En precordillera, en cambio, se asociarían al Estándar 500 y los escasos fragmentos decorados corresponderían a diseños del grupo decorativo Charcollo.

ESTÁNDAR 400: La matriz de la pasta tiene una apariencia granulosa, de color rosado (10RP 6/8) a naranja (10R 5/10). Las inclusiones se ordenan de manera densa, y son de tamaño preferentemente mediano, de colores negro, gris y blanco, todos en similar frecuencia. Además, las inclusiones son de forma angular. Las cavidades son igualmente densas, y pueden ser grandes o finas. La fractura es resistente. El color de la pasta no es uniforme. La cocción es oxidante completa, aunque a veces puede estar incompleta. El espesor promedio se sitúa entre los 5 y 6 mm. Casi el 80% de los fragmentos tienen ambas caras alisadas. Éste estándar reúne gran parte

las piezas pintadas y no pintadas adscritas a las comunidades identificadas como Cultura Arica (Santoro et al. 2001b).

Tabla 6.2: Resumen de características de estándares de pasta 500, 600, 700 y 800.

CARACTERÍSTICAS	ESTÁNDAR 500	ESTÁNDAR 600	ESTÁNDAR 700	ESTÁNDAR 800
ASPECTO GENERAL	- Consistente	- Consistente	- Arenisca - Inconsistente	- Consistente
INCLUSIONES TIPO PRINCIPAL	- Blancos - <i>Chamote</i>	- Negras - Grises	- Blancas - Negras	- Mica - Blanca
INCLUSIONES TAMAÑO	- Heterogéneo - Mediano / Fino	- Homogéneo - Fino	- Heterogéneo - Fino	- Homogéneo - Fino / Mediano
INCLUSIONES FORMA PRINCIPAL	- Redonda - Tabular	- Redonda	- Redonda - Angular	- Angular - Tabular
INCLUSIONES DENSIDAD	- Densa	- Escasas	- Escasas	- Densa
CAVIDADES	- Escasas - Cavidades finas	- Escasas - Cavidades finas / Gruesas - Seudomorfias orgánicas	- Escasas - Cavidades finas	- Densas - Cavidades finas
FRACTURA	- Resistente	- Resistente	- Quebradiza	- Quebradiza
COLOR PASTA	- Heterogéneo - Naranja (2YR 5/10) a café (9YR 5/8)	- Homogéneo - Negro a gris (9YR 3/1)	- Homogéneo - Café claro (2Y 7/6) a amarillo (2GY 9/5)	- Homogéneo - Café claro (3,5Y 5/7) a oscuro (7,5YR 3/5)
COCCIÓN	- Oxidante completa e incompleta	- Reductora	- Oxidante completa	- Oxidante completa e incompleta

ESTÁNDAR 500: Este estándar se define por las inclusiones de tamaño mayoritariamente mediano, de color blanco o cristales, nunca grises o negros. La forma de las inclusiones es redonda o tabular. Entre las inclusiones suele aparecer “*chamote*”, denominación común dada a los fragmentos de cerámica cocida molidos y reciclados dentro de la arcilla fresca. El aspecto final de la pieza es arenoso fino y compacto. El color de la matriz no es uniforme y varía desde el naranja (2YR 5/10) hasta el café (9YR 5/8). Las cavidades son poco densas y de tamaño fino. La fractura es resistente. La cocción es principalmente oxidante. El espesor promedio de estos fragmentos se sitúa entre los 5 y 6 mm. Más del 70% de la muestra presenta ambas caras alisadas. Las decoraciones presentes en este estándar de pasta corresponden principalmente al grupo decorativo Charcollo y en menor medida a la Tradición Negro sobre Rojo. Sostenemos que se trata de una tecnología procedente de tierras altas, tales como la precordillera y el altiplano (Santoro et al. 2001b).

ESTÁNDAR 600: Su característica es la cocción reductora, pero a diferencia del Estándar 100, las inclusiones de este estándar son de tamaño fino. La apariencia general de esta pasta es compacta. Las inclusiones más frecuentes son grises o negras, de forma redonda. Hay escasez de inclusiones y cavidades. Las cavidades son finas, gruesas y a veces aparecen pseudomorfos orgánicas. La fractura es resistente. El color de la matriz es uniforme, entre negro o gris. El espesor promedio es 5 mm. Se presenta sólo en Lluta, y más del 70% tiene ambas caras alisadas. Se ha postulado que tales piezas son de origen importado (Santoro 1995; Romero 2002).

ESTÁNDAR 700: La principal característica es su aspecto poco compacto y semejante a la arenisca. Su fractura es quebradiza. El color de la matriz es uniforme y característico entre un café claro (2Y 7/6) a amarillo (2 GY 9/5). Las inclusiones son blancas y negras, el tamaño es heterogéneo y preferentemente fino. La forma de las inclusiones es angular o tabular. Las inclusiones y las cavidades son escasas. La cocción es oxidante completa. Se presenta sólo en Huaihuarani y otros sitios de la precordillera.

ESTÁNDAR 800: Se caracteriza por la presencia importante de mica como desgrasante, algunas veces mezclado con otras inclusiones blancas. A pesar de su baja representación en nuestras colecciones examinadas, podemos señalar que las inclusiones son de forma angular y tabular, generalmente de tamaño fino y uniformes. Las inclusiones y las cavidades aparecen de manera densa. La fractura es quebradiza. El color de la matriz suele ser café oscuro (7,5YR 3/5) o café (3,5Y 5/7). La cocción más frecuente es oxidante incompleta.

6.1.2. GRUPOS DECORATIVOS

Dentro de las características superficiales de los fragmentos cerámicos se consideraron las aplicaciones o baños de pintura y la decoración pintada, tanto en la cara interior como exterior de los fragmentos. Una serie de antecedentes arqueológicos nos permiten sostener que la decoración pintada en los valles de Arica fue la expresión visual más frecuente de las piezas cerámicas. El análisis del amplio registro de piezas enteras de los sectores costeros y bajos de los valles de Arica, correspondiente a cementerios de diverso tamaño y cronología indican que son muy escasos los ejemplos de aplicaciones de pastillaje y modelados tridimensionales (Uribe 1999).

Sin embargo, para la precordillera de Arica no poseemos una colección comparativa de piezas enteras. Remediamos esta falencia con el hecho que el conjunto de fragmentos cerámicos de precordillera se comporta de manera esencialmente similar en las tierras bajas y precordillera, siendo bastante frecuentes las piezas con decoración pintada, extremadamente escasas las piezas modeladas y nulas las incisiones.

Con tales referencias asumimos que la decoración pintada es la principal forma de emisión de mensajes sociales (Wobst 1977, 1999) entre las personas que utilizaron las vasijas. Una clasificación formal de éstas sería un instrumento para establecer la intensidad y los contextos sociales de las interrelaciones humanas mediadas y reforzadas por la utilización de determinados objetos. Suponemos que cada grupo decorativo es un estilo activo que indica de una u otra forma la trayectoria extremadamente dinámica de diferentes fuerzas que buscan predominar al interior de las comunidades estudiadas.

GRUPO CULTURA ARICA: Basados inicialmente en la existencia y disposición de determinados colores y recubrimientos (Bird 1988: 31), la clasificación tradicional de estos diseños reconoce tres estilos: **San Miguel**, **Pocoma** y **Gentilar** (Dauelsberg 1995a; Schiappacasse et al. 1989; Uribe 1999). Así, San Miguel es un estilo donde se disponen diseños en rojo y negro, sobre un recubrimiento blanco. El estilo Pocoma, en cambio, ha sido descrito con similares diseños en rojo y negro, sobre una superficie sin recubrimiento. Finalmente, el estilo Gentilar, supone la complejización de los diseños anteriores de colores, negro, rojo y se agrega el blanco, dispuestos directamente sobre la superficie o sobre paneles rojos discontinuos.

Estos estilos son perfectamente identificables en piezas completas, pero cuando se trata de aplicar tales definiciones a fragmentos, surgen los problemas. Por ejemplo, muchas piezas de estilo San Miguel tienden a perder el color blanco del recubrimiento. También, algunas piezas debido a la complejidad de sus diseños, están a medio camino entre lo identificado como Gentilar y Pocoma.

Los trabajos de Uribe (2000) y Uribe y otros (1996) nos han servido para solucionar estos problemas, donde a la tradicional clasificación de estilos (presencia y ausencia de recubrimiento) se le agrega un inventario detallado de los motivos que aparecen en los tres estilos. Entonces, existirían motivos preferentemente de San Miguel, otros asociados a Pocoma y los motivos Gentilar, que son más exclusivos aún. Tenemos también piezas que por su recubrimiento son

clasificadas de una forma, pero presentan los motivos característicos de otro estilo. Para esta clasificación de fragmentos cerámicos hemos preferido darle mayor peso al motivo iconográfico y su disposición, en vez de diferenciar los estilos a través del color y el recubrimiento.

En resumen, el estilo San Miguel (San Miguel B, según Uribe 1999) ha sido caracterizado por una disposición simétrica de cuatro o dos paneles (Hidalgo et al. 1982) definidos por un par de “escaleras triangulares” de lados curvos,²⁶ pintados alternativamente en rojo y negro, mostrando una oposición cromática (Figura 6.1). Luego, desde las puntas de los triángulos o separados de él se disponen motivos de espirales al interior del espacio entre las escaleras opuestas.

El estilo Pocoma, a diferencia de San Miguel, posee una disposición asimétrica de sus dos paneles, siendo diferentes el uno del otro (Hidalgo et al. 1982). Generalmente en uno, posee las “escaleras triangulares” modificadas hasta perder casi los triángulos, dejando una banda en forma de media luna (“hexágonos”, según Uribe et al. 1996) que encierra similares espirales o círculos concéntricos (Figura 6.2). De esta forma, los hexágonos se convierten en grandes espacios rojos con “ventanas” donde aparecen diferentes motivos. Además, se agrega en el panel opuesto a los “hexágonos”, las denominadas “pecheras”, conformadas por una banda quebrada de triángulos que atraviesa horizontalmente la pieza. Gentilar, por otro lado, ofrece una enorme cantidad de nuevas disposiciones e íconos que todavía no están muy bien sistematizados (Figura 6.3). Finalmente, cuando no hemos podido distinguir los motivos iconográficos y la disposición de ellos se ha usado una cuarta categoría: Arica indeterminado.

Aparte de los motivos iconográficos, cromáticos y la forma de las piezas cerámicas otro rasgo común entre Pocoma y San Miguel es una especie de recubrimiento o pátina de color gris que se dispone uniformemente en su cara interna, especialmente en las vasijas de formas grandes y restrictas. Este fenómeno ocurre en casi un 15% de las piezas Pocoma y San Miguel analizadas y no tenemos claro si es un efecto del uso de estos jarros o una aplicación consciente.

GRUPO CHARCOLLO: El estilo **Charcollo** fue identificado desde temprano por Dauelsberg a partir de fragmentos provenientes del sitio-tipo de la precordillera próximo a Tignamar (Az-45) y definido como una cerámica tosca, cuya “ornamentación que es muy escasa se limita a líneas y puntos rojos” (Dauelsberg 1995a: 48). Entonces, Charcollo fue colocado en las primeras secuencias dentro de los estilos del Período Intermedio Tardío (Dauelsberg 1995a, 1972-73).

²⁶ A diferencia de similares motivos con un trazado más rectos de las piezas San Miguel A y Chiribaya.

Posteriormente, fue incluido en los estilos que representaban el "Horizonte Tiahuanaco" (Dauelsberg 1969), asociándolo a piezas provenientes de contextos funerarios del Período Medio de las tierras bajas de Arica.

De este modo, Charcollo desapareció de las posteriores secuencias, quedando como un fenómeno costero marginal entre los estilos Cabuza y Tiwanaku, y relegando su presencia en la precordillera. Incluso, en el trabajo del mismo Dauelsberg sobre los poblados del área de Belén no se describe cerámica estilo Charcollo, mas bien se hace referencia a una cerámica que consiste en un tipo no decorado "brochado grueso". Afirma que "un 44% (...) está representada por una cerámica no claramente ubicada en el tiempo y la colocamos tentativamente en un período o fase anterior al desarrollo local y posiblemente esté asociada a la cerámica tiwanakota" (Dauelsberg 1983: 77).

Recientemente el equipo que trabajó la Colección Blanco Encalada (Uribe 1995 y 1999) ha descrito la decoración del estilo Charcollo como líneas y manchas rojas que suelen conformar diseños fitomorfos o al menos figurativos, asociándolo a contextos del Período Medio (Figura 6.4, A). Las formas inferidas de estas piezas son variadas. Por otro lado, las primeras descripciones de materiales de Pica (Núñez 1965; Zlatar 1984) habían considerado la presencia de cerámica Charcollo en dicho oasis, pero nuevos trabajos han aclarado que las piezas de Azapa y Pica tienen muy poco en común, diferenciando finalmente entre **Azapa-Charcollo** y **Pica-Charcollo** (Ayala y Uribe 1996).

En definitiva, tanto los rasgos decorativos, como tecnológicos, relativos al tratamiento de superficie, pasta y formas de nuestros ejemplos en las tierras interiores de los valles de Arica indican que se trata de un estilo con muy poca relación a los estilos homónimos definidos para Azapa y Pica. Los ejemplos de la precordillera de Arica se caracterizan por una decoración que prácticamente nunca forma diseños reconocibles, limitándose a manchas tipo asperjado (Figura 6.4, B), manchas gruesas de un color rojo diluido (Figura 6.4, C) y brochazos lineales gruesos, (Figura 6.4, D-E). El tratamiento de superficie asociado a esta decoración es un alisado con frecuentes cepillados, y las formas suelen ser cántaros y ollas.

Una segunda categoría asociada tecnológica y contextualmente a este grupo decorativo, la hemos denominado **Recubierto Rojo Burdo** (Figura 6.4, F-G). Como su nombre lo indica este grupo reúne una serie de fragmentos recubiertos con un color rojo grueso, al parecer mediante

brochazos descuidados que cubren, tanto las caras internas como externas de fragmentos correspondientes a piezas abiertas y cerradas. Estas vasijas con recubierto rojo han sido descritas para la fase Sitajara de la sierra de Tacna (Gordillo 1996). Además, tendría cierta semejanza al estilo Estuquiña, de la cuenca alta del Osmore, caracterizado por profundas escudillas con rotuberancias en el borde y un recubrimiento rojo descuidado (Stanish 1991, 1992).

GRUPO NEGRO SOBRE ROJO: Este grupo de diseños reúne una gran cantidad de estilos definidos desde el sur peruano hasta el noroeste de Argentina, incluyendo la zona altiplánica de Bolivia, donde radicarían sus centros de producción (Figura 6.5). En Arica tradicionalmente se ha denominado estilo **Chilpe** a las escudillas con diseños en el interior que tienen “forma de espirales, líneas con triángulos, líneas serpenteadas, cruces y semicírculos en el borde” (Dauelsberg 1995a: 48; ver también Schiappacasse et al. 1989: 200).

Durante nuestro análisis hemos observado algunas diferencias dentro de lo que generalmente ha sido denominado Chilpe. Proponemos denominar Chilpe al estilo que involucra motivos o diseños dispuestos en forma paralela al borde de piezas fundamentalmente abiertas, cuya superficie puede tener un baño de color o no. Estos dibujos suelen ser asteriscos, espirales cortos, círculos, cruces y primordialmente líneas onduladas continuas (Figura 6.5, A-D). Por su parte, todos los demás diseños que demuestran una disposición perpendicular al borde, como líneas rectas o diagonales, líneas onduladas, hileras de triángulos o cruces, proponemos rotularlos provisoriamente como estilo **Negro sobre Rojo Transversal**. Dentro de esta categoría se distingue un diseño muy recurrente que denominamos estilo **Vilavila** (Romero 2002), que consiste en dos líneas (una recta y otra ondulada, constituyendo una especie de “B” continua) que en forma espaciada cruzan internamente vasijas abiertas (Figura 6.5, E-G). Recientemente Pärssinen y Siiriäinen (1997: 265) registran diseños similares en fragmentos de un conjunto adscrito al señorío Pacajes.

GRUPO DISEÑOS TARDÍOS: En esta categoría incluimos lo que se ha denominado **Saxamar** o **Inca-Pacajes** (Munizaga 1957; Ryden 1947: 196), un estilo caracterizado por finas llamitas o camélidos que se disponen internamente sobre un baño de color rojizo (Figura 6.6, A-E). Se incluye también un Saxamar B, algunas piezas con otro tipo de diseños finamente elaborados, como círculos o puntos, que se disponen de manera similar a las llamitas del Saxamar original (Figura 6.6, F) (Romero 2002: 200).

Siguiendo la clasificación original de Munizaga (1957: 46-47) tenemos un grupo de piezas denominadas **Inca Policromo** (Figura 6.7, I-L), con diseños rectilíneos de color negro, rojo y blanco, sobre un recubrimiento rojo, que corresponderían a piezas importadas desde el altiplano Circum-Titicaca. Un tercer estilo, de menor elaboración iconográfica, lo denominamos **Inca Negro sobre Rojo**. Posee motivos rectilíneos en color negro sobre un recubrimiento rojo (Figura 6.7, D-H). Además, se incluyen fragmentos de bordes con recubrimiento rojo que en el labio presentan líneas negras. Un último estilo ha sido denominado **Inca Recubierto Rojo**, y corresponde a piezas finamente pulidas y recubiertas cuidadosamente con un engobe de un característico color rojo (10R 4/8) (Figura 6.7, A-C). Corresponden generalmente a fragmentos de escudillas o grandes aríbalos.

OTROS RECUBIERTOS: Compuesto principalmente por diversos fragmentos que presentan recubrimientos de color negro, café o blanco, sin rastros de motivos. Debido a una semejanza entre las pastas sostenemos de manera hipotética que una buena parte de este grupo correspondería a piezas asociables a la Cultura Arica.

INDETERMINADOS: Un conjunto menor está compuesto por diseños que no hemos podido adscribir a algún grupo decorativo. Aunque por su peculiaridad podemos asumir como importados, sus frecuencias son mínimas como para poder

6.1.3. FORMAS INFERIDAS

La construcción de las formas cerámicas obedece a una amplia cantidad de factores, en donde los aspectos tecnológicos y estilísticos se entremezclan. Aunque en el estudio de las pastas y las decoraciones pintadas tales aspectos también se combinan, esto se torna más complejo en las formas. La realización de una determinada forma es producto de muchas decisiones algunas veces contradictorias entre sí; en ciertas ocasiones son soluciones tecnológicas tradicionales; y en otras, innovaciones personales de tipo estilístico o accidental. En cierto modo, la construcción de la forma es el verdadero proceso alfarero, no como la preparación de la pasta que se soluciona antes de la labor del moldeado, y la decoración pintada que se realiza casi al final del proceso.

Analizar este tipo de conjunción de factores y esferas de la cultura es un desafío común en la antropología, pero el problema se agudiza cuando pretendemos solucionarlo sin contar con más evidencia que una superficie de unos pocos centímetro cuadrados. La solución propuesta en esta

investigación para este dilema sigue siendo una experiencia exploratoria, en donde separamos analíticamente dos atributos íntimamente interrelacionados. Por un lado, analizamos y cuantificamos el **tamaño de las piezas**. Por otro lado, se analizó la **forma general** inferida a través de los bordes, clasificándolas en formas abiertas y cerradas (Sheppard 1956), y una más específica. De este modo, la **tipología de bordes** fue pensada como una herramienta más fiel con el dato mismo, pero perdiendo, al mismo tiempo, la precisión interpretativa.

Al centrarnos en los fragmentos de bordes, todos estos atributos han sido contabilizados a partir de inferencias acerca del diámetro total de la pieza mediante una plantilla de círculos concéntricos. Un segundo paso fue aplicar el índice Número Mínimo de Piezas (NMP) propuesto por Egloff (1973), es decir, una proporción entre el borde del fragmento y la medida total del diámetro correspondiente de la plantilla. Luego, esta medida es sumada para medir las proporciones de las distintas categorías en cada atributo. Esta técnica permite comparar piezas de diferentes dimensiones, disminuyendo la distorsión del peso y del número de fragmentos.

Al iniciar nuestros trabajos en el laboratorio disponíamos de una elaborada clasificación de formas cerámicas desarrollada por Santos y Santoro (Santoro et al. 2001b). Consistía en una clasificación derivada de una larga experiencia de análisis de piezas completas provenientes de contextos funerarios. Tal tipología consideraba ocho grandes categorías: olla, jarro, escudilla, plato, cántaro, mate, jarro aríbalo y vaso, cada una de ellas, con una serie de variantes, y cada uno con una función y contexto de uso. Tal clasificación fue utilizada para el estudio de yacimientos habitacionales de Lluta, y se estableció que tales categorías eran culturalmente relevantes (Santoro et al. 2001b). La premisa que guió tal ordenamiento supuso que todo fragmento de borde podía ser clasificado en alguna de estas categorías. Pero hasta entonces habíamos descuidado el hecho que no todos los bordes cerámicos ofrecen la misma cantidad de información, y que en definitiva no todos pueden ser asimilados a una forma específica.

Pensando que un análisis de este tipo, aunque en determinados contextos era exitoso, mantenía latente un cierto sesgo: Si señalamos que cada borde pertenece a una de las ocho categorías de formas originales estaríamos asumiendo ciertas categorías generales de funciones (Tabla 6.3). Lo que resulta inadecuado sin antes cuantificar mejor las características de los bordes disponibles (es decir, diámetro, ángulo del borde, tipo de tangente, ancho máximo, etc.). Esto es más grave si nuestro objetivo final es identificar tipos de interacción a través de las inferencias de función social de los espacios excavados o recolectados.

Tabla 6.3: Principales funciones y contextos de uso de formas cerámicas (Modificado de Santoro et al. 2001b).

FORMA CERÁMICA	FUNCIÓN PRINCIPAL	CONTEXTO DE USO
- Olla	- Preparación de alimentos	- Doméstico
- Puco - Escudilla	- Consumo de alimentos	- Doméstico y ritual
- Cántaro	- Almacenamiento y transporte de sólidos - Contención, almacenamiento y transporte de líquidos	- Doméstico y ritual
- Aríbalo	- Contención, almacenamiento y transporte de líquidos	- Doméstico y ritual
- Jarro	- Contención de líquidos	- Doméstico y ritual
- Mate	- Contención y almacenamiento de líquidos	- Ritual

Se decidió revisar completamente la tipología, elaborándola esta vez desde los fragmentos y no desde las piezas completas. A través del traspaso gráfico de cada fragmento de borde se estableció un sistema de clasificación que no forzaba la inclusión en alguna de las categorías de piezas completas. En cambio, permitía la descripción de cada fragmento de borde de acuerdo a su grado diferencial de información. Se definieron dos categorías principales: Formas abiertas y cerradas, levemente diferentes a la clasificación tradicional de Shepard (1956) compuesta por perfiles restringidos e irrestringidos. Principalmente porque las formas identificadas como “pucos” o escudillas, con una función doméstica y social particular, incluían piezas con perfiles restringidos e irrestringidos.

De este modo se obtuvieron diez tipos de bordes, seis de formas abiertas y cuatro de formas cerradas, como se observa en la Figura 6.8.

B1. IRRESTRINGIDO SIMPLE: Bordes de vasijas de perfil irrestringido con una curva principalmente cóncava. Según el ángulo del borde, pueden corresponder tanto a escudillas o platos.

B2. IRRESTRINGIDO SIMPLE RECTO: Bordes de piezas de perfil irrestringido recto. Corresponden principalmente a platos.

B3. IRRESTRINGIDO INFLECTADO: Bordes de vasijas de perfil irrestringido que antes del borde, se evierten aún más, formando una inflexión.²⁷ Corresponden casi exclusivamente a una forma especial de escudillas.

B4. IRRESTRINGIDO COMPLEJO: Fragmentos de vasijas de perfil irrestringido con un punto de ángulo que divide la pieza en cuello y cuerpo. Corresponden tanto a escudillas como a platos.

²⁷ La inflexión es aquel punto donde una curva cóncava cambia a convexa o viceversa.

B5. RESTRICTO INDEPENDIENTE SIMPLE: Conjunto de bordes de piezas restringidas simples que se invierten por medio de la continuación de la curva cóncava de su cuerpo. El punto de tangente vertical corresponde al diámetro máximo de la pieza. Se trata de una forma especial de escudilla, por lo tanto, en términos generales se considera una forma irrestricta.

B6. RESTRICTO DEPENDIENTE COMPLEJO: Al igual que el tipo 5, se trata de bordes de piezas irrestrictas que se invierten. El ángulo que se dibuja en el perfil a través del cambio de dirección es muy claro. Esta forma no está presente en los fragmentos analizados y parece corresponder a piezas del Período Medio.

B7. RESTRICTO INDEPENDIENTE INCOMPLETO: Son los bordes más frecuentes de la muestra y corresponden a piezas restringidas dependientes de forma hiperboloide, pero cuyo primer punto de tangente vertical no se llega a observar por lo pequeño del fragmento. La curva de este contorno es convexa, que lo diferencia del perfil irrestricto simple cóncavo. Estos perfiles son evidencia de piezas con formas de ollas, cántaros y jarros.

B8. RESTRICTO INDEPENDIENTE INFLECTADO: Estos bordes se reconocen por poseer un ángulo del borde mayor a 90° , y el punto de inflexión puede o no estar evidenciado. Corresponde a mates y un tipo especial de olla.

B9. RESTRICTO INDEPENDIENTE CON TANGENTE VERTICAL: Corresponden a bordes de piezas restringidas de forma hiperboloide que por lo largo del fragmento (medida vertical) alcanzan a evidenciar el primer punto de tangente vertical²⁸, en el diámetro mínimo de la pieza.

B10. RESTRICTO INDEPENDIENTE CON DOS TANGENTES VERTICALES: En fragmentos más completos aún es posible medir un segundo punto de tangente vertical, que corresponde al diámetro máximo de la pieza. Si esta tangente se acerca a la tangente vertical del borde de la pieza llamaremos a tal forma “olla puco”, debido a que geoméricamente son ollas (piezas restringidas independientes).

²⁸ Nuestro punto de tangente vertical, que tomo de Shepard (1954:226), es el mismo que Niemeyer y Schiappacasse (1981:24) denominan punto de inflexión.

6.2. Cerámica Excavada de Rosario

La colección cerámica analizada proviene de excavaciones estratigráficas efectuadas durante el año 1996 en Rosario-1 (Lluta-35) y Rosario-2 (Lluta-36) en el valle de Lluta. Como ya anticipamos, estos asentamientos poseen diferencias en las características de sus depósitos, en sus rasgos arquitectónicos y en su posición cronológica. El análisis estratigráfico y contextual nos permite postular una cronología relativa con dos períodos sucesivos. Estos niveles han sido delimitados principalmente a partir de grupos y estilos decorativos diagnósticos. El primer nivel se define por cerámicas de los grupos decorativos Cultura Arica y Negro sobre Rojo, y correspondería tentativamente a la última fase del Intermedio Tardío. El segundo nivel estratigráfico incluye similares grupos decorativos, acompañados además por cerámicas del grupo Tardío, por tanto, ha sido adscrito al Período Tardío o Inka.

De este modo, según los yacimientos y sus niveles estratigráficos se obtuvieron tres muestras de fragmentos de cerámica (Tabla 6.4). Los 3.199 fragmentos de Rosario-1 se adscriben al Intermedio Tardío, a esta muestra la denominamos Ros1-PIT. El material cerámico tentativamente contemporáneo recuperado de los niveles inferiores de Rosario-2, suma 1.488 fragmentos y lo identificamos como Ros2-PIT. Finalmente, el conjunto mayor, de 4.690 fragmentos, proviene de los niveles más recientes de Rosario-2 y se identifica como Ros2-PT.

Tabla 6.4: Conformación de las muestras cerámicas de Rosario.

MUESTRA	UNIDAD	N	(%)	gr	(%)
ROS1-PIT	R7	60	(1,9)	529	(1,4)
	R12	2.609	(81,6)	32.162	(83,0)
	R17	282	(8,8)	3.539	(9,1)
	R25	248	(7,8)	2.531	(6,5)
	SUBTOTAL	3.199	(100,0)	38.760	(100,0)
ROS2-PIT	R58	1.355	(91,1)	17.497	(86,7)
	R59	133	(8,9)	2.695	(13,3)
	SUBTOTAL	1.488	(100,0)	20.172	(100,0)
ROS2-PT	R58	3.331	(71,0)	41.205	(70,0)
	R59	1.359	(29,0)	17.675	(30,0)
	SUBTOTAL	4.690	(100,0)	58.880	(100,0)
T O T A L		9.370		117.812	

Un análisis previo a estos mismos materiales ha indicado que el conjunto identificado como Ros2-PIT presenta ciertos problemas para ser homologado a los contextos sociales evidenciados por las otras muestras (Romero 2002: 206). El hecho de que la muestra del Intermedio Tardío de Rosario-2 corresponda principalmente a basuras en pozos de almacenaje colapsados parece ser

extremadamente relevante para nuestras preguntas de investigación y sensible a las pruebas llevadas a cabo. Por tanto, hemos eliminado completamente la muestra Ros2-PIT de los análisis y resultados que a continuación se exponen.²⁹

6.2.1. ESTÁNDARES DE PASTA EN ROSARIO

En primer lugar, se comparan las proporciones de cada tipo de pasta en nuestro universo de estudio en Rosario, expresadas en número de fragmentos (N) y su peso en gr (Tabla 6.5). En la mayoría de las pastas no observamos discrepancias importantes, sin embargo, en los Estándares 220 y 300 advertimos ciertas diferencias.

Tabla 6.5: Estándares de pasta en Rosario

ESTÁNDAR	gr	(%)	N	(%)
E-100	294	(0,3)	19	(0,2)
E-210	1.518	(1,6)	145	(1,8)
E-220	4.643	(4,8)	503	(6,4)
E-300	6.287	(6,4)	301	(3,8)
E-400	55.307	(56,6)	4.159	(52,7)
E-500	25.575	(26,2)	2.380	(30,2)
E-600	3.929	(4,0)	371	(4,7)
E-800	86	(0,1)	11	(0,1)
T O T A L	97.640	(100,0)	7.889	(100,0)

El Estándar 300, cuyos fragmentos son de mayor grosor y por tanto más pesados, están mejor representados utilizando la medida de peso (6,4%), y menos con el número de fragmentos (3,8%). El Estándar 220, al contrario tiene una mayor proporción considerando el número de fragmentos (6,4%), que su masa respectiva (4,8%); esto se explica porque generalmente son fragmentos de piezas pequeñas y delgadas. Tanto en las proporciones de peso y fragmentos los Estándares 400 y 500 tienen la amplia mayoría. El Estándar 400 está mejor representado de acuerdo al peso, en cambio, el Estándar 500 parece tener un mayor índice de fracturación. Los otros seis grupos de pasta no alcanzan en conjunto el 18% de la muestra.

Al comparar las categorías de pasta de los dos asentamientos de Rosario, observamos algunas diferencias relevantes. En primer lugar, las pastas menos representadas, como los Estándares 100 y 800, no revelan variaciones significativas, siendo escasa en las dos muestras (Tabla 6.6).

²⁹ Sin embargo, se pueden ver similares análisis considerando la muestra de Ros2-PIT en Romero (2002).

Tabla 6.6: Estándares de pasta en las muestras de Rosario.

ESTANDAR	ROS1-PIT			ROS2-PT		
	gr	(%)	N	gr	(%)	N
E-100	114	(0,3)	9	180	(0,3)	10
E-210	330	(0,9)	27	1.188	(2,0)	118
E-220	1.639	(4,2)	200	3.004	(5,1)	303
E-300	2.860	(7,4)	130	3.427	(5,8)	171
E-400	23.371	(60,3)	1.756	31.936	(54,2)	2.403
E-500	9.286	(24,0)	952	16.290	(27,7)	1.428
E-600	1.155	(3,0)	124	2.774	(4,7)	247
E-800	6	(0,0)	1	80	(0,1)	10
TOTAL	38.760	(100,0)	3.199	58.880	(100,0)	4.690

Entre los cambios más importantes están los registrados en los conjuntos de pasta más abundantes. Por un lado, el Estándar 400 baja de 60% en el Intermedio Tardío a un 54% en el Período Tardío (Tabla 9). Esta diferencia tiene un 99% de confianza estadística, de acuerdo a la prueba gráfica del error estándar, representada en la Figura 6.9. Al contrario, el Estándar 500, otra tradición alfarera local, aumenta significativamente de un 24% a casi un 28%, dato que también tiene un 99% de confianza estadística.

Otros cambios significativos son los que ocurren con el Estándar 210 y el 600, ambos con tecnología muy elaborada, aumentando su proporción desde el Intermedio Tardío al Período Tardío (de 0,9% a 2% y de 3% a 4,7%, respectivamente, ver Tabla 6.6). La aplicación gráfica del error estándar, de la Figura 6.10, señala que estas diferencias tienen sobre un 99% de confianza estadística.

Finalmente, los cambios registrados por los conjuntos tecnológicos 300 y 220 tendrían menor relevancia estadística, y podrían deberse a errores de muestreo. El Estándar 300, una tecnología que utiliza materiales y formas gruesas, muestra una disminución en el Tardío, con un 90% de confianza (Figura 6.10), algo menos significativo que lo observado para el Estándar 400, al cual asociamos culturalmente.

El Estándar 220, una pasta relativamente fina e importada, muestra una tendencia a aumentar en el Tardío, aunque sólo con un 80% de confianza (Figura 6.10). A pesar de eso, podemos señalar que esta tendencia forma parte del mismo proceso que provoca el aumento significativo de piezas con Estándar 210 en el Tardío.

6.2.2. DECORACIÓN EN ROSARIO

Los fragmentos decorados en los contextos domésticos excavados no alcanzan un 10% (Tabla 6.7). El grupo decorativo más representativo en Rosario es el conformado por los estilos de la Cultura Arica (N =364), con una proporción de 4,7% del total del peso de los fragmentos tanto en Rosario-1, como en Rosario-2. La mayor tasa de fractura de los fragmentos con decoración Arica durante el Período Intermedio Tardío (5%) que en el Tardío (4,3%) podría ser explicado por la mayor antigüedad los depósitos de Rosario-1 y la mayor exposición al pisoteo y otros fenómenos físicos.

Tabla 6.7: Grupos decorativos en Rosario según peso y fragmentos.

GRUPO DECORATIVO	ROS1-PIT			ROS2-PT		
	gr	(%)	N	gr	(%)	N
CULTURA ARICA	1.826	(4,7)	160	2.749	(4,7)	204
T. CHARCOLLO	-	-	-	20	(0,0)	1
T. NEGRO SOBRE ROJO	446	(1,1)	42	449	(0,8)	40
TARDÍO	26	(0,1)	5	1.119	(1,9)	88
OTROS RECUBIERTOS	453	(1,2)	47	885	(1,5)	63
INDETERMINADOS	118	(0,3)	9	540	(0,9)	11
SIN DECORACIÓN	35.891	(92,6)	2.936	53.118	(90,2)	4.283
T O T A L	38.760	(100,0)	3.199	58.880	(100,0)	4.690

El segundo conjunto de decorados más abundante es el Otros Recubiertos con similar proporción en ambos yacimientos (1,2% en Rosario-1 y 1,5% en Rosario-2), que podrían corresponder a piezas asignables a la Cultura Arica.

El tercer grupo más abundante es la Tradición Negro sobre Rojo (N=82), conformado por piezas probablemente importadas desde el altiplano. Aunque aparentemente las proporciones de Negro sobre Rojo es similar en ambos yacimientos, esta pequeña diferencia entre 1,1% del Intermedio Tardío y 0,8% tendría una confianza estadística de un 80%, como se advierte de la aplicación de la prueba gráfica del error estándar (Figura 6.11). Por tanto, esta disminución de piezas Negro sobre Rojo en el Tardío sería más que una mera tendencia.

En la misma representación gráfica se observa un claro aumento de las piezas Inka y Saxamar en los depósitos de Rosario-2 (Figura 6.11). Aunque era esperable, dado que nuestra división estratigráfica se basaba en la presencia de tales elementos diagnósticos, éste fenómeno puede ser reforzado de manera independiente en el hecho de que las piezas del grupo Tardío superan incluso la proporción de los ejemplares decorados Negro sobre Rojo, tanto del Intermedio Tardío como del Período Tardío.

Para analizar la distribución de cada uno de los estilos que conforman los grupos decorativos no aplicamos la prueba del error estándar debido a que la gran cantidad de categorías identificadas hacen disminuir demasiado los valores de las proporciones. En este caso, solamente comparando las proporciones obtenemos tendencias interesantes (Tabla 6.8). Entre los estilos de la Cultura Arica, es notoria la tendencia que el estilo San Miguel en el Intermedio Tardío es más abundante (1,9%), en tanto que en el período siguiente, el estilo Pocomo suma una mayor importancia (2%). Sin embargo, el estilo Gentilar tiende a disminuir en el Tardío (Tabla 6.8).

Tabla 6.8: Estilos y categorías decorativas en Rosario.

ESTILO	ROS1-PIT			ROS2-PT		
	gr	(%)	N	gr	(%)	N
SAN MIGUEL	732	(1,9)	46	995	(1,7)	61
POCOMA	663	(1,7)	51	1.153	(2,0)	88
GENTILAR	269	(0,7)	41	261	(0,4)	35
ARICA INDET.	161	(0,4)	22	340	(0,6)	20
CHARCOLLO	-	-	-	20	(0,0)	1
CHILPE	154	(0,4)	14	140	(0,2)	13
N/R TRANSVERSAL	159	(0,4)	17	241	(0,4)	24
VILAVILA	119	(0,3)	7	20	(0,0)	1
N/R INDET.	14	(0,0)	4	49	(0,1)	2
SAXAMAR	-	-	-	278	(0,5)	20
INCA POLICROMO	-	-	-	135	(0,2)	12
INCA N/R	-	-	-	133	(0,2)	15
INCA REC. ROJO	26	(0,1)	5	573	(1,0)	41
OTROS REC.	453	(1,2)	47	885	(1,5)	63
INDETERMINADOS	118	(0,3)	9	540	(0,9)	11
T O T A L	38.760	(100,0)	3.199	58.880	(100,0)	4.690

Podemos entender la disminución general de la Tradición Negro sobre Rojo obedeciendo a estilos y categorías específicas. En tal caso, los estilos Chilpe y Vilavila, disminuyen su abundancia, de 0,4% y 0,3% en Rosario-1 a 0,2% y 0,02% en Rosario-2; al contrario, el grupo denominado Negro sobre Rojo Transversal mantiene su proporción en torno al 0,4%. Finalmente, dentro del grupo Tardío, es notable la alta importancia de los estilos Saxamar e Inca Recubierto Rojo.

6.2.3. FORMAS EN ROSARIO

Nuestro acercamiento a los fragmentos de bordes de Rosario se inicia analizando la distribución de los diámetros inferidos de las piezas. El conjunto de formas abiertas en Rosario tiene un promedio de 152 cm (Tabla 6.9); del mismo modo, tanto en el conjunto de piezas abiertas de Rosario-1 (N =42) como Rosario-2 (N =99), se mantiene dicho promedio. La única diferencia que podemos observar es que existe un mayor rango de diámetros en Rosario-2 y por tanto la curva de normalidad tiene un mayor índice de asimetría o curtosis.

Tabla 6.9: Estadística descriptiva del diámetro según forma y sitio en Rosario.

FORMA	SITIO	N	MEDIA	DES. EST.	CURTOSIS	MÍN	MÁX	RANGO
ABIERTA	ROS1-PIT	42	152,143	44,092	2,461	0	250	250
	ROS2-PT	99	152,323	45,621	3,253	0	300	300
SUBTOTAL		141	152,270	45,014	2,975	0	300	300
CERRADO	ROS1-PIT	113	175,310	65,124	1,882	0	400	400
	ROS2-PT	228	179,298	66,372	0,628	0	400	400
SUBTOTAL		341	177,977	65,892	0,998	0	400	400

Por otro lado, el conjunto de piezas de forma cerrada, tiene un mayor diámetro, alcanzando casi 178 cm. Aunque, separando los conjuntos por sitio se observan similares diámetros entre Rosario-1 (175 cm) y Rosario-2 (179 cm).

En la Tabla 6.10 se analizan los distintos tipos de borde en los dos sitios de Rosario y su proporción de acuerdo al índice Número Mínimo de Piezas (NMP). Entre los bordes de las formas abiertas destacan dos cambios; el aumento relativo del Borde 1, de un 14% en el Intermedio tardío a un 17% en el Tardío; por otro lado, la disminución del Borde 3, desde 8% a 3%. Aunque estos cambios son débiles proporcionalmente y no tendrían significación estadística muestran tendencias estilísticas que pueden correlacionarse a otras evidencias.

Tabla 6.10: Tipos de borde en Rosario, según fragmentos e índice del número mínimo de piezas (NMP).

SITIO		B1	B2	B3	B4	B5	B7	B8	B9	B10	INDET.	TOTAL
ROS1-PIT	N	24	1	12	-	5	81	7	18	7	2	155
	NMP	0,44	0,03	0,25	-	0,10	1,47	0,13	0,55	0,13	0,05	3,10
	(%)	(14,1)	(0,9)	(8,1)	-	(3,1)	(47,5)	(4,2)	(17,8)	(4,3)	(1,6)	(100,0)
ROS2-PT	N	64	6	15	1	11	151	17	43	14	2	324
	NMP	1,30	0,10	0,25	0,02	0,22	2,91	0,26	1,10	1,36	0,03	7,56
	(%)	(17,2)	(1,4)	(3,3)	(0,3)	(2,9)	(38,5)	(3,5)	(14,6)	(18,0)	(0,4)	(100,0)

Entre los bordes que corresponden a formas cerradas se notan cambios notorios. El Borde 7 y el Borde 9, descienden drásticamente su proporción, desde un 47,5% y 17,8% en el Intermedio Tardío, hasta 38,5% y 14,6%, respectivamente. Al mismo tiempo, el Borde 10, con un 4% en el Intermedio Tardío, alcanza 18% en el Tardío. Sin embargo, todas estas categorías analíticas de las formas cerradas no tienen implicancias estilísticas.

6.2.4. COMENTARIOS SOBRE ROSARIO

El análisis de distribución de los conjuntos de pasta cerámica indica que el principal conjunto tecnológico local (Estándar 400) disminuye significativamente su importancia desde el Período Intermedio Tardío al Tardío. Algo similar sucede con el Estándar 300 también asociado a esa

tecnología local. Todo esto acontece mientras otras prácticas alfareras de áreas próximas, aumentan su proporción, como es el caso del Estándar 500, una tecnología que nosotros vinculamos a la precordillera. En el mismo sentido, las piezas importadas, de tecnología altiplánica, aumentan significativamente en el Período Tardío, tales como el Estándar 210 y 600, y en menor medida el Estándar 220. El grado de elaboración de estas piezas, especialmente las fabricadas con el Estándar 210, no sólo requiere de una gran habilidad artesanal sino sobre todo de aspectos tecnológicos no registrados para las sociedades locales (Santos 1989).

Podemos suponer que las prácticas alfareras locales disminuyeron su importancia en el Período Tardío en favor de otras actividades como la hilandería o agricultura intensiva (Santoro 1995) y también gracias al aumento de las piezas importadas en el conjunto cerámico doméstico de Lluta. Estas evidencias dan cuenta de un doble proceso de cambio cultural en el valle de Lluta hacia el Tardío; por un lado, un proceso más paulatino de incorporación de nuevas tecnologías alfareras, y por otro, un repentino incremento de vasijas importadas dentro de un amplio esquema de interacción que involucra una cantidad de objetos exóticos o de prestigio (Santoro 1995).

La distribución de los grupos y estilos decorativos son otro conjunto de evidencia que apunta a cambios en los objetos importados que llegaron a Rosario. En términos generales, el conjunto estilístico de la Cultura Arica no es afectado, salvo una leve tendencia, sin significación estadística, a la disminución del estilo Gentilar. Más bien, observamos cambios significativos en las piezas importadas durante el Tardío, disminuyendo ciertos estilos específicos de la Tradición Negro sobre Rojo, como el Vilavila y el Chilpe, mientras que las piezas con decoración Saxamar e Inca se incrementan rápidamente. La extrema finura de estas piezas y la lejanía de su lugar de producción, nos sugieren que fueron rápidamente considerados objetos de prestigio dentro un conjunto de redes de intercambio y reciprocidad manejadas por el Estado. También es importante destacar la nula presencia de los estilos descritos para la precordillera de Arica, como Charcollo o Recubierto Rojo Burdo.

La evidencia relativa a los fragmentos de bordes indica que no hubo cambios, en términos de tamaño de las vasijas, entre los conjuntos cerámicos de Rosario-1 y Rosario-2. En ambos yacimientos existe un rango bien determinado para las formas abiertas que bordea los 152 cm y 177 cm para las formas cerradas. Finalmente, el análisis de las categorías de bordes demuestra algunas tendencias de tipo estilístico. A medida que el tipo Borde 1, escudilla cóncava simple, aumenta su proporción; el tipo Borde 3, una escudilla inflectada, desciende su proporción.

En definitiva, el análisis cerámico da cuenta de pocos cambios relativos a la tecnología local, y más bien un aumento significativo desde el Intermedio Tardío al Tardío de algunos tipos de vasijas importadas, esencialmente desde el altiplano. Además, no se ven cambios en la proporción de los estilos locales y tampoco en el tamaño de las vasijas que podamos vincular a transformaciones en la organización doméstica.

6.3. Cerámica Recolectada del Poblado de Huaihuarani

La muestra analizada por nosotros corresponde a una colecta superficial proveniente del interior de unidades espaciales previamente seleccionadas. Esta colecta fue planificada en el laboratorio mediante un método de azar simple no estratificado, ya que la sectorización del asentamiento se realizó después de la recolección. Disponiendo del plano topográfico con las unidades enumeradas se escogió aproximadamente un 20% de los recintos. Luego, con este listado de unidades se fue al terreno para ubicarlas y recolectar la mayor cantidad de fragmentos cerámicos que se encontraban al interior del recinto, más algunos poco materiales no cerámicos, como palas u otros instrumentos líticos.³⁰

De esta recolección superficial de 81 unidades, se obtuvieron más de 3.000 fragmentos de cerámica. Su distribución, luego de la definición de los sectores del asentamiento, resultó bastante desigual (Tabla 6.11), en donde el Sector E comprende un 48% de la muestra, seguido por los Sectores A (23%), B (15%) y G (11%).

Tabla 6.11: Conformación de la muestra cerámica de Huaihuarani.

SECTOR	UE	gr	(%)	N	(%)
SECTOR A	20	5.076	(17,8)	762	(23,5)
SECTOR B	11	3.036	(10,7)	486	(15,0)
SECTOR C	6	220	(0,8)	24	(0,7)
SECTOR D	1	171	(0,6)	33	(1,0)
SECTOR E	32	14.376	(50,5)	1.555	(48,0)
SECTOR G	11	5.602	(19,7)	377	(11,6)
T O T A L	81	28.480	(100)	3.237	(100)

En términos generales, esta distribución de fragmentos por sector es coherente con las proporciones de unidades espaciales (ver análisis del Capítulo 5). Un problema de la recolección superficial efectuada es la falta de una muestra para el Sector F. Pese a esto, la muestra permite

³⁰ Ambas labores, la de planificación y ejecución de la recolección fueron efectuadas junto a Mariela Santos.

comparar la distribución de variables cerámicas entre los principales sectores habitacionales identificados en el análisis arquitectónico (Sectores A y E).

Quizás el mayor problema sea el no disponer de una muestra sistemática de material proveniente del área exterior de los recintos, más bien se tomo una pequeña muestra de referencia del material decorado de manera aleatoria e impresionista. Esto implica que tenemos una muestra apropiada para discutir acerca de una serie de procesos, esencialmente domésticos, llevados a cabo al interior de las unidades; pero no tendremos herramientas para interpretar sobre varios otros aspectos de la interacción social y vida política comunal en Huaihuarani.

6.3.1. ESTÁNDARES DE PASTA EN HUAIHUARANI

Al comparar las medidas de número de fragmentos con el peso en cada una de las categorías de pasta (Tabla 6.12), observamos varias discrepancias entre estos dos tipos de cuantificación.

Tabla 6.12: Estándares de pasta en Huaihuarani.

ESTÁNDAR	gr	(%)	N	(%)
E-100	103	(0,4)	9	(0,3)
E-210	202	(0,7)	60	(1,9)
E-220	822	(2,9)	186	(5,7)
E-300	2.096	(7,4)	122	(3,8)
E-400	12.187	(42,8)	1.495	(46,2)
E-500	12.999	(45,6)	1.355	(41,9)
E-700	71	(0,2)	10	(0,3)
T O T A L	28.480	(100)	3.237	(100)

Por número de fragmentos el grupo más frecuente es el Estándar 400 (46%), sin embargo, al contabilizar el peso, las piezas más abundantes son del Estándar 500 (45%). Esto sólo nos indica que el conjunto con mayor tasa de fractura es el Estándar 400, y que la tecnología que involucra mayor cantidad de arcilla es el Estándar 500.

Además, el Estándar 300, cuyos fragmentos son de mayor grosor y por tanto más pesados, están mejor representados utilizando la medida de peso (7,4%) siendo el tercer conjunto más abundante. El Estándar 220, al contrario, con fragmentos generalmente delgados y correspondientes a piezas pequeñas, tiene una mayor proporción considerando el número de fragmentos (5,7%), y son el tercer conjunto más frecuente.

Al analizar la distribución de los distintos estándares de pasta en los sectores de Huaihuarani representados de acuerdo a su peso, observamos que el Estándar 500 es el más abundante en

casi todos los sectores, salvo en el Sector B, donde el Estándar 400 tiene mayor presencia, y en el Sector E, donde prácticamente tiene la misma proporción (Tabla 6.3).

Tabla 6.13: Estándares de pasta en los sectores de Huaihuarani.

ESTÁNDAR		SECTOR A	SECTOR B	SECTOR C	SECTOR D	SECTOR E	SECTOR G
E-100	gr	-	-	-	-	85	18
	(%)	-	-	-	-	(0,6)	(0,3)
E-210	gr	55	63	-	-	34	50
	(%)	(1,1)	(2,1)	-	-	(0,2)	(0,9)
E-220	gr	175	175	-	5	390	77
	(%)	(3,4)	(5,8)	-	(2,9)	(2,7)	(1,4)
E-300	gr	300	113	-	10	1.121	551
	(%)	(5,9)	(3,7)	-	(5,7)	(7,8)	(9,8)
E-400	gr	1.915	1.369	75	71	6.365	2.393
	(%)	(37,7)	(45,1)	(34,0)	(41,6)	(44,3)	(42,7)
E-500	gr	2.622	1.290	145	85	6.345	2.512
	(%)	(51,6)	(42,5)	(66,0)	(49,9)	(44,1)	(44,8)
E-700	gr	10	25	-	-	36	-
	(%)	(0,2)	(0,8)	-	-	(0,2)	-
TOTAL	gr	5.076	3.036	220	171	14.376	5.602
	(%)	(100)	(100)	(100)	(100)	(100)	(100)

En el resto de los sectores el Estándar 400 es el segundo representado. El Estándar 300 es el tercer grupo más abundante en todos los sectores, a excepción del Sector B.

Por tanto, en el sector B, previamente identificado como un espacio esencialmente social o ceremonial de acuerdo a su arquitectura (ver Capítulo 5), presenta una de las distribuciones de cerámica más discrepantes. Ya señalamos que la categoría más abundante es el Estándar 400, seguido de cerca por el Estándar 500. Además, las tecnologías alfareras de mayor elaboración presentan una mayor presencia en este sector, el Estándar 220 presenta un 5% y el Estándar 210, un 2%.

Si nos centramos en los cuatro estándares más abundantes en los sectores con una muestra más grande podremos resaltar algunos comportamientos interesantes. Al aplicar la prueba del error estándar a las categorías Estándar 400 y 500, expresada en la Figura 6.12, se observa que el Sector A tiene un comportamiento distinto a los otros tres sectores, el cual es estadísticamente significativo con distintos grados de confianza. En el Sector A, el Estándar 400 es menos abundante, esto tiene menos de un 80% de confianza en relación al Sector G; un poco menos de un 95% de confianza en relación al Sector B; y sobre un 95% de confianza en relación al Sector E. De manera inversa, en el Sector A el comportamiento del Estándar 500 es más abundante en relación a los otros sectores.

Al aplicar la prueba gráfica del error estándar a los Estándares 220 y 300, Figura 6.13, observamos que el Estándar 220 es más abundante en el Sector B, y dicha diferencia es más significativa si la comparamos con la distribución en el Sector G, alcanzando más de un 95% de confianza. Del modo inverso el Estándar 300, es significativamente más abundante en el Sector G que en el Sector B, con un similar grado de confianza. Al comparar los dos sectores domésticos mayores, vemos que el Estándar 220 tiene una presencia similar en ambos sectores. Con relación al Estándar 300, en un 80% de confianza es más abundante en el Sector E, que en Sector A.

6.3.2. DECORACIÓN EN HUAIHUARANI

La cerámica con decoración pintada alcanza un 8% de la muestra, ya sea considerando la proporción de acuerdo al peso o el número de fragmentos (Tabla 6.14). El grupo decorativo más abundante es el Charcollo, que alcanza un 5% según el peso, cifra que se reduce a un 3,2% de acuerdo a la cantidad de fragmentos. Esto se debe a que las piezas Charcollo son vasijas generalmente grandes y pesadas. Al contrario, las vasijas de la Tradición Negro sobre Rojo, el segundo grupo más abundante, son piezas pequeñas, de paredes delgadas, y con una tasa de fragmentación mayor. De este modo, el peso de este conjunto altiplánico sólo alcanza 1,5%, muy detrás de las Charcollo; en tanto, su proporción de fragmentos asciende a 2,7%, muy próximo a la cifra del grupo Charcollo. Estas características de forma y tecnología, junto con la misma aplicación de pintura, hace a las piezas Charcollo un conjunto muy difícil de evaluar y comparar en relación a los otros grupos decorativos.

Tabla 6.14: Grupos decorativos en Huaihuarani.

GRUPO DECORATIVO	gr	(%)	N	(%)
CULTURA ARICA	190	(0,7)	32	(1,0)
T. CHARCOLLO	1.446	(5,1)	105	(3,2)
T. NEGRO SOBRE ROJO	440	(1,5)	87	(2,7)
TARDÍO	8	(0,0)	2	(0,1)
OTROS RECUBIERTOS	57	(0,2)	9	(0,3)
INDETERMINADOS	11	(0,0)	3	(0,1)
SIN DECORACIÓN	26.327	(92,4)	2.999	(92,6)
T O T A L	28.480	(100)	3.237	(100)

El tercer conjunto decorado de importancia en Huaihuarani es el de los estilos de la Cultura Arica, con una proporción que bordea el 1%. Finalmente, los fragmentos con decoración indeterminada y recubiertos varios, son incluso más abundantes que el grupo Tardío.

La distribución de las piezas decorados en cada uno de los sectores recolectados de Huaihuarani se presenta en la Tabla 6.15.

Tabla 6.15: Grupos decorativos en los sectores de Huaihuarani.

GRUPO DECORATIVO		SECTOR A	SECTOR B	SECTOR C	SECTOR E	SECTOR G
CULTURA ARICA	gr	12	31	9	66	73
	(%)	(0,2)	(1,0)	(3,9)	(0,5)	(1,3)
T. CHARCOLLO	gr	68	41	-	778	559
	(%)	(1,3)	(1,3)	-	(5,4)	(10,0)
T. NEGRO SOBRE ROJO	gr	93	111	-	131	105
	(%)	(1,8)	(3,6)	-	(0,9)	(1,9)
TARDÍO	gr	5	4	-	-	-
	(%)	(0,1)	(0,1)	-	-	-
OTROS RECUBIERTOS	gr	8	2	-	47	-
	(%)	(0,2)	(0,1)	-	(0,3)	-
INDET.	gr	-	6	-	5	-
	(%)	-	(0,2)	-	(0,0)	-
TOTAL	gr	5.076	3.036	220	14.376	5.602
	(%)	(100)	(100)	(100)	(100)	(100)

El Sector D no presenta ejemplares decorados. Se advierte que la distribución de piezas Charcollo es desigual dentro del poblado. Presenta una relativa abundancia en el Sector G (10%) y el Sector E (5,4%); en cambio, en los Sectores A y B, Charcollo tiene una importancia menor. En cambio, la Tradición Negro sobre Rojo presenta mayor cantidad en los Sectores B (3,6%), G (1,9%) y A (1,8%), que en el Sector E (0,9%).

Los estilos de la Cultura Arica presentan una mayor abundancia en los Sectores G (1,3%) y B (1%), y es escasa en los Sectores E y A. El resto de los grupos decorativos tales como el grupo Tardío, Otros Recubiertos e Indeterminados, tienen una representación mínima. Con respecto a la cerámica Tardía, tan sólo es representada por dos fragmentos, uno estilo Inca Negro sobre Rojo en el Sector B, y otro Inca Engobe Rojo en el Sector A. Estos números son bajos si se compara con las recolecciones previas (Dauelsberg 1983) y la arquitectura tipo *kancha* asociada.³¹ Además, en la colección depositada en el Museo Arqueológico San Miguel de Azapa, hemos encontrado un conjunto etiquetado como “Belén, Sector Pukara, Sitio Inka, Sector 9, Agosto 1978” (que debería corresponder al Sector B) compuesto por 7 fragmentos Tardíos, 2 estilo Inca Policromo y 5 estilo Saxamar. Todo esto indica que ciertos sectores de Huaihuarani, como el Sector B, han sido visitados y recolectados sucesiva y extensivamente, por lo que los datos que podemos obtener de una recolección superficial, aunque sea sistemática, están básicamente sesgados.

³¹ Comparar con las frecuencias de fragmentos registradas por Dauelsberg para el mismo sitio: T. Negro sobre Rojo =18 (6%); Cultura Arica =5 (1,7%); Tardío =5 (1,7%); Indeterminado =1 (0,3%); Sin decoración =273 (90,4%) (Dauelsberg 1983: 77-78).

En la Figura 6.14 se observa la aplicación de la prueba del error estándar a los principales grupos decorativos en los Sectores A y E, los sectores con una mayor muestra y correspondientes a una función esencialmente doméstica. En primer lugar, el grupo Charcollo tiene una presencia mayor en el Sector E, lo cual es estadísticamente significativo en un 99% de confianza. Por otro lado, la mayor presencia del estilo Negro sobre Rojo en el Sector A sólo tiene un 80% de confianza estadística. Finalmente, el grupo Cultura Arica se representa de manera similar en ambos sectores, con una proporción de acuerdo al peso que no sobrepasa el 0,5%.

6.3.3. FORMAS EN HUAIHUARANI

Un primer ejercicio que podemos hacer con la evidencia de bordes es la inspección de los diámetros de piezas abiertas y cerradas (Tabla 6.16).

Tabla 6.16: Estadística descriptiva del diámetro según forma y sector en Huaihuarani.

FORMA	SECTOR	N	MEDIA	DES. EST.	CURTOSIS	MÍN	MÁX	RANGO
ABIERTA	SECTOR A	8	135,0	22,0	1,2	110	180	70
	SECTOR B	4	120,0	81,7	1,0	0	180	180
	SECTOR E	20	147,5	66,6	0,9	0	270	270
	SECTOR G	4	135,0	23,8	-0,8	110	160	50
S U B T O T A L		36	140,3	56,7	1,7	0	270	270
CERRADA	SECTOR A	18	136,1	36,8	-1,0	80	200	120
	SECTOR B	13	125,4	50,3	1,8	0	190	190
	SECTOR E	53	158,5	69,2	2,1	0	400	400
	SECTOR G	15	181,3	85,1	1,7	70	400	330
S U B T O T A L		99	153,5	66,4	2,9	0	400	400

Observadas en conjunto, las formas abiertas de Huaihuarani tienen un promedio de 140 cm (con una desviación estándar de 56), en tanto que las forma cerradas uno promedio de 153 cm (con una desviación estándar de 66). Tanto en las formas abiertas como cerradas el índice de curtosis es superior a 1 por tanto, la curva de distribución es asimétrica y alargada hacia los diámetros grandes. El rango de dispersión de las formas cerradas de 400 cm es mucho más amplio que los 270 cm de las formas abiertas.

Al hacer una comparación de formas abiertas y cerradas entre los sectores habitacionales (Tabla 6.16) vemos que las 8 piezas abiertas del Sector A tienen un promedio inferior (135 cm) que las 20 piezas del Sector E (147 cm). Otra diferencia es que en el Sector A la dispersión es sólo de 70 cm, lo que contrasta con los 270 cm de dispersión en el Sector E. Por otro lado, también se repite un tamaño y rango menor entre las piezas cerradas en el Sector A en comparación a las del Sector E, cuyo tamaño promedio es de 158 cm.

Un segundo análisis tiene que ver con la distribución de los tipos de borde en Huaihuarani (Tabla 6.17). Congruente con el análisis anterior, los bordes más abundantes corresponden a los de formas cerradas, destacando el Borde 7 con un 31% del total del Número Mínimo de Piezas (NMP). Un poco menos representado está el Borde 9, con un 26,9%, y luego el Borde 10, con 14%. Entre las formas abiertas, la categoría más abundante es el Borde 1 (16%), más atrás están los Bordes 2, 3 y 4.

Tabla 6.17: Tipos de borde en sectores de Huaihuarani, según fragmentos e índice del número mínimo de piezas (NMP).

BORDE		SECTOR A	SECTOR B	SECTOR E	SECTOR G	TOTAL
B1	N	7	4	12	2	25
	NMP (%)	0,46 (28,9)	0,18 (15,6)	0,50 (13,1)	0,11 (9,4)	1,25 (16,2)
B2	N	-	-	4	1	5
	NMP (%)	-	-	0,14 (3,7)	0,04 (3,1)	0,18 (2,3)
B3	N	1	-	4	-	5
	NMP (%)	0,04 (2,2)	-	0,18 (4,7)	-	0,21 (2,8)
B4	N	-	-	-	1	1
	NMP (%)	-	-	-	0,11 (9,4)	0,11 (1,4)
B7	N	9	5	27	6	47
	NMP (%)	0,46 (28,9)	0,29 (25,0)	1,36 (35,5)	0,29 (25,0)	2,39 (31,0)
B9	N	8	6	18	5	37
	NMP (%)	0,46 (28,9)	0,29 (25,0)	1,07 (28,0)	0,25 (21,9)	2,07 (26,9)
B10	N	1	2	8	4	15
	NMP (%)	0,11 (6,7)	0,32 (28,1)	0,36 (9,3)	0,32 (28,1)	1,11 (14,4)
INDET.	N	17	9	35	5	66
	NMP (%)	0,07 (4,4)	0,07 (6,3)	0,21 (5,6)	0,04 (3,1)	0,39 (5,1)
TOTAL	N	43	26	108	24	201
	NMP	1,61	1,14	3,82	1,14	7,71
	(%)	(100)	(100)	(100)	(100)	(100)

Los Sectores C y D no presentan fragmentos de borde. El Sector A presenta una distribución peculiar; tanto los tipos cerrados Borde 7 y Borde 9, como el tipo abierto, Borde 1, tienen un 29% de representación, considerando un índice NMP de 1,61. En el Sector B, en cambio, dominan ampliamente los bordes cerrados, en especial el Borde 10 (28%), el Borde 9 (25%) y el Borde 7 (25%). El Sector E, con 108 fragmentos de bordes, concentra la mayor diversidad de tipos. El de mayor representación es el Borde 7 (35%), seguido por el Borde 9 (28%). Finalmente, el Sector G, presenta la mayor proporción de formas cerradas, destacando los Bordes 10 (28%), 7 (25%) y 9 (21%).

6.3.4. COMENTARIOS SOBRE HUAIHUARANI

Debemos presentar una glosa sobre los resultados del análisis cerámico de Dauelsberg, efectuados en el mismo yacimiento a principios de la década de 1980. En dicha publicación, Dauelsberg (1983: 77-78) indica una muestra de 29 fragmentos decorados y 273 sin decoración. Adicionalmente, en las colecciones del Museo Arqueológico San Miguel de Azapa hemos encontrado colectas etiquetadas indistintamente como “Pukara de Belén” o “Huaihuarani”, fechadas en 1978, en donde el número de fragmentos decorados, especialmente los estilos Inka y Saxamar, parecen coincidir con los expresados en dicha publicación. Por tanto, llama la atención la presencia en aquella recolección de fragmentos con decoración Tardía, los cuales no registramos en nuestra recolección superficial.

Por otro lado, debemos recordar que a partir del análisis arquitectónico y espacial (ver Capítulo 5) hemos concluido que los Sectores E y C muestran, en conjunto, una mayor planificación arquitectónica, reflejada en la mejor calidad constructiva de las unidades, mayor tamaño y mayor homogeneidad. Al contrario, el Sector A denota un lugar de asentamiento menos planificado, con unidades que por forma, tamaño y calidad constructiva dan cuenta de una ocupación más expeditiva. Además, las mayores muestras cerámicas corresponden a los Sectores A y E, por tanto, los cotejos no sólo tendrán un valor interpretativo, sino que tendrán un mayor grado de confianza estadística.

Las categorías de pasta más abundante en Huaihuarani son los Estándares 400 y 500. En el Sector E, ambos estándares presentan similar proporción, en cambio, en el Sector A el Estándar 500 tiene una significativa mayor abundancia. El Estándar 300, esencialmente doméstico, sería más abundante en el Sector E que en el Sector A. Los grupos decorativos también tendrían una particular distribución en cada uno de los sectores domésticos. En el Sector A serían más abundantes las vasijas Negro sobre Rojo, en cambio en el Sector E, el grupo mayoritario sería el Charcollo. Por otro lado, los estilos decorativos de la Cultura Arica, estarían en tercer lugar y en ambos sectores su presencia no sobrepasaría el 0,5% del total de fragmentos.

El análisis de forma indica que tanto las piezas abiertas y cerradas son de menor tamaño en el Sector A; en cambio, en el Sector E el tamaño y el rango son mayores. En el Sector A destacan de igual manera dos tipos de bordes cerrados (Borde 7 y Borde 9) y un tipo abierto (Borde 1). En el

Sector E, los tipos cerrados son más importantes, en especial el Borde 7 y Borde 9. Menos importante es el Borde 1.

La evidencia cerámica viene a dar fuerza a la hipótesis que existe una ocupación diferencial del asentamiento de Huaihuarani, y que el crecimiento del asentamiento no fue desorganizado. Postulamos que el Sector A, de arquitectura expeditiva, y con una mayor presencia de decoración Negro sobre Rojo, Estándar 500, piezas más pequeñas y mayor presencia de escudillas de perfil cóncavo simple, se asentó un grupo vinculado a las poblaciones altiplánicas. Postulamos además, que el Sector E, fue el espacio doméstico permanente de un grupo local de precordillera, evidenciado por una arquitectura más elaborada y homogénea, junto con una mayor presencia de alfarería Charcollo, Estándar 500 y 300 y vasijas de un rango de tamaño más amplio.

6.4. Discusión

Se ha planteado un análisis cerámico para entender la dinámica de las relaciones sociales llevadas a cabo, tanto dentro de las unidades domésticas, como también aquellas que tienen correlación con las denominadas interacciones regionales. En este punto nos corresponde comparar los resultados obtenidos en Rosario y Huaihuarani. Los datos de Rosario permiten entender éstos procesos de interacción en términos temporales y además espaciales. Las características de la muestra en Huaihuarani, en cambio, nos permiten deducir una variabilidad espacial, que sólo puede ser extrapolada tentativamente a representaciones cronológicas.

Hemos señalado que el estudio de la tipología y distribución de pastas nos pueden dar luces acerca de aspectos tecnológicos, que para este tipo de comunidades pre-estatales, se estarían llevando a cabo mediante procesos esencialmente de enculturación. En Rosario hemos identificado una tecnología que asignamos como local (Estándar 400) debido a su mayor frecuencia. Aunque este estándar es el más importante, en ambos períodos analizados, su frecuencia disminuye significativamente con el inicio de las influencias Inka en el valle de Lluta. Esto coincide con el aumento relativo de una tecnología que hemos asumido como de origen precordillerano (Estándar 500), junto con piezas importadas (Estándar 210).

Al contrario, en Huaihuarani estas dos principales tecnologías cerámicas (Estándar 400 y Estándar 500) presentan frecuencias similares. Esto es lo que se observa en el más amplio Sector E

residencial; mientras que, en el Sector A, el Estándar 500 supera significativamente al Estándar 400. Este análisis corrobora nuestra suposición general que el Estándar 400 se asociaría mejor a las tierras bajas, y el Estándar 500 a las tierras altas. Pero no queda clara la forma específica en cómo se distribuyen estas tecnologías, y advertimos que estos procesos debieron estar constantemente afectados por un fenómeno de alta movilidad de las poblaciones durante los períodos tardíos de los valles de Arica. Además, es indiscutible que dentro de la categoría Estándar 500 estamos agrupando diferentes tradiciones tecnológicas, que requieren de mayor investigación.

Por otro lado, la comparación del comportamiento estilístico de los alfares permitiría ingresar dentro de esferas más concientes de interacción y diálogo político entre las comunidades y parcialidades. Podríamos pensar que este fenómeno sería constante en ambas áreas de estudio, ya que la proporción de fragmentos decorados y no decorados es similar en los tres universos estudiados (Tabla 6.18).

Tabla 6.18: Fragmentos decorados y no decorados en yacimientos.

YACIMIENTOS	DECORADOS		NO DECORADOS	
	N	%	N	%
ROS1-PIT	263	(8,2)	2.936	(91,8)
ROS2-PT	407	(8,7)	4.283	(91,3)
HUAIHUARANI	238	(7,4)	2.999	(92,6)

Sin embargo, existen claras diferencias entre los estilos decorativos de tierras bajas y aquellos presentes en la precordillera de Arica. En Rosario, el grupo decorativo más abundante es el conjunto de la Cultura Arica, e incluso su frecuencia no se ve afectada con la llegada del Período Tardío. Los cambios diacrónicos observados en el conjunto cerámico de Rosario tienen que ver con los estilos importados, disminuyendo los estilos Chilpe y Vilavila y aumentando considerablemente la presencia de piezas con decoración Saxamar e Inca. La mayoría de estos estilos presentan un alto grado de elaboración iconográfica y tecnológica, los que los convirtieron indudablemente en un bien de prestigio con una esfera de acción no sólo local, sino que también regional.

Debemos afirmar que el grupo decorativo Charcollo, el más frecuente en Huaihuarani, tiene una menor jerarquía decorativa que los otros estilos descritos para el yacimiento. Si bien existe una aplicación conciente en decorar tales piezas con manchas o recubiertos someros de color rojo, no tendrían la capacidad comunicativa visual y conceptual (Wobst 1977, 1999) que si podemos encontrar de manera exuberante en las piezas del grupo Arica o del grupo Tardío.

Sin embargo, estos estilos decorativos precordilleranos también se distribuyen de manera diferencial en los sectores del asentamiento. En uno de los sectores residenciales de Huaihuarani (Sector E) estas piezas Charcollo triplican el peso de las otras piezas decoradas. En cambio, en el sector residencial opuesto (Sector A) las piezas mejor representadas son aquellas de la Tradición Negro sobre Rojo. Mientras que las piezas decoradas del grupo Arica son el tercer grupo decorativo más abundante del asentamiento, muy detrás de las piezas Charcollo y Negro sobre Rojo.

Definitivamente, el conjunto cerámico de Huaihuarani da cuenta de la poca importancia relativa de la cerámica como un objeto de prestigio. Esto debe llamar la atención ya que este objeto portátil ha sido ampliamente utilizado en otras sociedades como un bien que señala identidad y prestigio (Rice 1987; Sinopoli 1991). Ya que es poco lo que conocemos del resto del contexto cultural de estas comunidades de precordillera, aún es tentativo afirmar que en estas comunidades la dinámica reticular para adquirir y gestionar el poder, mediante el uso y traspaso de bienes de prestigio (Blanton et al. 1996), fue menor en relación a otras estrategias alternativas para manejar la organización social.

Finalmente, un análisis de general y exploratorio de las formas nos permite entender algunos aspectos de la organización de las comunidades e inferir el tamaño de las unidades domésticas. Entonces, en Rosario no se observa una diferencia significativa entre los tamaños de las vasijas de un período a otro; en cambio, en Huaihuarani si podemos consignar que las vasijas del Sector A, el sector residencial asociado a piezas Negro sobre Rojo y arquitectura expeditiva, son de menor tamaño que las del Sector E.

En definitiva, el análisis cerámico y su comparación en términos regionales, nos permiten distinguir diferencias cruciales en algunos aspectos de la tecnología, la función decorativa y la organización doméstica. En Rosario observamos una mayor continuidad cultural de los aspectos locales y organizacionales, mientras que los bienes de prestigio son reemplazados dentro de un contexto Inka. En cambio, en Huaihuarani vemos una compleja dinámica de interacción poblacional, expresado en contrastes tecnológicos, decorativos y de tamaño de las vasijas que dan cuenta de diferencias en la organización doméstica. Estas oposiciones tienen una clara expresión espacial, corroborando las distinciones efectuadas independientemente en el análisis arquitectónico.

En el comienzo del segundo milenio, ambas comunidades analizadas, junto con muchas otras, debieron haber estado enfrentadas a similares procesos políticos y económicos regionales. Estos procesos tienen que ver con la emergencia de la complejidad estatal centralizada en los Andes Centrales y Circum-Titicaca, desarrollos demográficos y ajustes medioambientales. Sin embargo, estas comunidades presentan una serie de diferencias contextuales que tendrían que ser el reflejo de diferentes tipos de organización social y política. Por tanto, sostenemos que localmente operaron diferentes mecanismos y principios de organización sociopolítica. En el capítulo final, retomamos las hipótesis expuestas e interpretamos la organización social y política de Rosario y Huaihuarani, presentando un modelo de interacción regional para los valles de Arica.

Figura 6.1: Estilo San Miguel: A-C: Fragmentos estilo San Miguel; D: Cántaro San Miguel (Gentileza de Mariela Santos).



Figura 6.2: Estilo Pocoma: A-C: Fragmentos estilo Pocoma; D: Cántaro Pocoma (Colección AZ-8).



Figura 6.3: Estilo Gentilar: A-C: Fragmentos estilo Gentilar; D: Jarro Gentilar (Colección AZ-8).

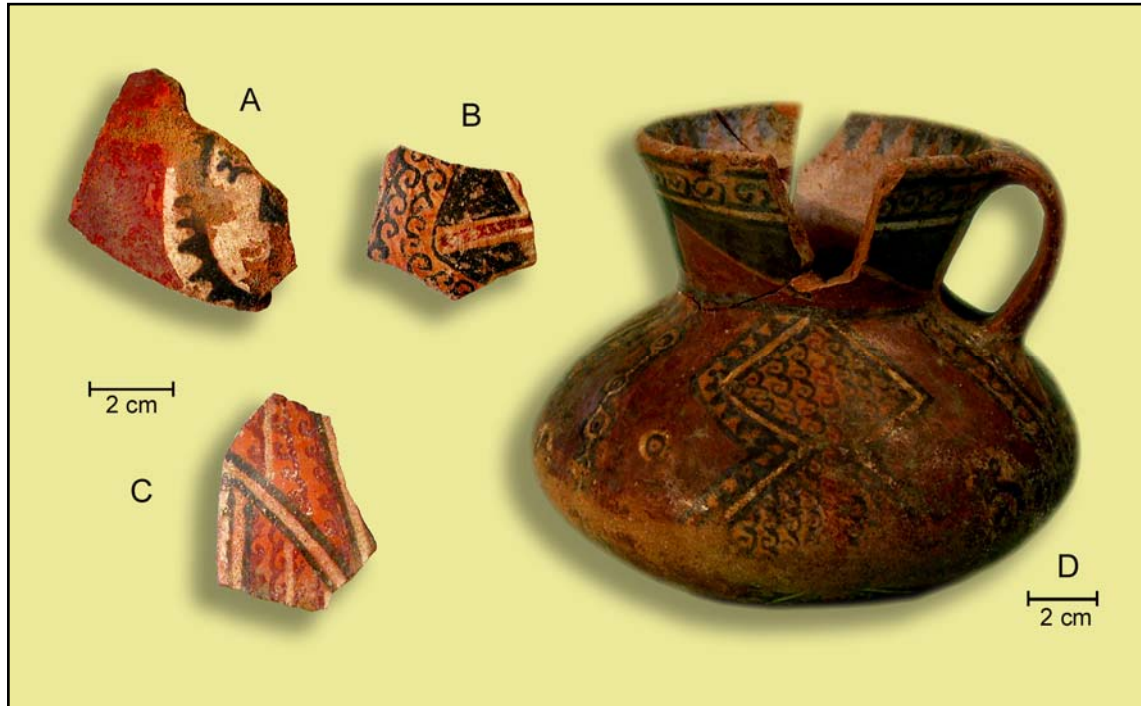


Figura 6.4: Grupo decorativo Charcollo: A: Cuenco Charcollo o Azapa-Charcollo (Colección AZ-8); B: Fragmentos Charcollo Asperjado; C: Charcollo Manchas; D-E: Charcollo Lineal; F-G: Recubierto Rojo Burdo.

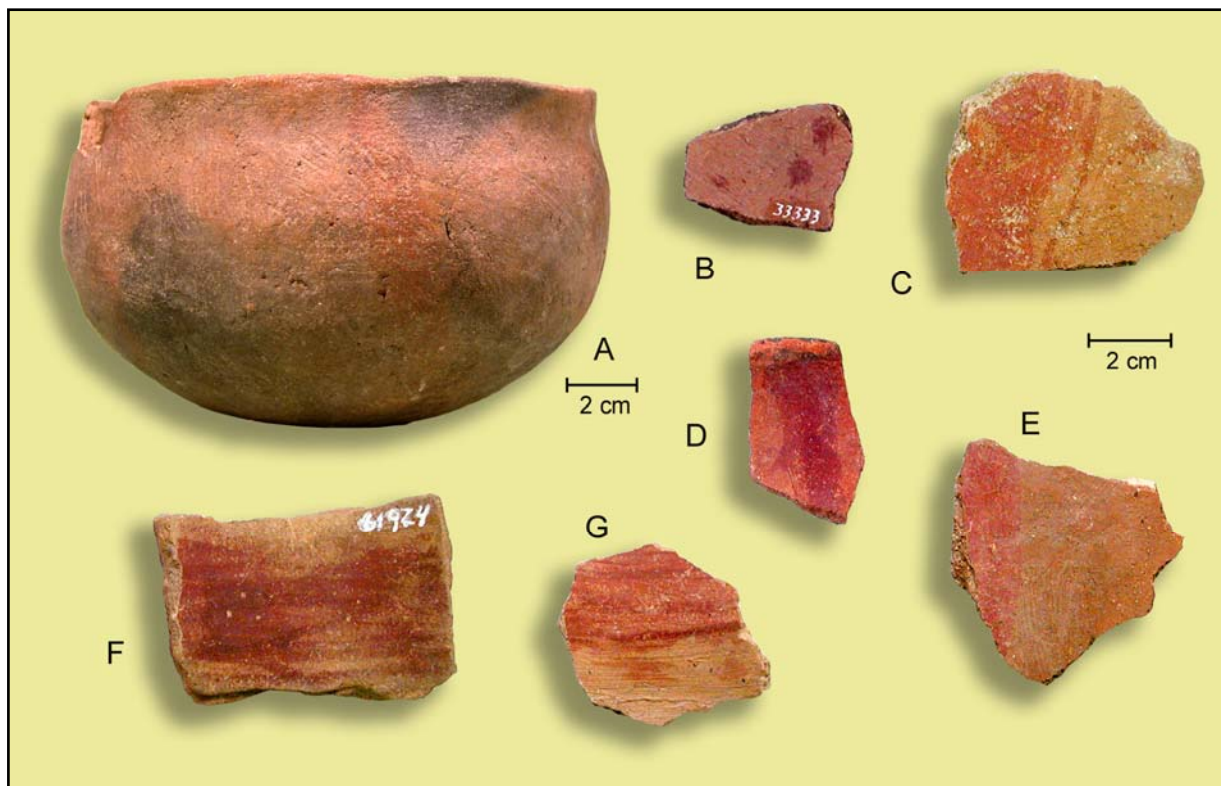


Figura 6.5: Grupo decorativo Tradición Negro sobre Rojo: A-D: Fragmentos estilo Chilpe; E-G: Estilo Vilavila; H-I: Negro sobre Rojo Indeterminado; J-L: Negro sobre Rojo del territorio Carangas o Chilpe-Carangas (Gentileza de Patrice Lecoq).

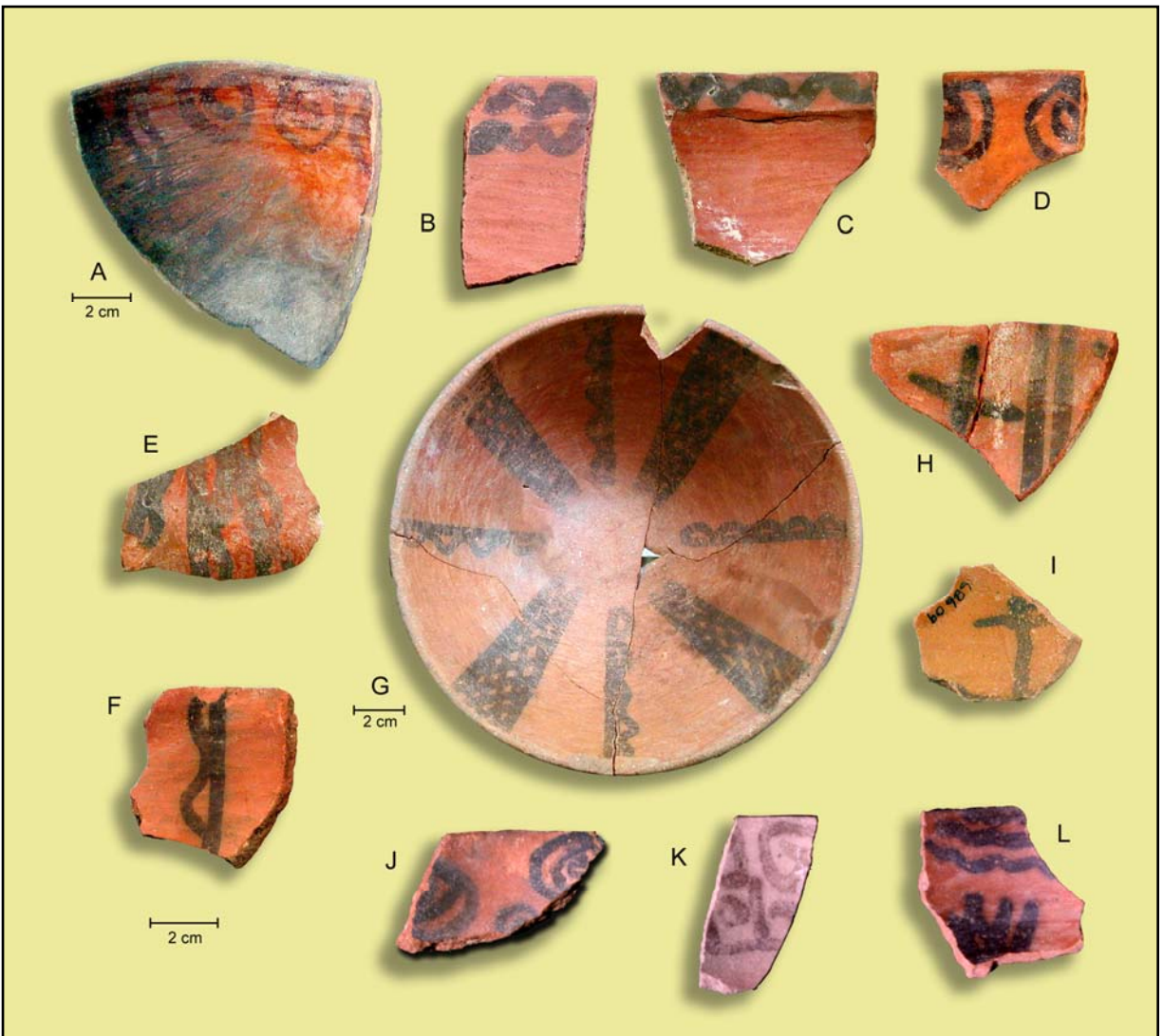


Figura 6.6: Estilo Saxamar o Inca-Pacajes: A-E: Saxamar A; F: Saxamar B.



Figura 6.7: Grupo decorativo Tardío: A-C: Inca Recubierto Rojo; D: Jarro Inca Negro sobre Rojo (Molle Pampa Este); E-H: Inca negro sobre Rojo; I-L: Inca Policromo.



Figura 6.8: Tipología de bordes de fragmentos cerámicos (Tomado de Romero 2002)

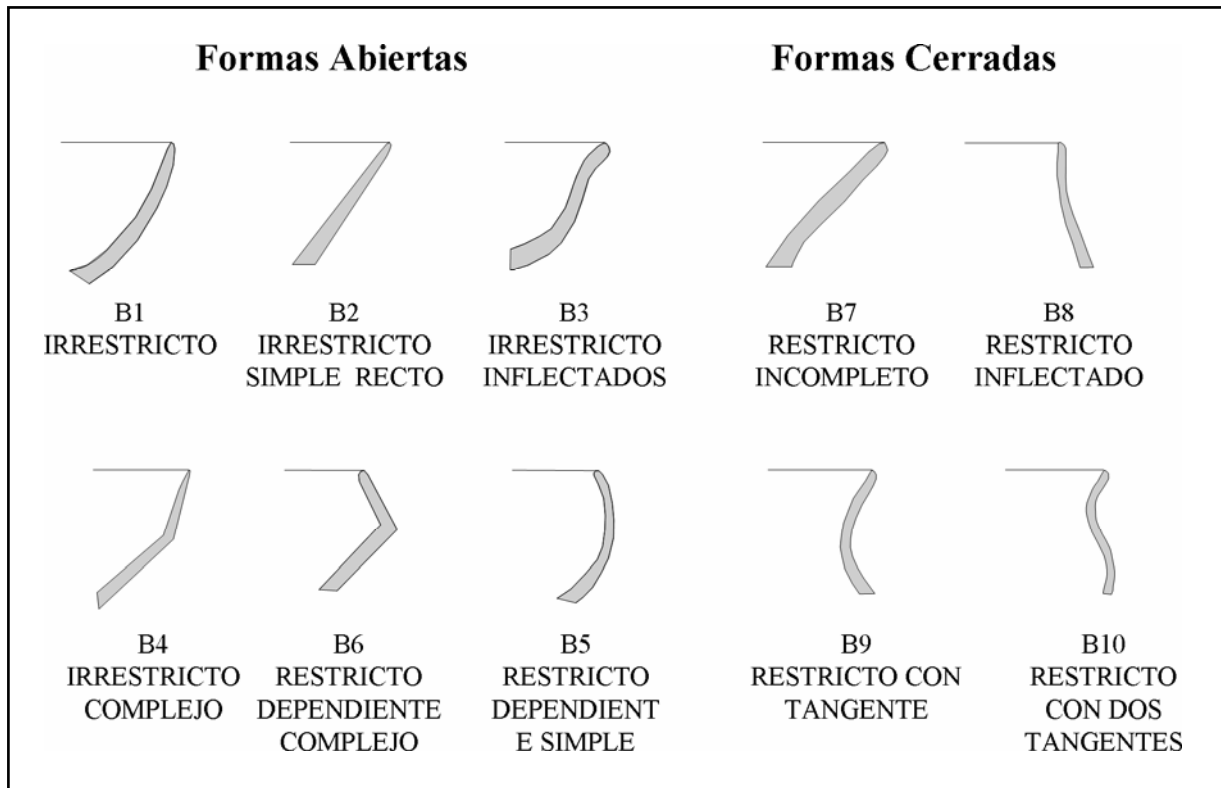


Figura 6.9: Gráfico de rangos de error estándar para los Estándares 400, 500 en Rosario.

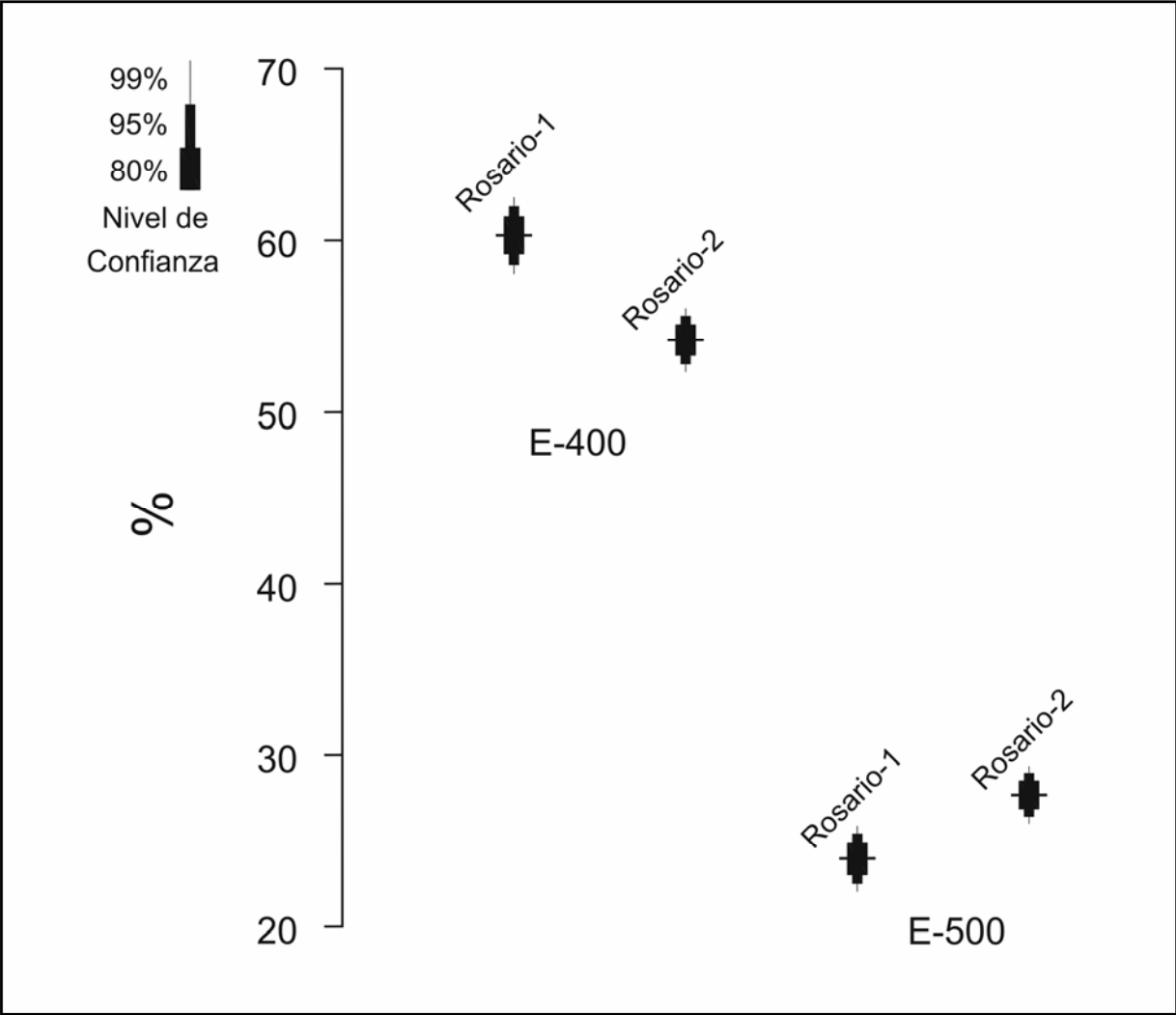


Figura 6.10: Gráfico de rangos de error estándar para los Estándares 220, 210, 300 y 600 en Rosario.

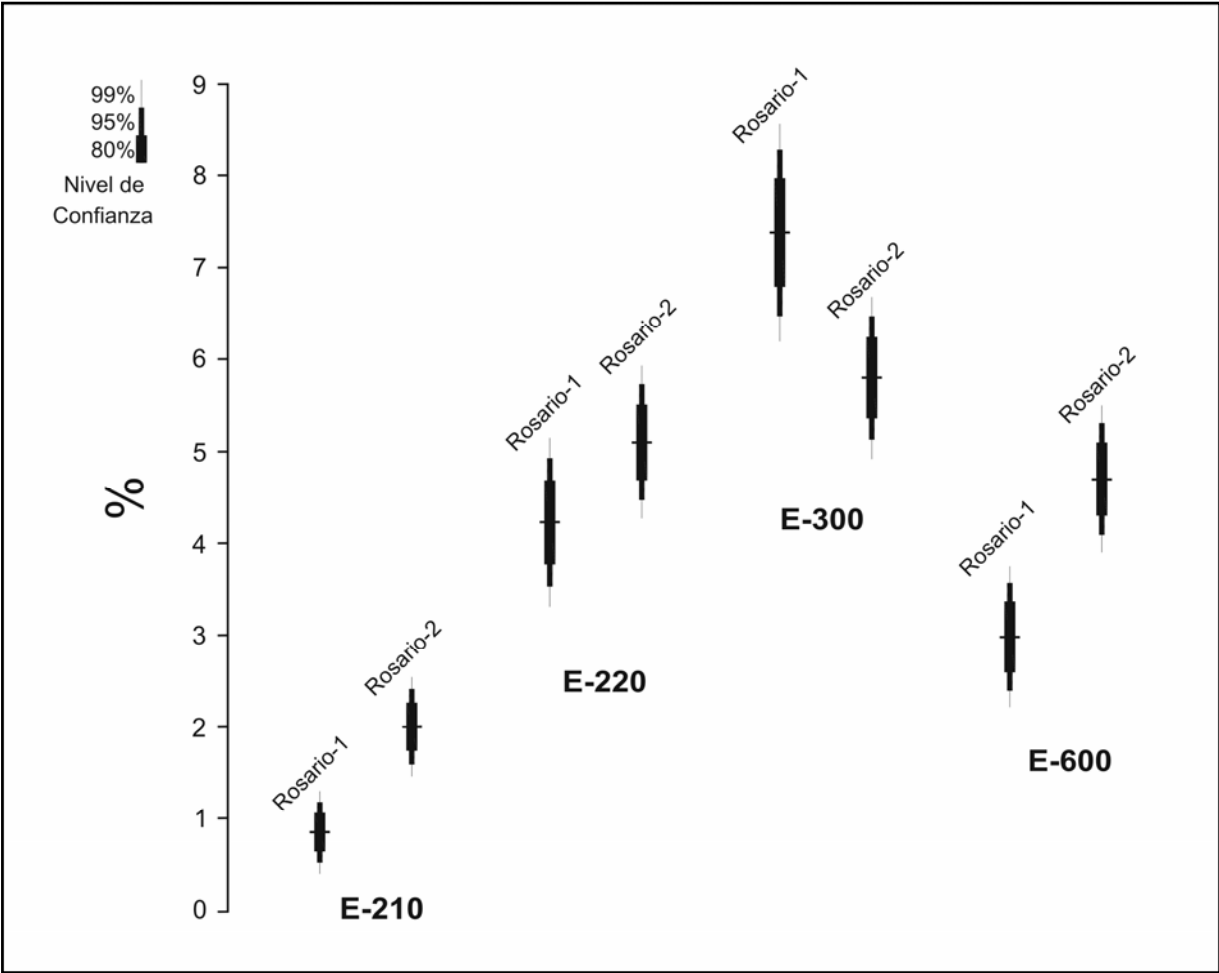


Figura 6.11: Gráfico de rangos de error para cuatro grupos decorativos en Rosario.

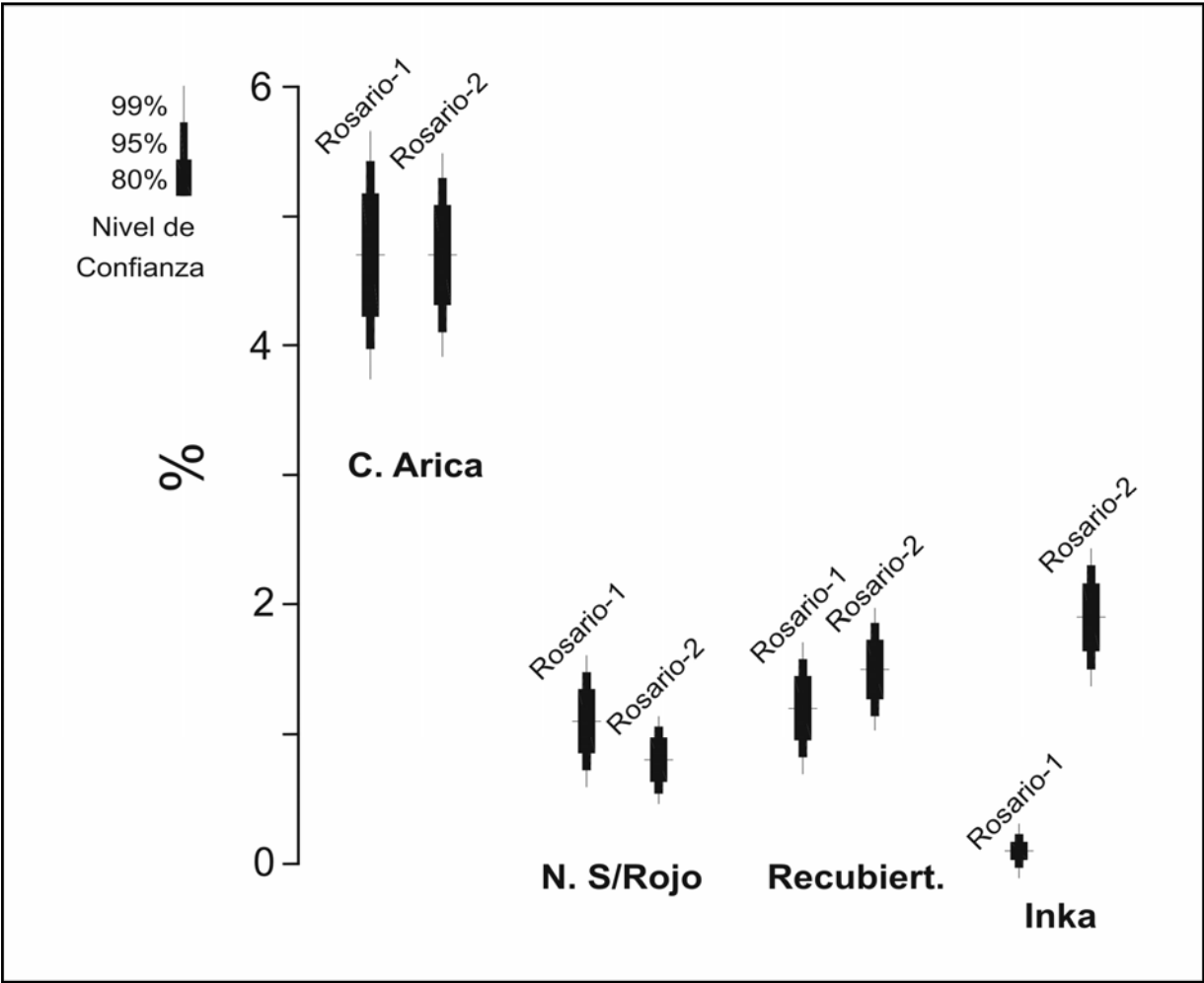


Figura 6.12: Gráfico de rangos de error para los Estándares 400 y 500 en cuatro sectores de Huaihuarani.

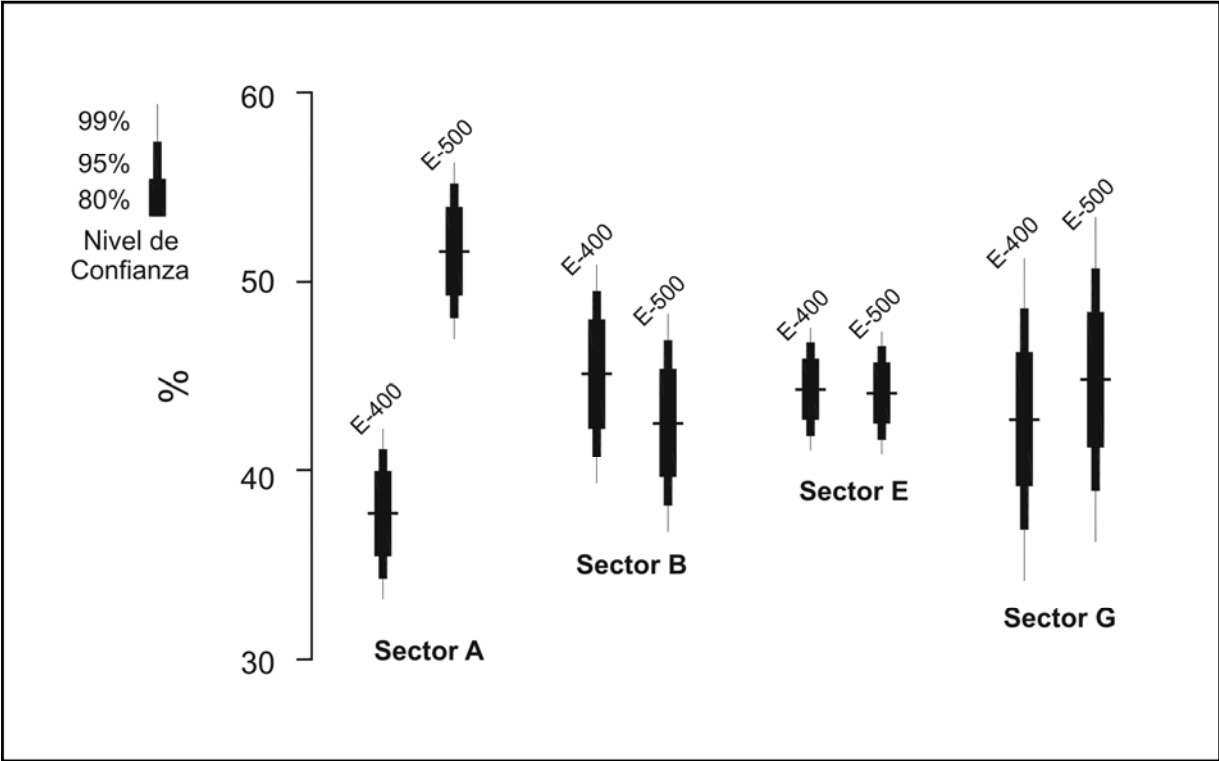


Figura 6.13: Gráfico de rangos de error para los Estándares 220 y 300 en cuatro sectores de Huaihuarani.

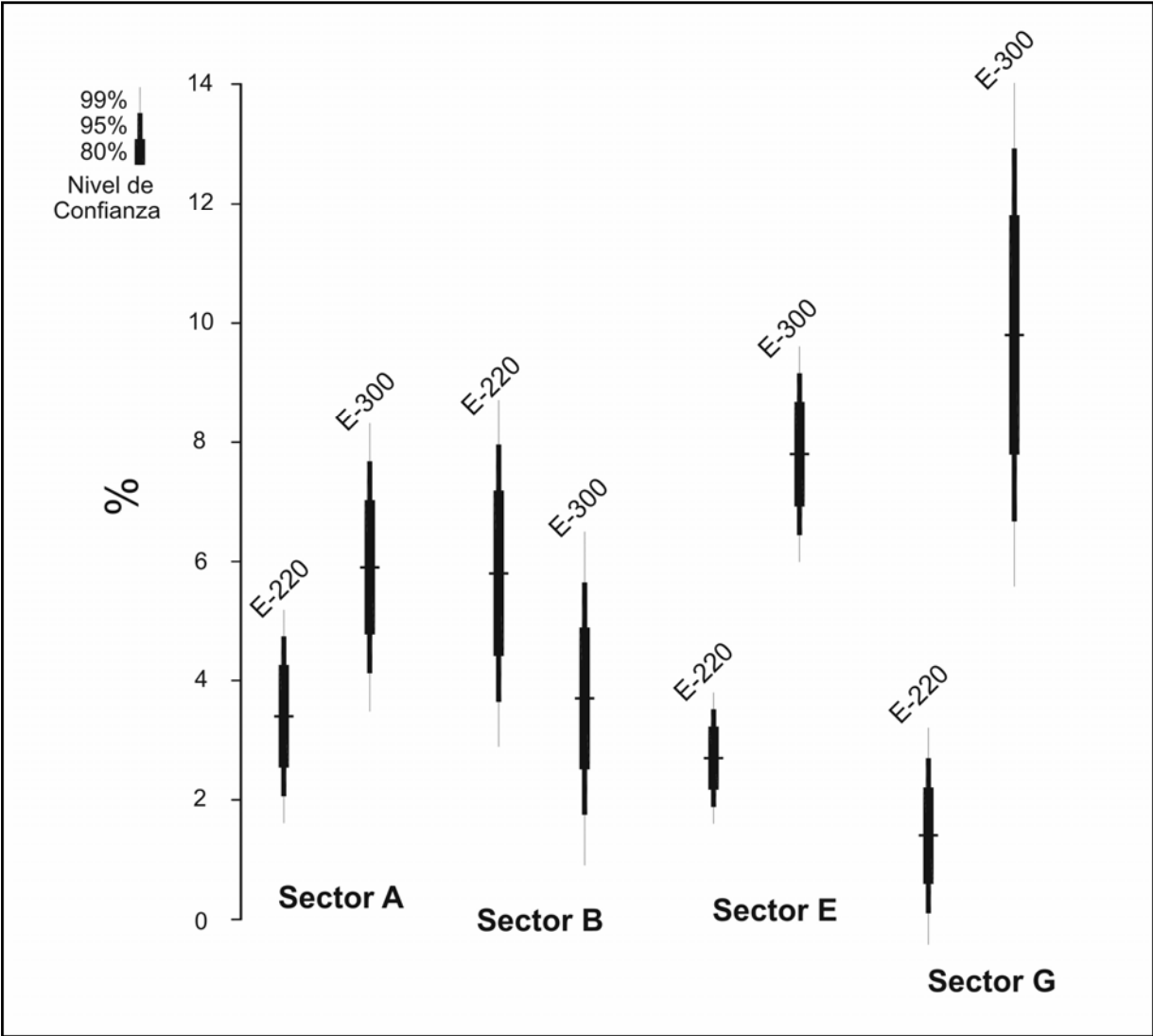
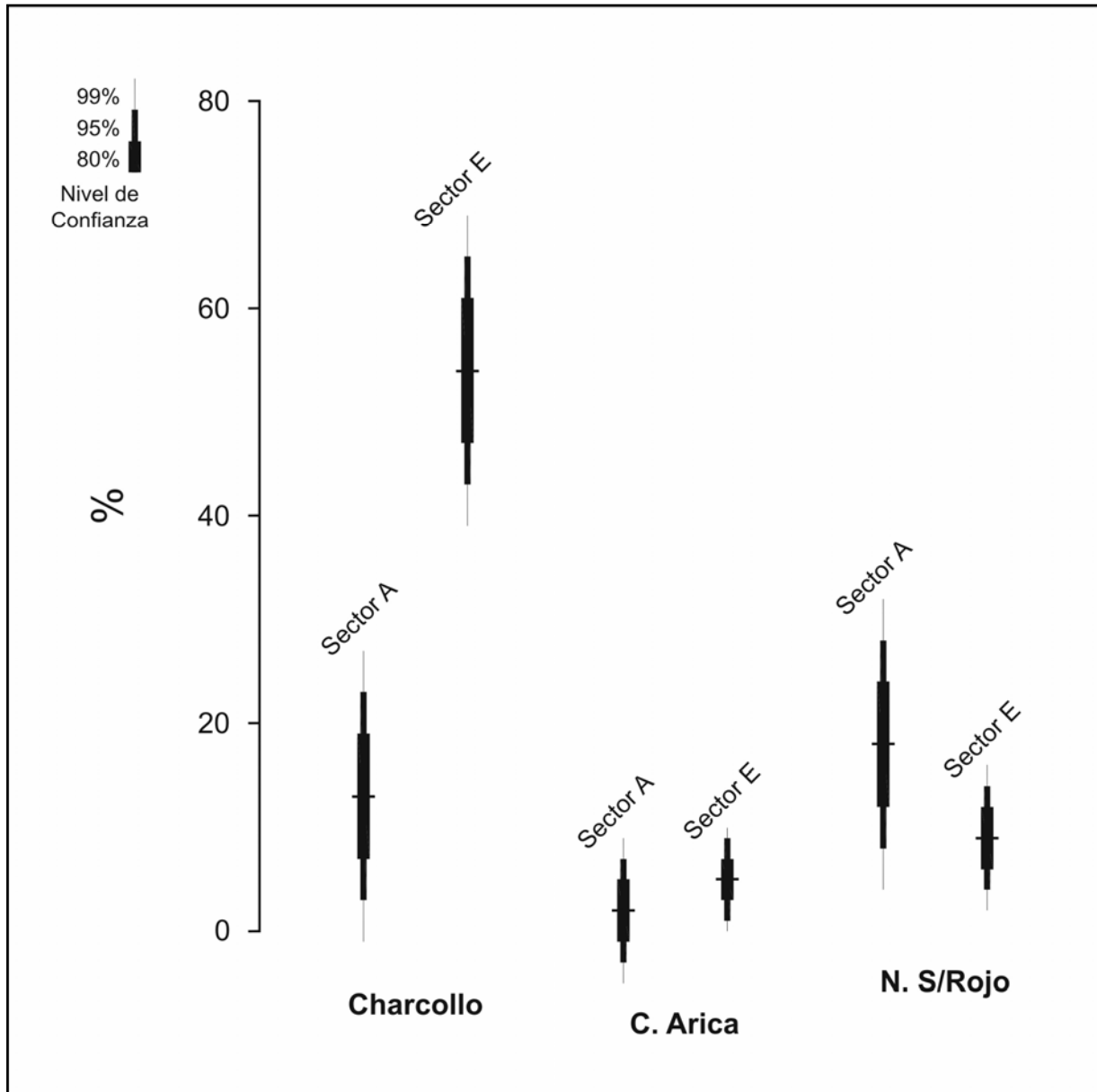


Figura 6.14: Gráfico de rangos de error para tres grupos decorativos en los Sectores A y E de Huaihuarani.



CAPÍTULO 7. RESUMEN Y CONCLUSIONES

Las descripciones y análisis reunidos en esta investigación permiten discutir algunos aspectos generales de la organización sociopolítica e interacción regional en los valles de Arica durante los Períodos Intermedio Tardío y Tardío. Hemos analizado, en primer lugar, la arquitectura y el uso del espacio en las áreas arqueológicas de Rosario y Huaihuarani. Un conjunto de análisis cuantitativos y cualitativos nos han permitido postular la forma en que tales espacios fueron organizados y conceptualizados.

En segundo lugar, hemos estudiado tres atributos en las muestras de fragmentos cerámicos provenientes de ambas áreas. Se ha realizado un análisis esencialmente cuantitativo, para poder reflejar en distinto grado la interacción poblacional, social y política al interior de las comunidades. Al igual que en el caso de la arquitectura, se ha efectuado una comparación para interpretar como se pudo haber llevado a cabo esta interacción social en términos regionales.

Debemos recordar que el tema general que inició esta investigación fue la búsqueda de una interpretación acerca de los procesos culturales prehispánicos tardíos de los valles de Arica. Una interpretación que permitiera incorporar los particulares énfasis en la hegemonía sociocultural de la denominada Cultura Arica y la perspectiva regional sobre la interacción social en los Andes Centro Sur. Por tanto, tras los nuevos análisis y resultados aquí presentados podemos volver a las hipótesis planteadas al final del Capítulo 3, acerca de las tres situaciones sociopolítica y económicamente discrepantes: una para los valles bajos, otra para la precordillera y otra para el altiplano adyacente. Nuestros datos sirven para evaluar sólo dos hipótesis y de manera indirecta la referida a las organizaciones altiplánicas.

Finalmente, podemos plantear un modelo general de interacción regional, con entidades y organizaciones políticas complementarias, tanto económica como socialmente, dentro de un proceso explosivo de complejización sociopolítica en los Andes Centro Sur. Concluimos esta investigación entregando un listado de las limitaciones de nuestro enfoque y las futuras líneas de investigación complementarias y contrastantes que se podrían generar.

7.1. Especialización y Organización Reticular en Rosario

La verificación de la Hipótesis 1 de esta investigación requiere sustentar primero la hegemonía en el valle de Lluta del referente Cultura Arica. Según nuestra definición de referente cultural la alfarería puede ser utilizada para evaluarla, explicitando la participación de estos conjuntos materiales en el proceso sociocultural general. A continuación discutimos las características de la cerámica registrada en nuestro análisis.

La pasta cerámica más frecuente en los asentamientos de Rosario es el Estándar 400, una pasta de apariencia granulosa, con color de matriz desde naranja hasta rosado y que tiene antiplásticos de colores negro, blanco y gris. Dentro del conjunto de fragmentos las piezas con esta pasta alcanzan algo más de la mitad, siendo secundada por otro estándar presente en un tercio de las piezas. Este Estándar 400 se asocia íntimamente con las piezas pintadas de los estilos de la Cultura Arica, especialmente San Miguel y Pocomá. Si consideramos el conjunto de piezas decoradas, estos estilos son los que tienen la mayor representación en Rosario. Además, una serie de antecedentes independientes nos señalan que la cerámica de los estilos de Arica se distribuye consistentemente en la costa y valles de Arica (Bird 1988; Davelsberg 1972, 1985a, 1985b; Espouey et al. 1995a, 1995b; Schiappacasse et al. 1989; Santoro et al. 2003b; Uribe 1999).

Para evaluar la importancia efectiva del referente Cultura Arica en Rosario, más significativo que las frecuencias estadísticas, es el hecho que estas proporciones se mantuvieron esencialmente similares antes y durante la influencia Inka. Esto indica que existió un persistente núcleo cultural tanto en aspectos endoculturativos (tecnología cerámica) como ideológicos (estilos decorativos). Esta continuidad cultural también se corrobora en el hecho que la arquitectura doméstica, funeraria y la organización conceptual de las aldeas se mantuvieron más o menos similares de un período a otro.

El segundo punto de nuestra Hipótesis 1 es la contrastación de una organización sociopolítica esencialmente reticular o excluyente, más que corporativa. Hemos postulado, siguiendo a Rostworowski (1989), que esta organización reticular de tierras bajas fue sustentada esencialmente por el manejo de especialización económica. Este debió ser el caso de la conducción económica del valle de Lluta, que pese a contar con un clima privilegiado y un flujo de agua estable, se caracteriza por aguas extremadamente salobres que limitan la variedad de

cultivos. Tales restricciones habrían significado que el valle fue poblado intensiva y establemente sólo desde el Período Intermedio Tardío, pese a tener un registro de ocupaciones leves desde mil años antes (Santoro et al. 2000). Sostenemos que fue el sistema imperante de organización social y económica de las tierras bajas durante el Intermedio Tardío el que permitió el asentamiento de una comunidad especializada en el cultivo intensivo de maíz y molle.

Tenemos un amplio registro estratigráfico no sólo de Rosario, sino también de Molle Pampa y Vila Vila (Santoro 1995), que da cuenta del uso intensivo de dichos cultivos. Por el contrario, con una organización regional orientada a la autosuficiencia de las comunidades, las ocupaciones en el valle de Lluta habrían sido esporádicas e insustanciales, ya que el uso de estos valles salados habría sido sólo una de las estrategias disponibles. Por lo demás, no registramos cambios climáticos o modificaciones significativas en las variedades de las especies cultivadas, que expliquen esta súbita colonización.

Por otro lado, de acuerdo a la teoría dual (Blanton et al. 1996; Feinman 2000) la integración social y económica se habría basado en redes de poder sustentadas por gobernantes que buscaban el predominio de sus particulares jerarquías concéntricas. Buena parte de este poder se basó en la monopolización de una extensa red de artículos suntuarios y exóticos, con un amplio significado político e ideológico. En este marco, la alta calidad tecnológica e iconográfica de la cerámica de estilos Arica, especialmente del estilo Gentilar, nos sirve como indicador de esta intensa dinámica por detentar el poder. Uribe (1999: 213) ha indicado la posibilidad que alfareros especialistas hayan estado a cargo de la elaboración de piezas estilo Gentilar. Agregamos que, estos especialistas habrían sido solventados por las élites locales para que pusieran su producción a disposición del *kuraka*. El incremento de motivos y configuraciones iconográficas en el estilo Gentilar, que contrasta con la estandarización de las anteriores piezas de estilo San Miguel clásico (Uribe 1999), sería expresión de este proceso de disputa ideológica y económica entre diferentes facciones de élites.

Incluso, podemos agregar que la carga iconográfica, ideológica y el rol social de las piezas de estilos Arica, las convirtió en valiosos bienes dentro del ámbito regional. Así, piezas Gentilar han sido descritas como el grupo exótico más importante de lugares tan distantes como el valle alto del Osmore (Stanish 1991, 1992) o como el valle de Quillagua (Agüero et al. 1997). Además, su alto grado de elaboración tecnológica, colorido y riqueza iconográfica, también puede ser observado en otros objetos artesanales asociados a la Cultura Arica, como los textiles, en

especial las prendas accesorias, tales como bolsas y fajas (Agüero 2000; Ulloa 1982).

Un último indicador de la forma de poder excluyente que utilizaron las comunidades son las diferencias arquitectónicas de las estructuras funerarias registradas en Rosario. Sin llegar a ser ejemplos de monumentos excepcionales, ambos tipos de tumbas fueron más elaboradas que las estructuras domésticas, siendo una fuente de poder a través del culto a los antepasados. Sin duda, las tumbas ordenadas ortogonalmente, involucraban una mayor jerarquía, denotada en su posición central y elaboración arquitectónica, que las tumbas tumulares. Estas diferencias se mantuvieron a través del tiempo y parecen haber sido producto de desarrollos locales, más que del influjo del Tawantinsuyu.

La forma de poder excluyente enfatiza la individualidad de la actividad de producción, aspecto que es indirectamente evidenciado por la presencia de estructuras independientes de almacenaje dentro de las unidades residenciales de Rosario-2. Coincidentemente con lo anterior, no existen espacios que puedan ser reconocidos como áreas de actividades sociales, tales como plazas o edificaciones monumentales, lo que indica que los ritos de cohesión social pudieron estar relacionados al ámbito funerario y sólo indirectamente al tema de la producción. La producción como señalamos, parece haber sido efectuada a nivel familiar y encauzados por *kuraka* que tuvieron la capacidad para establecer redes de reciprocidad y redistribución específicas y no comunitarias.

Por último, se podría señalar que en Rosario lo más similar a espacios sociales es el conjunto de petroglifos (Lluta-38) que reúne 69 paneles de grabados en una longitud de 360 m (Valenzuela et al. 2002). Este yacimiento se configura como el emplazamiento de petroglifos más importante del valle de Lluta, dentro de un conjunto de sitios que contienen mayoritariamente entre 2 a 10 paneles (Valenzuela 2004). En este sentido, podemos pensar que más allá de ser un espacio de ceremonialismo social y ejecución de ritos corporativos particulares a las comunidades de Rosario, este yacimiento de petroglifos puede ser análogo al fenómeno de *wak'as* regionales, descrito por Rostworowski (1992). Estos centros ceremoniales de peregrinación permiten entender la homogeneidad ideológica del sistema costero dentro de un particionado esquema de *kuraka* locales en disputa constante por mantener sus redes económicas y de prestigio social. Las *wak'a* regionales significaban ejes de integración que servían para reforzar una estructura ideológica común, aceptando variaciones. Sin embargo, más cercano al ejemplo original de Pachacamac y de otros ejemplos etnohistóricos son las *wak'as* registradas para el Periodo Medio en el valle de

Azapa (Castro et al. 1988; Muñoz y Santos 1995), que además están asociados a geoglifos.

7.2. Multietnicidad y Organización Corporativa en Huaihuarani

En el apartado anterior postulamos que la organización de Rosario se basaría esencialmente en la especialización económica. Ahora discutiremos una organización económica diferente en el asentamiento de Huaihuarani, basada en el acceso directo a los recursos, como lo establece nuestra Hipótesis 2. De esta forma, la evidencia en Huaihuarani da cuenta de una ocupación conjunta de diferentes poblaciones, con una planificación del espacio y rasgos arquitectónicos desiguales, que además, pueden ser asociados a distintos estilos decorativos de cerámica. Planteamos que esta distribución de referentes materiales da cuenta de una ocupación multiétnica, una situación prevista sólo parcialmente por el modelo original de verticalidad (Murra 1972), que enfatiza la ocupación multiétnica de nichos o espacios y no de poblados o asentamientos propiamente tales.

En primer lugar, dentro del poblado observamos dos formas de ocupar el espacio. Por un lado, tenemos los Sectores E y F residenciales, cuya topografía la hace el área más protegida del asentamiento, y a su vez, la de mayor importancia estratégica, pues se accede a través de ella tanto al peñón rocoso (Sector G), con amplia visibilidad del entorno, como a la *kancha* (Sector B) de características ceremoniales. La población que se asentó en estos sectores presentó cierta planificación espacial, reflejada en la homogeneidad en la forma de planta y mayores dimensiones de sus unidades habitacionales. Además, se caracterizan por una frecuente utilización de ciertos rasgos técnicos y estilísticos que solucionaron necesidades de aislamiento con el medio exterior, mediante muros de hilada doble y pasillos de acceso laterales. Otro rasgo de mayor planificación es un sistema de almacenaje que comprende dos áreas diferenciadas, probablemente utilizados para almacenar productos diferentes. Un área exclusiva de almacenaje, localizado en la quebradilla que cruza el poblado (Sector C). Otra área ubicado en la parte alta y menos protegida de la ladera, de silos independientes compartiendo espacio con unidades habitacionales (Sector F).

Por otro lado, en el sector opuesto del poblado (Sector A), se asentó una población que ocupó de manera menos planificada una ladera más expuesta del poblado. Allí las formas, las dimensiones y las soluciones arquitectónicas de las unidades habitacionales muestran una ocupación más improvisada que la utilizada en el cuadrante opuesto. Esta población se estableció en un área

marginal del poblado correspondiendo probablemente a un patrón de asentamiento estacional, debido a lo espontáneo de su arquitectura y escasa planificación.

En segundo lugar, esta ocupación multiétnica puede ser reforzada por los resultados de nuestro análisis cerámico, que nos permite identificar a las poblaciones que configuraron estas distintas formas de ocupar el espacio. De esta forma, los Sectores E y F fueron ocupados principalmente por una población local de precordillera asociada al estilo alfarero Charcollo. Como ya señalamos, esta población tuvo la posibilidad de ocupar el área más protegida del asentamiento y planificar en alto grado su uso del espacio, tanto de las áreas domésticas y de almacenaje.

Sin embargo, hasta hace poco la arqueología de la precordillera de Arica no registraba la cerámica Charcollo, pese a que este tipo cerámico fue identificado en 1959 por Dauelsberg (1995a) en sus primeras investigaciones en la precordillera. Pareciera que desde aquellas investigaciones esta cerámica pierde su estatus decorado y consistentemente no es descrita en la arqueología de la precordillera. Inclusive, el mismo Dauelsberg (1983) investigando el área de Belén, se olvida del tipo Charcollo y se refiere a un tipo “no decorado” “brochado grueso”, que correspondería a la misma cerámica. Algo similar ocurre en las tierras altas de Codpa, donde Muñoz y colaboradores (1987b: 15-16) realizan una tipología cerámica independiente, en la cual el estilo Charcollo, de acuerdo a su propia descripción, forma parte de su Grupo 1.³² Más aún, establecen que el Grupo 1 junto con el Grupo 2 “corresponden a una misma población, donde G.1 sería una alternativa utilitaria de G.2” (Muñoz et al. 1987b: 16). Esto es difícil de entender si observamos que en el asentamiento de Incauta, el Grupo 1 alcanza sus mayores proporciones en sectores diferentes a donde el Grupo 2 alcanzan las mayores proporciones (Muñoz et al. 1987b: 19, Tabla 1).

Hoy en día, en la precordillera de Arica, podemos observar una amplia distribución de la cerámica estilo Charcollo y de su asociado Estándar 500, (Muñoz y Santos 1998; Santoro et al. 2004; Schiappacasse y Niemeyer 2002) y asumir que correspondería a la cerámica propia de estas poblaciones. Además, el patrón de ocupación multiétnica que estamos describiendo para la precordillera no contradice el hecho de que en ciertas quebradas y valles esta cerámica Charcollo tiene una representación menor (Romero 2003a).

³² “Grupo 1 (...) Diseños relacionados. (superficie externa) Manchas rojas con leve capacidad cubritiva, creando formas poco definidas, algunas de ellas son franjas lineales que no respetan un orden general” (Muñoz et al. 1987b: 15-16).

En conjunto a la ocupación por parte de poblaciones locales, en Huaihuarani hemos identificado un segundo grupo. Sostenemos que en el cuadrante opuesto a la ocupación local (Sector A) se asentó una población altiplánica, o en su defecto, una población que mantuvo una mayor relación con los grupos altiplánicos. Esta ocupación ha sido identificada principalmente por la presencia concentrada de alfarería con tecnología y decoración de la Tradición Negro sobre Rojo en el Sector A. Los antecedentes etnohistóricos postulan que en tiempos prehispánicos existían enclaves productivos dependientes políticamente de la entidad Caranga (Hidalgo y Durston 1998; Durston e Hidalgo 1997; Lecoq 1997; Michel 1999). Específicamente, una documentación de 1612, permite a Durston e Hidalgo (1997: 252) establecer que los Caranga administraban a sus colonos en la precordillera desde el centro secundario denominado Tocoroma, hoy actual Belén. Adicionalmente, información etnográfica también nos plantea la continuidad histórica de la movilidad de poblaciones altiplánicas hacia pisos de precordillera a través de mecanismos de trashumancia pastoril (Martínez 1989) o intercambio ritualizado (Riviere 1979).

Una interpretación alternativa sería ver al Sector A como un espacio funcionalmente distinto dentro del poblado. En este esquema se trataría de un sector ocupado por pastores locales especializados en la trashumancia hacia tierras altas, proponiendo que su materialidad diferencial es producto de su alta movilidad y su interacción con las poblaciones altiplánicas contemporáneas. Sin embargo, el conjunto de evidencias analizadas (alfarería y arquitectura) nos permiten insistir en que estas diferencias tienen que ver con lo que hemos denominado “referentes culturales”. Entendidos estos referentes como conjuntos materiales y arreglos diagnósticos que actúa en un amplio rango de fenómenos sociales que tienen que ver con la reproducción activa y pasiva de particulares representaciones identitarias en conjunto con valores culturales e instituciones de organización sociopolítica y económica (Dornan 2002).

Finalmente, otro soporte para nuestra Hipótesis 2 es la justificación en precordillera, y especialmente en el asentamiento de Huaihuarani, de una organización del poder esencialmente corporativa. Tenemos dos evidencias para satisfacer estos aspectos. Las plazas son fenómenos de profunda cronología en los Andes (Moore 1996a) y no podemos asumir que en los Valles Occidentales siempre fueron un influjo Inka. Sin embargo, la plaza o *kancha*, que ocupa el Sector B de Huaihuarani, con un área superior a los 4.000 m², tiene una fuerte semejanza formal a las plazas que utilizó el Estado Inka (Hyslop 1990). Esta *kancha* no presenta una arquitectura maciza o espacios restringidos física o visualmente, que hagan pensar en ritos para sustentar diferenciaciones sociales. Al contrario, sus características físicas permiten argumentar que esta

plaza sirvió para masivos ritos sociales, donde se reprodujeron principios corporativos como la reciprocidad y redistribución a escala comunitaria. Además, la ubicación de la *kancha* en el asentamiento es significativa, ocupando un área nivelada y central entre los diferentes sectores residenciales previamente descritos. En este sentido, la plaza habría sido un lugar de diálogo ideológico y social entre los dos grupos que se reparten el asentamiento. Al parecer este nexo comunitario no sólo se establece en las instancias ceremoniales, sino también durante sucesos cotidianos, ya que la plaza se emplaza en un eje comunicador o de circulación entre los Sectores E y A. Por lo demás, los rastros de Camino Inka llegando al Sector B del asentamiento, nos permiten señalar que la plaza también sirvió como regulador del tráfico entre la comunidad y su contexto social externo. Incluso podemos postular que esta asociación entre *kancha* y red vial pre-estatal sería indicador de algún tipo de “comercio administrado” (Polanyi 1976), descartado consistentemente de las reconstrucciones de los Andes centro Sur.

La utilidad de estas ceremonias se entiende mejor si consideramos que el mecanismo de explotación de estas comunidades fue principalmente un mecanismo de verticalidad compacta (Brush 1987) o microverticalidad (Salomon 1985). La geomorfología de precordillera ofrece varios microclimas aptos para distintos cultivos o estaciones. Este mecanismo de complementariedad fue manejado por las unidades domésticas y permitió explotar distintos espacios productivos dentro de una misma zona ecológica. Esto se puede indicar con la distribución de la cerámica diagnóstica de las poblaciones de precordillera, en un radio de acción menor al de las entidades costeras (Tradición Cultura Arica) y altiplánicas (Tradición Negro sobre Rojo). Las ceremonias corporativas ayudarían a reglamentar el uso de estos parches productivos y propiciar además el intercambio y la reciprocidad entre las diferentes unidades domésticas y componentes poblacionales del asentamiento.

Otra evidencia de una modalidad corporativa en la organización de Huaihuarani, radica en su extenso sistema de infraestructura civil, de terrazas de cultivo, sistemas de regadío y red vial, que requirió de una organización de este tipo. Estos aspectos son comunes en toda la ocupación tardía de la precordillera de Arica (Muñoz et al. 1987a, 1987b, 1997; Santoro et al. 1987; Schiappacasse et al. 1989), y consisten en una evidencia sólida del actuar de un poder corporativo, donde los *kuraka* buscaron sustentar un sistema de cargos mediante una serie de ceremonias sociales relativas a la construcción y mantención de las obras civiles. Además, tenemos un amplio registro etnográfico de ceremonias comunitarias relativas al riego y agricultura que hoy en día pueden ser observadas en ciertas comunidades (Castro y Varela 1994; Lagos et al.

1988; Martínez 1987). Quizás, más importante que la necesidad práctica de reparar la infraestructura comunitaria, la modalidad económica de precordillera requirió de estos mecanismos para mantener los arreglos sociales que permitan el acceso al agua y tierras dentro de un contexto social armónico. Finalmente, nuestro registro cerámico indica que el énfasis no estuvo en el manejo de un sistema centralizado de bienes de primera necesidad o de prestigio.

7.3. Integración Política y Económica en los Valles de Arica

Adelantamos que nuestra Hipótesis 3 no podría ser efectivamente respaldada, ya que nuestras evidencias correspondían sólo a la zona de valles y de precordillera, pisos donde las entidades altiplánicas sólo habrían mantenido redes de interacción o enclaves productivos.

Nuestra metodología ha permitido identificar, no sin problemas, a poblaciones altiplánicas en la zona de precordillera. Pero no podemos entender a cabalidad los mecanismos en que estas comunidades altiplánicas, cuyo núcleo demográfico y político se ubicaría a más de 140 km hacia el oriente, ejercieron su influjo dentro de las poblaciones locales.

Concordamos con los etnohistoriadores en el punto de que estas comunidades altiplánicas formaron parte de una organización política más compleja, identificada como Señorío Caranga (Durston e Hidalgo 1997; Hidalgo y Durston 1998; Riviere 1979) haciéndose presentes a través de mecanismos de verticalidad (Murra 1972). Sin embargo, sostenemos que esto no significó un control pleno de los altiplánicos sobre la organización política y la producción de la precordillera. En Huaihuarani, por ejemplo, esta población altiplánica pareciera tener un estatus menor, dado su emplazamiento y formas arquitectónicas. Pero, también es probable que estas diferencias tengan que ver sólo con aspectos logísticos y funcionales de la ocupación (por ejemplo, pastoreo trashumante) y no a diferencias sociales entre locales y altiplánicos.

Planteamos que las comunidades locales de precordillera tuvieron un orden sociopolítico corporativo eficiente que permitió soportar las presiones políticas externas, y también incorporar las nuevas relaciones de interacción presentes en el Centro Sur Andino en expansión. Por otro lado, los señoríos altiplánicos no tuvieron un aparato político tan poderoso, como el que pudo desarrollar luego de su anexión al Tawantinsuyu (Michel 1999). En este sentido en la precordillera occidental asuntos tales como el control político fueron secundarios frente a las necesidades de complementariedad económica y ecológica. Esto provocó que la influencia de los

referentes culturales altiplánicos se observara principalmente en los planos económicos e ideológicos.

Es posible que los *kuraka* de precordillera, además de basar su prestigio en el cumplimiento exitoso de ceremonias comunitarias, propiciaran una integración económica con las nuevas parcialidades colonizadoras, estableciendo relaciones de parentesco ritual y real con los líderes altiplánicos. Este debió ser un proceso gradual, donde los líderes fueron incorporados de manera particular a facciones dentro de la jerarquía segmentaria del señorío. Los asentamientos grandes y multiétnicos como Huaihuarani, sustentados parcialmente por la verticalidad altiplánica, debieron concentrar otros mecanismos de integración económica como el intercambio normativo y el “comercio administrado”.

Por otro lado, la evidencia altiplánica en los valles bajos como Rosario se traduce esencialmente en fragmentos alfareros importados. Interpretamos la presencia y reemplazo de algunos ítemes de cerámica importada desde el Intermedio Tardío al Tardío como transformaciones en las redes de intercambio, y no tanto como llegada de componentes demográficos externos, pues el conjunto de cerámica de diseño y tecnología local se mantiene como el más importante. A pesar de que durante el Tardío las piezas de estilo Inka aumentaron, ciertos estilos específicos de la Tradición Negro sobre Rojo disminuyeron significativamente, como el estilo Vilavila. Adicionalmente, vemos que el tipo de borde Irrestringido Inflexionado (Borde 3), asociado a los estándares altiplánicos (Estándares 210 y 220), disminuyó significativamente durante el Tardío.

Aunque no disponemos de un catastro cerámico acucioso del altiplano, algunos datos nos permiten identificar estas piezas. El registro de Pärssinen y Siiriäinen (1997: 265) indica vasijas con diseño similar al estilo Vilavila en sitios cercanos al núcleo Pacajes. Por otro lado, escudillas similares al perfil del tipo Borde 3, son descritas por Albarracín-Jordan (1996: 264-267) como representativas del Período Pacajes Temprano (1100-1470 d.C.) del área de Tiwanaku. Por tanto, estos antecedentes nos permiten postular que el Inka modificó las redes de intercambio preexistentes de los señoríos altiplánicos con las comunidades del valle de Lluta. Durante el Intermedio Tardío, en el tráfico con los valles participaron los Pacajes, y luego, el Inka enfatizó las interrelaciones con el grupo altiplánico Caranga, como lo sugieren las fuentes etnohistóricas sobre la precordillera y valles bajos de Arica (Durstón e Hidalgo 1997).

Concluyendo, esta investigación y la contrastación general de las 3 hipótesis nos permiten plantear un modelo que permite dar cuenta de las diferentes situaciones políticas y económicas en espacios ocupados contemporáneamente. Por un lado, los valles bajos dentro de una organización especializada y ampliamente permeable a ciertos ítemes culturales externos; y por otro, una organización corporativa en la precordillera permeable a influjos poblacionales externos. Consiste en un escenario de creciente complejidad social e interacción, como el visualizado en el Centro Sur Andino de comienzos del milenio, donde cada una de las comunidades pre-estatales de los valles de Arica debió verse en una constante lucha interna y regional entre diversos *kuraka* o facciones que buscaron consolidar un poder más estable del que disponían. Esta diversidad de formas de aplicar y reproducir el poder social a través de diferentes instituciones sociales y económicas puede ser clarificado entendiéndolo como un sistema mayor de interacción.

Según los términos de la teoría de organización dual reticular-corporativa, este sistema regional habría sido organizado mediante distintas estrategias puntuales de organización sociopolítica para cada espacio ecológico. Además, todo este conjunto de estrategias habrían interactuado complementariamente. Por tanto, el modelo acá propuesto de integración regional permite avanzar en la explicación de los complejos y múltiples procesos sociales y económicos implicados en el desarrollo tardío de Arica.

Las diferencias observadas en la distribución y características de cada uno de los referentes culturales que interactuaron regionalmente fueron producto de estrategias desiguales de organización sociopolítica y no de grandes discrepancias en términos de complejidad política. La interacción regional habría sido sostenida estructuralmente tanto por estas unidades culturales y políticas con particulares contenidos ideológicos e institucionales, como por la capacidad de cada una de estas entidades de disponer de diferentes aparatos y mecanismos de complementariedad económica descritos para los Andes (Salomon 1985).

7.4. Palabras Finales

Para concluir este trabajo debemos señalar las limitaciones de nuestros análisis e interpretaciones y proponer los futuros trabajos que podrían llevarse a cabo para profundizar los temas tratados. Creemos que tanto la metodología de estudio para la cerámica y la arquitectura como también

el aparato conceptual propuesto en esta investigación puede ser de utilidad para nuevas preguntas.

Estamos ciertos que la visión que hemos obtenido es preliminar, tanto por lo acotado de los materiales estudiados, lo vasto del espacio geográfico y el largo lapso de temporalidad que se ha pretendido abordar. Nuestra visión se ha confinado a los asentamientos bien estructurados, dejándose de lado una gran cantidad de yacimientos de baja densidad, en general poco estudiados en nuestra área. Del mismo modo, las evidencias provenientes desde yacimientos funerarios del período en cuestión, tan abundantemente investigados en el valle de Azapa y costa de Arica, fueron descartados ya que no disponemos en la actualidad de muestras similares para la precordillera. Sabemos que el ámbito funerario es un interesante plano ideológico lleno de respuestas para nuestras preguntas de interacción social y hegemonía, pero en nuestro registro cerámico y arquitectónico también hemos hallado otras esferas ceremoniales de carácter social.

Nuestro estudio se enfrentó solo parcialmente a la variación diacrónica. En el lapso aproximado entre 1.100 y 1.530 años d. C., nuestras interpretaciones de continuidad y cambio cultural han sido ofrecidas desde una perspectiva ligada en mayor medida al poblamiento local, y no tanto a un entendimiento de las formas sociopolíticas de los grupos y entidades foráneas (por ejemplo Inka y señoríos aymara). Sin embargo, suponemos la existencia de bases de organización sociopolítica e ideológica compartidas por todas las poblaciones que habitaron durante los períodos inmediatamente pre-Inka en los Andes del Sur.

Sin embargo, podemos sugerir varios trabajos para complementar y contrastar lo que hemos propuesto. En términos generales, hace falta un trabajo específico para evaluar nuestra tipología de estándares de pasta, mediante descripciones petrográficas de cortes delgados y el estudio de componentes principales. Esto es fundamental para insistir en las distintas tradiciones tecnológicas de las poblaciones de tierras bajas, precordillera y altiplano; además, para contrastar una elaboración especializada de los alfares de la Cultura Arica. Al mismo tiempo, es necesario desarrollar estudios etnoarqueológicos en comunidades tradicionales de los valles, precordillera y altiplano de Arica, en especial, en temáticas como, cerámica, arquitectura, agricultura y pastoreo. Hasta ahora han sido escasas las relaciones entre la disciplina arqueológica y las comunidades (Jofré 2003; Romero 2003b), y existe un amplio desconocimiento mutuo: ni las comunidades saben lo que el conocimiento antropológico puede

aportar, ni los arqueólogos han confiado en el rol del conocimiento y las instituciones tradicionales para entender los procesos prehispánicos de la zona de estudio.

Entre las otras tareas necesarias, destaca de sobremanera lo que podemos obtener de análisis particulares o generales en las áreas arqueológicas correspondientes a los núcleos poblacionales Caranga. La diversidad de emplazamientos y características culturales de los yacimientos en territorio Caranga (Michel 1999) puede ser analizado intentando entender el complejo aparato de complementariedad de este señorío y sus diferentes mecanismos utilizados. Los conceptos teóricos acá propuestos, pueden ser de utilidad.

Aunque la mayoría de los valles bajos y medios han sido sistemáticamente registrados y estudiados (por ejemplo, Lluta [Santoro et al. 2000], Azapa [Goldstein 1995-96] y Camarones [entre otros, Niemeyer et al. 1971]) esta labor aún no se inicia en Chaca, y es esporádica en el curso medio y alto de Codpa (Ajata 2004; Muñoz et al. 1987b). Además, se han registrado diversos tipos de sitios en los valles medios y precordillera, pero no tenemos la misma diversidad e intensidad de estudios en la planicie costera y desembocadura de los ríos, los cuales se han centrado esencialmente en cementerios.

En la precordillera es urgente hacer un estudio detallado de las características del sistema de riego y cultivos prehispánicos, retomando trabajos como los realizados en el valle de Socoroma (Santoro et al. 1987). Estos estudios nos permitirían dimensionar estas obras y evaluar su desarrollo a través de la ocupación tardía de la precordillera. Además, hacen falta estudios estratigráficos en los grandes poblados y ocupaciones menores que nos den antecedentes acerca del comportamiento económico y productivo de los diversos nichos de precordillera. Aunque el estudio de los componentes arquitectónicos domésticos de precordillera ha sido considerado (Muñoz et al. 1997), y además lo hemos incluido en nuestro trabajo, se requiere centrar esfuerzos en describir y catastrar las características funerarias de estas poblaciones. Incluso, se requieren estudios metódicos de bioantropología y de contextos culturales funerarios, no sin antes de una clara información y solicitud de autorización a las comunidades indígenas afectadas.

En síntesis, las investigaciones realizadas este último decenio, en relación a los períodos tardíos de los valles de Arica --en la cual esta investigación es sólo una parte-- abren múltiples perspectivas que permitirían seguir desarrollando conocimiento específico. Estas perspectivas teóricas y metodológicas no sólo pueden seguir líneas cuantitativas o cercanas a las ciencias físicas, sino que

también elaborando perspectivas integradoras que consideren el estudio de los distintos paisajes culturales que componen el área de estudio. No debemos olvidar que este territorio es un área privilegiada, donde el registro de la historia humana en el ámbito andino se compone de múltiples ítemes, múltiples espacios ecológicos y una diversidad de pueblos y períodos de tiempo que conectan nuestro presente con los inicios de la presencia humana local, hace más de 10 mil años.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADÁN, L.
1996 *ARQUEOLOGÍA DE LO COTIDIANO. SOBRE DIVERSIDAD FUNCIONAL Y USO DEL ESPACIO EN EL PUKARA DE TURI.* Memoria para optar al título de Arqueóloga, Universidad de Chile, Departamento de Antropología, Santiago.
- AGÜERO, C.
2000 Las tradiciones de tierras altas y de valles occidentales en la textilería arqueológica del valle de Azapa. *CHUNGARA* 32(2): 217-225.
- AGÜERO, C., M. URIBE, P. AYALA y B. CASES
1997 Variabilidad textil durante el Período Intermedio Tardío en el valle de Quillagua: Una aproximación de la etnicidad. *ESTUDIOS ATACAMEÑOS* 14: 263-290.
- AJATA, R.
2004 Congregación social y espacios públicos: Presente y pasado en el valle de Codpa, Norte de Chile. *BOLETÍN DE LA SOCIEDAD CHILENA DE ARQUEOLOGÍA* 37:7-17.
- ALBERTI, G. y E. MAYER
1974 Reciprocidad andina: Ayer y hoy. En *RECIPROCIDAD E INTERCAMBIO EN LOS ANDES PERUANOS*: 13-33, compilado por G. Alberti y E. Mayer. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- ALBARRACIN-JORDAN, J.
1996 *TIWANAKU: ARQUEOLOGÍA REGIONAL Y DINÁMICA SEGMENTARIA.* Plural Editores, La Paz.
- ALDENDERFER, M. y C. STANISH
1993 Domestic architecture, household archaeology and the past in the South Central Andes. En *DOMESTIC ARCHITECTURE, ETHNICITY AND COMPLEMENTARITY IN THE SOUTH-CENTRAL ANDES*: 1-12, editado por M. Aldenderfer. University of Iowa Press, Iowa.
- ÁLVAREZ, L.
1990 *ETNOPERCEPCIÓN ANDINA DEL ESPACIO DE VALLES DULCES, VALLES SALADOS.* Tesis de Magíster en Historia mención Etnohistoria. Universidad de Chile, Santiago.
- ANSCHUETZ, K., R. WILSHUSEN y C. SCHEICK.
2001 An archaeology of landscapes: Perspectives and directions. *JOURNAL OF ARCHAEOLOGICAL RESEARCH* 9(2): 157-211.
- ARELLANO, J. y E. BERBERIAN
1981 Mallku, el señorío post-Tiwanaku del altiplano sur de Bolivia. *BOLETÍN DEL INSTITUTO FRANCÉS DE ESTUDIOS ANDINOS* 10(1-2): 51-84
- AUSUBEL, D., J. NOVAK y H. HENSIAN
1989 *PSICOLOGÍA EDUCATIVA: UN PUNTO DE VISTA COGNOSCITIVO.* Editorial Trillas, México D. F.
- AYALA, R. y M. URIBE
1996 Caracterización de dos tipos cerámicos ya definidos: Charcollo y Chiza Modelado. *BOLETÍN DE LA SOCIEDAD CHILENA DE ARQUEOLOGÍA* 22:24-28.
- BAUER, B.
1996 [1992] *EL DESARROLLO DEL ESTADO INCA.* Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas, Cuzco.
- BAWDEN, G.
1982 Community Organization Reflected by the Household: a Study of Pre-Columbian Social Dynamics. *JOURNAL OF FIELD ARCHAEOLOGY* 9(2):165-181.
- 1993 An archaeological study of social structure and ethnic replacement in residential architecture of the Tumilaca valley. En *DOMESTIC ARCHITECTURE, ETHNICITY AND COMPLEMENTARITY IN THE SOUTH-CENTRAL ANDES*: 42-54, editado por M. Aldenderfer. University of Iowa Press, Iowa.

- BERENGUER, J.
1994 Asentamientos, caravaneo y tráfico de larga distancia en el norte de Chile: El caso de Santa Bárbara. En *DE COSTA A SELVA: INTERCAMBIO Y PRODUCCIÓN EN LOS ANDES CENTRO-SUR*: 17-49, editado por M. Albeck. Instituto Interdisciplinario de Tilcara, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- 2004 *CARAVANAS, INTERACCIÓN Y CAMBIO EN EL DESIERTO DE ATACAMA*. Ediciones Sirawi, Santiago.
- BERENGUER, J., V. CASTRO y O. SILVA
1980 Reflexiones acerca de la presencia de Tiwanaku en el norte de Chile. *ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS* 5: 81-93.
- BERENGUER, J. y P. DAUELSBERG
1989 El Norte Grande en la órbita de Tiwanaku. En *PREHISTORIA. CULTURAS DE CHILE*: 129-180, editado por J. Hidalgo et al. Editorial Andrés Bello, Santiago
- BIRD, J.
1946 The cultural sequence of the north Chilean coast. En *HANDBOOK OF SOUTH AMERICAN INDIANS* Volume 2: 587-594, editado por J. Steward. Smithsonian Institution, Washington D.C.
- 1988 [1943] *EXCAVACIONES EN EL NORTE DE CHILE*. Traducción de M. Rivera. Ediciones Universidad de Tarapacá, Arica.
- BLANTON, R., G. FEINMAN, S. KOWALEWSKI y P. PEREGRINE
1996 A dual-processual theory for the evolution of Mesoamerican civilization. *CURRENT ANTHROPOLOGY* 37(1): 1-14.
- BÖRGEL, R.
1983 *GEOMORFOLOGÍA*. Colección Geográfica de Chile. Instituto Geográfico Militar, Santiago.
- BOURDIEU, P.
1997 [1994] *RAZONES PRÁCTICAS. SOBRE LA TEORÍA DE LA ACCIÓN*. Editorial Anagrama, Barcelona.
- BOUYSSÉ-CASSAGNE, T.
1987 *LA IDENTIDAD AIMARA. APROXIMACIÓN HISTÓRICA (SIGLO XV, SIGLO XVI)*. Editorial Hisbol, La Paz.
- BRIONES, L., I. MUÑOZ y J. CHACAMA
1982 *INFORME DEL ESTUDIO Y RESTAURACIÓN DEL PATRIMONIO CULTURAL EN EL ÁREA ANDINA DEL NORTE DE CHILE*. Convenio Universidad de Tarapacá y Organización de Estados Americanos, Arica
- BROWMAN, D.
1981 New light on Andean Tiwanaku. *AMERICAN SCIENTIST* 69: 408-419.
- 1984 Prehispanic Aymara expansion: The Southern Altiplano and San Pedro de Atacama. *ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS* 7: 236-252.
- BRUSH, S.
1987 [1974] El lugar del hombre en el ecosistema andino. En *EL ECOSISTEMA ANDINO*: 69-101. Editorial Hisbol, La Paz.
- CARTER, W. y X. ALBÓ
1988 La comunidad Aymara: Un mini-estado en conflicto. En *RAÍCES DE AMÉRICA: EL MUNDO AYMARA*. Alianza Editorial, Madrid.
- CASSMAN, V.
1997 *A RECONSIDERATION OF PREHISTORIC ETHNICITY AND STATUS IN NORTHERN CHILE: THE TEXTILE EVIDENCE*. Ph. D. Dissertation. Arizona State University, Nevada.
- CASTRO, M., C. VILLAGRÁN y M. KALIN
1982 Estudio etnobotánico en la precordillera y altiplano de los Andes del norte de Chile. En *EL HOMBRE Y LOS ECOSISTEMAS DE MONTAÑA. MAB* 6: 133-164. UNESCO, Santiago.
- CASTRO, V., F. MALDONADO y M. VASQUEZ
1993 Arquitectura del Pukara de Turi. *ACTAS DEL XIII CONGRESO DE ARQUEOLOGÍA CHILENA*, Tomo 2: 79-106. Temuco.
- CASTRO, V. y V. VARELA, editoras
1994 *CEREMONIAS DE TIERRA Y AGUA. RITOS*

- MILENARIOS ANDINOS. FONDART, Ministerio de Educación y Fundación Andes, Santiago.
- CASTRO V, V. VARELA, C. ALDUNATE Y E. ARANEDA
2004 Principios orientadores y metodología para el estudio del Qhapaqñan en Atacama: Desde el Portezuelo del Inka hasta Río Grande. *CHUNGARA* 36(2): 463-481.
- CASTRO, E., E. PIZARRO, V. GONZÁLEZ, V. LABBE, I. CIFUENTES, H; ROJAS y C. FUENTES
1988 *ESTUDIO DE UNA WAKA PREHISPÁNICA: LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA Y EL TESTIMONIO DE LOS CRONISTAS*. Seminario para optar al Título de Profesor de Historia y Geografía y Licenciado en Ciencias Sociales. Universidad de Tarapacá, Arica.
- CORNEJO, L. y M. FERNÁNDEZ
1984 Diferenciación social en el cementerio Az-8. *ACTAS DEL IX CONGRESO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA*: 35-42.
- CRiado, F.
1991 Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje. *BOLETÍN DE ANTROPOLOGÍA AMERICANA* 24:5-29.
1999 *DEL TERRENO AL ESPACIO: PLANTEAMIENTOS Y PERSPECTIVAS PARA LA ARQUEOLOGÍA DEL PAISAJE*. Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje, Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela.
- CUSTRED, G.
1974 Llameros y comercio interregional. En *RECIPROCIDAD E INTERCAMBIO EN LOS ANDES PERUANOS*: 252-289, compilado por G. Alberti y E. Mayer. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- DAUELSBERG, P.
1969 Arqueología de la zona de Arica. Secuencia cultural y cuadro cronológico. *ACTAS DEL V CONGRESO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA*: 15-19.
- 1972 Arqueología del departamento. En *ENCICLOPEDIA DE ARICA*: 161-178. Editorial de Enciclopedias Regionales, Santiago.
[http://www.uta.cl/masma/pdf/Dauelsberg_1972.pdf] (Marzo 2001)
- 1972-73 [1961] La cerámica de Arica y su situación cronológica. *CHUNGARA* 1-2: 17-24.
- 1982 Prehistoria de Arica. *DIÁLOGO ANDINO* 1: 31-82.
- 1983 Investigaciones arqueológicas en la sierra de Arica, sector Belén. *CHUNGARA* 11: 63-84.
- 1985a Desarrollo regional. En *CULTURAS DE ARICA*: 53-61, editado por C. Santoro y L. Ulloa. Serie Patrimonio Cultural Chileno, Ministerio de Educación, Santiago.
- 1985b Desarrollo regional en los valles costeros del norte de Chile. *DIÁLOGO ANDINO* 4:277-285.
- 1995a [1959] Contribución a la arqueología del valle de Azapa. En *MUSEO REGIONAL DE ARICA. REEDICIÓN DE BOLETINES DEL 1 AL 7*: 36-52. Editado por L. Álvarez, Arica.
- 1995b [1960] Algunos problemas sobre la cerámica de Arica. En *MUSEO REGIONAL DE ARICA. REEDICIÓN DE BOLETINES DEL 1 AL 7*: 94-108. Editado por L. Álvarez, Arica.
- DE UGARTE, M.
2004 Identificación de especies de madera en postes de vivienda en sitios del valle de Lluta. *CHUNGARA* Volumen Especial: 1015-1022.
- DIETLER, M. e I. HERBICH
1998 Habitus, techniques, style: An integrated approach to the social understanding of material cultural and boundaries. En *THE ARCHAEOLOGY OF SOCIAL BOUNDARIES*: 232-279, editado por M. Stark. Smithsonian Institution Press, Washington
- DILLEHAY, T.
1987 Estrategias políticas y económicas de las etnias locales del valle del Chillón durante el período prehispánico. *REVISTA ANDINA* 5(2): 407-456.
- DORNAN, J.
2002 Agency and archaeology: Past, present,

- and future directions. *JOURNAL OF ARCHAEOLOGY METHOD AND THEORY* 9(4): 303-329.
- DRENNAN, R.
1996 *STATISTICS FOR ARCHAEOLOGIST. A COMMONSENSE APPROACH*. Plenum Press, New York.
- DURSTON, A. y J. HIDALGO
1997 La presencia andina en los valles de Arica, siglos XVI-XVIII: Casos de regeneración colonial de estructuras archipelágicas. *CHUNGARA* 29(2): 249-273.
- EGLOFF, B. J.
1973 A method for counting rim sherds. *AMERICAN ANTIQUITY* 38: 351-353.
- ESPOUEYS, O., V. SCHIAPPACASSE, J. BERENQUER y M. URIBE
1995a En torno al surgimiento de la cultura Arica. *ACTAS DEL XIII CONGRESO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA CHILENA* Tomo 1: 171-184.
- ESPOUEYS, O., M. URIBE, A. ROMÁN y A. DEZA
1995b Nuevos fechados por termoluminiscencia para la cerámica del período Medio del valle de Azapa (primera parte). *ACTAS DEL XIII CONGRESO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA CHILENA* Tomo 2:31-53.
- FEINMAN, G.
2000 Corporate/Network. New perspectives on models of political action and the Puebloan Southwest. En *SOCIAL THEORY IN ARCHAEOLOGY: 31-51*, editado por M. Schiffer. The University of Utah Press, Salt Lake City.
- FISH, S. y S KOWALEWSKI, editores.
1990 *THE ARCHAEOLOGY OF REGIONS: A CASE FOR FULL-COVERAGE SURVEY*. Smithsonian Institution Press, Washington.
- FOCACCI, G.
1981 Descripción de un cementerio incaico en el valle de Azapa. *CHUNGARA* 7: 212-216.
- 1990 Excavaciones arqueológicas en el cementerio Az-6, valle de Azapa. *CHUNGARA* 24-25: 69-123.
- 1995 [1995] Informe sobre excavaciones en San Miguel de Azapa por el Museo Regional de Arica. En *MUSEO REGIONAL DE ARICA. REEDICIÓN DE BOLETINES DEL 1 AL 7*: 115-148. Editado por L. Álvarez, Arica.
- FOUCAULT, M.
1980 *LA MICROFÍSICA DEL PODER*. Ediciones la Piqueta, Madrid.
- FRIED, M.
1979 Sobre la evolución política de la estratificación social y del Estado. En *ANTROPOLOGÍA POLÍTICA*: 133-151, editado por J. Llobera. Editorial Anagrama, Barcelona.
- GALLARDO, F., M. URIBE y P. AYALA
1995 Arquitectura Inka y poder en el Pukara de Turi, Norte de Chile. *GACETA ARQUEOLÓGICA ANDINA* 24: 151-171.
- GEERTZ, C.
2000 [1973] *LA INTERPRETACIÓN DE LAS CULTURAS*. Editorial Gedisa, Barcelona.
- GOLDSTEIN, P.
1995-96 Tiwanaku settlement patters of the Azapa valley, Chile. New data and the legacy of Percy Dauelsberg. *DIÁLOGO ANDINO* 14-15: 57-73.
- GONZÁLEZ, H.
1990 *TIMAR, DIAGNÓSTICO SOCIOECONÓMICO. ACERCA DE LA UTILIZACIÓN DE DOS ESPACIOS ECONÓMICOS: EL CAMPO Y LA CIUDAD*. Taller de Estudios Andinos, Serie Documentos de Trabajo, Arica.
- GONZÁLEZ, H., H. GUNDERMANN y R. ROJAS
1991 *DIAGNÓSTICO Y ESTRATEGIA DEL DESARROLLO CAMPESINO EN LA REGIÓN DE TARAPACÁ*. Corporación Norte Grande y Taller de Estudios Andinos, Arica.
- GORDILLO, J.
1993 *CATASTRO, INVENTARIO Y EVALUACIÓN DE SITIOS ARQUEOLÓGICOS DEL VALLE MEDIO DEL RÍO CAPLINA, TACNA*. Trabajo de Titulación Profesional de Licenciado en

- Arqueología. Universidad Católica Santa María, Arequipa.
- 1996 Desarrollo regional tardío y ocupación Inca en la pre-cordillera de Tacna. *CIENCIA Y DESARROLLO* 3:96-111.
- HIDALGO, J.
- 1978 *REVISITA A LOS ALTOS DE ARICA. EFECTUADA POR EL OFICIAL REAL DON JOAQUÍN DE CÁRDENAS. 1750.* Trascrito por J. Hidalgo y A. Flores. Departamento de Antropología, Universidad del Norte, Arica.
- 1996 Relaciones protohistóricas interétnicas entre las poblaciones locales y altiplánicas en Arica. En *LA INTEGRACIÓN SURANDINA CINCO SIGLOS DESPUÉS: 161-173.* Editado por X. Albó et al. Centro de Estudios Regionales Bartolomé de Las Casas, Cuzco.
- 2004 Pescadores del litoral árido de valles y quebradas del norte de Chile y su relación con agricultores, siglos XVI y XVII. En *HISTORIA ANDINA EN CHILE: 431-469*, editado por J. Hidalgo. Editorial Universitaria, Santiago.
- HIDALGO, J., J. CHACAMA y G. FOCACCI
- 1982 Elementos estructurales en la cerámica del estadio aldeano. *CHUNGARA* 8: 79-95.
- HIDALGO, J. y G. FOCACCI
- 1986 Multiétnicidad en Arica, Siglo XVI. Evidencias etnohistóricas y arqueológicas. *CHUNGARA* 16-17: 137-148.
- HIDALGO, J., P. ARÉVALO, M. MARSILLI y C. SANTORO
- 1988 *PADRÓN DE LA DOCTRINA DE BELÉN EN 1813. UN CASO DE COMPLEMENTARIEDAD TARDÍA.* Serie Documentos de Trabajo 4, Universidad de Tarapacá, Arica.
- HIDALGO, J. y A. DURSTON
- 1998 Reconstitución étnica colonial en la sierra de Arica: El cacicazgo de Codpa, 1650-1780. *ACTAS DEL IV CONGRESO INTERNACIONAL DE ETNOHISTORIA*, Tomo 2: 32-75.
- HODDER, I.
- 1979 Social and economic stress and material culture patterning. *AMERICAN ANTIQUITY* 44(3): 446-454.
- 1988 *INTERPRETACIÓN EN ARQUEOLOGÍA. CORRIENTES ACTUALES.* Editorial Crítica, Barcelona.
- HODDER, I. y C. ORTON
- 1990 [1976] *ANÁLISIS ESPACIAL EN ARQUEOLOGÍA.* Editorial Crítica, Barcelona.
- HORTA, H. y C. AGÜERO
- 1997 Definición de chuspa: Textil de uso ritual durante el período Intermedio Tardío, en la zona arqueológica de Arica. *ACTAS DEL XIV CONGRESO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA CHILENA*, Tomo 2: 45-82.
- HYSLOP, J.
- 1976 *AN ARCHAEOLOGICAL INVESTIGATION OF THE LUPACA KINGDOM AND ITS ORIGIN.* . Ph. D. Dissertation, Department of Anthropology, Columbia University, New York.
- 1990 *INKA SETTLEMENT PLANNING.* University of Texas Press, Austin.
- INGOLD, T.
- 1993 The temporality of landscape. *WORLD ARCHAEOLOGY* 25: 152-174.
- I.N.C.
- 1979 *CRÍTICAS Y PERSPECTIVAS DE LA ARQUEOLOGÍA ANDINA.* Proyecto Regional de Cultura, PNUD- UNESCO, Paracas.
- ISELL, W. H.
- 1997 *MUMMIES AND MORTUARY MONUMENTS. A POSTPROCESUAL PREHISTORY OF CENTRAL ANDEAN SOCIAL ORGANIZATION.* University of Texas Press. Austin.
- IZKO, X.
- 1986 Comunidad andina: Persistencia y cambio. *REVISTA ANDINA* 4(1): 59-129.
- JESSUP, D.
- 1990 Desarrollos generales en el Intermedio Tardío en el valle de Ilo, Perú. Informe Interno del Programa Contisuyu. Manuscrito en posesión del autor.

- JOFRÉ, D.
2003 *ARQUEOLOGÍA Y PATRIMONIO DE BELÉN: PAISAJE Y CONTINUIDAD CULTURAL AL INTERIOR DE ARICA*. Memoria para optar al título de arqueóloga, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.
- JOHNSON, A. y T. EARLE
1987 *THE EVOLUTION OF HUMAN SOCIETIES*. Stanford University Press, Stanford.
- JULIEN, C.
1983 *HATUNQOLLA: A VIEW OF INCA RULE FROM THE LAKE TITICACA REGION*. University of California Press, Berkeley.
- KELLER, C.
1946 *EL DEPARTAMENTO DE ARICA*. Editorial Zig-Zag, Santiago.
- LAGOS, R., E. MENDOZA, N. AMPUERO y N. HERANÁNEDEZ
1988 La limpia de canales y acequias de Santiago de Río Grande. *CHUNGARA* 22: 43-78.
- LOZADA, M. y J. BUIKSTRA
2002 *EL SEÑORÍO DE CHIRIBAYA EN LA COSTA SUR DEL PERÚ*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- LUMBRERAS, L.
1972-73 Sobre la problemática arqueológica de Arica. *CHUNGARA* 1-2: 25-27.
1974 Los reinos post-Tiwanaku en el área altiplánica. *REVISTA DEL MUSEO NACIONAL DE LIMA* 40: 55-85.
1981 *ARQUEOLOGÍA DE LA AMÉRICA ANDINA*. Editorial Milla Batres, Lima.
- LECOQ, P.
1997 Patrón de asentamiento, estilo cerámico y grupos étnicos: El ejemplo de la región intersalar en Bolivia. En *SABERES Y MEMORIAS EN LOS ANDES: IN MEMORIAM THIERRY SAIGNES*: 59-89, editado por T. Bouysse-Cassagne. IEHAL-IFEA, Lima.
- LLAGOSTERA, A.
1989 Caza y pesca marítima. En *PREHISTORIA. CULTURAS DE CHILE*: 57-80, editado por J. Hidalgo et al. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- MARTÍNEZ, G.
1976 El sistema de los Uywiris en Isluga. En *HOMENAJE AL R. P. GUSTAVO LE PAIGE S. J.*: 258-305. Universidad del Norte, Antofagasta.
1987 Para una etnografía del riego en Chiapa: medidas y calendario. *CHUNGARA* 18:163-179.
1989 Estructuras binarias y ternarias en Pueblo Isluga. En *ESPACIO Y PENSAMIENTO I*: 109-148. Editorial Hisbol, La Paz.
- MAUSS, M.
1971 [1925] Ensayo sobre los dones. Razón y forma del cambio en las sociedades primitivas. En *SOCIOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA*: 153-263. Editorial Tecnos, Madrid.
- MICHEL, M.
1999 *EL SEÑORÍO PREHISPÁNICO DE CARANGAS*. Tesis de Diplomado Superior en Derechos de los Pueblos Indígenas. Universidad de la Cordillera, La Paz.
- MOORE, J.
1996a The archaeology of plazas and the proxemics of ritual. Three andean traditions. *AMERICAN ANTHROPOLOGY* 98(4): 789-802.
1996b *ARCHITECTURE AND POWER IN THE ANCIENT ANDES*. Cambridge University Press, Cambridge.
- MORALES, M.
1985 *DESARROLLO DE LA ARRIERÍA EN LOS VALLES OCCIDENTALES ANDINOS*. Seminario para optar al Título de Profesor de Historia y Geografía. Facultad de Humanidades y Letras, Universidad de Tarapacá, Arica.
- MOSTNY, G.
1943 Informe sobre excavaciones de Arica. *BOLETÍN DEL MUSEO NACIONAL DE HISTORIA NATURAL* 21: 79-135.
1944 Excavaciones en Arica. *BOLETÍN DEL MUSEO NACIONAL DE HISTORIA NATURAL* 22: 135-145.
- MUJICA, E.
1985 Altiplano-coast relationships in the South

- Central Andes: From indirect to direct complementarity. En *ANDEAN ECOLOGY AND CIVILIZATION. AN INTERDISCIPLINARY PERSPECTIVE ON ANDEAN ECOLOGICAL COMPLEMENTARITY*: 103-140, editado por S. Masuda, I. Shimada y C. Morris. University of Tokyo Press, Tokyo
- 1990 Presentación del taller de arqueología 'Los Valles Occidentales del área Centro-Sur Andina'. *GACETA ARQUEOLÓGICA ANDINA* 18-19: 7-10.
- MUJICA, E., M. RIVERA y T. LYNCH
1983 Proyecto de estudio sobre la complementariedad económica Tiwanaku en los valles occidentales del centro-sur andino. *CHUNGARA* 11: 85-109.
- MUNIZAGA, C.
1957 Secuencias culturales de la zona de Arica. *ARQUEOLOGÍA CHILENA* 1: 77-122.
- MUÑOZ, I.
1982 Algunas consideraciones sobre el período Desarrollo Regional en los valles bajos y costa de Arica. *ACTAS DEL VIII CONGRESO DE ARQUEOLOGÍA CHILENA*: 117-128.
- 1987 La Cultura Arica: Intento de visualización de relaciones de complementariedad económica. *DIÁLOGO ANDINO* 6: 30-47.
- 1996 Asentamientos e interrelaciones culturales: Una aproximación al proceso prehispánico tardío en la sierra de Arica. *TAWANTINSUYU* 2: 44-58.
- MUÑOZ, I., B. ARRIAZA y A. AUFDERHEIDE, editores
1993 *ACHA-2 Y LOS ORÍGENES DEL POBLAMIENTO HUMANO EN ARICA*. Ediciones Universidad de Tarapacá, Arica.
- MUÑOZ, I. y L. BRIONES
1996 Poblados, rutas y arte rupestre precolombinos de Arica: Descripción y análisis de sistema de organización. *CHUNGARA* 28: 47-84.
- MUÑOZ, I. y J. CHACAMA
1988 Cronología por termoluminiscencia para los períodos Intermedio Tardío y Tardío en la sierra de Arica. *CHUNGARA* 20: 19-45.
- 1997 Uso del espacio y relaciones interculturales en la sierra de Arica: El caso de las sociedades prehispánicas del período Intermedio Tardío. *ACTAS DEL SEGUNDO CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA* Tomo 2: 591-597.
- 1999 Los valles serranos de Arica y Tacna en la órbita de los Incas. *ACTAS DEL XII CONGRESO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA ARGENTINA* Tomo I: 262-279.
- MUÑOZ, I., J. CHACAMA, G. ESPINOSA y L. BRIONES
1987a La ocupación tardía en Zapahuira y su vinculación a la organización social y política inca. *CHUNGARA* 18: 67-89.
- MUÑOZ, I., J. CHACAMA y G. ESPINOSA
1987b El poblamiento prehispánico tardío en el valle de Codpa: Una aproximación a la historia regional. *CHUNGARA* 19: 7-61.
- MUÑOZ, I., J. CHACAMA y M. SANTOS
1997 Tambos, pukaras y aldeas, evidencias del poblamiento humano prehispánico tardío y de contacto indígena-europeo en el extremo norte de Chile: Análisis de los patrones habitacionales y nuevas dataciones radiométricas. *DIÁLOGO ANDINO* 16: 123-190.
- MUÑOZ, I. y G. FOCACCI
1985 San Lorenzo: Testimonio de una comunidad de agricultores y pescadores posttiwanaku en el valle de Azapa. *CHUNGARA* 15: 7-30.
- MUÑOZ, I. y M. SANTOS
1995 La Waka de Atoca: ¿Alfarería Wari en Arica? *ACTAS DEL XIII CONGRESO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA CHILENA* Tomo 2: 69-89.
- 1998 Desde el período Tiwanaku al indígena colonial: Uso del espacio e interacción social en la quebrada de Miñita, Norte de Chile. *DIÁLOGO ANDINO* 17: 69-114.
- 2000 El poblamiento local de Pubriza y la

- interacción en el valle de Azapa. *PACARINA* 1:6-48. Jujuy. Tarapacá). *ACTAS DEL VI CONGRESO DE ARQUEOLOGÍA CHILENA*: 115-137.
- MURRA, J.
1972 El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas. En *VISITA A LA PROVINCIA LEÓN DE HUÁNUCO (1562) POR IÑIGO ORTIZ DE ZÚÑIGA*, Volumen 2: 427-476. Universidad Hermilio Valdizán, Huánuco
- 1976 Los límites y limitaciones En *HOMENAJE AL DR. GUSTAVO LE PAIGE, S.J.*: 141-146, editado por H. Niemeyer. Universidad del Norte, Antofagasta.
- 1978 [1956] *LA ORGANIZACIÓN ECONÓMICA DEL ESTADO INCA*. Siglo XXI Editores, México D. F.
- 1987 ¿Existieron el tributo y los mercados antes de la invasión europea? En *LA PARTICIPACIÓN INDÍGENA EN LOS MERCADOS SURANDINOS. ESTRATEGIAS Y REPRODUCCIÓN SOCIAL SIGLOS XVI A XX*, compilado por O. Harris. CERES, La Paz.
- 2002 [1985] El 'Archipelago Vertical'. Once años después. En *EL MUNDO ANDINO. POBLACIÓN, MEDIO AMBIENTE Y ECONOMÍA*: 132-139. Fondo Editorial PUCP e Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- NIELSEN, A.
1995 Architectural performance and the reproduction of social power. En *EXPANDING ARCHAEOLOGY*: 47-66, editado por J. Skibo, W. Walter y A. Nielsen. University of Utah Press, Salt Lake City.
- 2002 Asentamientos, conflicto y cambio social en el altiplano de Lípez (Potosí). *REVISTA ESPAÑOLA DE ANTROPOLOGÍA AMERICANA* 32: 179-205.
- NIELSEN, A., J. AVALOS y K. MENACHO
1997 Lejos de la ruta sin un pucara. *CUADERNOS* 9: 203-220.
- NIEMEYER, H., V. SCHIAPPACASSE e I. SOLIMANO
1971 Padrones de poblamiento en la quebrada de Camarones (Prov.
- NIEMEYER, H. y V. SCHIAPPACASSE
1981 Aportes al conocimiento del período Tardío del extremo norte de Chile: Análisis del sector de Huancarane del valle de Camarones. *CHUNGARA* 7: 3-103.
- 1988 Patrones de asentamiento incaicos en el norte grande de Chile. En *LAS FRONTERAS DEL ESTADO INCA*: 141-179, editado por T. Dillehay y P. Netherly. BAR International Series, Oxford.
- NÚÑEZ, L.
1965 Desarrollo cultural prehispánico del Norte de Chile. *ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS* 1:37-115.
- 1966 Recientes fechados radiocarbónicos de la arqueología del norte de Chile. *BOLETÍN DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE* 64..
- 1972-73 Carta respuesta a Luis Guillermo Lumbreras. *CHUNGARA* 1-2:27-32.
- NÚÑEZ, L. y T. DILLEHAY
1995 [1979] *MOVILIDAD GIRATORIA, ARMONÍA SOCIAL Y DESARROLLO EN LOS ANDES MERIDIONALES: PATRONES DE TRÁFICO E INTERACCIÓN ECONÓMICA*. ENSAYO. Segunda edición. Universidad Católica del Norte, Antofagasta.
- ORTON, O, TYERS, P y A. VINCE
1997 [1993] *LA CERÁMICA EN ARQUEOLOGÍA*. Editorial Crítica, Madrid.
- OWEN, B.
1993 *A MODEL OF MULTIETHNICITY: STATE COLLAPSE, COMPETITION AND SOCIAL COMPLEXITY FROM TIWANAKU TO CHIRIBAYA IN THE OSMORE VALLEY, PERU*. Ph. D. Dissertation. University of California, Los Angeles.
- PALMA, J., C. PRADO y M. VILLASECA
1995 Aporte metodológico al estudio de la cestería arqueológica. *ACTAS DEL XIII CONGRESO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA CHILENA* Tomo 2: 157-164.
- PARCERO, C., F. CRIADO y M. SANTOS
1998 Rewriting landscape: Incorporating sacred landscapes into cultural

- traditions. *WORLD ARCHAEOLOGY* 30: 159-178.
- PÄRSSINEN, M.
2003 [1992] *TAWANTINSUYU. EL ESTADO INCA Y SU ORGANIZACIÓN POLÍTICA*. IFEA y Fondo Editorial PUCP, Lima.
- PÄRSSINEN, M. y A. SIIRIÄINEN
1997 Inka-Style ceramics and their chronological relationship to the Inka expansion in the southern Lake Titicaca area (Bolivia). *LATIN AMERICAN ANTIQUITY* 8 (3): 255-271.
- PEASE, F.
1992 *CURACAS, RECIPROCIDAD Y RIQUEZA*. Fondo Editorial PUCP, Lima.
- PIAZZA, F.
1981 Análisis descriptivo de una aldea incaica en el sector de Pampa Alto Ramírez. *CHUNGARA* 7: 172-210.
- POLITIS, G.
2003 The theoretical landscape and the methodological development of archaeology in Latin America. *LATIN AMERICAN ANTIQUITY* 14(2): 115-154.
- POLANYI, K.
1976 [1957] El sistema económico como proceso institucionalizado. En: *ANTROPOLOGÍA Y ECONOMÍA*: 155-178, compilado por M. Godelier. Editorial Anagrama, Barcelona.
- PLATT, T.
1980 El concepto de yanantin entre los macha de Bolivia. En *PARENTESCO Y MATRIMONIO EN LOS ANDES*: 139-183, editado por A. Mayer y R. Bolton. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- 1987 Entre ch'axwa y muxa. Para una historia del pensamiento político aymara. En *TRES REFLEXIONES SOBRE EL PENSAMIENTO ANDINO*: 61-132. Editorial Hisbol, La Paz.
- RAPOPORT, A.
1990 Systems of activities and systems of settings. En *DOMESTIC ARCHITECTURE AND THE USE OF SPACE*: 9-20, editado por S. Kent. Cambridge University Press, Cambridge.
- 2001 Theory, Culture and Housing. *HOUSING, THEORY AND SOCIETY* 17: 145-165.
- RENFREW, C.
1986 Introduction: Peer polity interaction and sociopolitical change. En *PEER POLITY INTERACTION AND SOCIO POLITICAL CHANGE*: 1-18, editado por C. Renfrew y J. Cherry. Cambridge University Press, Cambridge.
- RICE, P.
1987 *POTTERY ANALYSIS: A SOURCEBOOK*. University of Chicago Press, Chicago.
- RIVIERE, G.
1979 Intercambio y reciprocidad en Carangas. *ANTROPOLOGÍA* 1:85-113. Instituto Nacional de Antropología, La Paz.
- 1986 Cuadripartición e ideología en Carangas. *HISTORIA Y CULTURA* 10: 3-57. La Paz.
- ROMERO, Á.
1994 Complementariedad ecológica en los cursos bajos y medios de los Valles Occidentales. *DIÁLOGO ANDINO* 13: 65-77.
- 2002 Cerámica doméstica del valle de Lluta: Cultura local y redes de interacción Inka. *CHUNGARA* 34(2): 191-213.
- 2003a Chullpas de barro, interacción y dinámica política en la precordillera de Arica durante el período Intermedio Tardío. *TEXTOS ANTROPOLÓGICOS* 14: 83-103.
- 2003b Arqueología y pueblos indígenas en el extremo norte de Chile. *CHUNGARA* 35(2): 337-346.
- ROMERO, A. y L. BRIONES
1999 CO-37: Estado y planificación Inca en Collahuasi (Provincia de Iquique, I Región, Chile). *ESTUDIOS ATACAMEÑOS* 18: 141-154.
- ROMERO, Á., C. SANTORO y M. SANTOS
2000 Asentamientos y organización sociopolítica en los tramos bajo y medio del valle de Lluta. *ACTAS DEL TERCER CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA*

Tomo II: 696-706.

ROMERO, Á, C. SANTORO, D, VALENZUELA, J.
CHACAMA. E. ROSELLO y L. PACENZIA
2004 Túmulo, paisaje e ideología de la
fase Alto Ramírez del valle de
Azapa. *CHUNGARA* Volumen Especial:
261-272.

ROSTWOROWSKI, M.

1989 *COSTA PERUANA PREHISPÁNICA*.
Segunda edición aumentada y
corregida. Instituto de Estudios
Peruanos, Lima.

1992 *PACHACAMAC Y EL SEÑOR DE LOS*
MILAGROS. UNA TRAYECTORIA
MILENARIA. Instituto de Estudios
Peruanos, Lima.

1993 Las macroetnias en el ámbito andino.
En *ENSAYOS DE HISTORIA ANDINA*.
ÉLITES, ETNIAS, RECURSOS: 201-218.
Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

RYDEN, S.

1947 *ARCHAEOLOGICAL RESEARCHES IN THE*
HIGHLANDS OF BOLIVIA. Elanders
Boktryckeri Aktiebolag, Göteborg.

RYE, O.

1981 *POTTERY TECHNOLOGY*. Taraxacum Inc,
Washington D.C.

SALOMON, F.

1985 The dynamic potential of the
complementarity concept. En *ANDEAN*
ECOLOGY AND CIVILIZATION. AN
INTERDISCIPLINARY PERSPECTIVE ON
ANDEAN ECOLOGICAL
COMPLEMENTARITY: 511-532, editado
por S. Masuda, I. Shimada y C.
Morris. University of Tokyo Press,
Tokyo.

SANTORO, C.

1995 *LATE PREHISTORIC REGIONAL*
INTERACTION AND SOCIAL CHANGE IN A
COASTAL VALLEY OF NORTHERN CHILE.
Ph. D. Dissertation. University of
Pittsburgh, Pittsburgh.

2000 Formativo en la región de Valles
Occidentales del área Centro Sur
Andina. En *FORMATIVO*
SUDAMERICANO, UNA REVALUACIÓN:
243-254, editado por P.

Lederberger. Editorial Abya-Yala,
Quito.

SANTORO, C., E. BELMONTE y V. STANDEN
2001a El paisaje. De la sequedad del desierto
a la salinidad de la costa. En *PUEBLOS*
DEL DESIERTO. ENTRE EL PACÍFICO Y LOS
ANDES: 9-18. Ediciones Universidad de
Tarapacá, Arica.

SANTORO, C., S. DORSEY VINTON y K. REINHARD
2003a Inca expansion and parasitism in the
Lluta Valley: Preliminary data.
MEMÓRIAS DO INSTITUTO OSWALDO CRUZ
98 (Suppl. I): 161-163.

SANTORO, C. y J. CHACAMA

1982 Secuencia cultural de las tierras altas
del área Centro Sur Andina. *CHUNGARA*
9: 22-45.

SANTORO, C., J. HIDALGO y A. OSORIO

1987 El estado Inka y los grupos étnicos en el
sistema de riego de Socoroma.
CHUNGARA 19: 71-92.

SANTORO, C., A. ROMERO, E. ROSELLO, V.
STANDEN y A. TORRES

2000 *CATASTRO DE SITIOS ARQUEOLÓGICOS DEL*
VALLE DE LLUTA. Informe Interno Proyecto
FONDECYT 1970597. Manuscrito en
posesión de los autores.

SANTORO, C. y A. ROMERO

2001 *INFORME PROSPECCIÓN ARQUEOLÓGICA*
PAMPA SAN JUAN Y BORDE NORTE DEL
VALLE DE AZAPA. Empresa NOPEL.
Manuscrito en posesión de los autores.

SANTORO, C., A. ROMERO y B. SANTOS

2001b Formas cerámicas e interacción regional
durante los períodos Intermedio Tardío
y Tardío en el valle de Lluta. En
SEGUNDAS JORNADAS DE ARTE Y
ARQUEOLOGÍA: 15-40, editado por J.
Berenguer, L. Cornejo, F. Gallardo y C.
Sinclair. Museo Chileno de Arte
Precolombino, Santiago.

SANTORO, C., Á. ROMERO y V. STANDEN

2003b Interacción social en los períodos
Intermedio Tardío y Tardío, valle de
Lluta, norte de Chile. En *LA*
ARQUEOLOGÍA Y LA ETNOHISTORIA EN LOS

- ANDES, editado por J. Topic (en prensa).
- SANTORO, C., Á. ROMERO, V. STANDEN y A. TORRES
2004 Continuidad y cambio en las comunidades locales, períodos Intermedio Tardío y Tardío, Valles Occidentales. *CHUNGARA* Volumen Especial: 235-247.
- SANTOS, M.
1989 Posibles evidencias de hornos alfareros en la desembocadura del valle de Camarones (Períodos Intermedio Tardío, Tardío). *CHUNGARA* 23: 7-18.
- SCHAEDEL, R.
1957 Informe general sobre la expedición a la zona comprendida entre Arica y La Serena. *ARQUEOLOGÍA CHILENA* 1: 5-41.
- SCHIAPPACASSE, V.
1999 Cronología del Estado Inka. *ESTUDIOS ATACAMEÑOS* 18: 133-140.
- SCHIAPPACASSE, V., V. CASTRO y H. NIEMEYER
1989 Los desarrollos regionales en el Norte Grande. En *PREHISTORIA. CULTURAS DE CHILE*: 181-220, editado por J. Hidalgo et al. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- SCHIAPPACASSE, V. y H. NIEMEYER
1988 Avances y sugerencias para el conocimiento de la prehistoria tardía de la desembocadura del valle de Camarones (Región de Tarapacá). *CHUNGARA* 22: 63-84
1997 Continuidad y cambio cultural en el poblado actual, colonial e inca de Pachica, quebrada de Camarones. *CHUNGARA* 29: 209-247.
2002 Ceremonial Inca provincial: El asentamiento de Saguara (Cuenca de Camarones). *CHUNGARA* 34(1):53-84.
- SCHIAPPACASSE, V., A. ROMÁN, I. MUÑOZ, A. DEZA y G. FOCACCI
1991 Cronología por termoluminiscencia de la cerámica del extremo norte de Chile: Primera parte. *ACTAS DEL XI CONGRESO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA CHILENA* Tomo 1: 43-59.
- SCHIFFER, M.
1999 A behavioral theory of meaning. En *POTTERY AND PEOPLE. A DYNAMIC INTERACTION*: 199-217, editado por J. Skibo y G. Feinman. University of Utah Press, Salt Lake City.
- SCHORTMAN, E.
1989 Interregional interaction in prehistory: The need for a new perspective. *AMERICAN ANTIQUITY* 54:52-63.
- SCHORTMAN, E. y P. URBAN
1992 Current trends in interaction research. En *RESOURCES, POWER AND INTERREGIONAL INTERACTION. INTERDISCIPLINARY CONTRIBUTIONS TO ARCHAEOLOGY*: 235-255, editado por E. Schortman y P. Urban. Plenum Press, New York.
- SEPÚLVEDA, M., Á. ROMERO y L. BRIONES
2005 Tráfico de caravanas, arte rupestre y ritualidad en la quebrada de Suca (Extremo Norte de Chile). *CHUNGARA* 37(2): X-XX.
- SERVICE, E.
1993 Political power and the origin of social complexity. En *CONFIGURATION OF POWER HOLISTIC ANTHROPOLOGY IN THEORY AND PRACTICE*: 112-136, editado por J. Henderson y P. Netherly. Cornell University Press, Ithaca.
- SHENNAN, S.
1989 Introduction: Archaeological approaches to cultural identity. En *ARCHAEOLOGICAL APPROACHES TO CULTURAL IDENTITY*: 1-32, editado por S. Shennan. Unwin-Hymm, London.
1993 After social evolution: a new archaeological agenda? En *ARCHAEOLOGICAL THEORY: WHO SETS THE AGENDA?* : 53-59, editado por N. Yoffee y A. Sherratt. Cambridge University Press, Cambridge.
- SHEPPARD, A.
1956 *CERAMICS FOR THE ARCHAEOLOGIST*. Carnegie Institution of Washington,

Washington D.C.

- SINOPOLI, C.
1991 *APPROACHES TO ARCHAEOLOGICAL CERAMICS*. Plenum Press, New York
- STANISH, C.
1989 Household archaeology: testing models of zonal complementarity in the South central Andes. *AMERICAN ANTHROPOLOGIST* 91:7-24.
1991 *A LATE PRE-HISPANIC CERAMIC CHRONOLOGY FOR THE UPPER MOQUEGUA VALLEY, PERU*. Fieldana N° 16. Field Museum of Natural History, Chicago.
1992 *ANCIENT ANDEAN POLITICAL ECONOMY*. University of Texas Press, Austin.
1997 Nonmarket Imperialism in the Prehispanic Americas: The Inka Occupation of the Titicaca Basin. *LATIN AMERICAN ANTIQUITY* 8(3): 195-216.
- STONE, T.
2003 Social identity and ethnic interaction in the Western Pueblos of the American Southwest. *JOURNAL OF ARCHAEOLOGY METHOD AND THEORY* 10 (1): 31-67.
- STUIVER, M. y P. J. REIMER
2005 *CALIB 5.0 RADIOCARBON CALIBRATION PROGRAM*. Quaternary Isotope Lab, University of Washington.
[<http://www.calib.qub.ac.uk>]
- TAPIA, A.
1996 Medio Natural y Terrazas de cultivos en la sierra de Arica. Sector Chapiquiña–Belén–Tignamar. Informe Interno Proyecto FONDECYT 1950980. Universidad de Tarapacá, Arica.
- TEMPLE, D.
2003 *LAS ESTRUCTURAS ELEMENTALES DE LA RECIPROCIDAD*. Tari, Plural Editores y UMSA, La Paz.
- TRIGGER, B.
1992 [1989] *HISTORIA DEL PENSAMIENTO ARQUEOLÓGICO*. Editorial Crítica, Madrid.
- TRONCOSO, A.
2001 Espacio y poder. *BOLETÍN DE LA SOCIEDAD CHILENA DE ARQUEOLOGÍA* 32:10-23.
- UHLE, M.
1919 La arqueología de Arica y Tacna. *BOLETÍN DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS HISTÓRICOS AMERICANOS* 7-8:1-48. Quito.
1922 *FUNDAMENTOS ÉTNICOS Y ARQUEOLOGÍA DE ARICA Y TACNA*. Segunda Edición. Imprenta de la Universidad Central, Quito.
- ULLOA, L.
1982 Evolución de la industria textil prehispánica en la zona de Arica. *CHUNGARA* 8: 97-108.
- UMIRE, A. y A. MIRANDA
2001 *CHIRIBAYA DE ILO*. Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Arequipa.
- URIBE, M.
1995 Cerámicas arqueológicas de Arica: Primera etapa de una reevaluación tipológica (períodos Medio y comienzos del Intermedio Tardío). *ACTAS DEL XIII CONGRESO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA CHILENA* Tomo 2: 81-96.
1996 *RELIGIÓN Y PODER EN LOS ANDES DEL LOA: UNA REFLEXIÓN DESDE LA ALFARERÍA*. Memoria para optar al título de Arqueólogo, Universidad de Chile, Departamento de Antropología, Santiago.
1997 Cerámicas arqueológicas de Arica: II etapa de una reevaluación tipológica (períodos Intermedio Tardío y Tardío). *ACTAS DEL XIV CONGRESO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA CHILENA* Tomo 2: 13-44.
1999 La cerámica de Arica 40 años después de Dauelsberg. *CHUNGARA* 31(2):189-228.
- URIBE, M., M. MARDONES y L. SANHUEZA
1996 *TIPOLOGÍA PARA LA CERÁMICA PINTADA DE ARICA: PERÍODO INTERMEDIO TARDÍO*. Informe interno proyecto FONDECYT 1930202. Manuscrito en posesión de los autores, Santiago.

- URTON, G.
1988 La arquitectura pública como texto social: La historia de un muro de adobe en Pacariqtambo, Perú (1915-1985). *REVISTA ANDINA* 6(1): 225-263.
- 1992 Communalism and differentiation in an Andean community. En *ANDEAN COSMOLOGIES THROUGH TIME: 266-229*, editado por R. Dover, K. Seibold y J. McDowell. Indiana University Press, Bloomington.
- VAN BUREN, M.
1996 Rethinking the vertical archipelago. Ethnicity, exchange, and history in the South Central Andes. *AMERICAN ANTHROPOLOGIST* 98(2):338-351.
- VALENZUELA, D.
2004 *IMÁGENES SOBRE PIEDRA Y TIERRA: LAS SOCIEDADES DEL VALLE DE LLUTA, PERÍODOS INTERMEDIO TARDÍO Y TARDÍO*. Memoria para optar al Título Profesional de Arqueóloga, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.
- VALENZUELA, D., C. SANTORO y L. BRIONES
2002 El arte rupestre en el contexto de la interacción social del período Tardío, en el valle de Lluta (Arica, Chile). *ACTAS DEL XIV CONGRESO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA ARGENTINA* (en prensa).
- VALENZUELA, D. C. SANTORO y A. ROMERO
2004 Arte rupestre en asentamientos del Período Tardío en los valles de Lluta y Azapa. *CHUNGARA* 36(2):421-437.
- VARELA, V.
2002 Enseñanzas de alfareros toconceños: Tradición y tecnología en la cerámica. *CHUNGARA* 34(2): 225-252.
- VARELA, V., M. URIBE y L. ADÁN
1993 La cerámica arqueológica del sitio 'pukara' de Turi: 02-TU-001. *ACTAS DEL XII CONGRESO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA CHILENA* Tomo 2: 107-121. Museo Regional de la Araucanía y Sociedad Chilena de Arqueología, Temuco.
- VÁSQUEZ DE ESPINOSA, A.
1948 [1630] *COMPENDIO Y DESCRIPCIÓN DE LAS INDIAS OCCIDENTALES*. Washington D. C.
- WILLIAMS, P.
1997 *THE ROLE OF DISASTER IN THE DEVELOPMENT OF AGRICULTURE AND THE EVOLUTION OF SOCIAL COMPLEXITY IN THE SOUTH-CENTRAL ANDES*. Ph. D. Dissertation. University of Florida.
- WOBST, H.
1977 Stylistic behavior and information exchange. En *PAPERS FOR THE DIRECTOR: RESEARCH ESSAYS IN HONOR OF JAMES B. GRIFFIN*: 317-334, editado por C. E. Cleland. Anthropological Papers 61, University of Michigan, Museum of Anthropology, Ann Arbor.
- 1999 Style in archaeology or archaeologists in style. En *MATERIAL MEANINGS. CRITICAL APPROACHES TO THE INTERPRETATION OF MATERIAL CULTURE*: 118-132, editado por E. Chilton. The University of Utah Press, Salt Lake City.
- YOFFEE, N.
1993 Too many chiefs? (Or, safe texts for the '90s). En *ARCHAEOLOGICAL THEORY: WHO SETS THE AGENDA?* : 60-78, editado por N. Yoffee y A. Sherratt. Cambridge University Press, Cambridge.
- ZLATAR, V.
1984 *CEMENTERIO PREHISPÁNICO PICA-8*. Universidad de Antofagasta, Antofagasta.